EN EL ALTAR DE LA IDOLATRÍA SEXUAL

Steve Gallagher

«¡Este libro es fundamental, inspiracional, confrontacional –justamente lo que necesitas!»

Prólogo por el doctor
EDWIN LOUIS COLE

Editorial Vida

¡EL LIBRO MÁS INDICADO Y COMPRENSIVO HOY EN DÍA PARA SOBREPONERSE AL PECADO DE LA SEXUALIDAD!

Este es un libro que toca profundamente, y además tiene las respuestas que los hombres están buscando —las que realmente dan buenos resultados. Mientras que otros libros tratan el tema superficialmente *En el altar de la idolatría sexual* va directo al corazón. Pone fin al misterio de la lujuria y engrandece el poder de Dios en tu vida, con las respuestas que han ayudado a cientos de hombres.

EL NÚMERO UNO EN GANAR LA BATALLA QUE LOS HOMBRES CRISTIANOS ENFRENTAN EN LA ACTUALIDAD.

«¡Tu libro es sin duda alguna, el más claro, exacto, genuino, el más directo a la cara y al corazón, que yo haya leído jamás! ¡Yo me sentí como leyendo la historia de mi vida. Tu testimonio me ha dado esperanza! ¡Gracias Steve, gracias Dios!»

STEVE K.
Florida

«Este tipo de agresión espiritual contra Dios tiene cura pero sola una: quebrantamiento, arrepentimiento y un caminar diario en el poder del Espíritu Santo. El poder transformador de Dios se revela en este libro».

Dr. TIM CLINTON
Presidente American Association of Christian Counselors [Asociación Americana de Consejeros Cristianos]

«El evangelio cristiano está endeudado con Steve Gallagher por tornar su pasado de dolor a un camino hacia la pureza para aquellos que están en el borde de la idolatría sexual».

Dr. RICHARD DOBBINS
Director Ejecutivo Emerge Ministries [Ministerios de Auge]

VIDA CRISTIANA / RELACIONES / SEXUALIDAD
CHRISTIAN LIVING / RELATIONSHIPS / SEXUALITY

ISBN: 978-0-8297-4587-0

9 780829 745870

Cubierta diseñada por Pablo Snyder

Editorial Vida .com

EN EL ALTAR DE LA IDOLATRÍA SEXUAL

Steve Gallagher

«¡Este libro es fundamental, inspiracional, confrontacional -justamente lo que necesitas!»

Prólogo por el doctor
EDWIN LOUIS COLE

Vida

La misión de Editorial Vida es proporcionar los recursos necesarios para alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en la fe

EN EL ALTAR DE LA IDOLATRÍA SEXUAL

MIAMI, FLORIDA

Publicado en inglés con el título:
AT THE ALTAR OF SEXUAL IDOLATRY
POR PURE LIFE MINISTRIES

Edición: Madeline Diáz
Diseño interior: *Cristina Spee*
Diseño de cubierta: *Pablo Snyder*

ISBN: 0-8297-4587-4

Categoría: Vida cristiana / Relaciones / Sexualidad

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

09 10 • 8 7 6 5

RECONOCIMIENTOS

Mi más profundo agradecimiento a Tiffany McCormick y Justin Carabello, quienes me brindaron su valiosa ayuda para la publicación de este libro.

Mi especial gratitud a Bradley Furges, cuyo compromiso e incansable esfuerzo marcaron una diferencia en la calidad de esta obra.

Dedico este libro a mi amada esposa Kathy, que «todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta». Su amor nunca me ha faltado.

CONTENIDO

PRÓLOGO

CUANDO Steve me pidió escribir este prólogo, primero me sentí honrado; sin embargo, luego se apoderó de mí el temor por la gran responsabilidad de lo que debía compartir. Siendo Steve el experto en este tema, ¿qué podría decir yo? Entonces recordé algo que el Espíritu Santo una vez me había guiado a escribir y que encierra precisamente la respuesta para la liberación del adicto.

El pasaje bíblico que habla de «lavar la mente con el agua de la Palabra» se encuentra seguido de una enseñanza con respecto a las relaciones conyugales:

> Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha (Efesios 5:25-27).

> Luego de que el apóstol Pablo pone de manifiesto el amor de Cristo por la iglesia, añade una profunda enseñanza. Declara que el propósito por el cual se entregó a sí mismo por ella, principalmente, es que él puede santificarla en este mundo y glorificarla

> en el siguiente. Él tiene el poder de santificarla y limpiarla, con el lavamiento del agua por la Palabra (v. 26), ya que puede investir a todos sus miembros con la santidad divina, librándolos de la culpabilidad, la contaminación y el dominio del pecado (Matthew Henry).

La razón de que existan libros como este que ha escrito Steve es clarificar, ampliar y hacer más entendible la Palabra de Dios para aquellos que la necesitan. Es mi oración que estas enseñanzas lleguen a ser el fundamento de su fe y la solución a sus tormentos.

Escribí aquella vez: «El tormento de la tentación a pecar es poco comparado con las consecuencias del pecado». Las consecuencias pueden durar una vida o una eternidad. Son las consecuencias las que resultan tan terriblemente tormentosas.

La solución, por supuesto, como en todo, está en la Palabra de Dios. En las Escrituras se encuentra la solución para cada problema que el hombre o la mujer enfrenten. No existe ningún lugar donde podamos encontrar ayuda como en la Palabra de Dios. Todo trabajo sanador de Dios comienza con su Palabra.

La impresión y el sentir del adicto es: «Soy demasiado sucio, indigno, impío y poco merecedor como para leer la Biblia». ¡Eso es una mentira! La Palabra de Dios se escribió justo para ellos, para mostrarles lo que Jesucristo ha hecho con el fin de sacarlos del hoyo que cavaron para sí mismos.

Otros dicen: «He fallado de modo miserable. ¿Cómo puedo ser lo suficiente bueno para que Dios me escuche?» Uno no se vuelve bueno y luego llega a Dios; primero llega a Dios y luego él nos hace buenos. Llegar a Dios es entrar en su Palabra.

¡La Palabra produce el cambio!

Léala cuando se sienta culpable; léela aun cuando parezca que no extrae nada; léala en la cara del diablo y cuan-

do presenta acusaciones contra usted; léela cuando ni siquiera esté seguro de que la cree. ¡Solo léala!

¡La Palabra hará el trabajo!

La Palabra de Dios lava la mente como el jabón las manos. La Palabra es como el jabón, que solo es efectivo cuando se usa.

¡La Palabra es toda su esperanza!

El mayor error de su vida no está en su pecado, sino en el error de no leer la Palabra de Dios.

La única manera en que la Palabra puede limpiar su mente es cuando la lee. A través de la lectura de la Palabra es la única manera en que Dios puede hacer su obra en nuestras vidas.

El cristianismo no es difícil de vivir, es imposible. Que Cristo viva en usted es el verdadero cristianismo. Ahí es donde la vida de Cristo se lleva a cabo. No es lo que usted trata de hacer, sino lo que él hace en usted.

La Palabra no le presta atención a su pecado, a sus emociones o a sus acciones; solo hace su trabajo mientras la lee.

La Palabra de Dios nunca cambia, nosotros sí.

No nos hace sentir culpables, esto lo hacemos nosotros mismos. Nos ofrece una senda fuera de nuestros sentimientos, hábitos, deseos y querencias. La Palabra de Dios es nuestro manantial de vida y bendición.

La razón por la cual acepté escribir este prólogo es porque el autor ha basado todo este libro en la Palabra de Dios. Es fundamental, le inspirará y le confrontará... justo lo que necesita. No solo estoy hablando sobre usted y su problema, sino estoy escribiendo para aquel que en verdad anhela encontrar la solución a sus dificultades.

Este es su libro. Ponga la Biblia a un lado y este libro al otro, y vaya leyendo los dos y deje que la Palabra haga su trabajo.

> Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y *limpiarnos* de

> toda maldad. [Y es perfectamente propio que Dios haga esto por nosotros porque Cristo murió para lavar nuestros pecados.]

Cuando usted haga su parte, Dios hará la suya. Usted no puede hacer la parte de Dios, y él no hará la suya. La parte nuestra es actuar en su Palabra y dejar que ella haga el trabajo.

Gracias a Dios por un hombre como Steve Gallagher, quien dice la verdad y deja que la verdad nos haga libres. ¡Viva en libertad!

Dr. Edwin Louis Cole
Fundador y presidente
Asociación de hombres cristianos

PREFACIO

OCURRIÓ en un hotel Holiday Inn.

Era un grupo de cuatrocientos hombres cristianos que se reunieron durante tres días para un encuentro espiritual. La primera reunión fue tan bendecida y el poder de Dios tan manifiesto que, entre varios que fueron profundamente conmovidos, el gerente del hotel le entregó su vida a Jesús.

Durante los primeros dos días aquel nuevo seguidor de Cristo se gozó entre sus nuevos hermanos en la fe. Sin embargo, al tercer día uno de los dirigentes de la reunión notó en el hombre algo diferente: parecía estar decaído de espíritu y no quería tener nada que ver con el grupo de hermanos.

Cuando se le preguntó qué le pasaba, respondió en voz baja, confundido y a la vez disgustado: «Más de la mitad de los hombres que están asistiendo a la reunión han pedido películas pornográficas, y no entiendo eso».

El autor de esta obra que usted tiene en sus manos, Steve Gallagher, a quien conozco personalmente, ha abordado este tema con una claridad tan marcada que puedo recomendar en gran medida este libro no solo por la persona que lo escribe, sino también por la forma tan transparente y llena de casos verídicos con que lo ilustra. Además, nos hace ver cómo la pornografía se ha hecho común en la vida secreta de muchos seguidores de Cristo y cómo está destruyendo su vida, su fa-

milia, su relación con los colegas y, sobre todo, su relación con Dios.

Algo que considero muy importante es que en esta obra el autor respalda con citas bíblicas toda verdad que presenta. Obviamente la Santa Biblia no es solo la fuente de nuestra doctrina cristiana sino también el timón que guía nuestra vida como creyentes. El autor ha sido muy diligente en confirmar con la Santa Palabra de Dios todas las lecciones que aquí presenta.

No obstante, ante todo, Steve Gallagher deja al lector con una esperanza viva de que hay remedio para el mal que lo afecta. Él expresa con claridad cómo Dios, creador de todo lo que existe, tiene tanto el poder absoluto como también la compasión necesaria para responder a la súplica de cualquier persona que con humildad, transparencia y entrega total al señorío de su Hijo Jesucristo busca su gracia divina. Lea esta obra con esperanza y fe, y Dios corresponderá a su clamor.

Aval, Hermano Pablo

INTRODUCCIÓN

ESTE LIBRO ABORDA EL TEMA de la adicción sexual y su poderosa esclavitud sobre incontables creyentes y no creyentes por igual. Se escribió con la finalidad de correr la cortina y poner al descubierto las operaciones secretas de este mal que no solo ha penetrado en la sociedad en general, sino que también es una enconada llaga dentro de la iglesia misma y abarca desde el púlpito hasta la congregación. La sociedad estadounidense, en su mayoría, ha sido manipulada y descarriada para tener una perspectiva altiva y arrogante de sí misma como personas y también como creyentes. Por consiguiente, en la búsqueda de nuevas emociones, se ha entusiasmado ante enseñanzas que miman al ser humano y le hacen sentirse bien. Estas seducciones concebidas en el infierno han alcanzado a las culturas alrededor del mundo y han empezado a infectar también a la iglesia iberoamericana. Por desgracia, tarde o temprano descubrimos que tales prácticas abominables ofrecen solo, en el mejor de los casos, un alivio temporal, pero finalmente fracasan y no nos proporcionan la libertad prometida.

Al leer este libro usted se instruirá sobre las luchas del adicto sexual y las amargas consecuencias de su comportamiento pecaminoso. Si es uno de los que están luchando con esto, es muy probable que haya ocasiones cuando las desga-

rradoras verdades que se presentan aquí serán en extremo dolorosas. Quiero que sepa que lo comprendo a la perfección, pues yo mismo he experimentado todo ese proceso. Si esto sucede, sencillamente ponga el libro a un lado. En un par de días, cuando haya recobrado el coraje, podrá continuar la lectura. Aunque en ocasiones le resulte sumamente angustioso verse tal como es por dentro, la buena nueva es que una vez que se enfrente a su realidad podrá atravesar este difícil proceso y salir por la otra puerta... ¡libre por completo!

Debo mencionar que este libro contiene historias verídicas de la conducta de algunos que han sido adictos al pecado sexual, las cuales pueden provocar que su mente traiga a la memoria alguna experiencia sexual pasada. Al principio dudé en incluirlas. No obstante, después de considerar ante Dios cómo esto podría afectarle a usted y de buscar consejo de parte de otros, decidí publicar estas historias por dos razones: En primer lugar, es vital que el lector se vea reflejado en este libro. La identificación de sus propias luchas le ayudará a verse a sí mismo en la respuesta que este libro le muestra para su liberación. En segundo lugar, las historias escritas en esta obra no son más gráficas que las que se pueden leer en los periódicos de cualquier día. ¡La mayoría de los hombres que se involucran en los pecados sexuales están acostumbrados a cosas mucho peores!

Mi oración intensa es que este libro sea una bendición para usted y que las verdades que aquí se presentan lo acerquen a Dios y a la libertad que él le ofrece.

Steve Gallagher

PRIMERA PARTE

EL PROBLEMA

uno

LA ADICCIÓN SEXUAL

Como perro que vuelve a su vómito, así es el necio que repite su necedad (Proverbios 26:11).

Prenderán al impío sus propias iniquidades, y retenido será con las cuerdas de su pecado (Proverbios 5:22).

... y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia... tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar ... seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció (2 Pedro 2:10-19).

Porque los labios de la mujer extraña destilan miel ... no te acerques a la puerta de su casa; para que no des a los extraños tu honor, y tus años al cruel.

Al punto se marchó tras ella, como va el buey al degolladero, y como el necio a las prisiones para ser castigado; como el ave que se apresura a la red, y no sabe que es contra su vida, hasta que la saeta traspasa su corazón (Proverbios 5:3,8,9; 7:22-23).

JAIME FUE INICIADO en la pornografía cuando tenía siete años de edad. Cierto día, su hermano mayor lo llevó a la casa de un amigo cuyo padre vendía películas pornográficas. Mientras Jaime miraba fascinado las películas,

los otros dos se fueron a la recámara para lo que después descubrió era un encuentro homosexual. Jaime no volvería a ser el mismo. Este descubrimiento inicial lo introdujo de por vida a una esclavitud a la pornografía que lo transformó en un adicto sexual. (Al hermano de Jaime, que también era un adicto sexual, lo condenarían por la violación y el asesinato de dos mujeres y una joven años más tarde.)

A Ricardo lo iniciaron en la adicción sexual cuando era un adolescente. Lo invitaron a la casa de un amigo a participar en una turbulenta orgía. Por años vivió una vida obsesionada por el sexo. Poco tiempo después de haberse casado, a través de la manipulación y de lanzarle implacables ataques de culpabilidad a su esposa, logró convencerla para que su matrimonio entrara al estilo de vida de los que comparten sexualmente a su pareja. Por doce años su esposa Rebeca vivió en constante degradación y vergüenza, hasta que conoció a Jesucristo y toda su vida cambió. Pasarían varios años antes de que Ricardo hiciera el mismo descubrimiento.

Cierto día, siendo un adolescente, Manuel caminaba rumbo a casa por una carretera rural al salir de la escuela. Transitaba indiferente cuando vio que más adelante se detenía un carro. Le entró la curiosidad cuando vio que del vehículo arrojaban una caja. La abrió y encontró docenas de revistas pornográficas. Su vida nunca sería la misma. Siguieron años de adicción sexual, aun después de haberse convertido en cristiano cuando estaba en la universidad. Manuel llegó a ser gerente general de una estación de radio cristiana a pesar de su continua lucha con la pornografía. La verdad acerca de su vida secreta finalmente salió a la luz cuando abandonó a su fiel esposa y se fugó con la esposa de un pastor.

Roberto se introdujo en la pornografía por primera vez cuando descubrió unas revistas bajo la cama de su padre. Le siguieron años de esclavitud. Cuando la pornografía ya no lo

emocionaba, comenzó a andar a hurtadillas por las casas, espiando por las ventanas. Podía pasar horas en una ventana esperando ver un cuerpo humano. Después de arruinar un matrimonio y casi otro, Roberto al fin buscó ayuda.

ESCLAVITUD SEXUAL

Todos estos individuos compartían una cosa en común: eran adictos al comportamiento sexual compulsivo. Una adicción es una gama de hábitos no bíblicos de pensamientos y acciones que llega a ser un estilo de vida. Así como algunos se entregan a la euforia del alcohol o las drogas, otros desarrollan un estilo de vida de estímulo y éxtasis en torno al sexo. Cuando las personas intensifican de forma desmedida la importancia del sexo en sus vidas, este empieza a dictarles un estilo de vida y se obsesionan con los pensamientos sexuales. Con el tiempo pierden el control de con qué frecuencia, con quién y bajo qué circunstancias practicarán el sexo. Llegan a ser esclavos del comportamiento sexual compulsivo. Lo que comienza como algo para «divertirse un poco» o «satisfacer los impulsos carnales» los hace caer cada vez más profundo en el fango de la esclavitud. «Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada» (Romanos 1:28).

Como el vendedor de drogas del vecindario seduce a alguien dándole marihuana gratis, con la intención de introducirlo a las drogas fuertes, asimismo Satanás sutilmente atrae a una víctima inconsciente a sus garras con algunas experiencias sexuales satisfactorias. Sin embargo, la Biblia promete que los deleites del pecado serán solo temporales (Hebreos 11:25). En un capítulo posterior hablaré de cómo Satanás usa la fantasía de forma magistral, en especial por medio de la pornografía, como un péndulo frente a la nariz de su víctima para atraparla.

RUTINAS ESPECIALES

Cuando la adicción aprieta sus garras sobre la víctima, la persona se inicia en ciertas rutinas o rituales especiales a los cuales se habitúa. El hombre adicto a mirar películas pornográficas podría comenzar por curiosear en los estantes de revistas pornográficas por un tiempo. Al aumentar su lascivia se aventurará a entrar a las galerías de películas, que son cuartos débilmente iluminados, ubicados en la parte trasera de algunas librerías en los Estados Unidos. De allí andará de estante en estante, en busca de la película perfecta (su última fantasía), hasta que al final satisfaga su lascivia. Personalmente puedo identificarme con este ritual en particular. Yo también entraba a una librería para adultos y caminaba alrededor de las cabinas de video, mirando los anuncios propagandísticos de cada una de las películas. Entonces, de forma metódica, andaba de estante en estante, adquiriendo la que más me llamaba la atención.

Un padrastro que practica el abuso sexual infantil podría tener una rutina diferente por completo. Tal vez comience mirando pornografía. Sin embargo, finalmente entrará a hurtadillas a la alcoba de la niña, donde dará rienda suelta a su lascivia.

Jorge empezó a abusar de su hija mayor desde que ella tenía diez años de edad. En cada ocasión pasaba unos momentos persuadiéndola y consolándola, a fin de convencerla de que esa era su manera de demostrar su «amor especial» hacia ella y diciéndole que eso sería el secretito de ambos. Su hija aceptaba de mala gana hasta que él trató de abusar de su hermana menor. Habiendo vivido el horror del abuso sexual, ella no podía tolerar que su hermana pasara por lo mismo. Desesperaba, le contó a su maestra, quien de inmediato avisó a las autoridades.

Un exhibicionista por lo general lleva a cabo su rutina en un carro. Mientras va manejando, se introduce en su mente la idea de exhibirse ante una muchacha. Enseguida, esto llena su pensamiento hasta que en definitiva representa su fantasía frente a alguna víctima ingenua.

Samuel era un adolescente cuando empezó a sentir el deseo de exhibirse. Todas las mañanas, cuando un grupo de muchachas adolescentes atravesaba el patio de su casa rumbo a la escuela, él se masturbaba mientras las miraba por la ventana. Pese a que nunca se atrevió a dejarse ver, la idea de que las muchachas lo vieran masturbándose lo excitaba. Al ir envejeciendo, este impulso insistente continuaba atormentándolo. En repetidas ocasiones lo desechaba, pero no desaparecía. Cierto día estacionó su carro y se masturbó mientras pasaba una mujer. Hizo un buen trabajo para esconderse, pero el pensamiento de que ella lo viera era lo que lo excitaba. Repitió esa rutina con frecuencia por varios meses, hasta que al fin su lujuria lo venció y se rindió a la tentación. Permitió que una mujer lo viera llegar al climax. A pesar de que esto lo asustó terriblemente, se encontró repitiendo el acto una y otra vez. La masturbación sola ya no era suficiente para satisfacerlo.

La rutina del que hace llamadas telefónicas indecentes se parece mucho a la del exhibicionista, con la excepción de que su ritual lo hace en el teléfono. Al marcar los números de teléfono, el que llama se excitará al pensar en que alguna mujer sea lo suficiente ingenua como para escuchar lo que él dice. Aquí es cuando se satisface su lujuria.

Tomemos a Paco como ejemplo: Sus problemas empezaron con las «llamadas pornográficas». Se preparaba viendo pornografía y luego llamaba a un número especial donde una chica hablaba de sexo con él. Pero esto era demasiado fácil. En vez de permitirse terminar con esta llamada, comenzaba a hojear la guía telefónica local llamando a distintos números, hasta que encontraba a una mujer que escuchaba sus libidi-

nosas sugerencias y la gráfica descripción de su climax subsiguiente.

El fisgón pervertido cruzará calles por horas con la esperanza de encontrar una ventana que le proporcione alguna excitación. Después de esperar con angustia, tal vez por horas, al fin una visión de un cuerpo humano entra en su campo visual. Este buen vistazo ocasiona la culminación de su lascivia.

Javier está sentado en su casa en la noche, mirando la televisión, cuando la idea de todas esas ventanas potenciales comienza a tentarlo. Después que todo el mundo se ha ido a acostar, él sale furtivamente de la casa y recorre las calles en busca de una ventana con las cortinas abiertas. Luego de encontrar una, se quedará por largo rato hasta que pueda vislumbrar algo excitante.

La adicta al sexo llevará a cabo su rutina en cantinas, yendo de hombre en hombre, noche tras noche. Intentará ver con cuántos hombres puede coquetear o bromear en una noche determinada, hasta que escoge a uno con quien dormir. Esto culminará su rutina nocturna.

Beatriz, una mujer con cierto atractivo, era una cantante de un club nocturno a quien le encantaba seducir a los hombres. Disfrutaba de la atención que recibía del público cuando cantaba. Durante su presentación, escogía a un hombre a quien intentaría cautivar. Terminar en la cama con ese hombre la hacía sentirse increíblemente erótica y deseada como mujer. Si un hombre en el club nocturno no le ponía suficiente atención, tal vez por ser casado, ella tomaba eso como un reto para seducirlo. Todo ese tipo de conquistas le daba una tremenda satisfacción. Al final, Beatriz se casó, pero pronto le empezó a hacer falta la atención de los hombres y comenzó a tener aventuras secretas. Sin importar cuántos hombres hubiera logrado seducir, no podía alcanzar el punto donde estuviese en verdad contenta consigo misma como persona. Sin

embargo, todo eso empezó a cambiar para ella cuando conoció a Jesucristo como su Salvador.

Un individuo puede llevar a cabo su rutina deambulando por la llamada zona de tolerancia, refugio de las prostitutas. Cautivado por la escena, pasa con lentitud frente a cada muchacha, examinándola con cuidado. Comienza a fantasear y la lujuria se desarrolla en su corazón. Al final una de ellas atrapará su interés y buscará con afán sus servicios.

Armando pasa horas manejando por las calles llenas de prostitutas. Esto representa la mitad de la emoción para él. En ocasiones se detendrá y hablará con una por un rato, pero por lo general no estará listo todavía para ponerle fin a su rutina. Así que continúa manejando. Al fin, después de que su deseo de sexo llega al máximo, selecciona a una de las muchachas y la lleva a un hotel, donde su rutina llega a su climax.

El homosexual compulsivo practica su rutina de varias formas. Por lo general llega a donde acostumbran reunirse los gays de la localidad. Andará coqueteando hasta que encuentre a la persona «correcta». O decidirá ir a una galería de películas para adultos donde habrá hombres bisexuales o heterosexuales que acogerán sus servicios. Allí irá de hombre en hombre en el curso de la noche, hasta que por fin se canse y encuentre alguna manera de lograr placer para sí mismo.

Ricardo hacía ambas cosas. Algunas noches iba a los bares de homosexuales o a las salas de masajes para gays, seleccionando a otro homosexual que lo atrajese. Ambos podrían tomar varios tragos juntos para irse conociendo entre sí y a la sazón terminarían la noche en la cama. Otras noches iba a las librerías de adultos y se relacionaba allí con otros homosexuales que se encontraran mirando películas pornográficas en las cabinas. En una noche determinada, podría tener sexo con una docena de hombres o más en esa cabina. Aunque había sido impulsado a hacer esto, era desconcertante para él recibir tan poca satisfacción.

Todas estas personas diferentes comparten algo en común: se han permitido tener pensamientos no bíblicos que dominan sus vidas, al grado de que llegan a ser adictos. Sus rutinas pueden diferir, pero todas tienen un patrón claro y perceptible que a la larga los conduce a «expresarse» sexualmente.

EL CICLO VICIOSO DEL PECADO

Una vez que el individuo se convierte en adicto al sexo, entra en un círculo vicioso de autodestrucción y degradación. Parece que entre más compulsiva o pervertida sea su conducta sexual, más severa es la sociedad para calificarlo y juzgarlo por ese motivo. Por consiguiente, su vida se consume por la culpabilidad y la vergüenza. Esto es en especial cierto de las personas que provienen de un ambiente cristiano o que están involucradas de modo activo en su iglesia local. Al transcurrir el tiempo, muchas cosas comienzan a suceder en la vida del adicto sexual.

Disminuye de continuo su sentido de confianza y autoestima, y el vacío en su interior aumenta. Como resultado, empieza una búsqueda intensa y desesperada para llenar este vacío en su vida. Puesto que el sexo ha sido su elixir personal al que ha recurrido vez tras vez con desesperación, tal como un borracho se vuelve hacia la botella de licor, el adicto sexual perseguirá el objeto de su deseo. Por desdicha, después de apresurarse al sexo para encontrar consuelo o sencillamente una salida rápida, el adicto solo logrará acumular más vergüenza y desesperación sobre sí mismo. El foso llega a ser más profundo; la oscuridad aun más sombría.

El adicto comienza a construir muros alrededor de sí. Al crecer la necesidad de protegerse a sí mismo, se aleja más de sus seres queridos. De esta manera ellos empiezan a sentir una barrera para comunicarse con el adicto. No pueden entender qué le está sucediendo y por qué ellos son incapaces de comunicares con él. Esta es una de las diferencias entre el

alcohólico y el adicto sexual. Es raro que la forma de beber del alcohólico sea un secreto. Por lo general no le toma mucho tiempo a la gente descubrir un problema de alcoholismo. La familia del alcohólico puede llegar a comprender por qué se aisla. Sin embargo, con el adicto sexual la gente a menudo no tiene ni idea de lo que está pasando, y no puede entender su comportamiento. Jorge describe lo que sucedió con su familia:

> El alejamiento de mi familia comenzó sin que me diera cuenta de ello. Fue solo al recordar el pasado que pude ver la situación como en realidad había sido. Al principio esto involucraba solo a mi familia inmediata. Como resultado de mi obsesión egocéntrica con el sexo, mi esposa no obtenía el amor y la atención que ella en verdad merecía. Era comprensible la frustración que sentía por ese vacío en nuestra relación, que resultaba en innumerables discusiones, muchas de ellas graves.

CULPAR A LOS DEMÁS

El adicto sexual a menudo comienza a culpar a otra gente de sus dificultades. Aceptar la responsabilidad de su vida y de sus propios fracasos significaría tener que controlar su adicción. Reacio a aceptar la responsabilidad de sus acciones, debe encontrar a otros a quienes culpar. Permanece en constante estado de negación, aunque comprenda su adicción. Entre más niegue el carácter pecaminoso de su vida y de sus acciones, más culpará a los que están a su alrededor. «Es culpa de mí papá». «Es que mi esposa no me atiende». Trata de aparentar que el problema siempre se encuentra en otra persona. Culpar a otros es un proceso que se lleva a cabo en la mente del adicto sexual para justificar sus acciones. Culpa a los que están a su alrededor porque supuestamente siempre lo tientan con relación a ese tema. No admite la maldad

de su conducta sexual, sino que inclusive puede negar cualquier otro pecado en su vida. El escritor del libro de Hebreos sabía de los efectos del pecado cuando advirtió: «Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los vinos a los otros ... para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado» (Hebreos 3:12-13).

MANIPULAR A LOS DEMÁS

Además de culpar a los otros, el adicto se convierte en manipulador. Puesto que siempre es la culpa de alguien, justifica sus acciones y su manipulación. Sus maniobras egoístas podrían incluir echarle algo de culpa a su esposa cada vez que ella pone en duda su conducta. «¡Siempre estás recriminándome algo!» «¡No confias en mí!» Estas son frases habituales de alguien que está en pecado de adicción. A menudo la sufrida esposa piensa que está volviéndose loca. Sus imputaciones de culpabilidad son tan convincentes que hasta el adicto mismo se las cree. Si fracasara convenciéndose a sí mismo de que sus problemas son culpa de los demás, tendría que enfrentarse a su propia culpabilidad.

Fernando utilizaba sus habilidades de manipulación con su esposa a fin de involucrarla en su pervertido estilo de vida. Al principio hacía comentarios acerca de otros hombres mientras le hacía el amor. Luego aumentó sus esfuerzos. Era dulce y zalamero, tratando de persuadirla para que ella se involucrara en esa forma de vida. Más tarde comenzó a atacarla cuando su esposa se mantenía firme en su proceder decente. Él probaba una táctica tras otra buscando cómo vencerla. Al final ella se dio cuenta de que mientras se resistiera, nunca tendría un hogar feliz, y se rindió. No pasó mucho tiempo antes de que se involucrara con él en el estilo de vida de los que comparten su pareja sexualmente. Si trataba de protestar, él utilizaba un sarcasmo ofensivo para empequeñecerla y de-

gradarla. Solo después de venir al Señor ella tuvo la determinación de restablecer su compromiso con la decencia.

Salomón podría haber estado describiendo a Fernando cuando dijo: «El hombre malo, el hombre depravado, es el que anda en perversidad de boca; que guiña los ojos, que habla con los pies, que hace señas con los dedos. Perversidades hay en su corazón; anda pensando el mal en todo tiempo; siembra las discordias» (Proverbios 6:12-14).

CRÍTICO Y ARREMETEDOR

El adicto sexual también llega a criticar con severidad y a juzgar con dureza a los que están a su alrededor. Después que se ha colocado en un pedestal a través del proceso de la negación, se ve a sí mismo como incapaz de hacer algo malo. Repito, si tuviera que admitir que es vulnerable al fracaso o a las imperfecciones, tendría que enfrentarse a la realidad de sus acciones. Todo esto es parte de «el engaño del pecado».

En su interior, el adicto sexual sabe que está haciendo mal, así que ataca ferozmente a los demás con la crítica. Sus insultos mantienen a los otros por debajo de él, lo cual necesita para sentirse mejor acerca de sí mismo. Ese comportamiento le ayuda también a convencer a los demás (al menos en su retorcida manera de pensar) de que ellos son más culpables que él o ella de cualquier problema que pueda existir. Como asistente de alguacil de Los Ángeles, asignado a una cárcel de máxima seguridad, a menudo me convertía por mi propia cuenta en un celoso juez. ¡No le dedicaba mucho tiempo a examinar la inmundicia de mi propia vida, pero era rápido para castigar a los fastidiosos reclusos por sus infracciones!

El adicto sexual también ataca ferozmente a sus seres queridos, a fin de protegerse a sí mismo de sus preguntas escudriñadoras. Si se mantiene inaccesible, no tendrá que responder por sus actos. Si su esposa trata de interrogarlo acerca de su vida personal, su maligna defensiva hará languidecer

las buenas intenciones de ella y aprenderá con rapidez a mantener la boca cerrada. En el fondo de su mente el adicto sabe que su temperamento es su carta de reserva si su esposa comienza a examinar su comportamiento. Seguro que Salomón vio todo esto cuando dijo: «El que corrige al escarnecedor, se acarrea afrenta; el que reprende al impío, se atrae mancha. No reprendas al escarnecedor, para que no te aborrezca; corrige al sabio, y te amará» (Proverbios 9:7-8).

El individuo que está siendo controlado por el pecado con frecuencia será sumamente sensible ante la crítica. Puesto que su pecado sexual ha inflado tanto su ego, es fácil que lleve fuera de proporción todo menosprecio imaginable. Todo ese tiempo su profundo sentido de vergüenza debido a sus acciones refuerza su sentido de falta de mérito. Sin embargo, en vez de llegar ante la cruz de Jesucristo con esa gran necesidad, la mayoría de los adictos la manejará acrecentando un inflado sentido de su propia valía. Su pecado sexual crea un círculo vicioso que agita un torbellino de destrucción. Mientras mayor sea el pecado al que se entregue el adicto sexual, más profunda será la vergüenza, y peor se sentirá con respecto a sí mismo. Compensa la vergüenza haciéndose más arrogante. Dominado por el orgullo, se convierte en un individuo irritable en extremo. Tal como lo discutiremos en el capítulo siete, mucho de su egocentrismo y arrogancia se disipa a medida que el hombre empieza a ser humilde.

Samuel, el exhibicionista, era de esta manera. Sentía una profunda vergüenza por su conducta. Aunque era engreído y arrogante ante los que lo rodeaban, dentro de sí mismo se sentía «raro». Sabía que traicionaba a su esposa, pero en vez de acercarse a ella con humildad, se hacía inaccesible. Samuel era tan sensible que ella no podía ni mencionar ninguno de sus defectos o fallas. No obstante, la verdad de su pecado salió a la luz cuando se exhibió ante la mejor amiga de su esposa.

LA CARNE CONTROLADORA

El pecado afecta a la gente de formas diferentes. En general, el pecado tiende a amplificar la naturaleza degradada de una persona. Si la persona es por naturaleza reservada, el pecado la conducirá a un aislamiento más profundo. Marcos era un sargento de la fuerza aérea, asignado a un equipo especializado en rescate. Mientras prestaba sus servicios en Corea, se aislaba cada vez más de la gente que lo rodeaba. No se animaba a pedirle una cita a una muchacha. Mientras más se involucraba en su pecado sexual, tanto más su vergüenza destruía su confianza como hombre. Sin embargo, no tenía ningún problema en frecuentar las salas de masajes y los bares de moda ya que no era necesario tener una relación, ahí lo único que necesitaba era dinero. Al final, lo consumía un profundo odio hacia las mujeres. (Solo después de llegar a los Ministerios Vida Pura años más tarde y aprender a ser humilde fue que pudo liberarse de ese odio.)

Muchos hombres manejan la frustración de su miseria convirtiéndose en «extravagantes supercontroladores». Buscan controlar cada detalle de la vida a su alrededor. El menor revés de sus voluntades les causa gran agitación y frustración. Gonzalo admitió su necesidad de asistir al Programa de Rehabilitación Vida Pura para adictos sexuales. No obstante, también tenía varias ideas preconcebidas de lo que sería la vida para él allí. En vez de entrar al programa de rehabilitación en busca de ayuda, con una actitud humilde por su situación de pecado y su desesperación, entró esperando que todo funcionara a su manera. ¡En realidad le envió una lista de exigencias al director del programa! Una vez en la instalación, Gonzalo se frustraba por su incapacidad de manipular a los que estaban a su alrededor, como había sido su costumbre. Su actitud llegó a ser intolerable para sus condiscípulos.

Aunque quería ayuda y trataba de sobrellevar el programa de rehabilitación, sencillamente estaba renuente a entregar las riendas de su vida al Señor. El director del programa

tuvo que explicarle que con su actitud era imposible que pudieran ayudarle. Aunque el director le habló de una manera apacible y humilde, fue demasiado para Gonzalo. Salió de la oficina en un estallido de cólera. Para muchos, una situación como esta los hubiera colocado al borde del precipicio y de regreso al pecado. Sin embargo, Gonzalo se fue a un motel donde pudo reflexionar y cambió su actitud. A la mañana siguiente llamó al director y se disculpó con humildad. Se le permitió regresar a la instalación donde con el tiempo se quebrantó ante el Señor y su vida cambió.

Carlos era un tipo de persona diferente por completo, su naturaleza amable y complaciente lo hacía una de las personas más adorables que uno pudiera encontrar. Pero nadie sabía que también era lujurioso. Como resultado, llevaba consigo un profundo sentido de culpabilidad y humillación por su pecado secreto. Carlos no era de ninguna manera una persona iracunda por naturaleza, ni controlador ni introvertido. Era muy popular, y parecía alcanzar su realización ganándose la admiración y el afecto de quienes le rodeaban. Su carácter amable solo servía para disfrazar un espíritu en extremo arrogante. Mientras más se entregaba a su pecado, más altivo se volvía. La actitud despreocupada de Carlos enmascaraba su arrogancia y su falta de sujeción a toda autoridad. En realidad se salía con la suya en muchas situaciones en su iglesia, porque a la gente le caía muy bien. Cuando Carlos llegó al programa de rehabilitación para adictos sexuales, Dios lo trató con mucha severidad por su espíritu rebelde y burlón. Y después de que él se hubo humillado y moderado, su vida dio un giro total.

Aunque cada caso es distinto, la verdadera naturaleza de un hombre se hará más evidente a causa su pecado. El pecado, como la guerra, solo saca a relucir lo peor de la gente. Las respuestas que se proporcionan en la última parte de este libro ayudarán a dominar la antigua naturaleza carnal y a disminuir los defectos de la persona.

PARANOICOS

La paranoia es otro fenómeno que enfrenta el adicto sexual, pues imagina que los demás saben de su conducta secreta. Recuerdo una vez en que salía de una librería para adultos, después de haber cometido un acto de lascivia, cuando una patrulla con la sirena puesta se dirigía hacia donde yo estaba. ¡Mi imaginación desordenada me hizo creer que me perseguían! En otra ocasión, cuando iba en camino hacia una de esas librerías, vi un auto en el que iban mis amigos. A pesar de que giré el volante y me alejé de la librería, sentía que desde ese día en adelante me señalarían como pervertido. En realidad, ni la policía ni mis amigos tenían idea de lo que andaba haciendo.

Teodoro vivía aterrado creyendo que la gente sabía de su vida secreta. Estaba convencido de que todo el mundo en su trabajo sabía de su comportamiento anormal. Describía con gran detalle las cosas que habían sucedido en su trabajo para convencerse de que sabían de su conducta. También estaba seguro de que la policía lo tenía en la mira, veinticuatro horas al día. ¡Tardé mucho para convencerlo de que la policía no puede darse el lujo de vigilar a un exhibicionista!

Además de la paranoia, está la profunda vergüenza con la que a diario vive el adicto sexual. Me sentía muy hipócrita cuando iba a la iglesia. Siempre tenía un sentimiento molesto de que la gente de la iglesia de alguna manera sabía lo que hacía en secreto. Cuando al fin comencé a caminar en victoria, era liberador poder mirar a la gente directo a los ojos, sabiendo que no tenía nada que esconder. Tal como lo describe Salomón: «Huye el impío sin que nadie lo persiga; más el justo está confiado como un león» (Proverbios 28:1).

TODOS PUEDEN SER AFECTADOS

La adicción sexual trasciende a todos los grupos étnicos, raciales y a todo nivel social. La idea de que el desviado

sexual es un hombrecillo asqueroso que sale arrastrándose de lugares inmundos se ha desvanecido en años recientes. Cada vez se van descubriendo personalidades más «respetables» en situaciones comprometedoras. En realidad, entre más respetable es un adicto, es probable que acarreará más vergüenza y mayor será su temor de ser descubierto y de que se le exhiba.

La adicción sexual va más allá de la preferencia sexual. No todos los homosexuales son adictos a conductas sexuales compulsivas. Algunos viven con un compañero y no tienen necesidad de salir a aventurarse en la vida de parejas múltiples. Sin embargo, por lo general esto es una rara excepción. La homosexualidad, por su naturaleza, promueve la variedad en el sexo. El homosexual que desea arrepentirse de su conducta debe enfrentar problemas adicionales porque se ha visto a sí mismo como gay por muchos años. Esa ha sido su identidad. Cuando vivía en medio del pecado me veía a mí mismo como un hombre normal, aunque superdotado sexualmente. No obstante, un hombre que se ha visto involucrado en el estilo de vida gay a menudo se ve a sí mismo primero como homosexual y en segundo lugar como hombre. No solo tiene que superar la adicción sexual, sino que también espera que de alguna manera su preferencia sexual cambie. Sus amaneramientos y a menudo toda su identidad necesitarán transformarse. ¿Puede esto en verdad suceder? ¡Con toda seguridad! La promesa de cambio y la certeza de la libertad del pecado está en el propio corazón del evangelio: «Así que, si el hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8:36).

dos

LA ESPIRAL DE LA DEGRADACIÓN

> Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios ... Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre si sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen ... Quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican (Romanos 1:21-22,24-28,32).

EN ESTA EXTENSA PORCIÓN de las Escrituras podemos ver con claridad la espiral descendente dentro del cautiverio sexual. En ninguna otra parte de las Escrituras se contrasta con mayor intensidad la vileza del pecado con la gloria de Dios. Es una gran tragedia que alguien llegue a conocer a Dios y continúe en el pecado sexual. Algunos crecen en la iglesia, pero empiezan a introducirse en

el pecado porque no quieren en verdad entregarse al Señor. En breve tiempo ellos irán cayendo de cabeza en el gran abismo de la perversión. Otros han sido esclavos del pecado sexual por años antes de llegar ante el Señor. El llamado tentador hace su aparición y de nuevo la persona va con rapidez en persecución del pecado. Y con frecuencia se hunden aun más en el pecado que antes de su conversión.

Algo ocurre en el espíritu de la persona que se aleja de la luz. Pedro dijo: «Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor le hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno» (2 Pedro 2:20-22). Ya sea que la persona haya crecido en la iglesia y se haya involucrado en el pecado, o que haya llegado al Señor y haya vuelto a sus antiguos hábitos, el patrón del pecado que se presenta en el capítulo uno del libro de Romanos siempre ocurre. Hay siete pasos descendentes hacia la adicción sexual. Démosles una mirada.

1. NO GLORIFICAR A DIOS

«Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios»,

La pérdida de un espíritu adorador y reverencial es el primer paso hacia abajo en la espiral de la degradación. Cuando una persona se salva, se enamora de Jesús. El Señor se convierte en su «primer amor». Si el nuevo creyente permanece enamorado de Jesús, se pueden esperar muchos años fructíferos. Sin embargo, Romanos 1:21 describe a una persona que ha empezado a rechazar ese primer amor. Puede que sus ac-

ciones externas sean las de un creyente, pero algo dentro de sí se está secando. Va perdiendo el sentido de adorar al Dios que lo ha salvado. La disminución de ese primer amor es suficiente para permitir que se erija un altar de idolatría sexual en el corazón de una persona. Y una vez que se establezca, cambiará la adoración a Dios por la adoración a la perversidad de la lujuria sexual.

Otro aspecto es el antiguo carácter arrogante que comienza a resurgir. La persona que una vez fue humilde ante el reconocimiento de su gran necesidad de Dios pierde esa pobreza de espíritu y su orgullo empieza a elevarse. Una vez que alguien se salva, no le toma mucho tiempo aprender las verdades espirituales, y entonces ese conocimiento nuevo lo transforma en un gigante espiritual. Pero si antes de que se dé cuenta de lo que le está pasando comienza a perder la admiración (y el temor que la acompaña) que una vez tuvo hacia Dios, empezará a desarrollar un patrón terrible de gloriarse de sí mismo. El honor y la reverencia que se le deben a Dios y solo a él pronto son tragados por la vanagloria, o como lo expresan las Escritura: «No le glorificaron como a Dios» (Romanos 1:21). El amor del hombre hacia sí mismo sustituye el amor a Dios. La creencia en sí mismo suplanta la creencia en Dios. La gloria hacia sí mismo sustituye la gloria que le pertenece al Señor. De esta manera comienza el descarrío de Dios.

2. PÉRDIDA DE UN ESPÍRITU AGRADECIDO

«No le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias».

Una vez que se ha dado ese primer paso hacia abajo, el siguiente llega a ser más fácil. El segundo paso es la ingratitud, es decir, no ser agradecidos con Dios. Pablo está señalando en específico el espíritu que tenía esa gente hacia Dios. La ingratitud fue lo que enfureció al Señor contra los israeli-

tas mientras los conducía a la tierra prometida. Ellos estaban descontentos con lo que Dios les había dado. Murmuraban contra el Señor. Aun después de que los había rescatado de forma milagrosa de las manos de sus crueles opresores, ellos todavía tenían la audacia de quejarse. Su falta de agradecimiento casi llevó a Dios al punto de aniquilarlos.

Es esta actitud la que se introduce con mucha sutileza una vez que la persona retira los ojos de Dios. Si la sola presencia maravillosa de Dios no captura su devoción, ¿cómo van a sentirse satisfechos con algo más? Esta clase de descontento conduce a la gente a buscar otras formas de satisfacer sus necesidades. Es un estado peligroso, porque si las disposiciones maravillosas de Dios no son suficientes para retener la atención de una persona, ¿qué tomará su lugar?

La vida de Guillermo es un ejemplo perfecto de lo que le pasa a la persona que vive en el descontento. Educado en un hogar cristiano y mimado de muchas maneras, él no le dio ninguna importancia a su senda cristiana. Amaba a Dios, o al menos pensaba que lo amaba, y quería servirle. No obstante, cometió el error de no valorar su salvación por ser algo a lo que no le daba importancia ya que siempre la había tenido. Al transcurrir los años, Guillermo empezó a desarrollar una fascinación con la idea de tener una relación homosexual. Al principio alejaba con rapidez esos pensamientos de su mente. Pero poco a poco este deseo comenzó a establecerse en el corazón de Guillermo, y al final abandonó a su esposa por otro hombre. Estaba convencido de que solo esa fantasía satisfaría en verdad sus necesidades. Guillermo nunca cultivó una actitud de agradecimiento a Dios, y de ese modo lo sedujo con facilidad el pecado que él creía que le ofrecía verdadera satisfacción. Después de varios meses en el pecado y gracias al ayuno y la oración de su dedicada esposa, Guillermo al fin se dio cuenta de que había sido engañado por una mentira. Percibió el vacío del estilo de vida gay y regresó a casa.

3. EL CORAZÓN ENTENEBRECIDO

«Se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido».

Cuando una persona se desvía de Dios en lo profundo de su corazón, se vuelve vulnerable al pensamiento carnal. Pablo dijo que ellos «se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido» (Romanos 1:21). Dicha persona busca a su alrededor algo que le dé significado a su vida, que le ofrezca placer y satisfacción, y luego le permite a la mente especular, soñar despierta y fantasear.

Para el adicto sexual, sus pensamientos llegan a estar dominados por maravillosas relaciones y romances con otra gente. Quizás todo esto haya comenzado en la adolescencia, hojeando una revista pornográfica que llenó su mente con pensamientos acerca de tener sexo con todas esas parejas al parecer dispuestas. O tal vez haya sido en un encuentro homosexual juvenil con un amigo que lo introdujo al sexo. Para Guillermo, como para la mayoría de los hombres, comenzó solo con un pensamiento lascivo ocasional. Dondequiera que comience, esto solo lleva en una dirección, y es hacia abajo por un sendero resbaladizo hacia la oscuridad. Por desdicha, la mayoría nunca abandona este camino.

También es importante notar cómo la oscuridad empieza a apoderarse del corazón de una persona. Un punto crítico en la vida del hombre es cuando se entrega a imaginaciones vanas. La vida de Guillermo es un ejemplo de alguien que permitió que la fantasía ganara terreno en su mente, sin darse cuenta en realidad de que estaba entregando su preciosa mentalidad para que la adoptaran las fuerzas demoníacas.

Hasta este punto, Guillermo había dado los primeros pasos para entrar a la oscuridad. Ahora el pecado comenzaría a ejercer el dominio sobre su vida, un dominio que él le dio. Guillermo voluntariamente tomó la decisión de colocar a

Dios en segundo lugar en su vida, escogiendo no agradecerle y decidiendo especular acerca de otras cosas que no son del Señor, y de ese modo perdió el control. La oscuridad consumió su corazón y de repente se encontró dentro de la comunidad homosexual. Entonces el pecado fue libre para reinar en su vida. Pablo habla de los peligros de esto:

> No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia ... ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavo para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis? (Romanos 6:12-13,16).

Estas fuertes palabras indican la autoridad que le podemos dar al pecado en nuestra vida. Una vez que el pecado es el amo de la vida de una persona, prevalece la oscuridad; y donde reina la oscuridad, las fuerzas del mal dominan y controlan.

Cuando el pecado controla la mente de una persona, esta llega a ser menos sensitiva a la voz del Espíritu Santo. En otra carta, Pablo utiliza algo de la misma terminología que se encuentra en el capítulo uno del libro de Romanos para describir este fenómeno.

> Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer

> con avidez toda clase de impureza (Efesios 4:17-19).

La oscuridad de la mente significa falta de luz en el pensamiento de una persona. Mientras más se entregue un individuo al poder del pecado, con más dificultad crecerá hacia Dios. Todavía asistirá a la iglesia, entonará los cantos de adoración, e inclusive disfrutará el sermón, pero hay una gruesa callosidad alrededor de su corazón que le impide sentir ni tan siquiera ligeramente que el Espíritu Santo lo llama al arrepentimiento. Mientras más peca la persona, más grueso crece el callo. Al final se encontrará tan endurecido que ya no podrá discernir la verdad por sí mismo. Aunque es probable que todavía tenga alguna comprensión de la doctrina, la verdad habrá sido en efecto excluida de su corazón.

4. LA SUPRESIÓN DE LA VERDAD

«Cambiaron la verdad de Dios por la mentira»,

Pablo dice que estas personas «detienen con injusticia la verdad» (Romanos 1:18). Literalmente quiere decir que «son resistentes a la verdad o la mantienen a raya». El cuadro aquí es que Dios está tratando con desesperación de abrirse camino a través de la oscuridad del pensamiento del adicto al pecado con la luz de Jesús. Sin embargo, algo se desarrolla dentro de la persona que causa que rechace la verdad. El Espíritu Santo continúa introduciendo pensamientos convincentes en la mente del hombre, pero este tiene oídos sordos. No quiere escuchar la voz del Señor porque sabe que significaría renunciar a lo que quiere. No solo la verdad es ignorada, sino que ahora el engaño entra en escena. Las siguientes declaraciones son típicas de lo que la persona engañada se dice a sí misma, a fin de justificar su pecado o para evitar enfrentársele.
«Yo camino con Dios. Solo tengo este único problemita». Esta es la mentalidad de alguien que desea minimizar el mal

de su pecado para poder continuar en él. Tomemos por ejemplo el monstruoso mal de la pornografía. Incluso la persona que no ha llegado más lejos de ver pornografía en ocasiones o masturbarse, le está entregando todavía la mente y el corazón a la perversidad. ¡Nadie que mire pornografía anda con Dios! El hombre puede a veces tener experiencias con el Señor, pero como veremos más adelante en este libro, es indudable que no anda con él. Sencillamente la persona está halagando a su propio ego y engañándose.

«En este momento estoy atravesando un período difícil de mi vida, pero ya saldré de esto». Esto representa a alguien que sencillamente está esperando arrepentirse, imaginándose que puede clausurar el pecado cuando quiera. Tal vez no se dé cuenta de que el pecado sexual es una bestia que crece en proporción directa a lo que se le alimenta. Mientras más el hombre entrega, el pecado más le exige. «Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación» (2 Corintios 6:2). Mientras más la persona postergue el arrepentimiento, menor será la probabilidad de que alguna vez llegue a arrepentirse de su pecado.

«He tratado de abandonarlo. He tratado de seguir los pasos que este libro traza. Nada cambia. Soy tan adicto como siempre lo he sido». Muchos hombres que han oscilado entre su amor a Dios y su amor al pecado han creído con sinceridad que han hecho todo lo que han podido para encontrar la libertad, pero simplemente no funciona. Los que son honestos con ellos mismos se dan cuenta de que solo lo habían hecho sin ánimos de cambiar. Podrán tratar de convencerse de que en verdad lo intentaron, pero lo cierto es que no fue así.

Timoteo era un ejemplo de esto. Tenía una gran riqueza de conocimiento bíblico y conocía la verdad. Cuando le dije que necesitaba aplicar con fidelidad los principios de este libro a su vida cotidiana, él insistió en que lo había hecho, pero que

•Uno incluso sugería que los actos adolescentes de homosexualidad eran también «normales».

era inútil. Se salió del programa de rehabilitación al convencerse de que necesitaba terapia especial para «trabajar sobre esto». Después de desperdiciar un par de años, regresó con humildad a nuestra instalación, aunque lo hizo en peores condiciones que cuando se había ido. Entonces admitió que en realidad nunca había tratado de hacer las cosas a la manera de Dios. Al inicio se había engañado creyendo lo que quería creer.

«Dios comprende que yo soy hombre y que tengo pasiones naturales. La masturbación es lo que Dios ha dispuesto para mí hasta que me case». Algunos de los sicólogos cristianos más renombrados han dicho que la masturbación es una función normal que, a menos que se continúe en el matrimonio, por lo general es inofensiva.* En particular creo que se afirma esto con el fin de aliviar un poco la culpabilidad y la condena con que se asocia. No obstante, no se puede disculpar algo solo porque provoca que la gente se sienta culpable. ¡Puede ser normal que el hombre caído se masturbe, pero eso no lo hace aceptable ante los ojos de un Dios santo! Estas pasiones naturales se llaman «lujurias de la carne». Tal como lo descubriremos más adelante en este libro, el Señor nos ha dado respuestas con generosidad para ayudarnos a vencer estos deseos carnales.

Dios no perdona ni nunca perdonará la complacencia carnal y egoísta de la masturbación. Dios creó la sexualidad para que dos personas casadas se expresen amor y disfruten de la satisfacción mutua. El sexo fuera de este contexto se convierte en algo mezquino y sucio. Por ejemplo, ¿en qué piensa una persona cuando se masturba? La masturbación gira en torno a la lujuria y la fantasía, ninguna de las cuales aprueba Dios. Además, es la masturbación la que abre la puerta para favorecer la esclavitud. Intentar justificarla espiritualmente es engañarse a uno mismo.

5. APRETANDO LA CADENA

«Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas... recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío».

Cuando una persona continúa en pos de la fantasía sexual descubre que cada pecado en el que se involucra a la larga pierde el poder de satisfacerle. Al entregarse repetidamente a su rutina particular el nivel de tentación disminuye, porque el acto pecaminoso pierde su capacidad de complacer. Una vez que se haya entregado a la impureza de la lujuria, nada será capaz de mantenerla satisfecha. Se arrojará de un abismo de oscuridad a otro hasta que al final la persona queda saturada en una conducta despreciable. El pecado está apretando sus garras.

Al principio, el adicto desea satisfacerse cada vez más con una actividad específica. Puede ser la fornicación, el adulterio, la masturbación y cosas así por el estilo. Cuando la actividad sexual inicial comienza a perder su emoción, el adicto intentará mantener el alto nivel de excitación que está acostumbrado a lograr aumentando la frecuencia de su conducta. Cada vez regresará por más, porque las garras del pecado se han fortalecido. Y mientras más lo haga, más exigirá.

Sin embargo, al final la repetición no será suficiente para mantener interesado al individuo. Comenzará a desear de forma vehemente algo más oscuro, más degradante, más prohibido y más maligno. Se sentirá impulsado a recobrar la exuberancia que alguna vez sintió al principio de su pecado. Impávido ante cualquier temor a las consecuencias, su único propósito es el placer.

Mientras que una vez se satisfacía mirando *Playboy*, ahora se encuentra atraído hacia la pornografía fuerte. Tal vez podía haberse encogido de hombros ante el pensamiento de la homosexualidad, pero ahora se encuentra atraído ha-

cia ella. La imagen de su esposa que duerme con otro hombre le repugnaba en cierto tiempo, pero ahora se encuentra fantaseando acerca de eso. Cuando la persona cruza la barrera de la fantasía y entra al comportamiento real, descubre que mira las cosas de una manera diferente. Con el tiempo, empezará a tener pensamientos que están opuestos de modo directo a lo que sabe que es lo correcto. Por ejemplo, podría en verdad comenzar a pensar que la mayoría de las mujeres en realidad quieren sexo inmoral, pero que solo están inhibidas por las reservas de la sociedad. Una vez que alguien llega a este punto, su vida comienza a ser manejada con rapidez casi exclusivamente por su pecado. Ya no se puede contar con esta persona para tomar decisiones sanas y es probable que su vida se desmorone de forma rápida. Ya el placer pecaminoso le domina la mente. Por consiguiente, está obteniendo el pago dentro de su alma del castigo que tan abundantemente merece.

6. ENTREGADOS

> *«Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen».*

Una de las realidades aterradoras acerca de este ser, Jehová Dios, a quien servimos, es que él le dará a las personas lo que ellas han mostrado que desean. Esto se puede ver una y otra vez en las Escrituras. Consideremos aquel tiempo cuando los hebreos andaban errantes en el desierto. Dios trataba de darles a conocer sus maravillosos caminos, pero más bien ellos repetidamente deseaban tener el estilo de vida carnal de Egipto. No querían ser liberados de la oscuridad de Egipto, y hasta estuvieron dispuestos a pagar el precio de la esclavitud. No eran capaces de recordar los horrores que habían vivido allí, sino que solo tenían en la memoria lo bueno del país del Nilo. Añoraban las «ollas de carne» de Egipto. «¡Quién nos diera a comer carne! ¡Ciertamente mejor nos iba en Egipto!

... ¿Por qué salimos acá de Egipto?» (Números 11:18-20).

Después de haber soportado esta actitud por tanto tiempo, Dios al final se enfadó y dijo: «No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días, sino hasta un mes entero, hasta que os salga por las narices y la aborrezcáis, por cuanto menospreciasteis a Jehová» (Números 11:19-20). Se les dio exactamente lo que querían. Dios es paciente en extremo con su pueblo, pero el tiempo llegará si ellos continúan resistiéndose a sus avisos e insisten en pecar, porque él les entregará lo que desean. En este capítulo de Romanos encontramos tres veces las palabras «Dios los entregó».

Esta frase es una traducción de la palabra griega *paradidomai,* que literalmente significa traicionar o entregar a alguien. Encontramos que se usó en las palabras que Judas le habló al sumo sacerdote cuando dijo: «¿Qué me queréis dar, y yo os lo *entregaré!»* (Mateo 26:15). Jesús utilizó la misma palabra cuando describió la persecución de los últimos días: «Entonces os *entregarán* a tribulación» (Mateo 24:9). El significado exacto de esta palabra, como se utiliza en el contexto del capítulo uno de Romanos, es este: Si insistes en mantener tu pecado, el tiempo vendrá cuando Dios hará que te rindas ante el poder del enemigo.

La imagen aquí es la de un traidor que es dejado en manos del enemigo para que se valga por sí mismo. La persona que ha abandonado al Señor en realidad descubre que es ella misma la que está abandonada. Lo que el apóstol Pablo ilustra en este pasaje no es tanto la acción de uno que entrega a otro, sino más bien el retiro de la protección de uno sobre el otro. En el caso del creyente, Dios retira la gracia en espera de que el hombre abandone el pecado. La mayoría se da cuenta de que es la gracia del Señor lo que mantiene a las personas impedidas de arrojarse al insondable mundo del pecado. Cuando Dios es rechazado más allá de lo prudente, al final él retira esa gracia protectora y le permite a la persona tener lo que ha demostrado que en realidad quiere. Esto no

significa que Dios se ha dado por vencido por completo con respecto a esta persona. Pero la convicción del Espíritu Santo ya no le afecta. Su mente ya no piensa con cordura, se ha torcido su pensamiento. Se encuentra haciendo cosas que son literalmente insanas porque su mente ha llegado a depravarse.

7. LLENOS DE TODA MALDAD

> *«Quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican».*

Si se le abandona a sí mismo, el pecador se lanza al pecado. Ardiendo con una intensa llama de lujuria, ya no se encuentra con la capacidad para contenerse. Se va hundiendo cada vez más en el inmundo pozo negro de la depravación. Nada es demasiado indecoroso, vergonzoso o ilícito. Ahora está llena la copa de la iniquidad. Se le ha dado al pecado el reinado completo sobre la mente del hombre. En vez de desbordarse de amor por Jesús, el hombre se encuentra repleto de depravación. La única cosa que lo mantiene en línea es cualquier temor que todavía pueda conservar de Dios, la ley o la posible pérdida de sus seres queridos.

Habiendo llegado hasta este lugar, se encuentra disfrutando de la compañía de otros que viven en la misma degradación. Tienen sus repugnantes deseos en común. No solo disfrutan de la compañía mutua, sino que también dan su vigorosa aprobación a los actos vergonzosos de los demás. Todos ellos han encontrado una forma de racionalizar sus estilos de vida. Las personas que viven una vida sexual desenfrenada hablan acerca de cómo tienen el «valor» para salir a divertirse, mientras que el resto de la sociedad está demasiado inhibida. Los homosexuales se convencen entre sí de que ellos nacieron «así». Los pederastas alegan que los niños tienen mentes propias y que tienen el derecho de decidir si quieren

tener sexo o no. Ellos se rodean de otros que les ayuden a liberarse de la responsabilidad de su pecado y que apoyen su forma de pensar. Todos han caído al precipicio. Sus mentes se han depravado y sus conciencias se han endurecido. Han permitido que la oscuridad rija sus vidas, por lo tanto, están llenos de toda maldad.

Esta sección de la Biblia, que se encuentra en el libro de Romanos y la cual estamos analizando, representa una gigantesca flecha que apunta hacia abajo. Jesús les respondió: «De cierto, de cierto os digo que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado» (Juan 8:34). Pablo dijo: «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte o sea de la obediencia para justicia?» (Romanos 6:16). Salomón dijo: «Prenderán al impío sus propias iniquidades, retenido será con las cuerdas de su pecado» (Proverbios 5:22). Y el salmista dijo: «Algunos moraban en tinieblas y en sombra de muerte, aprisionados en aflicción y en hierros, por cuanto fueron rebeldes a las palabras de Jehová, y aborrecieron el consejo del Altísimo» (Salmo 107:10-11).

¿Podrá haber un cuadro más terrible de la esclavitud que este del creyente que adora al ídolo de la sensualidad en su interior y satisface sus lujurias exteriormente? No hay peor esclavitud que la de la lujuria. Es imposible satisfacer sus exigencias. El pecado nunca se satisface.

tres

LOS CUATRO MOTIVOS PRIMORDIALES

SALOMÓN NOS DA cuatro motivos para el sexo ilícito. En este capítulo examinaremos cada uno de ellos en detalle.

1. LO PROHIBIDO

> La mujer insensata es alborotadora; es simple e ignorante. Se sienta en una silla a la puerta de su casa, en los lugares altos de la ciudad, para llamar a los que pasan por el camino, que van por sus caminos derechos. Dice a cualquier simple: Ven acá. A los faltos de cordura dijo: Las aguas hurtadas son dulces, y el pan comido en oculto es sabroso. Y no saben que allí están los muertos; que sus convidados están en lo profundo del Seol (Proverbios 9:13-18).

En este pasaje de la Biblia, Salomón nos da una excelente ilustración del primer motivo: lo prohibido. Nos muestra a una prostituta sentada a la puerta de su casa para seducir a los ingenuos. Salomón nos dice que ellos caerán en su trampa. La palabra hebrea que se utiliza aquí para ingenuo *es peti.* Los eruditos bíblicos nos dan esta definición: «La idea básica del verbo es ser abierto, espacioso, amplio, y se podría referir al inmaduro o ingenuo que está abierto a toda clase de tentación y que no ha desarrollado criterios juiciosos en cuanto a lo que es correcto o erróneo».[1] Esto describe con exactitud la forma en que yo era con anterioridad. Siempre estaba *abierto*

para probar nuevas experiencias, sin que importasen los peligros o posibles consecuencias implicadas. Si era algo prohibido, tanto mejor.

Uno de los rasgos más fascinantes del sexo ilícito es su índole prohibida. Al parecer, mientras más prohibido, más atractivo tiende a ser. Esta es una de las razones por las cuales un hombre cristiano casado, adicto al sexo, siente la necesidad de estar con otras mujeres. No le está permitido hacerlo. Está «prohibido». Por eso, para el cristiano que se siente presionado a vivir una vida virtuosa y que está luchando de forma constante para resistir las exigencias de la carne, tal cosa puede ser abrumadoramente irresistible debido a esta razón. Desear lo que es prohibido es parte de la naturaleza caída del hombre. ¡Simplemente traten de dejar solo a un niño de cuatro años de edad en un cuarto, con una caja que se le ha dicho que no abra!

El libro de Génesis dice que Eva se sintió tentada a comer del único árbol que estaba prohibido por Dios. Aparentemente la prohibición lo hacía más deseable. Lo mismo sucede con el sexo; mientras más prohibido, más se desea. Y esto es lo que excita a un individuo. Si tiene la seguridad de que puede tener acceso a una mujer, por lo general le producirá una emoción ordinaria. Sin embargo, si una determinada mujer lo provoca y luego pretende que no esta interesada en irse a acostar con él, esto lo incita de modo considerable. La simple interrogante en su mente acerca de si ella se rendirá ante él o no es suficiente para mantenerlo subyugado. La moral, la ley gubernamental o la ley divina evita que mucha gente persiga «lo prohibido». De lo contrario, mucha gente sería incapaz de refrenarse. Repito, todo esto se debe a la naturaleza caída del hombre. Esta motivación entra en juego en especial con los violadores, los pederastas (violadores de niños), los que se toman libertades indecentes y los mirones.

El violador, aunque motivado por un espíritu de poder y por lo general de ira, desea tener lo que es ilegal. Ve a una mujer que camina por la calle y la idea de vencerla, de for-

zarla y hacer lo que desea, lo excita de inmediato. Ella no ha consentido en que él disfrute sus encantos. En vez de eso, son para el hombre que ha seleccionado. El deseo apremiante de tomar lo que es ilícito es una fuerza impulsora muy poderosa en la vida del violador. De lo contrario, sencillamente le pagaría a una prostituta para que lo dejara subyugarla. Como esto disminuiría su excitación, prefiere tomar por la fuerza lo que no le pertenece.

Ramón era un violador declarado culpable. Admitió haber violado a varias mujeres antes de que lo agarraran. Lo que lo motivaba era la satisfacción de tomar «posesión» de las mujeres, aunque solo fuese por un breve tiempo. Ninguna de estas mujeres era tan encantadora como para que él tuviese que tenerla, ni tampoco estaba incitado sexualmente de forma tan excesiva como para que en realidad tuviese que tener sexo con una mujer. Más bien se trataba de la elevada estimulación que experimentaba cuando consideraba el pensamiento de dominar a una mujer y tomar posesión de su cuerpo. Solo quería disfrutar de lo que le estaba estrictamente prohibido.

Los motivos de los violadores de menores son levemente diferentes de los de un violador de adultos. También busca lo que le es prohibido, pero no es el acto de dominar a otro lo que le excita. En realidad, casi siempre intentará lograr lo que quiere por medio de convencer, seducir o sobornar a sus víctimas. No está interesado en luchar por lo que quiere; él anhela víctimas dispuestas. Su motivo proviene de tener lo más prohibido de nuestra sociedad: un niño o una niña. No se detiene a examinar sus sentimientos. No se toma el tiempo para determinar por qué una niña lo atrae sexualmente. Solo sabe que lo atrae. ¿Pero por qué lo hace? ¿Por qué la carne de una jovencita lo excita más que la de una mujer perfectamente desarrollada? Es porque está prohibido. Mientras más joven sea la niña, más prohibido es el acto. Esta es la fuerza que impulsa al pederasta.

El siguiente tipo de adicto cautivado por lo prohibido es el hombre que disfruta de tomarse libertades indecentes con las mujeres, en especial en lugares muy concurridos. De forma audaz se coloca en lugares donde hay mujeres en un sitio muy apretado. Puede ser en un autobús atestado de gente o haciendo una fila. Con cuidado escogerá el momento de su llegada para que coincida con el de la mujer de su selección. Si tiene suerte, el autobús girará de forma abrupta, y él «accidentalmente» se restregará contra ella. Inclusive podría ser lo suficiente descarado como para colocar la mano de tal manera que le toque alguna parte de su cuerpo.

Por último, el buscador más obvio de lo prohibido es el mirón. Pasa largas horas caminando por los barrios, en busca de la ventana perfecta para mirar adentro, con la esperanza de conseguir un «buen vistazo». Un solo atisbo de un cuerpo humano hace que la espera valga la pena.

Tomemos a Raúl, por ejemplo. Manejaba su carro de noche por los alrededores buscando ventanas potenciales. Lo que más le excitaba era poder mirar a alguien en sus actividades normales, sin que los demás se dieran cuenta. La ilusión de ver a alguien que se desvestía o que tenía relaciones sexuales lo mantenía apostado en la ventana. ¿Por qué no iba sencillamente a un espectáculo donde las mujeres se desnudan? Raúl también estaba hipnotizado por lo prohibido.

2. SATISFACCIÓN DEL EGO

> Para que te guarden de la mala mujer, de la blandura de la lengua de la mujer extraña. No codicies su hermosura en tu corazón, ni ella te prenda con sus ojos, porque a causa de la mujer ramera el hombre es reducido a un bocado de pan; y la mujer caza la preciosa alma del varón ... ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemen? (Proverbios 6:24-28).

El segundo factor que motiva, asociado con el sexo ilícito, es la satisfacción del ego. La atención de una bella mujer puede provocar de modo veloz el interés de casi cualquier

hombre. También las mujeres con frecuencia son vulnerables a esta tentación. El hombre que visita los prostíbulos es a menudo embaucado por este truco del diablo. No considera el hecho de que las prostitutas solo ponen en escena un acto para conseguir su dinero. En su subconsciente él lo sabe, pero no le importa. Quiere que se fijen en él. Le gusta sentirse necesitado. Desea sentirse como un verdadero hombre. Así que ella es un instrumento para adular su ego, haciéndolo sentir bien y viril, todo al mismo tiempo... por supuesto que por un pequeño precio. Aunque sea solo una representación, siempre está dispuesto a pagar, sencillamente por la forma en que ella lo hace sentirse.

Para este adicto sexual la prostituta refuerza su pensamiento de grandiosidad, de «ser alguien especial que la gente no comprende». En realidad, muy dentro de sí, él se siente inferior y se compensa por esto aparentando ser más de lo que es. Las palabras serviles de una prostituta tranquilizan por un tiempo su frágil ego. Se siente mejor acerca de sí mismo por un rato. Sin embargo, eso dura poco, porque no cambia los profundos sentimientos de inferioridad que tiene con respecto a su persona. Para un hombre que se siente poco apetecible, una cita con una prostituta de hablar acaramelado es como una salida rápida que eleva su autoestima.

El tipo «don Juan», en alguna parte de su pasado, ha llegado a creer de modo erróneo que el seducir mujeres lo hará sentirse mejor con relación a sí mismo. Se imagina que «conquistar» a una mujer convencerá a los demás de cuán deseable debe ser él. Puedo recordar innumerables veces cuando me despertaba con una mujer nueva y me sentía como si estuviese en la cima del mundo. El acto sexual en sí pudo haber sido simplemente mediocre, pero yo había logrado poseer su cuerpo con mis encantos. El mujeriego piensa que es un gran seductor.

La mujer con el hábito del pecado sexual puede realizar su rutina por una razón levemente diferente. Ella, como el mujeriego, inicia su conducta a fin de reforzar el sentido

de su propia valía. La diferencia está en que la mujer también trata de satisfacer la necesidad de sentirse amada. Puede o no experimentar placer en el sexo. Lo más importante para ella es tener una experiencia que la haga sentirse deseada como mujer. El caso de Martha es un buen ejemplo. Ella con frecuencia se encontraba con hombres en la cama. Había sido violada y abusada sexualmente cuando niña y llegó a verse como sucia e indigna de un verdadero amor. Sentía que su único mérito como ser humano era complacer a los hombres, así que eso es lo que hacía. En lo profundo de su ser, trataba de adquirir su propia aprobación teniendo sexo a fin de complacer a los hombres. Si lograba que la apreciaran, de alguna manera se sentía mejor con relación a sí misma.

Mientras que los mujeriegos y los don Juanes son las víctimas principales de la tentación de la satisfacción del ego, hay otros que también son víctimas. Un violador, un abusador sexual de niños o un exhibicionista, en su retorcido pensamiento, lograrán satisfacer su ego con su actividad porque imaginan que sus víctimas disfrutan de la experiencia. Las películas pornográficas que muestran muchachas que son violadas y que de modo gradual empiezan a disfrutarlo pueden apoyar o causar que algunos hombres justifiquen su conducta pervertida. Ellos suponen que sus víctimas responderán de una manera similar, resistiéndose al inicio, pero al final disfrutando de lo que se les hace.

Hay una persona más que el enemigo seduce con esta mentira de la satisfacción del ego. Esta persona ni siquiera es adicta sexual y puede tener una relación con Dios al parecer maravillosa, sin percatarse de que está experimentando este problema. Me estoy refiriendo a la muchacha común que se ha convertido en «adicta» a la trampa de que los hombres se fijen en ella. Las mujeres actuales están bajo una tremenda presión de parte de la sociedad (bombardeadas por los medios de comunicación y la publicidad) para que se vean atractivas, eróticas y seductoras ante el sexo opuesto. Compiten entre sí para verse elegantes y atraer las miradas de los hom-

bres. Lo que es en especial una pena es que tal competitividad ande desenfrenada en la iglesia de hoy en día. A veces es chocante ver lo que visten las muchachas cristianas. Por desdicha, ellas han permitido que el mundo viole, o incluso sustituya, su propia moral por el fuerte deseo de atraer la atención de los hombres. El sexo ilícito y la atención del sexo opuesto nunca han satisfecho —y nunca satisfarán— las necesidades primordiales del individuo. Solo aceptándonos a nosotros mismos como Dios nos acepta es que uno experimentará en verdad el sentido de su propia valía. Esto llega a medida que aprendemos a amar a Dios y a los demás. Franklin Worthe escribe:

> La imagen que tenemos de nosotros mismos es de vital importancia para el proceso de cambio. Sin embargo, está entrelazada con nuestra imagen de Dios y de los demás. Hasta que tengamos una relación personal con Dios, amándolo y confiando en él, no podremos nunca relacionarnos con los demás. No tendremos ningún amor verdadero para compartir. Solo cuando amamos a Dios y compartimos su amor es que podemos sentirnos de la forma correcta con relación a nosotros mismos. En cierto sentido, nuestra propia imagen es el resultado de un proceso de filtración.[2]

3. PREMIARSE UNO MISMO

> Dije yo en mi corazón: Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes. Mas he aquí, esto también era vanidad ... También coleccioné para mí mismo ... muchas concubinas. Fui engrandecido y prosperé más que todos cuantos fueron antes de mí en Jerusalén; a más de esto, conservé conmigo mi sabiduría. No negué a mis ojos ninguna cosa que desearan, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón se gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi parte de toda mi faena. Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para

> hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol (Eclesiastés 2:1,8-11).

El tercer motivo para la actividad sexual ilícita es premiarse uno mismo. Hay varias cosas que iniciarán la decisión de un adicto para acudir hacia su lugar de placer. Uno de los factores que contribuyen es el sentimiento de justificación que llega cuando el adicto se dice a sí mismo que él se merece tener alguna diversión. Para la persona que obtiene satisfacción temporal del comportamiento compulsivo es fácil utilizar este pretexto como recompensa. En el pasado, mi esposa justificaba su lucha contra el gasto compulsivo de dinero. Se decía a sí misma que había trabajado duro toda la semana y que se merecía darse el lujo de un nuevo vestido. «Después de todo, ¿para qué estoy trabajando si no puedo disfrutar el dinero?», se preguntaba. (Lo que ella no tomaba en consideración eran las facturas de la tarjeta de crédito y las deudas que en realidad contraía por los regalos que ella misma se hacía.) Sencillamente los consideraba como «una factura más».

Examinemos a Salomón, que hizo muchas cosas grandes y maravillosas con el reino que heredó. Fue Dios el que bendijo a Israel durante esa época, pero Salomón administró con efectividad sus asuntos. David llevó a Israel al poder, pero Salomón llevó a la nación a la prominencia. No solo la llevó a una posición de grandeza económica, sino que construyó el templo de Dios. Al mirar sus grandes logros, se convenció a sí mismo de que merecía un premio. Su primer error fue atribuirse el mérito que le pertenecía a Dios. En vez de agradecerle a Dios por todas las cosas maravillosas que había hecho, Salomón se atribuyó esas bendiciones él mismo. Deshonró a Dios, robándole la gloria que le pertenecía solo al Señor. Luego comenzó a codiciar a las mujeres extranjeras que vivían en Israel. Acariciaba «especulaciones vanas» y se sumergió en el mundo de la fantasía. Al permitir que sus fantasías tomaran control de su mente, la oscuridad se acomodó en

su corazón. Por consiguiente, se premió a sí mismo tomando cientos de esposas y concubinas extranjeras, lo cual Dios había declarado fuera de la ley. Él sabía que era incorrecto, pero lo justificaba en su mente diciéndose a sí mismo que las merecía. Como resultado, Salomón experimentó la espiral de la degradación descrita en el capítulo anterior.

Nadie se merece pecar. El pecado no es una cosa que se merezca o que se desee, sino que es algo que se debe evitar a toda costa. Dios bendice la obediencia y da abundantes recompensas como estime conveniente. En realidad, él se complace mucho al recompensar a sus hijos cuando le obedecen. Buscar la propia recompensa, en especial para satisfacer nuestra lujuria pecaminosa, solo acumulará aflicción sobre uno mismo.

4. LA VARIEDAD

> Hijo mío, está atento a mi sabiduría, y a mi inteligencia inclina tu oído, para que guardes consejo, y tus labios conserven la ciencia. Porque los labios de la mujer extraña destilan miel, y su paladar es mas blando que el aceite; mas su fin es amargo como el ajenjo, agudo como espada de dos filos. Sus pies descienden a la muerte; sus pasos conducen al Seol... ¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la mujer ajena y abrazarás el seno de la extraña? (Proverbios 5:1-5,20).

El cuarto motivo para la actividad sexual ilícita es la variedad. Salomón compara los labios de una mujer extraña a la miel y al suave aceite. ¿Por qué hace tanto alarde de la belleza de una mujer extraña? Probablemente porque es diferente. Dios infundió en nosotros una atracción natural hacía el sexo opuesto, pero nosotros podemos profanarlo por nuestro pecado. La vida de Salomón nos habla de este motivo:

> Pero el rey Salomón amó, además de la hija de faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón

> y a las heteas; gentes de las cuales Jehová había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor. Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón (1 Reyes 11:1-3).

El deseo de una persona por la variedad a menudo se manifiesta a través de la conducta obsesiva. Uno nunca llega a satisfacerse, como lo prueban los excesos de la vida de Salomón. Puedo recordar cierta vez en que pasé toda la noche con dos muchachas, y sin que hubieran transcurrido quince minutos después de dejarlas a la siguiente mañana, me encontré con una prostituta que me atraía y le compré sus servicios. No había tenido suficiente placer. Cualquiera que sea adicto a la variedad nunca llegará a satisfacerse. Cada película pornográfica será emocionante solo hasta que se haya «capturado» o experimentado de alguna manera, dejando que disminuya la novedad. Se podrían señalar estos mismos sentimientos en el don Juan que quiere conquistar a las mujeres. Utilizará a cada una hasta que haya terminado con ella, y luego buscará nuevas aventuras.

Es probable que la variedad sea la mentira más grande que Satanás engendra para provocar la actividad ilícita. Cuando andaba en mi vida de pecado, llegaba a obsesionarme con el pensamiento de un cierto tipo de muchacha, por ejemplo una rubia. Después de que seducía a una y de que había experimentado con ella lo suficiente como para estar «satisfecho», me encontraba hipnotizado con el pensamiento de un tipo diferente de muchacha, tal vez una morena alta. Luego de seducir a una morena, regresaría a pensar en las rubias o las pelirrojas o en cualquiera que fuere. Continuaba siendo engañado, pues creía que si tan solo pudiera tener un tipo determinado de muchacha, estaría satisfecho. En realidad nun-

ca estuve satisfecho ni nunca lo hubiera estado. Es indudable que la búsqueda de la variedad es la razón primordial para la mayor parte del comportamiento sexual ilícito. El mundo promueve la variedad como el sabor de la vida. Yo digo que esto es una mentira vacía de Satanás.

c u a t r o

LA NECESIDAD DE VIVIR EN LA LUZ

TIMOTEO HABÍA SIDO PASTOR de jóvenes de una floreciente iglesia fundamentalista por seis años cuando surgieron las sospechas de que había estado sexualmente involucrado con una muchacha de secundaria de su grupo juvenil. Cuando Tomás el pastor lo confrontó sobre tales acusaciones, Timoteo admitió que eran ciertas y le pidió perdón llorando a la junta directiva de la iglesia. El pastor continuó interrogándolo más sobre otros posibles incidentes con otras muchachas. Timoteo negó con sinceridad que hubieran habido otras relaciones. La junta directiva de la iglesia aceptó sus disculpas al pie de la letra y decidió que no era necesario exponer el pecado de Timoteo ante la congregación. Se desechó como debilidad temporal frente a la tentación y se le permitió permanecer como pastor de jóvenes.

Alrededor de tres años más tarde empezaron a salir a la luz nuevos incidentes. Una vez más el pastor confrontó a Timoteo con las sospechas. Y de nuevo Timoteo (al igual que antes) solo admitió el hecho sobre el cual se le interrogaba. Esta vez el pastor Tomás le pidió que renunciara a su cargo. A solicitud de él, se le permitió presentar una declaración ante la congregación en una reunión de trabajo de la iglesia. Debido a que el joven y encantador ministro describió un cuadro muy conmovedor y convincente de arrepentimiento, la iglesia de

inmediato votó para que se le mantuviera su sueldo mientras atravesaba por un proceso de restauración y consejería. No obstante, más tarde se descubrió que aun durante este período de rehabilitación Timoteo continuaba teniendo encuentros sexuales con otras muchachas adolescentes.

Enrique dirigía uno de los ministerios de rehabilitación para drogadictos más exitoso del país. Poseía una personalidad atractiva y tenía una habilidad natural para conducirse de una manera profesional. Carismático, se ganaba la confianza de la gente. Era la imagen del nuevo liderazgo que surgía en la iglesia de los años noventas. Sin que nadie lo supiera, él visitaba con regularidad los prostíbulos y tenía relaciones sexuales con mujeres de su comunidad.

Carlos, un ministro de una iglesia de corte carismático, cuyo padre y abuelo habían sido pastores, era uno de los jóvenes predicadores de gran porvenir de su denominación. Tenía tanta capacidad para impresionar emocionalmente a la gente que era requerido de forma constante como orador. Todo el mundo adoraba a Carlos. Hasta el superintendente de su distrito denominacional lo había acogido bajo su protección personal. Si él se hubiera dado cuenta de la vida secreta de Carlos, las cosas hubieran sido diferentes. Después de cumplir con la mayoría de sus compromisos como orador, Carlos se «premiaba» a sí mismo en un prostíbulo. También había empezado a beber, llevando siempre una botella de licor en su saco. Su esposa estaba enterada de su vida secreta, pero lo encubría por temor a dañar su reputación dentro de la denominación.

Estas historias representan un degradante submundo que prospera en la actualidad dentro del ámbito del cristianismo estadounidense. Una reciente encuesta que realizó la organización cristiana Cumplidores de Promesas, en los Estados Unidos, reveló que el sesenta y cinco por ciento de los hom-

bres encuestados informaron del uso regular de la pornografía.[1] Sin embargo, el pecado sexual es indudablemente un problema de enormes proporciones en el cuerpo de Cristo, y por lo general no se denuncia. Existen numerosas razones por las cuales estos hombres mantienen oculto su pecado.

En primer lugar, es vergonzoso admitir el pecado sexual. En nuestra sociedad se adula a un hombre por ser un don Juan, pero casi cualquier otro comportamiento sexual que esté fuera de control se mira con suspicacia e inclusive con desdén. Si un hombre admite sus luchas ante un pastor, desde ese día se preguntará qué pensará su líder espiritual de él: «¿Pensará que soy raro? ¿Se preocupará de que yo esté cerca de los adolescentes, o peor todavía, de los niños? ¿Estará ese sermón sobre la lujuria dirigido a mí? ¿Le habrá dicho a otros de la iglesia acerca de mi problema?» Estas preocupaciones hacen difícil que el creyente pueda confiar en su pastor, y ni se diga en otros de la iglesia.

En segundo lugar, aunque nuestra sociedad no considera que la fornicación o incluso el adulterio sean vergonzosos, en el movimiento evangélico estos pecados se consideran graves. Una mujer puede tener el terrible hábito de propagar chismes en la iglesia, un hombre puede estar obsesionado con su trabajo a costa de su familia, otro puede ser en extremo crítico con los que lo rodean, pero estos —así como muchos otros pecados— se pasan por alto en la iglesia. No obstante, si un hombre admite haber cometido adulterio, al instante se le juzga como alguien que está lejos de Dios. Aunque es probable que esa sea la verdad, existe desde luego una doble norma dentro del cuerpo de Cristo.

Otro factor que contribuye para que un hombre mantenga oculto su pecado es la facilidad con que se puede llevar una doble vida, siendo religioso en lo exterior y practicando un pecado sexual en secreto. A diferencia de lo que ocurre con el abuso de drogas o el alcoholismo, un hombre puede mantener una vida normal aparente, sin que se le descubra. Hay un estilo de vida que acompaña al que se embriaga. Las

drogas y el alcohol afectan la capacidad de la persona para funcionar de modo adecuado. La mayoría no puede mantener esta clase de hábito en secreto. En cambio, un hombre puede ser presidente, una celebridad o hasta un famoso evangelista y mantener una fachada exterior de respetabilidad, pero ser un adicto sexual.

CUANDO LO INTERNO NO CONCUERDA CON LO EXTERNO

Todos tenemos un mundo interior que se compone de las diferentes partes de nuestro ser íntimo: corazón, alma, mente, espíritu, intelecto y emociones. Los pensamientos, sentimientos, actitudes, sensaciones y aquello en lo que creemos es lo que somos internamente. Es ahí donde nacen los sueños y se lamentan los fracasos, y es donde se ponen en movimiento los procesos intrincados y se contemplan las decisiones de la vida. Allí también encontramos las emociones incompatibles de amor y odio, simpatías y antipatías, atracción y repulsión. Nuestro mundo interior es donde vivimos nuestra existencia cotidiana.

Algunos son considerados «abiertos» porque no tiene miedo de revelar sus pensamientos y sentimientos acerca de otras personas. A otros se les considera como «cerrados» porque se sienten angustiados cuando las personas llegan a intimar demasiado. A pesar de qué tan dispuesta esté la persona para hablar acerca de sus sentimientos, la verdad es que nunca permitirá por completo que otro conozca la parte más profunda de su ser interior. Este es un lugar sumamente privado, la parte interna de un ser que se considera sagrada.

La vida exterior permanece en contraste con el mundo interior y se refleja en la manera en que hablamos y actuamos frente a los demás. Todos tenemos una imagen que intentamos mantener, una forma en la cual queremos que nos vea el resto de la gente. Alguien podría querer que lo vieran como intelectual y culto. Uno querrá proyectar una imagen de rudo,

mientras que otro pretenderá que lo perciban como dulce. Las impresiones que deseamos proyectar están entrelazadas en todo lo que decimos y hacemos en presencia de otra gente.

La tendencia a proyectarnos de la forma en que queremos que nos vean los demás también se traslada a la vida espiritual, donde encontramos la irresistible tentación de hacernos aparecer bajo una luz favorable. Si somos cristianos y vivimos rodeados de otros cristianos, tendemos a proyectarnos como «espirituales». ¿Por qué? En los círculos cristianos el verse «espiritual» es lo que causa que los demás nos admiren y nos respeten. Que alguien admita fallas, derrotas o un pecado indecente, sería admitir ser un fracasado en el cristianismo, lo que produciría horror en la gente.

Como Jesús comprendió los temores con los que luchaban las personas, se tomó el tiempo cierto día para hablar de este tema. Volviéndose hacia sus seguidores más cercanos, les dio esta seria advertencia:

> Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse. Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá; y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas. Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed (Lucas 12:1-5).

Todos tenemos hasta cierto punto temor de lo que los demás piensen de nosotros. Supongo que esto comienza en el patio de recreo, donde los niños suelen ser tan crueles entre sí. El temor se ahonda durante los años difíciles de la adolescencia y llega a incrustarse en la edad adulta. Jesús dice que

debemos superar estas preocupaciones y en lugar de eso entregar nuestros temores a Dios: «Temed aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed» (Lucas 12:5). En otras palabras, debemos estar más preocupados por la realidad de nuestra condición espiritual interior que por la manera como nos vemos externamente ante los ojos de los demás.

El conflicto entre la forma en que nos presentamos en nuestro exterior y la manera como vivimos nuestras vidas internamente es un tema predominante en la Biblia. Pablo dijo: «Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu y no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios» (Romanos 2:28-29). Pedro le dijo a las mujeres cristianas de su tiempo: «Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible adorno de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios» (1 Pedro 3:3-4). Dios dijo a través del profeta Isaías: «Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado» (Isaías 29:13). Y el profeta Samuel señaló: «Porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón» (1 Samuel 16:7).

Hay más de dos mil referencias directas acerca de la vida interior en la Biblia, pero hay referencias indirectas en casi todas las páginas. Es claro que la Biblia hace un marcado énfasis en lo que sucede dentro de nosotros. Muchos cristianos de hoy se parecen bastante a los fariseos, a los que se dirigió Jesús en Lucas 11:39 diciendo: «Limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y maldad». En esencia, ellos ignoran la importancia de su vida

interior y escogen concentrarse en presentar ante el mundo la apariencia exterior más favorable.

El apóstol Juan observó cómo tal cosa también sucedía a su alrededor. En su primera carta escribió lo siguiente con relación a esto:

> Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo, nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros (1 Juan 1:6-10).

	Lo que decimos	Lo que hacemos	Resultado o realidad de la situación
v. 6	tenemos comunión con él	andamos en tinieblas	mentimos, y no practicamos la verdad
v. 7	______	andamos en luz	tenemos comunión y la sangre de Jesucristo nos limpia
v. 8	no tenemos pecado	nos engañamos a nosotros mismos	la verdad no está en nosotros
v. 9	confesamos nuestros pecados	______	él nos perdona y nos limpia
v. 10	no hemos pecado	le hacemos a él mentiroso	su palabra no está en nosotros

FIGURA 4-1

En la figura 4-1 podemos ver un análisis de esos versículos de la primera carta de Juan. Hay tres categorías. Primero, lo que decimos, que es sencillamente lo que le transmitimos a los que están a nuestro alrededor. La segunda clasificación es lo que hacemos. Nuestras acciones hablan de nuestra verdadera condición, lo que en realidad somos. La tercera categoría describe el resultado, la consecuencia de lo que decimos

y de lo que hacemos. Cuando una persona le echa la culpa a otra, minimiza u oculta su pecado. El mensaje que esta envía a los que están a su alrededor es que no tiene pecado. Por supuesto que puede que en realidad nunca diga las palabras: «Yo no tengo pecado». Simplemente trata de convencer a los demás de su inocencia, enmascarando o minimizando su pecado. Cuando Juan escribió estas palabras estaba refiriéndose a todos los cristianos. La verdad es que todos tenemos algún grado de pecado; nadie está exento. Aquellos que están en pecado sexual oculto son los más culpables de hipocresía porque su pecado es mucho más profundo que el del creyente promedio.

Este pasaje de Juan nos señala con toda claridad que es vital y en extremo importante sacar nuestro pecado a la «luz» a través de una confesión abierta. La palabra griega para confesión es *homologeo,* que literalmente significa «ser de una mentalidad, llegar a un acuerdo con otro». Ya sea que reconozcamos o no, ante nosotros mismos o ante los demás, que nuestro pecado está presente, todavía existe y Dios lo ve. Cuando declaramos nuestros pecados, o «caminamos en la luz», la sangre de Cristo benignamente nos limpia de culpa y entramos en una relación a un nivel espiritual con el creyente al que le contamos nuestro pecado. Para una persona no es suficiente con entablar un combate contra su pecado. Debe entrar a la luz en compañía de otros creyentes. La oscuridad es el dominio del diablo. Los que se rehúsan a entrar en la luz con relación a su pecado escogen permanecer en la oscuridad.

LA REVELACIÓN

El cristiano que piensa que puede continuar escondiendo su pecado, al final descubrirá que Dios lo ama demasiado como para permitirle que permanezca atado a su pecado secreto. Este puede hacerse evidente en su conversación (Proverbios 12:13), por su mirada lasciva a las mujeres (Mateo

6:23) o por sus peculiaridades. En algún momento, su vida secreta se revelará ante los que le rodean. Jesús prometió esto cuando dijo: «Porque nada hay oculto, que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de ser conocido, y de salir a luz» (Lucas 8:17).

Tomás era pastor de una pequeña iglesia del estado de lowa. Era adicto a la pornografía y a menudo frecuentaba prostitutas de una ciudad cercana. Cada vez se le hacía más difícil llevar esta doble vida. La gente lo respetaba como su guía espiritual, y sin embargo había veces cuando para los demás era bastante obvia la suciedad de su mente. Como veía películas pornográficas con regularidad, estaba acostumbrado a un lenguaje sexual. En cierta ocasión, en presencia de algunas mujeres de la iglesia, se le cayó un plato y se hizo pedazos. Antes de que se diera cuenta había proferido una maldición. En otra ocasión siguió con los ojos a una muchacha escasamente vestida, y al voltearse descubrió que uno de sus diáconos lo observaba.

El cristiano que está implicado en el pecado sexual podrá esconder su verdadera identidad solo por un tiempo determinado. Es bien sabido que Dios trae humillación a sus hijos para llamarles la atención. Si Dios considera que es necesario, lo hará. El Señor es muy paciente y benévolo con nosotros, pero nos ama demasiado como para dejarnos en nuestro pecado.

Este fue el caso de un ministro que tenía una relación adúltera con una de las mujeres de su iglesia. Cierto día estaba en su oficina hablando por teléfono con su «novia». Sostenían una conversación sexual cuando de alguna manera, sin que él se diera cuenta, apretó de forma accidental el botón del intercomunicador. La conversación se transmitió por toda la iglesia. Más tarde él pudo mirar hacia atrás y ver cómo Dios en repetidas ocasiones había tratado de llamar su atención, pero había sido en vano.

El pecado de otro hombre, diácono de una iglesia grande, fue descubierto de una manera imprevisible por comple-

to. Su iglesia estaba filmando un documental sobre adolescentes que se fugan de sus hogares. Mientras filmaban en la calle a una de las muchachas de la iglesia que actuaba el papel de una prostituta, este hombre se acercó a solicitar sus servicios. ¡Qué sorpresa y vergüenza sintió cuando se enteró de que todo el grupo juvenil de su iglesia había visto la película!

Dios utilizará cualquier método para llamar la atención de uno, incluyendo la humillación pública. ¡Dios no luchará con el hombre por la eternidad!

EL ENGAÑO DEL PECADO SEXUAL

La gente que está involucrada de forma profunda con el pecado es propensa a ignorarlo, ya que el pecado es sumamente engañoso. Existe una interesante correlación entre la magnitud de la participación de una persona en el pecado y el estar consciente del mismo. Mientras más se involucre una persona en el pecado, menos lo ve. El pecado es una horrible enfermedad que destruye la capacidad de la persona para comprender la realidad de su existencia. Podría compararse con el virus de una computadora que tiene la habilidad de esconder su presencia del que la usa, mientras destruye de forma sistemática los programas. Por lo general, los que están más enredados en el pecado son los que menos pueden ver la presencia de este dentro de ellos. El pecado tiene la habilidad de encubrirse tan bien que en verdad puede hacer que la persona que menos confronte su realidad piense que es el más espiritual.

Por otro lado, mientras más la persona supere el pecado en su vida y se acerque más a Dios, con más facilidad reconocerá y admitirá su pecado. Dios «habita en luz inaccesible» (1 Timoteo 6:16) y por consiguiente todo vestigio de egoísmo, orgullo y pecado se revela ante el buscador sincero. La luz brillante e intensa de Dios revela lo que está en el corazón de una persona. Aquellos que quieren acercarse al Señor se re-

gocijan por esto. Aman la luz, así que la abrazan, aunque eso signifique que se descubran sus verdaderas personalidades. Jesús dijo: «Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios» (Juan 3:19-21).

Si como individuos que estamos atados por el pecado sexual esperamos darle un vuelco a nuestras vidas es crucial que entremos a la luz con «el pecado que nos asedia», y «despojémonos de todo peso» para finalmente andar en victoria a través de Jesucristo (Hebreos 12:1).

No estoy diciendo que uno debe andar por ahí censurándose o golpeándose a sí mismo. Por supuesto que no. Sin embargo, estoy abogando por la necesidad de que una persona confronte la realidad de dónde se encuentra espiritualmente. Su única esperanza es conocer la verdad de Dios. Mantenerse uno mismo estimulado por un falso sentido de seguridad solo logrará que quedemos enterrados bajo el peso del pecado no confesado, que a su vez fomentará el engaño acerca de nuestra espiritualidad.

En el reverso de la solicitud para ingresar al Programa de Rehabilitación Vida Pura para adictos sexuales aparece lo siguiente:

> Por favor indique en una escala del 1 al 10 cómo es usted en las siguientes áreas («10» es muy devoto y «1» es muy camal):
>
> Amor a otros______Humildad_____Autodisciplina_____Relación con Dios_____Generosidad Fervor_____Vida de oración______Bondad______Madurez_____Obediencia_____ Alegría_____Honestidad

Algunos hombres que llegan al centro de rehabilitación

en busca de ayuda con frecuencia luchan contra las más profundas perversiones imaginables. Sin embargo, es sorprendente ver cómo se califican ellos mismos espiritualmente. Es muy común que los que desean ingresar al centro de rehabilitación se califiquen muy alto en todo, excepto en la autodisciplina. No es raro ver el número seis, siete y hasta el ocho en algunos lugares de la tabla en su propia evaluación. ¿Cómo puede ser esto? La mayoría llega a nuestro centro pensando de sí mismos como personas muy devotas, que solo tienen «un problemita».

Toma meses de paciente trabajo de parte de nuestros consejeros el ayudar a la persona a ver que no es tan devoto como había pensado y que hay mucho trabajo que hacer en su vida. Solo hasta entonces su corazón endurecido comienza a ablandarse y finalmente ve la necesidad del Señor. La actitud con la que entra al programa de rehabilitación, pensando que es muy religioso y que solo tiene un problemita, se desvanece de forma gradual, y solo entonces podemos empezar a ayudarle. ¿Por qué es tan importante que llegue a comprender esto? Si el individuo cree que está en buena condición espiritual no verá la necesidad de cambiar, crecer, madurar o inclusive de arrepentirse. En ocasiones hemos tenido que preguntarle a algunos hombres que han llegado a la instalación con esa actitud: «¿Si usted es tan devoto y está tan bien, por qué ha venido aquí?» La pregunta no tiene la intención de insultarlo, sino permite que confronte la realidad. Si su actitud cambia hacia la humildad, se puede empezar a guiarlo por la senda de la victoria.

VIVAMOS EN LA LUZ

La honestidad es un asunto de suma importancia para el hombre que lucha contra el pecado sexual. La honradez comienza al examinar uno mismo su corazón, pensamiento y acciones. En este proceso, el hombre que desea a Dios se humillará y se enfrentará a la inevitable conclusión: «No soy ni

en lo más mínimo tan devoto como me imaginaba que era. Si alguna vez voy a cambiar, debo dejar de engañarme a mí mismo y a los demás. Estoy donde estoy espiritualmente. Mantener una perspectiva inflada de mi espiritualidad solo impide cualquier crecimiento verdadero. La verdad es que mi corazón está lleno de maldad. Mis pensamientos cada vez se tuercen más. Con mis acciones le he hecho daño a mi familia y he ofendido a Dios. Necesito arrepentirme». Es decisivo que sea honrado por completo consigo mismo, pero esto es apenas el principio. Un hombre que había sido condenado por intento de violación, pero que posteriormente luchaba por zafarse de la adicción sexual, señaló: «Si usted no quiere deshacerse del problema, confiéselo únicamente a Dios. Si usted quiere deshacerse del problema, cuénteselo a otra persona de su confianza. ¡Y si usted en realidad quiere deshacerse del problema, sea responsable!» Otro hombre, que ahora vive en victoria, comentó: «Yo le confesé mi pecado a Dios por años. Quiero decir que lo hice con el corazón en la mano, implorando su perdón. ¡Pero solo me demoré algunas semanas después de haber sacado mi pecado a la luz ante otro hermano en Cristo para obtener la victoria!»

Alguien que lucha necesita ser honesto consigo mismo y al menos con otra persona. Esa persona debe ser un cristiano piadoso y poderoso en la Palabra de Dios. Debe ser también la clase de persona que está deseosa de confrontar con amor al que se está confesando sobre su pecado, así como de animarlo en su crecimiento hacia la rectitud. Tiene que ser un líder o pastor bíblico, de fe, que predique y practique la Palabra y que asista a la iglesia.

Hay una gran sanidad cuando se admite el pecado ante otra persona (Santiago 5:16), y en vez de solo producir vergüenza, trae gran beneficio a la persona en su compromiso y decisión por cambiar. El solo saber que hay alguien que está enterado de su vida secreta y que lo está exhortando hacia la victoria es una ayuda tremenda. Salomón dijo: «El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se

aparta alcanzará misericordia» (Proverbios 28:13).

Una tendencia que agrava el problema de los adictos sexuales es su propensión al aislamiento. Como descubriremos más adelante, la fantasía juega un enorme papel en sus vidas cotidianas. Esto los mantiene en un mundo encerrado de sumo egocentrismo. Liberarse de ese aislamiento es un paso clave hacia la salida de la oscuridad del pecado sexual.

Se debe desmantelar a toda costa la doble vida. Satanás conoce el poder que tiene dentro de lo secreto. El hombre que quiere permanecer en su pecado evita la revelación del mismo a toda costa. Sin embargo, aquel que avanza en serio con respecto a superarlo revela su pecado, de tal manera que es menos probable que sucumba ante la tentación cuando surja. Vivir una doble vida impide que se forme un fundamento sólido de devoción. Santiago dice que el hombre vacilante es «inconstante en todos sus caminos» (Santiago 1:8). Nunca experimentará la verdadera estabilidad espiritual.

Muchas veces he escuchado a personas que dicen que no tienen a nadie ante quien admitir su pecado. Lo que en realidad están diciendo es que ellos mismos no estaban lo suficiente desesperados como para elegir a alguien que pudiera ser capaz de ayudarles. Tal como se mencionó anteriormente, si una persona está decidida a liberarse del dominio del pecado sexual hará todo lo que sea necesario. Descubrir su pecado ante otro es muy difícil, pero tiene que hacerse. Una persona puede poner en marcha todos los demás pasos indicados en este libro, pero si elude este compromiso de sacar a la luz su pecado ante otra persona, todos los otros esfuerzos resultarán vanos.

Debemos hacernos la pregunta del capítulo nueve: «¿Qué tan importante es esto para usted?» Cuando llegue al punto donde en verdad se sienta enfermo de este pecado en su vida, ¿estaría usted dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso a sincerarse ante otra persona? ¿Qué le detendría? Lo que lo detiene es salvar su reputación y protegerse a sí mismo. Pero la verdadera liberación del pecado sexual no será posible sino

hasta que sea sincero y descubra su corazón. Encubrir, esconder y enmascarar a la verdadera persona interior solo lo mantendrá encerrado en la oscuridad.

Encuentre a una persona de su iglesia ante la cual sincerarse. Si usted no sabe quién puede ser la persona adecuada, acuda a su pastor y explíquele que quiere hacerse responsable ante alguien y pídale asesoramiento para identificar quién sería más confiable. Descubrirá que la responsabilidad resultará ser un paso muy importante en el proceso de superación.

En segundo lugar, si usted es un hombre casado, es importante sincerarse también con su esposa. He conocido a algunos que me dicen que no podrían permitirse lastimar a sus esposas, quienes no se daban cuenta de su problema. Yo les respondo: «Si usted estuviera tan preocupado por su esposa, en primer lugar no hubiera cometido el pecado. Y no solo eso, sino que es su pecado lo que está lastimando a su esposa. Tal vez ella no lo sepa, pero es debido a su pecado que está destruyendo su hogar». La verdad es que estos hombres no están tan preocupados por ofender a sus esposas como lo están por lo que les dolería a ellos confesar cómo son en realidad. ¡No es saber del pecado lo que ofende a una esposa, sino el pecado mismo! Una persona que practica el sexo en forma ilícita lastima a sus seres queridos de innumerables formas. Sí, la verdad duele, pero es preferible cuando uno compara las consecuencias de ambas cosas. Esconder el pecado es sencillamente otra manera en que se manifiesta el estilo de vida egocentrista de un adicto sexual. En realidad está mucho más preocupado por el precio que tendrá que pagar al poner al descubierto su pecado que por el posible daño causado a sus seres queridos.

Aunque es importante que el hombre sea franco con su esposa, ella no debe ser la persona ante la cual rendirá cuentas. Esperar que acepte de buen modo que él comparta los detalles de sus fallas en el proceso de recuperación es pedirle demasiado. Básicamente este hombre necesita sacar a la luz la esencia de su pecado y descubrirlo ante su esposa, a fin de

que ella se dé cuenta de su vida secreta. Entonces la esposa podrá hacerlo responsable del dinero y del tiempo. Una vez que ella se entere de sus luchas, estará mucho más alerta ante sus tretas para conseguir dinero o tiempo para su pecado. Una mujer piadosa, que ayude a su marido de esta manera, es inapreciable para el hombre que quiere la libertad.

EL VERDADERO DISCIPULADO BÍBLICO

Tal como mencioné antes es vital sacar a la luz el pecado secreto. Pero el tomar a una persona bajo supervisión espiritual, según enseña la Biblia, no significa que un grupo de hombres se siente alrededor de uno que está en pecado y discutan acerca de los errores de este. Una escena así puede ser de ayuda para personas que necesitan poner al descubierto su pecado, pero no hay poder restaurador en una situación de esas para producir la tan necesitada liberación.

Una persona solo puede guiar espiritualmente a otra hasta donde ella misma ha llegado. Jesús dijo: «Si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo» (Mateo 15:14). Es útil ser franco con otra gente sobre las luchas de uno, pero hasta cierto grado. Hay un principio bíblico que es mucho más poderoso en su capacidad para cambiar vidas. Lo que el ser humano necesita considerablemente es ser discipulado. «¿Qué quiere usted decir? Yo he leído todos los libros sobre la adicción sexual. He escuchado los mejores sermones en la radio cristiana. ¡Solo me falta ser un poco más responsable!»

Al lector puede sorprenderle averiguar que la palabra responsabilidad no se menciona ni una vez en la Biblia. El concepto está en las Escrituras, pero no en la débil forma en que comúnmente se usa hoy en día. En cambio, el concepto bíblico es que una persona necesita convertirse, es decir, ser discipulada. No me refiero a recibir más información acerca del cristianismo. Escuchar buenos sermones y leer libros interesantes puede ser útil, pero lo que el cristiano inmaduro necesita más que todo es que un creyente maduro y san-

to lo tome bajo su cuidado, bajo sus alas, por así decirlo, y se comprometa a proporcionarle enseñanza bíblica para su vida. (Esto es lo que hacemos en el Programa de Rehabilitación Vida Pura.) El crecimiento espiritual, necesario para el hombre que está en las garras del pecado, no tendrá lugar simplemente hablando con otros hombres que luchan con lo mismo, ni tampoco adquiriendo más conocimientos especiales sobre la materia. Este solo llegará a través del verdadero discipulado... aquel discipulado que se centra en Cristo.

Jesús tuvo ocasiones cuando les habló a las multitudes, pero pasó la mayor parte de su tiempo construyendo el carácter espiritual del pequeño grupo de hombres que tomó bajo su cuidado. Un hombre puede oír sermones, pero a menos que se le haga responsable de responder a esos retos, es probable que no se beneficie de lo que se dijo. El ser humano se pierde en una muchedumbre de oyentes. Puede pasar por alto o desatender lo que oye, e inclusive no estar de acuerdo con ello, y nunca se le exige enfrentar la verdad de lo que se expone.

No obstante, cuando un hombre piadoso se dedica a discipular a uno que lucha con su pecado, ocurre algo poderoso. La verdad de la Escritura es impartida y se aborda de frente el pecado. El consejero o mentor esperará que haya cambios. Y lo más importante es que el hombre es confrontado de primera mano por alguien que camina en la luz. Esta es la norma bíblica para el discipulado responsable. Parece que, en el estilo de vida tan ocupado que vivimos hoy, los pastores ya no tienen tiempo para servir a otros como mentores o consejeros, como en un tiempo lo hacían. El pecado anda desenfrenado en la iglesia porque los cristianos ahora se pueden pasar la vida sin enfrentar ninguna verdadera responsabilidad por sus acciones.

cinco

DENTRO DE LA MENTE DEL ADICTO SEXUAL

HA LLEGADO LA HORA de que exploremos con más profundidad la mente del adicto sexual. Para hacer esto de forma adecuada debemos examinar una vez más la descripción terrible pero exacta de aquellos que se habían entregado a la obscenidad, y que se nos presenta en el capítulo uno del libro de Romanos. En esta sección de la Biblia se nos dan once aspectos diferentes de la mente del hombre que está en pecado sexual. Antes de discutirlos en detalle, démosle una mirada rápida a la lista que sigue:

1. Vanos en sus imaginaciones y razonamientos; v. 21
2. Un corazón necio y entenebrecido; v. 21
3. Pretendiendo ser sabios, en realidad son necios; v. 22
4. Cambian la gloria de Dios por una imagen; v. 23
5. Placeres del corazón; v. 24
6. Cambian la verdad de Dios por la mentira; v. 25
7. Pasiones vergonzosas; v. 26
8. Lascivias ardientes; v. 27
9. Abandono del conocimiento de Dios; v. 28
10. Una mente reprobada; v. 28
11. El hombre interior se llena de toda clase de maldad; v. 29-31

La corrupción de la mente humana no sucede forzosamente en el orden exacto en que se enumera en este pasaje bí-

blico. Sin embargo, utilizaremos el orden que nos dio Pablo como esquema.

IMAGINACIONES Y RAZONAMIENTOS VANOS

La imaginación es una de las funciones más fascinantes y misteriosas de la mente humana. Por ejemplo, una persona puede estar sentada en la celda de una cárcel y transportarse con su imaginación a cualquier sitio exótico de la tierra. Puede estar físicamente en un agujero infestado de ratas, pero en su mente puede estar sorbiendo té helado en un balneario de Hawai.

Para el hombre que se entrega al pecado sexual, esta vida imaginaria por lo general gira alrededor del sexo. En el mundo de la fantasía sexual todo es siempre como se lo imagina. La muchacha (o el hombre) de la fantasía es en extremo atractiva. Actúa exactamente como él quiere y su único deseo es satisfacerlo en todo. Los rasgos de la muchacha pueden cambiar en un instante. En un momento es rubia y alta y unos minutos después se convierte en una oriental exótica. Tal vez más tarde sea una muchacha negra vivaracha. La variedad es tan abundante como la misma población femenina del mundo. No solo se puede cambiar de pareja al instante, sino también de escenario. Puede ser la chica que él vio que «venía hacia él» ese día en la tienda. Más tarde se imagina su propio harén personal. Repito, las posibilidades son infinitas.

En el mundo de la imaginación de un hombre o de una mujer todo es perfecto. No hay que enfrentar el rechazo. Todas esas parejas de ensueño le adoran, nadie rehúsa estar a su lado. No tiene que enfrentarse a la impotencia ni al nerviosismo; todo resulta maravilloso. En el caso del hombre, la muchacha siempre es perfecta. No hay olores ofensivos, períodos menstruales, enfermedades, ni falta de interés. Ella no actúa de modo grosero ni lo critica. No trata de aprovecharse de él ni de quitarle dinero. Estará dispuesta a ejecutar cualquier acto sexual que él desee porque vive para servirle. Fi-

nalmente, no necesita preocuparse de que lo atrape su esposa o que lo arresten las autoridades. En su pequeño mundo perfecto de ensueño nunca sale nada mal.

¡Qué escape más ideal de las penurias de la vida! En cualquier momento un hombre puede ir a acostarse con las mujeres más bellas del mundo. ¿Por qué querría él permanecer en la realidad, donde se ve obligado a enfrentar problemas, dificultades, fracasos y decepciones? Una razón por la cual es tan fácil que una persona se escape hacia su imaginación es que hay muchas consecuencias dolorosas que acompañan la vida del pecado sexual. Mientras más pena deba enfrentar un hombre por su pecado, más desea escaparse de la realidad, replegándose en su pequeño mundo secreto.

Otro aspecto de la vida de fantasía es que el EGO es el rey supremo. En esencia todo gira alrededor de los deseos personales de esa persona, es decir: lo que quiere, lo que no quiere, la forma en que le gusta, la forma en que quiere que algo resulte, y así sucesivamente. Cuando regresa al mundo de la realidad, para su consternación, descubre que la gente no está interesada en que todo resulte a su manera. En consecuencia, el mundo de ensueño fortalece y fortifica el ego del ser humano. Mientras más se entregue a la fantasía, más egoísta se vuelve. Al aumentar su egocentrismo, se atrinchera más en la vida de fantasía, donde todo gira a su alrededor. Esto le crea innumerables problemas en su casa y en su trabajo. Los que están a su alrededor sufren por su creciente egocentrismo. La persona muestra poco interés en sus seres queridos y no pasa tiempo con ellos como debería. Cuando está con ellos, su carácter egoísta puede ser tan odioso y arrogante que preferirían no estar a su lado.

Otro efecto devastador de las imaginaciones vanas es que impiden que Dios le pueda ayudar a salir de su dilema de adicción sexual. Tal como se mencionó antes, nadie quiere entrar al mundo real y enfrentar sus problemas y fracasos cuando puede escoger estar encerrado con tranquilidad en un mundo perfecto. Tal como lo examinaremos más adelante, es

a través de las penurias de la vida que Dios disciplina al hombre hacia la santidad. Aunque la corrección sea una de las necesidades más grandes del adicto sexual, la vida de fantasía hace que el proceso de disciplina parezca absolutamente insoportable. La persona está tan acostumbrada a salirse con la suya que la mínima interferencia de su voluntad le parece abrumadora. Aguantar la carga que viene con una imaginación pervertida y desordenada es un peso enorme. El adicto sexual no se da cuenta del efecto negativo que tal cosa tiene en su vida diaria. Una ilustración fresca de esto me viene a la mente a partir de una escena que presencié la otra noche. Tuvimos una maravillosa y alentadora reunión nocturna del jueves en la capilla del centro de rehabilitación. Después de la sesión, dos hombres que habían sido asignados a limpiar la capilla estaban acomodando las sillas. Yo todavía estaba sentado en la plataforma, disfrutando de la persistente presencia de Dios. Uno de ellos tenía como treinta años de edad y un sobrepeso excesivo. El otro era un joven bien dotado físicamente, como de unos veintidós años de edad. El joven agarraba un par de sillas a la vez y casi a la carrera, con energía y movimientos rápidos, las llevaba a su lugar. Sin embargo, el hombre corpulento recogía una silla con gran esfuerzo y lentamente atravesaba el cuarto con ella, esforzándose a cada paso del camino. Ese es el caso del hombre que está atascado con el peso del pecado sexual. Aun las tareas más pequeñas que la mayoría de la gente puede manejar de forma rutinaria llegan a ser en extremo pesadas para él. Su pobre esposa no puede comprender por qué su marido no es capaz de pasar un poco de tiempo con su hijo. Ella no comprende esta carga agotadora que él lleva consigo en la vida. Toda su energía se agota al mantener su vida secreta y proseguir en ella. Es como tratar de echar a andar un camión pesado con un motor para un vehículo pequeño. Sencillamente la fuerza interior y la capacidad no están disponibles.

Pablo describe las imaginaciones y los razonamientos de un hombre entregado al pecado como «vanos». Son tan vacíos como los ilusorios espejismos que engañan a los sedientos que viajan por el desierto, sin ofrecerle ningún beneficio a la vida del hombre. Son inútiles por completo. En realidad, son peores. No solo están desprovistos de cualquier realidad, sino que también tienen el poder de vaciar el alma de una persona de cualquier cosa que sea de sustancia o de valor. Mientras más se entregue una persona a una vida de pensamientos pervertidos, más se le pudre el carácter moral hasta el fondo, dejándole un gran vacío por dentro. El término «inútil» a menudo se utiliza para describir a alguien que carece de habilidad en algún campo o empeño particular. Y casi de la misma manera, el hombre que de continuo sucumbe ante el pecado sexual se convierte en un «inútil» espiritualmente hablando. Aunque posea una gran cantidad de conocimiento con relación a los asuntos espirituales o tenga algún don extraordinario, no existe ninguna sustancia espiritual dentro de él. Merlin Carothers afirma:

> Hay algo intrigante y desconcertante acerca de nuestra capacidad para imaginar cosas conocidas y desconocidas. Para Dios, esa capacidad es sagrada. Él no quiere que se emplee mal. Y esa es exactamente la razón por la cual las fuerzas malignas tienen un intenso deseo de ver que esa capacidad se utilice de modo incorrecto. Nuestras mentes son el campo de batalla; nuestras imaginaciones son el trofeo a ganarse.
>
> Si utilizamos nuestro poder imaginativo para visualizar cualquier cosa que represente lujuria o impureza, estamos en conflicto directo con la voluntad de Dios. Los hombres utilizan el poder de la imaginación para crear multitud de imágenes que Dios ha prohibido. Por ejemplo, cuando un hombre ve a una mujer que le es atractiva, puede desvestirla en

> su mente, parte por parte, hasta que quede desnuda por completo. Luego, puede utilizar la imaginación para sentir cómo sería tocar su cuerpo. Puede continuar esta actividad mental hasta que haya experimentado todo acto sexual posible. Él ha tomado el sagrado don especial de Dios y lo ha consumido en el altar de la lujuria...[1]

UN CORAZÓN NECIO Y ENTENEBRECIDO

Al continuar viviendo una gran parte de su existencia en el mundo de ensueño, prodigándose toda clase de placer, la persona pronto descubre que las fantasías sobre las actividades sexuales «normales» llegan a ser menos atractivas. Ahora debe buscar algo un poco más perverso para retener su interés. El mundo de la pornografía, con todas sus sórdidas historias de perversión, suministra un amplio material del cual puede escoger para satisfacer sus deseos lujuriosos. La profundidad y la extensión de las desviaciones en las que puede explorar son infinitas.

Si uno comparara el funcionamiento interno de una persona con una computadora, el corazón sería la memoria, el teclado serían los sentidos que introducen la información en la computadora y la unidad procesadora central sería la mente, que completa todas las funciones. Todo el proceso comienza cuando el hombre permite que su mente se inunde con imágenes y escenarios pervertidos. Al pasar el tiempo, los efectos acumulativos de esta invasión se multiplican y resultan en un alto costo para el corazón del hombre. Sus bancos de memoria se sobrecargan de información retorcida. Como resultado, su corazón infectado, que ya es malvado por naturaleza, ahora ha llegado a enfermarse aun más que al principio.

EL ORGULLO DEL INTELECTO

En el siguiente versículo, Pablo habla del gran engaño en el que llegan a caer los individuos que se sumergen en el mal y todavía se consideran a sí mismos como devotos: «Profesando ser sabios, se hicieron necios». Es interesante cómo la palabra sabio (sofos) se utiliza en otras partes del Nuevo Testamento. Jesús oraba: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños» (Mateo 11.25).

Pablo le recordaba a la iglesia corintia:

> Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? ... Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios (1 Corintios 1:19-20,25-27).

> Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: Él prende a los sabios en la astucia de ellos. Y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos (1 Corintios 3:18-20).

Hay una falsa sabiduría que está fuera del conocimiento de Dios y que atrae a la gente que está lejos del Señor. Se llama intelectualismo humano, y lo incuba el orgullo. Tal como

lo discutiremos más adelante, el orgullo y el pecado sexual están vinculados de forma intrínseca. Lo menciono ahora porque juega un papel importante en el proceso de la degradación mental. Jesús le agradeció al Padre porque las verdades de Dios estaban ocultas para aquellos que a sus propios ojos eran sabios. Únicamente un corazón humilde puede comprender la verdadera esencia de Dios. Leer libros, escuchar sermones, e inclusive estudiar la Biblia por uno mismo, con frecuencia solo servirá para aumentar la comprensión mental de una persona acerca de cómo es Dios. No obstante, a menos que la persona esté en el espíritu en que se dio la Palabra, no puede en verdad conocer a Dios. Desdichadamente muchos cristianos, en especial los que están en pecado sexual, tienen una noción torcida e ignorante de lo que significa conocer a Dios. Confunden la información o lo que saben acerca del cristianismo con el verdadero entendimiento de Dios que viene del corazón, el cual solo está accesible para su humilde y obediente servidor. De ahí que Pablo escribe: «Profesando ser sabios, se hicieron necios», para explicar que mientras más jactanciosas sean las personas en su pensamiento, más llegan a alejarse de Dios. Tal vez esta sea la razón por la cual un individuo que está implicado con algo tan nocivo como la pornografía se ve a sí mismo como muy devoto.

PRIMER CAMBIO

Cuando Pablo dijo que ellos «cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen» parece que hacía referencia directa al templo en Jerusalén, el cual en los tiempos del Antiguo Testamento llegó a ser la morada de la gloria de Dios. El día que Salomón dedicó el templo, se nos dice que «cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de

Jehová había llenado la casa de Jehová» (1 Reyes 8:10-11). ¡Qué gloriosa escena debió haber sido esta!

Sin embargo, todo esto cambió en los tiempos del Nuevo Testamento. El nuevo pacto enseña que el hombre interior es ahora el templo de Dios. En realidad, Pablo dijo: «Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1 Corintios 6:18-20). En otras palabras, así como el templo de Salomón se llenó de la gloriosa Shekinah de Dios, asimismo el mundo interior de uno debe ser un santuario donde él sea venerado, adorado y amado. Esto es lo que Jesús quiso decir cuando dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Mateo 22:37).

¿Qué pasa cuando este templo (nuestro cuerpo) se mancilla con imágenes y pensamientos pervertidos? Pablo dice en Romanos 1:23: «Y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles». Lo cual alude a algo que el Señor le enseñó a Ezequiel. Este profeta estaba sentado en Babilonia con los cautivos cuando el Señor lo llevó rápidamente a Jerusalén, donde todavía vivía mucha gente de Israel. Este es el relato de Ezequiel cuando el Señor lo llevó al templo:

> Entré, pues, y miré; y he aquí toda forma de reptiles y bestias abominables, y todos los ídolos de la casa de Israel, que estaban pintados en la pared por todo alrededor. Y delante de ellos estaban setenta varones de los ancianos de la casa de Israel, y Jaazanías hijo de Safán en medio de ellos, cada uno con su incensario en su mano; y subía una nube espesa de incienso. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿has

> visto las cosas que los ancianos de la casa de Israel hacen en tinieblas, cada uno en sus cámaras pintadas de imágenes? Porque dicen ellos: No nos ve Jehová; Jehová ha abandonado la tierra (Ezequiel 8:10-12).

Las «cámaras» de imágenes que Ezequiel vio eran sencillamente pornografía antigua. Esto es exactamente a lo que se refería Pablo cuando dijo que los hombres habían cambiado la gloria de Dios por imágenes inmundas. Cuando un hombre cristiano introduce imágenes pornográficas en el templo de Dios (su mente), lo que ocurre es una profanación interna e inmediata. Por mucho que algunos puedan intentar minimizar los efectos que la pornografía tiene sobre la vida de una persona (inclusive hay algunos sicólogos «cristianos» que instan a las parejas a mejorar su relación conyugal con eso), la devastación que trae a la vida interior de una persona es inmensa. Por este motivo Pablo razonaba con los creyentes: «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él, porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es. Nadie se engañe a sí mismo» (1 Corintios 3:16-18).

PLACERES DEL CORAZÓN

La lujuria y la fantasía están relacionadas con el deseo, que es el anhelo de algo que atrae a una persona. Este es una expresión de la voluntad de uno, la parte del ser interior que dicta las inclinaciones propias de un individuo en la vida. Cuando alguien dice: «Donaré cinco mil pesos al orfanato», está expresando su determinación de hacer lo que desea hacer: quiere brindar esa caridad. Por lo tanto, el deseo nace en la voluntad de una persona. No hay nada que esté necesariamente incorrecto con anhelar algo. Muchos anhelos personales son saludables e incluso gratos al Señor. Por ejemplo, el

salmista dijo: «El deseo de los humildes oíste, oh Jehová; tú dispones su corazón, y haces atento tu oído» (Salmo 10:17). David señaló: «Deleítate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). Salomón indicó: «El deseo de los justos es solamente el bien» (Proverbios 11:23) y «a los justos les será dado lo que desean» (Proverbios 10:24).

El deseo es uno de los impulsos que Dios infundió en los seres humanos para ayudarles a funcionar en la vida. Los deseos o anhelos de las personas son tan diversos como el número de seres humanos que hay en el planeta. El temperamento de un individuo, su experiencia y su medio ambiente, todo contribuye a lo que puede aspirar en la vida. Incluidos en esta lista están los apetitos naturales del cuerpo humano, los cuales se pueden torcer o salirse de control, como en el caso de los adictos sexuales. El pecado corrompe los apetitos.

Pablo habla de los «placeres del corazón». El término griego aquí es *epitumia,* que significa anhelar algo. De forma habitual se refiere a apetecer algo que está prohibido. Pablo dice que estos deseos son engañosos (Efesios 4:22), necios y dañinos (1 Timoteo 6:9). Pedro dice que son inmundicia (2 Pedro 2:10) y que batallan contra el alma (1 Pedro 2:11), y Santiago dice que combaten en los miembros de uno (Santiago 4:1) y seducen al pecado (Santiago 1:14). Jesús advirtió que codiciar a una mujer es cometer adulterio con ella en el corazón (Mateo 5:28). Sobre esta enseñanza particular de Jesús, Adam Clarke comenta lo siguiente:

> Si las miradas y deseos voluntarios y deliberados crean adúlteros y adúlteras, ¡cuántas personas hay cuyas vidas enteras son un continuo delito! Sus ojos están llenos de adulterio, y no se sacian de pecar (2 Pedro 2:14). Muchos aborrecerán cometer un acto externo a los ojos del hombre, en un templo de piedra, ¡y sin embargo no tienen miedo de co-

> meter un sinnúmero de tales actos en el templo de sus corazones y a la vista de Dios![2]

Carlos Spurgeon sencillamente dijo: «¡Qué rey es el nuestro, que extiende su cetro por el reino de nuestras lujurias internas!»[3]

Pablo las llamaba «concupiscencias de sus corazones». Debemos tomar nota del hecho de que la lujuria viene del corazón de uno. Hace poco estuve hablando en una serie de reuniones para varones en el área de Boston sobre el tema de vencer el poder de la lujuria. Después de una de las reuniones un joven curioso, aunque sincero, se me acercó con una mirada de perplejidad en el rostro.

—Pues ayúdeme a entender esto, hermano Gallagher

—me dijo— ¿cómo es que nos libramos del espíritu de la lujuria?

Yo sabía con exactitud adónde se dirigía. Él, como muchos otros, había recibido la enseñanza de que la lujuria provenía de los demonios que atormentaban a los creyentes. Aunque los demonios en realidad juegan un papel en la esclavitud del pecado sexual habitual, el entendimiento fundamental de este joven estaba equivocado. Le pedí que abriera la Biblia que tenía en la mano en Santiago 1:14 y que rae leyera el versículo. Él leyó: «Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido».

—¿De quién es la pasión que te seduce?—le pregunté, y al hacerle la pregunta una mirada de total asombro se reflejó en su cara.

—Es mi propia pasión, ¿verdad? —contestó él, en respuesta a esta nueva revelación.

—Escucha, el diablo puede balancear una zanahoria frente a tu cara, pero hay algo dentro de ti que en realidad quiere esa zanahoria —le dije—. Tú no eres lujurioso porque algún demonio entra en ti. Eres lujurioso porque tienes dentro de ti un deseo por aquello que no es correcto. Jesús dijo: "Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homi-

cidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre" (Mateo 15:19-20). El diablo puede atraernos hacia esa lascivia, pero él no la ha creado. Ya está en nosotros.

SEGUNDO CAMBIO

Cuando Pablo dijo que ellos «cambiaron la verdad de Dios por la mentira» se refería a la sustitución voluntaria de una verdad inmutable por una falsedad específica. Pero este reemplazo no es un asunto menor. Involucra a nuestra creencia fundamental acerca de Dios. Toda la esencia de la naturaleza de Dios es que él «es bueno y sus misericordias son eternas». Esa declaración bíblica, que se repite incontables veces a través de todas las Escrituras, resume el conocimiento de quién es Dios.

Eva poseía la verdad acerca de Dios. Ella había estado en su presencia y seguro debe haber conocido que él era un ser bueno y amoroso. Es indudable que durante esos encuentros maravillosos en el jardín observó su naturaleza dulce y su carácter humilde. No obstante, Satanás llegó a ella con una alternativa diferente. Él le sugirió la posibilidad de que Dios le hubiera mentido acerca del árbol de la ciencia del bien y del mal. «Él te está ocultando cosas», fue la insinuación. «Él hace que parezca que conocerle es todo lo que hay en la vida, ¡pero es mentira! Tú solo conoces lo bueno. Existe todo un mundo de delicioso mal que no has experimentado todavía. ¡De ahí es de donde proviene la verdadera satisfacción!»

Tal como es el caso por lo general con el diablo, hay un elemento de verdad en lo que dice. Es cierto, ella no había experimentado el mal. También era cierto, hasta un punto, que hay alguna satisfacción que proviene del pecado. La Biblia se refiere a «gozar de los deleites temporales del pecado» (Hebreos 11:25). El pecado es agradable, pero solo temporalmente. Al diablo le faltó mencionar que el sufrimiento,

la desgracia y la muerte son consecuencias inevitables del pecado. Por consiguiente, el que se dedica a la búsqueda del pecado ha aceptado la mentira de que una relación con Dios no es lo suficiente para lograr satisfacción. Está convencido de que debe haber algo más en la vida. Naturalmente que como el pecado lo ha alejado de Dios, se olvida del regocijo que proviene de esa cercanía. Cada vez que el diablo balancea la zanahoria de algún placer tentador frente al hombre, él pierde con rapidez cualquier sentido de la realidad de Dios que pueda todavía poseer, y se zambulle en el mar de la realización sexual.

La verdad es que Dios es un buen Padre que solo desea hacer el bien a sus hijos. Sin embargo, la obediencia del hombre juega un papel crucial en la capacidad de Dios para hacer realidad su deseo de bendecir al ser humano. El que nunca se arrepiente, nunca conoce la verdad acerca de cómo es Dios en verdad. El que no es obediente a Dios, nunca experimentará la profundidad de la satisfacción que se genera de una relación correcta con él. En cambio, se condena a sí mismo a soportar el mismo carrusel una y otra vez: la promesa de satisfacción, el acto del pecado, el vacío de la experiencia y sus consecuencias subsiguientes. Este es el resultado del cambio de la verdad acerca de Dios por la mentira.

EL ALMA ENFERMA

Nuestra séptima característica penetra hasta la médula de la existencia de una persona. En el versículo 26, Pablo habla de «pasiones vergonzosas». La palabra griega pasiones en este pasaje es *patos*. Un diccionario bíblico dice lo siguiente: «Estos son placeres que deshonran a los que se entregan a ellos. *Patos* es la condición enferma del alma, de donde surgen las diversas pasiones».[4] Otro diccionario especializado asume este término griego de la misma manera. Cuando se compara *epitumia* (lujuria) con *patos* (pasiones), dice que *patos* «es la palabra más específica y más intensa. *Epitumia*

es la palabra más amplia, que incluye todo el rango de lujurias y deseos activos, mientras que el significado de *patos* es pasivo, siendo la condición enferma de la cual surgen las pasiones. *Epitumia* son los anhelos malignos; *patos* las pasiones incontrolables. Así que parece que el castigo divino era el más severo, en tanto ellos se entregaban a una condición y no meramente a un deseo maligno».[5]

Cuando el adicto sexual continúa llenando su mente con pensamientos malvados, estos comienzan a cobrarle su precio al corazón. Por supuesto que fue el corazón el que produjo la lujuria en primer término. Jesús dijo: «Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia y la insensatez. Todas estas maldades salen de dentro y contaminan al hombre» (Marcos 7:21-23). A través del profeta Jeremías, el Señor señaló: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9). Aunque el corazón humano tiene dentro de sí una propensión hacia el pecado, llega a ser cada vez más perverso con la complacencia del pecado. Mientras más peca una persona, más se corrompe su corazón. Mientras más depravado llega a ser su corazón, más grande es la esclavitud al pecado.

LASCIVIAS ARDIENTES

Los que han experimentado las llamas inextinguibles de la lascivia ardiente pueden comprender por qué los fundadores de la iglesia del primer siglo consideraban que el peor aspecto del infierno era dejar a una persona con sus lujurias, sin ninguna posibilidad de satisfacerlas. En cierto grado, esto se puede apreciar si se sostiene un pedazo de carne sin que un perro lo pueda alcanzar. Sus ojos solo se concentran en el objeto a la vista. La boca le empieza a salivar y aumentan los latidos de su corazón. La visión y el olor de la carne lo con-

ducen a un estado casi hipnótico, al fijar la mirada con intensidad en la carne. Esta es la representación de un adicto que contempla su rutina pecaminosa. Salomón describe el hechizo hipnótico de la tentación sexual: «Lo rindió con la suavidad de sus muchas palabras, le obligó con la zalamería de sus labios. Al punto se marchó tras ella, como va el buey al degolladero, y como el necio a las prisiones para ser castigado; como el ave que se apresura a la red, y no sabe que es contra su vida hasta que la saeta traspasa su corazón» (Proverbios 7:21-23).

El hombre que es impulsado por la lujuria pierde todo sentido de la realidad. Se olvida por completo del costo que implica su pecado y con frecuencia se encontrará haciendo cosas en este estado mental alterado que de otra manera nunca consideraría hacer. Él experimenta esto de dos formas diferentes:

En primer lugar, podría realizar actos degradantes que en tiempo de «cordura» rechazaría o le asustarían. He recibido confesiones de algunos hombres acerca de cosas que han hecho que más tarde les han revuelto el estómago. Algunos de ellos explicaban cómo su moral y patrones normales salían volando por la ventana al entrar en ese trance de lujuria. Los hombres que tienen un gran temor de ser arrestados pueden buscar prostitutas impulsados por la lujuria, mientras que otros se exhiben ante las mujeres después de haberse excitado su lascivia. Incluso algunos abusarán de sus propios hijos mientras están en este estado mental. La lista continúa.

En segundo lugar, encuentran que su imaginación corre desenfrenada. Recuerdo haber leído la historia de un hombre que se detuvo frente a un semáforo e intercambió miradas con una muchacha bonita que iba en el carro que estaba al lado suyo. La mente del hombre se desbocó mientras la seguía. Cada vez que llegaban a otro semáforo, ella se quedaba mirándolo. Desde luego que, en su estado mental, el hombre se imaginaba que ella estaba coqueteando con él. Su fantasía llegó a un horrible final cuando la muchacha detuvo el vehícu-

lo frente a una estación de policía y entró allí corriendo. De repente, él se dio cuenta de que había tramado todo ese escenario en su propia imaginación.

El hombre enloquecido por el sexo queda hipnotizado por el objeto de su lujuria. Este se convierte en un ídolo amenazante, algo que asume un grado tan tremendo de importancia que todo lo demás en la vida debe girar a su alrededor. El ídolo tiene el poder de mantener al hombre en un estado constante de sed insaciable. Pasará una enorme cantidad de tiempo fantaseando sobre esto. El impulso para satisfacer su deseo mantendrá a un mirón apostado en una ventana por horas, o a un «don Juan» persiguiendo mujeres eternamente. Y persistirá en lo mismo: siempre persiguiendo; nunca satisfecho. La insaciabilidad de la lujuria es un estado común entre los adictos sexuales. «Es como una llamita que se ha encendido. Al alimentar este fuego, crece más y más. Exige más de nuestro tiempo y energía para satisfacerse. Con el tiempo, estos apetitos pueden llegar a ser como un incendio fuera de control y llegan a ser inextinguibles».[6]

El pecado es un capataz exigente. La fantasía tiene su modo de exigirle a la persona una lealtad fanática, mientras que le devuelve poco. Un hombre, cuya rutina sexual incluía lo transexual, dijo que literalmente se pasaba los días en lugares de ventas baratas en busca de ropa de mujer para ponerse. Es absolutamente demencial cuán obsesiva puede ser la esclavitud sexual. Mientras más la persona se llena la mente con esta clase de pensamientos, es probable que más intensa llegará a ser su obsesión. Es como dijo Salomón: «El que sigue a los ociosos se llenará de pobreza» (Proverbios 28:19).

EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Al hundirse la persona más hondo en la angustia de la depravación, va perdiendo de forma gradual el dominio del conocimiento de Dios. Pablo dijo: «Ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios». Aquí, este conocimiento sencillamen-

te significa la intimidad de uno con el Señor. ¡Es obvio que una persona no puede esperar estar aliada con los espíritus inmundos del reino demoníaco una buena porción de su tiempo y luego pensar que se arrimará cariñosamente al regazo del Padre para obtener algunos momentos agradables de compañerismo! Escuche lo que Pablo tiene que decir acerca de este tipo de conducta:

> No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso. Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios (2 Corintios 6:14—7:1).

Dios es en extremo humilde. Es tan humilde que si un ser humano simplemente se arrepiente, correrá hacia él con benevolente aceptación.* Sin embargo, también debe enfatizarse que el que reincide en el pecado debe viajar por un largo camino de regreso a un lugar de verdadera intimidad con el Señor. Esta es una realidad tajante para el que se descarría. Una cita del libro *El comentario del púlpito* lo describe mejor:

•Digo esto con relación al hecho de que Dios es rápido para perdonar y aceptar de nuevo en el rebaño a una oveja descarriada.

> ¡Ay, tú que estás abandonando a Cristo! Si eres en verdad de él, tendrás que regresar; pero ese viaje no será alegre para ti. ¡De ninguna manera! Nunca lo ha sido y nunca lo será. Bendito sea el Señor, que te obliga a lograrlo, aunque sea duro y difícil. Es la mano que clavaron en la cruz y el corazón que fue atravesado por ti, que ahora esgrime el azote que te obliga adolorido y avergonzado a regresar ante el que abandonaste.[7]

MENTE REPROBADA

Hay una palabra maravillosa en el Nuevo Testamento que me gustaría dedicar un momento a mencionarla aquí. La palabra es *dokimazo.* Se deriva de otra palabra griega que significa «poner a prueba». *Dokimazo* lleva consigo la idea de un hombre cuyo carácter se ha moldeado a través de las pruebas de la vida. Pablo le habló a Timoteo de los requisitos de un diácono: «Y estos también sean sometidos a prueba primero *[dokimazo]*, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprensibles» (1 Timoteo 3:10). Pedro la utilizó en un sentido diferente: «Para que sometida a prueba *[dokimazo]* vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo» (1 Pedro 1:7). Ser un hombre de *dokimazo* es ser un hombre de un carácter probado.

En el capítulo uno de Romanos, Pablo describió a los hombres que se entregaron a una «mente reprobada». La palabra reprobar en griego es *adokimos.* La letra «a» al principio de la palabra indica negación, y posee la misma función que tiene en español el prefijo «i» (irreligioso, impío, irrespetuoso, etc.). Así que, en este sentido, significa que Dios los ha arrojado de sus manos, por así decirlo, y los ha entregado a ser hombres sin carácter, propensos a decir, hacer, actuar y perseguir cualquier cosa o a cualquiera bajo el sol en sus ardientes lujurias.

LA COPA ESTÁ LLENA

Al llegar al final del primer capítulo de Romanos parecen brotar del corazón roto de Pablo palabras que describen a aquellos que están comprometidos por completo con un estilo de vida impío: «injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia» (Romanos 1:29-31). Cuando se lee toda esta lista de pecados, es muy tentador seleccionar unos cuantos que no nos podemos aplicar y minimizar los que sí son aplicables. Pablo está sencillamente mostrando lo que el hombre llega a ser una vez que se ha entregado a un estilo de vida sórdida y licenciosa. Él dice que ellos están llenos de estas características impías... veintiún aspectos diferentes del mundo interior de un hombre en pecado sexual.

Pablo no está indicando aquí que estos individuos tienen un problemita y unas cuantas peculiaridades de personalidad de las cuales Dios los librará algún día. ¡No! Ellos están llenos de injusticia, perversidad, codicia y maldad. Esta es la espantosa realidad de la adicción sexual en cualquiera de sus formas.

seis

EL PROCESO DEL PECADO

PARA EL ADICTO, el acto del pecado sexual no es un simple hecho, sino más bien una serie compleja de acciones. Mientras que la persona está ocupada en sus actividades normales como trabajar, estudiar, ver televisión y así por el estilo, el pensamiento del pecado sexual viene a su mente. Reflexiona en torno a la idea por un rato, hasta que llega a ser lo suficiente fuerte como para motivar a la acción. Entonces se inicia en una secuencia de acontecimientos que se convierten en su rutina particular y que vienen a ser la expresión de su pecado. Forzada a través de estos pasos sucesivos por una lujuria impulsora, a la larga la persona consuma la experiencia erótica que le ha cautivado desde la tentación inicial. Y una vez que se ha completado todo el episodio debe enfrentar las consecuencias de lo que ha hecho. El libro de Santiago revela este proceso desde una perspectiva espiritual:

> Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es traído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. Amados hermanos míos, no erréis (Santiago 1:13-16).

El libro *El comentario del pulpito* señala lo siguiente acerca de este texto:

> La tentación se origina dentro del corazón del pecador mismo. Es en vano que culpe a su Creador. El pecado no es parte de nuestra constitución original y no se dispensa con el argumento de un ambiente desfavorable. Un hombre peca solo cuando la carnada lo «seduce» y lo «arrastra» el anzuelo de su propia lujuria. Es decir, el poder impulsor que seduce hacia el mal es la naturaleza corrupta que está dentro de nosotros. El mundo y el diablo solo tientan de forma eficaz cuando agitan el charco inmundo del depravado deseo personal. La lujuria incluye, además de los apetitos del cuerpo, las inclinaciones perversas de la mente, tales como el orgullo, la malicia, la envidia, la vanidad, el amor al ocio, etc. Cualquier apelación que desde afuera se haga a estos viles principios y afectos puede ser exitosa solo con el consentimiento de la voluntad. Todo hombre es personalmente responsable de su pecado, porque el pecado de todo hombre aumenta en «su propia concupiscencia».
>
> La lujuria en todo este pasaje se personifica de una manera alegórica como una ramera, siempre procurando —como la mujer insensata de Proverbios 9:13-18— atraer y cautivar la voluntad de su presa. Primero, llama a los hombres «que van por sus caminos derechos», los saca del sendero de los sólidos principios y la satisfacción plena, y luego los seduce y los envuelve con su atracción irresistible de sirena: «Las aguas hurtadas son dulces». Se puede decir que la lujuria se «concibe» cuando obtiene el consentimiento de la voluntad o cuando se desarma la oposición. El hombre que coquetea con la tentación, en vez de enfrentarla con resistencia instantánea y piadosa, al final seguro sucumbi-

rá ante ella. De la unión culpable de la lujuria con la voluntad nace el pecado vivo. El embrión de la corrupción se desarrolla en un hecho de positiva trasgresión. Y esto no es todo. El pecado mismo, procreación de la lujuria, crece desde la infancia de la simple opción hasta la vida adulta del hábito establecido, y «cuando ya está crecido por completo», se convierte a su vez, como resultado de la unión con la voluntad, en madre de la muerte. Así ocurrió con el pecado de nuestros primeros padres en el paraíso. Así fue con el pecado de Acán (Josué 7:21); él vio, codició, tomó y murió. Así es con el pecado del libertinaje, el cual ha sugerido la ilustración de este pasaje; la corrupción física que acarrea la práctica de la sensualidad es solo un sacramento de la muerte espiritual. La muerte es el fruto de todo pecado. El pecado mata la paz; mata la esperanza; mata el provecho; mata la conciencia; mata el alma. La antesala de la lujuria y el pecado se convierte en el vestíbulo de la perdición.[1]

Thomas A. Kempis también da su punto de vista:

Primero entra en la mente un mero pensamiento de maldad, de ahí se convierte en una imaginación viva, después sigue el deleite y el movimiento maligno, y entonces viene el consentimiento. Y de esa manera poco a poco nuestro perverso enemigo logra entrar por completo porque no se le resistió desde el principio.[2]

El Comentario Jamieson, Fausset, Brown agrega:

Todo hombre, cuando se le tienta, está listo para que lo arrastre... su propia lujuria. La causa del pecado está en nosotros mismos. Aun las sugerencias

> de Satanás no nos ponen en peligro antes de que las hagamos nuestras. Cada uno tiene su propia lujuria peculiar (así como los griegos), que surge de su propio temperamento y hábito.[3]

LA TENTACIÓN

La tentación siempre antecede al proceso del pecado. Los pensamientos son colocados por uno de los emisarios de Satanás en la mente de una persona o sencillamente aparecen como un anhelo de la carne. A pesar de todo, la sola existencia de la tentación misma no constituye pecado.

En *La Odisea*, de Homero, se leen las aventuras de una leyenda griega protagonizada por Ulises. Durante una de sus aventuras él se encontró con las «sirenas», cuyos cantos seductores conjuraban a una completa locura que al final resultaría en la muerte de cualquiera que los escuchara. Al preparar la barca para cruzar la costa de las «sirenas», Ulises bloqueó con cera los oídos de sus hombres para que no pudieran oír los cantos mortales, mientras él escuchaba atado con firmeza al mástil. Solo las cuerdas pudieron contener la locura que lo inundaba. Esto ilustra al adicto sexual cuando se le tienta. Al comenzar a vislumbrarse ese pensamiento fascinante, a menudo la única forma de resistir es estando «atado con firmeza al mástil».

Salomón dijo: «Porque los labios de la mujer extraña destilan miel, y su paladar es más blando que el aceite» (Proverbios 5:3). Esta frase describe cómo el diablo presenta la tentación. La miel representa la satisfacción prometida. La tentación parece irresistible porque está adornada con el engaño de que el acto del pecado causará tremendo placer y satisfacción. La verdad es que hace mucho que en realidad el adicto sexual no experimenta algún placer verdadero con su pecado. No obstante, cuando se presenta el pensamiento tentador, todo se olvida y el acto del pecado sexual se mira absolutamente intoxicante y por lo tanto irresistible.

El aceite suave representa la astucia del enemigo. Él sabe cuándo estamos en nuestro momento más débil. A él no le importa esperar días y aun semanas si significa una derrota mayor para el cristiano. En dos ocasiones Pablo habla de «las asechanzas del diablo» (Efesios 6:10; 2 Corintios 2:11). Las fuerzas demoníacas del infierno han estado realizando su «guerra de guerrillas» con bastante diligencia por mucho tiempo. Por completo camufladas y en extremo calculadoras, lanzan la ilusión perfecta, escogiendo el momento oportuno de cada ataque consecutivo «para hurtar y matar y destruir» la propiedad de Dios (Juan 10:10).

Una vez que Satanás ha logrado introducir un anzuelo en el adicto sexual, según su antojo, todo lo que necesita hacer es darle un suave jalón a la caña de pescar para que el hombre continúe. A menudo esto llega en la forma de un recuerdo de anteriores experiencias agradables. Frank Worthen comenta:

> ESCENAS DEL PASADO: Muy pocos encuentros sexuales del estilo de vida homosexual se podrían considerar grandiosos. Casi siempre hay un elemento que se desea que hubiera sido mejor. Con frecuencia nos sentimos utilizados, hastiados y degradados después de un encuentro de esos. Sin embargo, Satanás tiene la habilidad de mostrarnos escenas de experiencias sexuales del pasado. En los recuerdos que él presenta se eliminan todas las connotaciones negativas. Solo recordamos lo positivo.
>
> Él también nos tienta a través de nuestra tendencia natural a hacer asociaciones. Todos nos sentimos estimulados con ciertos olores, sonidos, canciones e imágenes visuales. Estos evocan recuerdos claros y vividos de experiencias pasadas.[4]

Ronald A. Jenson habla acerca de los «estimuladores» que con frecuencia conducen a una persona a pecar:

> Un estimulador es cualquier suceso o emoción que evoca una respuesta inevitable. Cuando se planea una acción, se piensa tanto en los estimuladores como en los resultados habituales que le traen a uno. ¿Qué es lo que le estimula? ... Si usted puede identificar lo que lo conduce a su momento difícil, puede prepararse para controlarse mejor y no incurrir en la derrota y el fracaso.[5]

Descubrí que en mi vida había cuatro circunstancias que por lo general probaban ser desastrosas para mí si todas estaban presentes al mismo tiempo. Por supuesto que la primera era la tentación verdadera. De nuevo, los demonios utilizaban el momento perfecto para implantar sus pensamientos. Por lo general ellos no se molestaban en tentarme a menos que pudieran sincronizar esto con los otros tres elementos necesarios: la necesidad física, el dinero y la oportunidad.

La secuencia de la tentación podría iniciarse con relación al aspecto físico. Si no había tenido sexo en varios días, aumentaba en gran manera mi deseo de actuar. Al tener concentradas mis hormonas, llegaría a estar inmensamente sensibilizado ante los estímulos sexuales.

También era vital que tuviera bastante dinero para gastar en mi pecado. Sin considerar cuál fuese la actividad sexual, por lo general costaba dinero. Podía gastar con facilidad diez dólares en monedas de veinticinco centavos en la galería de películas ubicada en cualquier librería para adultos. Y desde luego que ir a salones de masajes o de prostitutas sería mucho más costoso.

Por último, se me tenía que dar la oportunidad. Si mi esposa estaba en el trabajo o si yo tenía un pretexto para salir, tenía la oportunidad de cometer mi rutina favorita.

Advertencia: Cualquier esposa que vaya a ayudar a su marido a través del proceso de vencer este hábito tendrá que supervisar de cerca una cierta cantidad de cosas, siendo la primera su dinero. Tan pronto como me propuse de forma se-

ría obtener la victoria sobre el pecado sexual, mi esposa y yo acordamos que no debía tener más de cinco dólares en el bolsillo. No se me permitía tener una tarjeta de crédito o ninguna otra cosa parecida. Esta válvula de seguridad fue una parte sumamente importante en la victoria que obtuve. El hombre que está decidido a abandonar su pecado no le pondrá trabas a este asunto. En segundo lugar, ella debe estar en armonía con el problema de su marido y mantener una vigilancia estrecha de sus acciones. Si él de repente se pone de pie y anuncia que necesita ir de compras, debe preguntarle acerca de sus intenciones exactas. La esposa que ha sido engañada varias veces aprende con rapidez a sospechar de cualquier comportamiento inquieto. Una vez más, el hombre que quiere liberarse recibirá con gratitud una devoción de ese tipo de parte de su cónyuge.

Es obvio que una de las áreas que pueden estar fuera del alcance de la esposa es el lugar de trabajo del adicto. Sin embargo, si él trabaja en una fábrica, oficina o tienda y simplemente no puede salir de su trabajo, ella puede estar segura de que tiene menos probabilidades de meterse en líos mientras trabaja. La esposa sabrá exactamente a qué hora esperarle en casa todas las noches después del trabajo. Si él le dice que tiene que trabajar horas extras, ella debe examinar en detalle su cheque de pago.

Hay muchos hombres que se encuentran en situaciones laborales que conducen a caer en pecado. Tomemos a Samuel por ejemplo. Él era vendedor de una empresa respetable y se dedicaba a vender ventanas a diversas tiendas de artículos para el hogar. Tenía una ruta de tiendas que visitaba cada mes. Me pidió consejo con relación a su hábito de frecuentar los salones de masajes durante el día. Yo le dije que necesitaba encontrar un trabajo diferente. Al escuchar esto, me miró con una expresión de total asombro y respondió con rapidez:

—Me encanta mi trabajo. Gano buen dinero para mi familia. ¡Este trabajo es perfecto para mí!

—No dudo que tu trabajo sea perfecto —le contesté—. El enemigo es bastante experto en proporcionar trabajos que son perfectos para sus malvados diseños. Samuel, si la victoria sobre el pecado no es más importante para ti que renunciar a un trabajo, podrías de una vez resignarte a un estilo de vida de fracaso. Nunca cambiarás.

Por desdicha, hasta donde yo sé, Samuel todavía gana buen dinero en su trabajo y continúa visitando salones de masajes. Prefirió su trabajo antes que lograr la victoria.

Víctor era otro hombre que enfrentaba una «desviación en el camino» similar. Tenía un negocio que requería que tuviera un sitio en la Internet. De forma habitual revisaba las noticias y su portafolio de valores en la Internet. Todos los días esperaba con interés el momento de cerrar y revisar sus valores y las noticias. Víctor también tenía el hábito de hojear diversos sitios pornográficos. Aunque quería renunciar a esto, cada vez que pensaba cancelar la renta de la Internet lo descartaba con rapidez porque «la necesitaba para su trabajo». La verdad era que no quería renunciar a su ritual diario, por así decirlo, de entrar a la red. Tenía la misma mirada desilusionada que Samuel cuando le sugerí que no rentara más la Internet. «Pero la necesito para mi trabajo», insistía.

Mientras hablábamos, hice algún sondeo y el verdadero problema salió a luz. «Supongo que me estoy valiendo de mi rutina de entrar en línea para ver las noticias y los valores. ¿Pero qué hago acerca de mi sitio en la red? Tenemos que mantenerlo», admitió Víctor. Este problema era un poco más legítimo. Conversamos un poco más y descubrí que el hombre responsable de supervisar el sitio en la red de su compañía era cristiano. Llevamos a Jerónimo a la oficina de Víctor y le explicamos el problema. Víctor tuvo que ser muy humilde al sincerarse ante un empleado, pero en realidad quería ayuda. Ellos desconectaron la computadora de Víctor del servicio de la red, quitaron el software de su ordenador y le pusieron una nueva clave a la computadora de Jerónimo, para que Víctor nunca pudiera tener acceso a mirar pornografía

desde su oficina. Perdió su rutina diaria en la red, pero esta sencilla solución era lo que necesitaba para encontrar la libertad que se le venía evadiendo por algún tiempo.

Víctor estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario. Su actitud es un ejemplo de lo que Jesús quiso decir cuando advirtió: «Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti... Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno» (Mateo 5:29-30).

EL ÍDOLO DE LA FANTASÍA

El paso inicial hacia el pecado es permitir que los pensamientos de la tentación se enconen. Es en extremo difícil obstruir los procesos del pensamiento una vez que se abrigan. Santiago dice que a una persona se le tienta «cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido». Esto ilustra que la lujuria del hombre en realidad lo levanta y lo lleva a un lugar donde no se puede defender, y entonces lo seduce. Es casi como si sus deseos carnales tomaran control de su mente por un momento y lo trasladaran a un mundo de ensueño donde está indefenso por completo. Una vez que está allí se lo tragan las imaginaciones malignas de su propio corazón enfermo.

Esto no es algo que él no quiera hacer. Al contrario, es exactamente lo que en verdad quiere hacer. La Nueva Versión Internacional de la Biblia lo traduce: «Cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen». ¡No es solo el objeto de la tentación lo que él codicia, sino la verdadera tentación misma! ¡Quiere llenarse la mente con ese tentador deseo! No hay por qué extrañarse de que le sea tan difícil dominarse. Lo mismo que una persona saborea cada cucharada de un delicioso postre, el adicto sexual saborea cada pensamiento del último encuentro sexual. Mientras más se permita a sí mismo fantasear, más probable es que lo

lleve a cabo. En esencia está erigiendo un ídolo de fantasía. Mientras más tiempo acaricie la fantasía, más crece el ídolo. Hasta ese punto está siendo seducido.

Estos pensamientos son difíciles de controlar porque la persona solo ve la gratificación instantánea. La fantasía de la inminente experiencia ensombrece las anteriores promesas solemnes de evitar esa conducta. Todo lo que yace a la vista es la «belleza» del acto disfrutado de antemano. Se olvida por completo de Dios y de sus seres queridos. Sus anteriores intentos de renuncia ahora se pierden en el mar del olvido. Parece que no puede ayudarse a sí misma. Al desarrollarse la lujuria en su mente, su comportamiento llega a ser temerario. Algunas cosas que nunca imaginó hacer bajo circunstancias normales ahora llegan a ser «grandes expectativas». Está comenzando a entrar en trance, como el perro hipnotizado por el pedazo de carne que se sostiene apenas fuera de su alcance. El corazón le comienza a latir aceleradamente, la respiración se le entrecorta y las palmas de las manos le empiezan a sudar. En realidad, está intoxicada de deseo. El ciclo de la adicción está ahora en movimiento y ha llegado al «punto sin retorno». Dietrich Bonhoeffer describe mejor esta lucha:

> En este momento Dios es por completo irreal para nosotros, se pierde toda realidad y solo el deseo por la criatura es real; la única realidad es el diablo. Satanás no nos llena aquí de odio a Dios, sino de olvido de Dios. Y ahora su falsedad se agrega a esta prueba de fuerza. De ese modo, la lujuria estimulada esconde la mente y la voluntad del hombre en la más profunda oscuridad. Se nos quitan los poderes de la discriminación clara y la decisión.[6]

MOVIÉNDOSE FÍSICAMENTE HACIA EL PECADO

El siguiente paso se da cuando el cuerpo en efecto se levanta y se mueve. La persona se puede engañar pensando que solo cruzará el área donde está la «acción» sin hacer nada, pero casi siempre se involucra. Recuerdo que pensaba en mi propia mente: «Pasaré por donde están las prostitutas solo para mirarlas». Otra manera en que me engañaba era diciéndome que solo miraría una revista. El problema era que una vez que comenzaba a mirar la revista, entraba en ese estado de mente alterada donde todo se convierte en sexualidad y nada es prohibido. Después de mirar las revistas quería ver las películas. Tan pronto como empezaba a ver las películas, quería lo verdadero. Una persona que ve pornografía se corrompe al tomar sus decisiones. El pecado nunca se satisface. Un pecado conduce a otro. Una mala decisión conduce a otra. Quizás por esto el profeta Miqueas advertía: «¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal, y cuando llega la mañana lo ejecutan, porque tienen en su mano el poder!» (Miqueas 2:1).

EL PUNTO SIN RETORNO

Una vez que el cuerpo está en movimiento, la racionalización toma el poder. «¡Ah, bueno, es demasiado tarde para detenerse ahora! ¡Mejor lo realizo ya!» Este es «el punto sin retorno». Ya desenfrenado y despojado de temor, culpa o de la posibilidad de peligro, el adicto está convencido por completo de que esta es la única ruta razonable que puede tomar. Salomón lo describía como un hombre con «el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal» (Proverbios 6:18). De esta manera, el adicto llega a estar totalmente comprometido para representar su fantasía. Las oleadas de lujuria lo llevarán muy adentro del océano de la perversión, donde tanto añora estar. Aunque solo tenía la

intención de pasar por donde las prostitutas, salas de masajes o cualquiera que fuese su fuente particular de tentación, una vez que experimenta el panorama y los sonidos de la «zona de tolerancia», el tirón del pecado lo abatirá.

LAS DIVERSAS RUTINAS

Ahora entran en juego diferentes conductas. Cada adicto tiene su propia fantasía, su propia rutina. En realidad, aquí es donde encuentran la verdadera emoción. La rutina del adicto empieza inmediatamente después de que se inclina hacia el pecado. De la misma manera en que un alcohólico piensa con cariño en sus amigos de la cantina, la emoción de la música, el juego de billar, el coqueteo con las muchachas y la «alegría» de una noche de tragos, asimismo el adicto piensa en las muchas cosas que abarca su rutina sexual. Se apresura al lugar donde esto se puede lograr y puesto que el orgasmo no puede continuar de forma indefinida, el adicto procura que su deseo sexual vaya en aumento.

Algunos extienden este período más de veinticuatro horas, no queriendo que terminen la emoción y el alboroto. Esta rutina varía de un adicto a otro. Para algunos se trata de ir de película en película en una galería, consumidos con una lujuria por la variedad. Para otros podría ser ir en busca de prostitutas, ya sean hombres o mujeres. Para el violador sería acorralar a una víctima. El mirón encontrará una ventana probable. El exhibicionista buscará alguien ante quien exhibirse. Aunque todos sean diferentes, comparten una cosa en común: la lujuria se ha concebido en el corazón de todos ellos y cada uno tiene ahora la misión especial de satisfacerse de la mejor manera que sus habilidades lo permitan.

EL ACTO DEL PECADO

El pecado. Hablo de la acción misma. El acto de pecar es a menudo una terrible desilusión, pues al haberse saborea-

do por un período prolongado el cumplimiento de esa fantasía, esta no trae la satisfacción anticipada.

No obstante, este es el objeto de deseo en el cual la persona ha fijado su mente. Una vez que haya entrado en éxtasis y comenzado la rutina, es altamente improbable que pueda detenerse de llevar a cabo hasta el final alguna clase de acto sexual. Puedo recordar que tenía en mente un objetivo al salir de la galería de películas hacia una sala de masajes. Yo sabía que la experiencia no iba a ser tan grandiosa, y aun así parecía que no me podía detener de culminar el acto. Había echado a andar la maquinaria y solo el acto sexual iba a ser suficiente para justificar su paralización. De ese modo, una vez que el adicto sexual ha invertido tiempo y energía en su fantasía, se necesitará algo especial para culminar todo el proceso. Algunos hombres son capaces de limitar su pecado sexual a ver pornografía, pero aun para ellos será necesario lograr algo especial para que terminen lo que ellos mismos echaron a andar.

LA MUERTE

Finalmente, cuando se ha cometido el acto del pecado, este produce la muerte: la muerte de la dignidad propia y la muerte de los sentimientos. También traerá desesperación, ira, impotencia, desesperanza, culpabilidad, condenación y promesas solemnes de nunca volverlo a hacer. Es un precio horrible que Satanás y sus demonios les exigen a los embaucados. Primero lo conducen de cabeza al pecado; luego, una vez cometido, lo condenan y lo atacan por ser débil y despreciable. La vergüenza cada vez es más profunda.

Una vez que termina el acto sexual y que la lascivia se ha disipado de su cuerpo, la persona puede comenzar a ver el pecado con mayor claridad por lo que es. No se encuentran por ningún lado las promesas vacías de la fantasía; todo lo que queda es la horrenda pena por su pecado. Durante la tentación la persona se olvida de las consecuencias de sus actos.

Ahora ellas están a la vista por completo. Es tal como Salomón lo describió, recalcando los detalles de las consecuencias de rendirse ante la tentación sexual. En el siguiente pasaje se puntualiza esto:

> Porque los labios de la mujer extraña destilan miel, y su paladar es más blando que el aceite; mas su fin es amargo como el ajenjo, agudo como espada de dos filos. Sus pies descienden a la muerte; sus pasos conducen al Seol ... Ahora pues, hijos, oídme, y no os apartéis de las razones de mi boca. Aleja de ella tu camino, y no te acerques a la puerta de su casa; para que no des a los extraños tu honor, y tus años al cruel; no sea que extraños se sacien de tu fuerza, y tus trabajos estén en casa del extraño y gimas al final, cuando se consuma tu carne y tu cuerpo, y digas: ¡Cómo aborrecí el consejo, y mi corazón menospreció la reprensión; no oí la voz de los que me instruían, y a los que me enseñaban no incliné mí oído! (Proverbios 5:3-13).

Salomón utilizó la palabra hebrea *aharit* en dos ocasiones diferentes. En el versículo cuatro dice «su fin». En el versículo once se expresa como «al final». *Aharit* proviene de la palabra hebrea *ahar*, que significa persistir. Lo que Salomón ha enseñado es que el pecado no desaparece sencillamente una vez que se ha cometido. Los efectos del mismo pueden persistir por mucho tiempo. Ya hemos mencionado la muerte que se experimenta después de cada acto de pecado. Además de esto, también hay consecuencias de largo plazo en una vida entera entregada al pecado sexual. Adam Clarke comenta sobre este pasaje:

> La pena de la que aquí se habla es de la clase más excesiva: la palabra *naham* a menudo se aplica al gruñido de un león y al incesante rugido del

> mar. En la práctica de mi profesión a menudo se me ha llamado para atender en el lecho de muerte a este tipo de personas, donde los gemidos y chillidos eran incesantes a causa de los dolores producidos por sus huesos y su carne. Cualquiera que haya sido testigo de una escena como esta percibirá al instante con cuánta fuerza y propiedad habla Salomón. ¡Cómo he menospreciado la reprensión y no escuché la voz de los que me instruían! Este es el grito inútil en esa hora tenebrosa. Lector, quienquiera que seas, guarda estas cosas en tu corazón.[7]

En repetidas ocasiones he sido testigo de la angustia de un hombre cuando está forzado a finalmente hacerse responsable de sus acciones pasadas. Vale decir que mientras más tiempo se evite, peor será la angustia.

L()S PROPÓSITOS Y EL ARREPENTIMIENTO

Al entrar el adicto a la etapa inicial del remordimiento, a menudo le hará ciertas promesas a Dios, jurando nunca repetir el mismo pecado: «¡Señor, te juro que nunca haré esto de nuevo!» Al abrírsele los ojos ante la realidad del horrible vacío y la naturaleza de su pecado, hace con facilidad un juramento de esos porque es en ese instante cuando en realidad ve el pecado por lo que en verdad es.

Sin embargo, el problema con hacer una promesa de este tipo es que la misma proviene de la fortaleza y la determinación del hombre para resistir y vencer el mal. Pero estas promesas no son capaces de resistir tentaciones futuras en el mismo terreno. Es por esta razón concreta que el adicto sexual ha intentado antes un innumerable número de veces separarse del hábito, pero todo es en vano.

El hombre necesita con desesperación el arrepentimiento. El arrepentimiento verdadero viene cuando el corazón del hombre cambia su perspectiva del pecado. Un hombre solo

dejará su comportamiento pecaminoso y destructivo cuando se haya arrepentido en verdad desde el fondo de su corazón. Al acercarse más al corazón de Dios, comienza a desarrollar una «tristeza divina» por su pecado.

VENCIENDO LA TENTACIÓN

Cuando la persona crece más en la fe cristiana y se acerca a Dios comienza a ver todo el acto pecaminoso, incluyendo sus consecuencias, en lugar de ver solo la recompensa. Esta es la razón principal por la cual he tenido éxito en vencer mis propias tentaciones personales. Al acercarme al Señor, cuando empecé a salir de la esclavitud, pude ver los efectos de mi pecado y mi rebelión con mayor claridad. En vez de concentrarme en la experiencia «deliciosa» pude ver de manera realista que las experiencias pasadas por lo general eran apenas mediocres, en el mejor de los casos. En vez de enfocar mis pensamientos en cuanta diversión podía, veía con claridad las consecuencias que me esperaban: la *aharit.* Recordaba los días de vergüenza, repugnancia y condenación. Pero lo peor de todo es que recordaba estar aislado del Señor.

Vencí la tentación porque rehusé permitirme continuar viviendo con pensamientos sexuales. Cuando una fantasía entraba en mi mente, tomaba la decisión consciente de no acariciarla. La persona que se da el lujo de saborear una fantasía se está preparando para una enorme caída. El momento de enfrentarse con la tentación es cuando comienza a aparecer. Mientras más tiempo persista el pensamiento, más difícil será de resistir.

HUYENDO DE LA TENTACIÓN

Habiendo examinado todo el proceso del pecado, regresemos ahora al principio y estudiemos un poco más de cerca cómo escapar de las trampas de la tentación sexual. La Biblia nos da una forma de enfrentarse a esas tentaciones:

¡CORRER! Pablo aconsejó a Timoteo: «Huye también de las pasiones juveniles». Y en Génesis 39 vemos la historia de un hombre de Dios que tuvo que enfrentarse con la tentación sexual.

> Aconteció después de esto, que la mujer de su amo puso sus ojos en José, y dijo: Duerme conmigo. Y él no quiso, y dijo a la mujer de su amo: He aquí que mi señor no se preocupa conmigo de lo que hay en casa, y ha puesto en mi mano todo lo que tiene. No hay otro mayor que yo en esta casa, y ninguna cosa me ha reservado sino a ti, por cuanto tú eres su mujer; ¿cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios? Hablando ella a José cada día, y no escuchándola él para acostarse al lado de ella, para estar con ella, aconteció que entró él un día en casa para hacer su oficio, y no había nadie de los de casa allí. Y ella lo asió por su ropa, diciendo: Duerme conmigo. Entonces él dejó su ropa en las manos de ella, y huyó y salió (Génesis 39:7-12).

Observe la diferencia en la manera en que estas dos personas manejaron lo que era indudablemente una atracción mutua. Es probable que la esposa de Potifar fuera una mujer bella. Tal vez era una de las principales damas de la sociedad. Debió haberse vestido con las sedas más finas y usado los perfumes más costosos. Junto a las incultas muchachas esclavas a las que estaba acostumbrado José, debe haber parecido increíblemente encantadora.

Es interesante notar que ella no se interesó en José hasta después de que su marido lo había exaltado. Antes de que lo promovieran a su alta posición, quizá ella ni siquiera se había fijado en él. Ahora bien, estos dos estaban el uno al lado del otro todos los días. La esposa de Potifar debe haber llegado a respetar a José por la forma eficiente en que él realizaba

su trabajo. Después de que lo hubieron ascendido, ella «puso sus ojos en José».

Con frecuencia esto es lo que les ocurre a algunas mujeres cuando ven que se exalta a un hombre de Dios. Hay algo en una poderosa presencia detrás del púlpito que ellas quieren cautivar. Muchas mujeres empiezan a fantasear acerca de cómo podrían seducir al hombre de Dios. Seguro que casi cualquier evangelista muy conocido podría atestiguar sobre las mujeres que tratan de atraparlos y seducirlos. Una vez que una mujer va tras un hombre de esta manera, a menudo hará cualquier cosa para llevar a cabo su diabólica misión. En su mente piensa que si pudiera conquistarlo sexualmente, de algún modo ella «capturaría» ese poder o ese carisma que emana de su personalidad.

Esto es lo que intentó hacer la esposa de Potifar. Observó la valentía y la confianza de José y quería poseer esos dones de alguna manera. No se daba cuenta de que esas notables cualidades estaban en él porque era un hombre piadoso. Ella estaba impulsada por sus propios deseos carnales, y al verlo trabajar en la casa día tras día, los pensamientos lascivos comenzaron a alojarse en su mente. Podría haberlos rechazado, pero prefirió retenerlos. Quizás antes de que incluso estuviera consciente por completo de lo que hacía, cierto día habló sin consideración: «¡Duerme conmigo!» Sobresaltada porque este esclavo la rechazara, enfrentaba un desafío aun más grande. El relato dice que José trató de razonar con ella en cuanto a por qué no podía hacer tal cosa. Pero ella no aceptó nada de eso. Coqueteaba con él todos los días, lo cual es probable que ahora se conozca como «acoso sexual». No obstante, José, un hombre de honor e integridad, continuó resistiendo de modo resuelto sus propuestas ilícitas. Al final, cuando ella ya no podía aguantar más y su lascivia llegó a ser una obsesión, se le abalanzó y casi le suplicó: «¡Duerme conmigo!» Cuando José salió corriendo, ella llegó a la dolorosa y humillante comprensión de que nunca podría tenerlo sexualmente, así que hizo que lo metieran a la cárcel.

José debe haber tenido alguna lucha con la tentación al mirar a esta belleza egipcia, refinada y radiante, que se ponía a su disposición. Pero manejó esta atracción mutua de una forma diferente; él «no hizo provisión para la carne». Rechazó la idea de inmediato y se rehusó inclusive a considerarla. Cuando al final ella se abalanzó sobre él, José conocía el secreto para escaparse de la tentación: ¡Corrió! Esta es la mejor manera de manejar una tentación: ¡Correr hacia otro lado!

UNA VÍA DE ESCAPE

Un aspecto importante para manejar la tentación es que siempre hay una salida. Pablo dijo: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar» (1 Corintios 10:13).

Cuando yo luchaba contra la tentación, en realidad dudaba de la Biblia porque este versículo me parecía muy falso. Detestaba que los predicadores utilizaran este pasaje. «Ellos no comprenden cómo es esto», me decía a mí mismo. Sin embargo, me gustaría compartir un par de pensamientos sobre este versículo. En primer lugar, ya no existe ninguna duda en mi mente acerca de la verdad de esta afirmación (¡y de todas las demás afirmaciones de la Biblia!). Contemplando esas tentaciones del pasado, ahora puedo ver que Dios siempre proporcionó una vía de escape. Por estar tan enredado en el pecado, y con el hábito de entregarme a la tentación, no estaba sintonizado con la guía del Espíritu Santo. O bien no veía el modo de escapar o prefería no hacerle caso. Estaba tan acostumbrado a perder esas batallas que había decidido que sencillamente no podía ganar, por lo tanto, ¿para qué intentarlo? Llegué a estar tan condicionado a entregarme a la tentación que me convencí de que no podía vencerla. Es más, estaba tan subyugado por mi pecado que no quería encontrar

un modo de escapar. Pero la verdad del asunto es que siempre estaba disponible una vía de escape.

Pablo dijo que Dios no permitiría que fueras tentado más allá de lo que eres capaz de soportar. Una ilustración de la palabra *capaz* es la línea horizontal que se traza en el costado de un barco. Al cargarse un barco, hay un momento en el cual la «línea trazada» queda paralela al nivel del agua, lo cual indica que el barco se ha cargado hasta su capacidad. Cuando el barco cargado se hunde hasta donde esa línea queda bajo el agua, se sabe que el barco está sobrecargado. Nunca se nos tienta más allá de nuestra «línea trazada». Nunca se nos carga con más tentación o prueba de la que podamos soportar. Dios nunca permite que nuestras tentaciones vayan más allá de esa línea. ¡Él siempre nos proporciona una vía de escape!

Por eso debemos aprender cómo ser sensibles a la ruta de escape que Dios provee. Solo podemos aprender los métodos de Dios estudiando como él actúa. Esta es la razón por la cual es tan importante que sepamos a dónde ir para encontrar ayuda. Si al azar acudimos a cualquier fuente en busca de respuestas, probablemente nos aconsejarán mal y nos conducirán por el mal camino.

SEGUNDA PARTE

EL RUMBO CORRECTO

siete

LA RAÍZ DEL PROBLEMA

LA GENTE QUE LUCHA contra el pecado sexual habitual con frecuencia tiene el deseo de llegar a saber cuál es la raíz del problema. Esto ocurre debido a que la sicología moderna les ha hecho creer que tales problemas tienen su origen o están ocultos muy profundo dentro de la infancia del individuo, y por lo tanto se deben sacar a la luz y examinar de forma minuciosa. Todo este concepto de buscarle soluciones a los problemas actuales explorando el pasado fue formulado por primera vez por Segismundo Freud.* Las teorías que él formuló ayudaron a darle forma a la sicología moderna. Algunos de estos conceptos acerca de los problemas «emocionales» con los que lucha la gente fueron útiles. Sin embargo, la mayoría de ellos eran sencillamente extravagantes. Por último, la terapia principal que Freud ideó para ayudar a las personas, llamada el sicoanálisis, dependía de los recuerdos de las experiencias de la niñez del paciente como clave para revelar sus problemas actuales. La idea era que el recuerdo de encuentros traumáticos antiguos causaría que el paciente de alguna manera experimentara una brecha

•Carl Jung, contemporáneo de Freud, fue el padre del movimiento moderno de «curación interior». Jung, que sostenía que «guias espirituales» lo llevaron a sus conclusiones, creta que ocurriría una transformación de los individuos perturbados al establecer un diálogo entre su mente consciente y el inconsciente. Ciertos sicólogos cristianos posteriormente introdujeron a «Jesús» en este diálogo, insistiendo en que el paciente imaginase que él le ayudarla en medio de los traumas de la infancia. Por supuesto que no hay apoyo bíblico para tales teorías y, como lo revela con claridad Dave Hunt en *The Seduction of Christianity* [La seducción del cristianismo], tales prácticas son peligrosas desde el punto de vista espiritual.

sicológica que diera como resultado una nueva habilidad para salir adelante con las tentaciones cotidianas de la vida. No obstante, esta teoría, que ya no se considera entre la comunidad de sicólogos, todavía desempeña un papel fundamental en la formulación de muchas de las teorías de la sicoterapia que abundan en la actualidad.

Aunque sea innegable que el medio ambiente en que se cría un niño tiene un impacto tremendo en el rumbo del desarrollo de su vida, de modo categórico no hay evidencia que sugiera que simplemente recordar esos incidentes afecte o cambie el presente. Quizás esta especie de terapia solo aliente al aconsejado a culpar a los demás, en vez de asumir la responsabilidad personal de sus decisiones y acciones.

ENFRENTANDO EL PRESENTE

La Biblia le enseña con claridad al cristiano que está luchando contra los hábitos pecaminosos a encargarse del «aquí y ahora», en vez de tratar de resolver los problemas enfocando los recuerdos pasados. Refiriéndose a la búsqueda de la perfección espiritual, Pablo dijo: «Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:13-14). No hay absolutamente ninguna base bíblica que apoye el rastreo de las experiencias traumáticas de la infancia de una persona. Aunque en el asesoramiento puede haber necesidad ocasional para dirigirse a algo que ocurrió en la infancia, uno no debe mirar al pasado como la clave para solucionar el presente.

La Biblia le enseña al creyente que está luchando con un pecado a ocuparse de su naturaleza pecaminosa. ¿Se puede usted imaginar que Dios diga: «No matarás... a menos, por supuesto, que hayan abusado de ti cuando eras niño, porque entonces es comprensible»? ¡Qué ridículo! Sin embargo, los noticieros, así como los comentaristas de la actualidad,

buscan pretextos y racionalizan sus errores y estilos de vida pecaminosos, apuntando con un dedo acusador a sus padres o a otras personas de su pasado. La verdad es que antes de que una persona pueda superar algún día su pecado habitual, primero debe estar dispuesta a asumir la responsabilidad de sus propias acciones. Esto significa encargarse del comportamiento actual de uno, sin ninguna excusa. No se puede cambiar lo que ya sucedió en el pasado. Por consiguiente, los que van a salir victoriosos del pecado deben aprender a olvidar lo que yace en el pasado y enfocar su atención al presente.

La siguiente historia nos demuestra cómo respondió David cuando estuvo frente a frente con su gran fracaso moral.

> Aconteció al año siguiente, en el tiempo que salen los reyes a la guerra, que David envió a Joab ... pero David se quedó en Jerusalén... Un día, al caer la tarde, se levantó David de su lecho, y se paseaba sobre el terrado de la casa real; y vio desde el terrado a una mujer que se estaba bañando, la cual era muy hermosa ... envió David mensajeros, y la tomó; y vino a él, y él durmió con ella ... Jehová envió a Natán a David; y viniendo a él, le dijo:... A Urías, heteo, heriste a espada y tomaste por mujer a su mujer ... porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol. Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová (2 Samuel 11—12).

El primer paso hacia la victoria sobre los hábitos dominantes de la vida es comprender que estás en tus circunstancias actuales por motivo de las opciones que tú mismo has escogido. David asumió plena responsabilidad cuando se le confrontó sobre su pecado con Betsabé. Él no ofreció las lastimeras disculpas que con frecuencia se escuchan hoy: «Yo estaba atravesando un período difícil de mi vida». «Fue el

diablo el que planeó todo esto». «Dios sabe que yo soy un hombre con pasiones naturales. ¿Qué cree que haría un hombre bajo tales circunstancias?» «Mi esposa ha estado distanciada de mí últimamente. ¡Con razón caí en la tentación!» David sabía que estaba equivocado. Al pecar él había tomado una decisión consciente, nadie más. Cuando Dios lo castigó por su pecado, no se puso de pie ni amenazó a Dios con el puño. Más bien comprendió y aceptó con humildad el castigo por sus actos.

CULPANDO A LOS PADRES

Algunos de nosotros, incluyéndome a mí mismo, no tuvimos un comienzo muy justo en la vida. Yo pasé muchos años culpando a los demás por mi difícil situación. Aunque estaba rodeado en casa de influencias negativas, escogí buscar la senda de la inmoralidad. Culpar a los padres por nuestros pecados parece ser la historia de la humanidad. Leamos lo que Dios le dijo a su pueblo a través del profeta Ezequiel:

> Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ¿Qué pensáis vosotros, los que usáis este refrán sobre la tierra de Israel, que dice: Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera? Vivo yo, dice Jehová el Señor, que nunca más tendréis por qué usar este refrán en Israel. He aquí que todas las almas son mías ... el alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él (Ezequiel 18:1-4,20).

Dios abordó este tema porque su pueblo estaba culpando a sus padres por lo que ellos mismos hacían. Utilizaban las transgresiones de sus padres como pretexto para cometer sus propios pecados. Dios inclusive les prohibió utilizar esta

frase. Ellos no debían aprovecharse del pecado de otro como medio de justificación de sus propios actos.

Sin embargo, hay personas a quienes legítimamente se les ha hecho daño en la vida. Estas personas son las más inclinadas a utilizar el abuso que sufrieron como pretexto para permanecer en el pecado. Julia era una de esas personas. La había criado un padrastro que empezó a abusar sexualmente de ella a temprana edad. Cuando llegó a la adolescencia, se rebeló y comenzó a tener sexo con casi cualquiera que la quisiera. Continuó con este atolondrado comportamiento aun después de haber nacido de nuevo en Cristo.

Aunque su infancia sea una historia desgarradora, Julia estará destinada a continuar viviendo una vida de degradación hasta que decida asumir la responsabilidad de su propio pecado, ahora mismo, en el presente. Al estar bien aferrada a la profunda amargura hacia su padrastro y utilizar su abuso como un pretexto para permanecer en el pecado, ella está paralizada y no podrá experimentar la libertad que Dios quiere que tenga. Por desdicha, hay muchos que creen que su pecado es justificable por causa de sus sufrimientos pasados. Ella es una víctima que necesita aceptar el amor de Dios, no una pecadora culpable de lo que le ocurrió en su infancia y que debe arrepentirse. Julia disfruta de su pecado y está feliz de tener consejeros que refuerzan la idea de que ella no es responsable de sus actos. A veces debemos confrontar el pecado de una persona de frente por su propio beneficio. La misericordia humanística dice que deberíamos tratar a Julia como una víctima. La misericordia de Dios dice que hoy, como adulta, ella es responsable de sus actos, y a menos que se arrepienta, permanecerá separada de Dios y clavada en un carrusel inútil de pecado, dolor y degradación. La simpatía humana mal dirigida solo empeora la situación.

Este enfoque humanístico de cómo tratar el pecado me recuerda una situación que experimenté con mi tía. Cuando era pequeño contraje rubéola. El doctor le dijo a mi madre

que ella debía frotarme los ojos todos los días o arriesgarse a que yo contrajera una infección que podría causar la ceguera. En esa ocasión estábamos de visita en casa de una tía. Cierto día, mi madre me inmovilizó y trató de limpiarme los ojos, pero cuando yo comencé a chillar y patalear en protesta se detuvo. Al ver esto, mi tía me tomó con fuerza y «despiadadamente» me frotó los ojos. Ahora pregunto: ¿Cuál de las dos estaba expresando misericordia piadosa por mí en ese momento? Por supuesto que mi tía.

También algunas veces nosotros necesitamos que se nos confronte con firmeza con la Palabra de Dios para nuestro propio beneficio. Nadie dudaría que Julia fue víctima de un padrastro perverso y corrompido. Es verdad que lo que se le hizo a ella fue una cosa horrenda. Pero si no empieza a aceptar la responsabilidad de sus actos actuales, nunca conocerá la verdadera libertad del dolor de su pasado.

CULPANDO AL CÓNYUGE

Mientras algunos culpan a sus padres por sus problemas actuales, otros culpan a sus cónyuges. Una de las excusas que he escuchado muchas veces es: «Yo le soy infiel a mi esposa porque ella no satisface mis necesidades». El hombre que comete algo tan pernicioso como el adulterio porque su esposa falla en satisfacer sus exigencias sexuales en realidad está peor en su corazón que el adúltero que se encuentra sencillamente fuera de control en su vida sexual. Una cosa es que un hombre tenga una adicción que continúa saliéndose de control en espiral, hasta el punto de cometer adulterio, y otra muy diferente es tomar una decisión premeditada y calculada para tener sexo con otra persona porque su esposa no está tan obsesionada con el sexo como él. Esto solo demuestra un carácter frío y egoísta en extremo.

En realidad, el hombre que trata de culpar a la falta de interés de su esposa en el sexo como la razón de su adulterio, o de otra adicción sexual, no está siendo honesto consi-

go mismo. Él sencillamente quiere hacerlo. El hombre que en verdad ama a su esposa nunca pensaría tal cosa. El adulterio no sería algo que siquiera considerara, mucho menos que intentara. Un hombre piadoso de inmediato examinaría su interior, a fin de descubrir por qué está recibiendo una respuesta así de parte de su esposa. Luego trataría de comprender lo que podría hacer para satisfacer mejor las necesidades de ella. El hombre que alega que está recibiendo menos de lo que debería recibir, por lo general está desatendiendo las necesidades de su esposa. En su egocentrismo extremo no ama a su esposa como debe, de otra forma, ella estaría más inclinada a responder a sus requerimientos de amor. Con mayor frecuencia el problema principal no es la esposa, sino el marido mismo.

CULPANDO A DIOS

Tan increíble como puede parecer, muchos hombres tratan de culpar a Dios. Algunos en realidad se enojan con él porque «permitió» que llegaran a donde están o porque no los libera de inmediato al solicitárselo. ¡Cabe decir que están caminando en una senda resbaladiza! No es culpa de Dios que la gente escoja caminar en el pecado. Dios en su misericordia ha hecho todo para dejar la salvación y la libertad disponibles para nosotros. Santiago dice que Dios nunca tienta al hombre (Santiago 1:13). Pablo dice que permitamos a Dios ser veraz y a todo hombre un mentiroso (Romanos 3:4). Nuestros orígenes pueden no parecemos justos, pero aun así no podemos culpar a Dios. Después de todo, él nunca toma decisiones equivocadas por nosotros.

Este es un paso muy importante para algunos de los que leen este libro. Muchos de ustedes tendrán la tentación de saltarse esta sección, haciendo caso omiso de lo que aquí se está considerando. Debemos asumir la responsabilidad por nuestro pecado. Debemos decirle a Dios que hemos pecado contra él y contra los demás. Esto no debe hacerse como una fór-

mula secreta para recibir el perdón, sino con una pena sincera por la maldad de nuestros actos que nos conduzca a un verdadero arrepentimiento.

LAS VERDADERAS RAÍCES

Al buscar las raíces de la adicción sexual no necesitamos mirar más allá de nuestra propia naturaleza. Jeremías dijo: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9). David señaló: «He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre» (Salmos 51:5). Salomón advirtió: «La necedad está ligada en el corazón del muchacho» (Proverbios 22:15). Pablo afirmaba que todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23), mientras que Juan indicó que «si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos» (1 Juan 1:8). Y por último, Jesús declaró: «Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre» (Mateo 15:18-20).

La raíz del pecado sexual habitual proviene del corazón, no del pasado. Una de las grandes enseñanzas fundamentales de la fe cristiana es la doctrina de la depravación del hombre. Aunque el hombre fue hecho a imagen de un Dios santo, su naturaleza se corrompió cuando cayó en pecado en el jardín del Edén. Desde ese tiempo, no ha habido justo, «ni aun uno» (Romanos 3:10). Somos seres depravados que apetecemos lo que es atractivo para nuestra naturaleza carnal. Es natural desear lo que es pecaminoso e ilegal. Aunque la mayoría de la gente no actúa según sus pensamientos, creo que todos nos quedaríamos asombrados si conociéramos los pensamientos que pasan por las mentes de la gente «decente».

La realidad de esto se me ocurrió cierta vez que estaba con mi esposa en San Antonio, Texas. Estábamos esperando

a una amiga que había ido a atender un asunto. Mientras la esperábamos sentados en el carro y conversando de forma informal, pasaron dos damas jóvenes bien vestidas. Era evidente que eran oficinistas que tomaban un receso para almorzar y dar un paseo. Mientras se acercaban, estaba impresionado por lo encantadoras que parecían ser. En aquellos días había estado luchando con la idea de que un Dios amoroso enviara al infierno a gente «buena». No mucho tiempo antes de esto había interrogado a Dios: «Señor, ¿cómo puedes enviar al infierno a la gente decente?» Esta había sido una de esas preguntas insistentes de algo que no me convencía. Al pasar estas dos damas cerca del carro donde estábamos, una de ellas profirió una blasfemia. En ese instante el Señor me hizo reflexionar en que incluso aquellos que podrían considerarse «decentes» ante las normas humanas, no lo son ante los ojos de un Dios santo.

La verdad es que aun la gente que se considera «buena», en realidad no lo es. Ellos no son inherentemente buenos, como Carl Rogers, psicólogo que sostiene esto, quisiera que creyéramos. Nosotros, como una raza de gente caída, tenemos una propensión natural hacia el pecado y la rebelión contra nuestro Creador. Es de esta atracción innata por la ilegalidad de donde se origina el pecado sexual habitual. Aunque no todo el mundo lucha contra el mismo pecado, cada individuo tiene un pecado que surge de modo natural. Tal como Pablo tan acertadamente citó del Antiguo Testamento:

> Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto

> y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos (Romanos 3:10-18).

LIDIANDO CON LAS RAÍCES

Desde que tenemos suficiente edad para comprender se nos bombardea con el mensaje: «Tu vida es lo que decides hacer de ella». Nuestros padres nos dicen que tenemos que luchar para obtener logros y en la escuela se nos enseña a estar orgullosos de nuestro trabajo. Desde el preescolar hasta la escuela secundaria los maestros constantemente estimulan nuestra autoestima. Los deportes en equipo y las actividades extracurriculares se enriquecen con el «amor a la competencia». El espíritu escolar se utiliza como pretexto para degradar verbalmente y burlarse de otras escuelas, con frecuencia bajo la supuesta inocencia de la «rivalidad». En los Estados Unidos se alienta a los ciudadanos a creer en ellos mismos y aprovechar toda oportunidad, aun a costa de la reputación o de los sentimientos de otros. La mentalidad de «me lo debo a mí mismo» ha escoltado a los estadounidenses por el ancho sendero del egoísmo. La búsqueda del «número uno» se ha convertido en el objetivo principal de esta nación.

¿Qué tiene que ver todo esto con la adicción sexual? La respuesta es sencilla. Lo que se expuso en la sección anterior es un resultado directo de dos raíces de la adicción sexual: el orgullo y la vida egocéntrica. Estos dos factores básicos han dictado muchos aspectos de nuestras vidas. Es hora de entablar combate con lo que en verdad yace bajo la falta de control del adicto. En pocas palabras, el adicto sexual es en exceso orgulloso y ha escogido darse a sí mismo prácticamente cualquier cosa que quiera o desee. Puesto que los seres humanos en verdad tenemos una naturaleza pecaminosa, se podría esperar que la vida de todo el mundo esté llena de confusión. Sin embargo, no es sino cuando una persona es egocéntrica y orgullosa que su vida queda fuera de control.

Tratar la adicción sexual, desde el punto de vista cristiano, se puede comparar a pretender curar las úlceras de los que sufren de leucemia. Puede darse un tratamiento para estas dolorosas lesiones con los medicamentos más modernos y vendar las heridas, pero hasta que no se cure la leucemia, el paciente permanecerá postrado en cama y continuará sufriendo de esa irritación.

De la misma manera, la adicción sexual es un subproducto del estilo de vida egocéntrico. La persona es adicta al sexo ilícito porque está consumida con el propio YO. Se le puede dar «tratamiento» a este problema por el resto de la vida, pero hasta que no se resuelva lo de su naturaleza egoísta, siempre permanecerá. Esta es la razón por la cual el Programa de Rehabilitación Vida Pura hace énfasis en confrontar todos los aspectos de la vida espiritual del creyente. Al madurar el creyente como cristiano, estará cada vez más interesado en la vida de los demás. Cuanto menos egocéntrico se vuelva, menos importante será la satisfacción de los deseos propios en su vida.

EL PROCESO DE LA MUERTE

Una vez que el individuo vuelve a nacer al entregar su vida a Cristo, de inmediato Dios comienza un proceso de renovación en su vida, cambiándolo a una «nueva criatura» (2 Corintios 5:17). Sin embargo, su respuesta o buena voluntad para permitir que Dios lo moldee de nuevo a semejanza de su Hijo Jesucristo es vitalmente importante si él o ella esperan madurar en el Señor y caminar en victoria diaria sobre su pecado. Hay cristianos que se rehusan a crecer. También existen aquellos que crecen con lentitud, mientras que otros maduran con mayor rapidez. Cualquiera que sea el caso, Dios trata de cambiarnos de la antigua naturaleza carnal a una nueva persona semejante a Cristo. Metódicamente, Dios quita todas las características del yo. Cuanto menos haya presente de mí, más espacio hay para que brille la persona de Jesús. Cuando

aprendemos a hacer morir el yo, nos volvemos cada vez más semejantes a Cristo.

Dios puede utilizar muchas experiencias en nuestra vida para originar esta transformación. Los cristianos estamos familiarizados con Romanos 8:28, y a menudo lo utilizamos cuando salen mal las cosas. No obstante, la mayoría de nosotros tomamos este versículo fuera de contexto. Es en el siguiente versículo donde se encuentra la clave. El texto dice: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos». La frase clave en esta sección de la Biblia es: «su propósito». ¿Cuál es el propósito de Dios para sus hijos? «Que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo». En consecuencia, todas las cosas (es decir, las circunstancias, las pruebas, las adversidades, el sufrimiento, la pérdida, etc.) son instrumentos para provocar este divino cambio interior. Dios desea moldearnos en «réplicas» de Jesús que se dispersen por toda la tierra como sus recipientes de misericordia. Nuestra parte en este proceso es aprender a que «muera el yo», a fin de que Dios pueda tener libre dominio para hacernos más como Jesucristo, que «puso su vida por nosotros» (1 Juan 3:16).

NEGÁNDOSE A SÍ MISMO

Lo que todos los adictos sexuales comparten en común es una falta de autocontrol. No han sido capaces de controlar sus impulsos sexuales. Nunca han aprendido a «negarse» a sí mismos. Por cierto, ellos han buscado el placer de modo obsesivo hasta el punto de que en el proceso han sacrificado con descuido su caminar con Dios, su matrimonio y su familia. Su primordial inclinación ha sido lograr todos sus deseos. Sin embargo, Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.

Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará» (Lucas 9:23-24).

Para superar los hábitos del pecado sexual se requiere más que simplemente ejercer el autocontrol, pues en caso contrario no se llamaría adicción. La persona que lucha esa batalla debe aprender a decir «no» cuando surgen las tentaciones. Aun así, todavía hay más.

El creyente que camina en victoria es el que ha aprendido a «negarse a sí mismo». Esto debe convertirse en una forma de vida. En efecto, Jesús requiere esto de todos los que profesan ser sus seguidores. Negarse a uno mismo significa que debemos poner a un lado lo que nosotros deseamos hacer en todas las áreas de la vida y más bien escoger hacer la voluntad de Dios. Tal obediencia crece de forma gradual en la persona que gustosamente se somete a la disciplina de Dios, permitiendo que él gobierne y guíe su vida.

He encontrado que la mayoría de las personas que tienen una adicción particular también fallan en ejercer el control en otras áreas de sus vidas. Por ejemplo, entre los adictos sexuales es muy común el comer en exceso. Otros abusan de las tarjetas de crédito con total indiferencia ante las inevitables consecuencias. Algunos se entregan a los deportes, la diversión, o a cualquier cantidad de recreaciones frívolas. A menudo esto ocurre porque el problema subyacente no es la adicción sexual, sino más bien la falta de control, moderación y disciplina que proviene de una vida de satisfacción de los deseos propios. Una de las claves para superar una adicción es aprender moderación en todas las áreas de la vida, no solo en el área de la adicción. Cuando una persona aprende a moderarse en todas las áreas de la vida, descubrirá que la tentación a entregarse al pecado sexual se debilita. La búsqueda de otras formas de placer solo sirve para fortalecer la adicción porque el gratificarse a uno mismo sencillamente refuerza el egocentrismo.

Tomar la cruz, como mandó Jesús en Lucas 9:23, significa ponerle fin a la antigua naturaleza, es decir, al egocentrismo. El Calvario representa la muerte de la antigua manera de vivir. Como dijo Pablo: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). Algo debe ser drásticamente diferente en la persona que ha venido a Cristo. Debería haber un cambio fundamental y perceptible en el carácter de la persona. La cruz del Calvario representa el fin de la época vieja y la introducción de una nueva. Me parece que A. W. Toser expresa mejor esto:

> La vieja cruz es un símbolo de muerte. Significa el final abrupto y violento de un ser humano. El hombre de la época romana que tomó su cruz y se fue por el camino ya se había despedido de sus amigos. No regresaría. Iba camino a su fin. La cruz no hizo ningún arreglo, no concedió nada, no se reservó nada; mató todo lo del hombre, por completo y para siempre. No trató de mantenerse en buenos términos con su víctima. Golpeó cruel y duramente, y cuando había terminado su trabajo, el hombre ya no existía.[1]

EL ORGULLO: EL CÁNCER DEL ALMA

La otra raíz del pecado sexual es el orgullo. Salomón dijo: «Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu» (Proverbios 16:18). Parece que mientras más altiva sea la persona, más difícil se vuelve superar el pecado sexual. La soberbia es sencillamente estar lleno de sí mismo y tener un sentido elevado insano de su propia importancia. Se debe enfrentar con seriedad esta actitud si una persona espera superar el yo y su consiguiente pecado sexual. C. H. Spurgeon dijo:

> El orgullo es tan natural para el hombre caído

> que le brota en el corazón como la mala hierba en un jardín regado o en los torrentes de agua de un arroyo. Es un pecado que todo lo penetra y que asfixia todas las cosas como el polvo de los caminos o la harina en el molino. Todo lo que toca se torna maligno. Se puede cazar a este zorro y pensar que se le ha destruido... ¡y helo aquí! El regocijo mismo es orgullo. Nadie tiene más orgullo que los que sueñan que carecen de él. El orgullo es un pecado con un millar de vidas, tanto que parece imposible matarlo.[2]

C. S. Lewis observó:

> Mientras más orgullo tenga uno, más aversión le tiene uno al orgullo de los demás. En realidad, si quiere averiguar cuán orgulloso es usted, la forma más fácil es preguntarse: «¿Cuánto me disgusta que otra gente me trate con arrogancia, o que se rehúse a prestarme atención, o que me trate con aire condescendiente o alardee?» El asunto es que el orgullo de cada persona está en competencia con el de todos los demás. El orgullo es competitivo por naturaleza.[3]

William Gurnall, el gran escritor puritano del siglo XVII, dio una escalofriante descripción del orgullo:

> El orgullo fue el pecado que convirtió a Satanás, un ángel bendito, en un diablo maldito. Satanás conoce mejor que cualquiera el poder mortal del orgullo. ¿Es de extrañar entonces que lo utilice tan a menudo para envenenar a los santos? Inyectarlo se hace fácil porque el corazón del hombre muestra una inclinación natural hacia él. El orgullo, como

> el licor, es intoxicante. Un trago o dos por lo general dejan al hombre sin valor ante Dios.[4]

Ahora que se ha establecido firmemente una definición del orgullo, examinaremos cómo se manifiesta en nuestra vida. Esto ayudará a superar su dominio.

UN ESPÍRITU ARROGANTE

Cuando uno piensa en la palabra arrogancia, viene a la mente con rapidez la imagen de un rico presuntuoso. Sin embargo, la Biblia utiliza el término para describir cualquier actitud que signifique «ser mejor que los demás». No se necesita ser rico para estar lleno de arrogancia. Verse a uno mismo más inteligente, más elegante o más capaz que otros es arrogancia. Aunque en nuestra cultura se alienta esta clase de mentalidad, en el reino de Dios no hay espacio para esto. El salmista dijo: «No sufriré al de ojos altaneros y de corazón vanidoso ... Porque Jehová es excelso, y atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos» (Salmo 101:5; 138:6).

Consideremos la realidad de esas aseveraciones. Si nosotros como cristianos somos arrogantes en nuestra vida, no podemos acercarnos a Dios. ¡Él ni siquiera nos soportaría! Mientras más alto pensemos de nosotros mismos, más nos distanciaremos de Dios. El creyente que persiste en su altivez está en una posición terriblemente peligrosa.

Esto me recuerda a un hombre que tuvimos en una época en el centro de rehabilitación para adictos sexuales. Lamento decirlo de forma tan enérgica, ¡pero este hombre exhalaba arrogancia! Se podía sentir la tensión cuando él entraba en una habitación. Desde el primer día que llegó era obvio que se veía a sí mismo enaltecido por encima de todos los demás en todas las áreas. ¿Cómo podíamos ayudarle con semejante actitud? Él estaba renuente a humillarse y se fue dos semanas después de haber llegado.

EL ORGULLO AUTOPROTECTOR

La persona cuyo orgullo le sirve para protegerse a sí misma suele ser muy vulnerable. Está excesivamente a la defensiva y se ofende con facilidad. Esta persona se ha fortificado a sí misma con un complejo sistema de muros y mecanismos de defensa, en un intento de resguardarse por ser tan frágil. Debido a que la persona con un orgullo autoprotector por lo general es sensible por naturaleza, con frecuencia la menor ofensa la llevará a «protegerse» de un daño mayor. Por consiguiente, los muros de su fortaleza personal se hacen más gruesos y se vuelve aun más impenetrable ante cualquier «intruso».

Santiago dijo: «Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes» (Santiago 4:6). La persona que lucha contra una naturaleza protectora de ese tipo debe aprender a depositar su confianza en Dios y comprender que la humillación (que es el caso del peor escenario y que raras veces sucede) no es algo horrible, sino una cosa que Dios utilizará para su propio bien. Thomas A. Kempis dijo: «Es bueno que algunas veces se nos contradiga, aunque sea a propósito o signifique un menosprecio de nuestro amor propio, y esto, a pesar de que hayamos tenido las mejores intenciones. Estas cosas con frecuencia ayudan a lograr la humildad».[5]

La persona que edifica muros protectores a su alrededor debe bajar la guardia y darse cuenta de que está bien que la vean como alguien no tan perfecto. En efecto, esta es una experiencia liberadora que le ayudará a convertirse en una persona más cálida y amorosa. Al aprender a ser más perceptivo ante otra gente, descubrirá que se derrumban sus imponentes muros protectores. Esos muros representan un temor dentro de la persona, pero pueden ser reemplazados por un genuino interés hacia los demás. Como expresó Juan, el anciano apóstol del amor: «En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo.

De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor» (1 Juan 4:18).

José tenía bastante orgullo autoprotector. Desde su niñez siempre había sido muy sensible ante la corrección de parte de las autoridades o ante los chistes sarcásticos de sus condiscípulos. Cuando llegó en busca de ayuda al Programa de Rehabilitación Vida Pura, había construido enormes muros alrededor de sí. No se permitía ser vulnerable en ningún momento. Al continuar en el centro esto cambió. «Lo que en realidad me ayudó fue ver que el personal se humillaba frente a los demás, arrepintiéndose de algo que podrían haber hecho y que no era correcto por completo», dijo José. «Llegué a confiar en ellos cuando vi que también estaban dispuestos a admitir sus faltas». De forma gradual, José aprendió a expresar el amor de Cristo a los que estaban a su alrededor.

EL ORGULLO INACCESIBLE

La persona con un orgullo inaccesible no se puede corregir, reprender o confrontar con relación a ningún asunto. Se pone sumamente sensible y tensa siempre que se le confronta sobre áreas de su vida que necesitan corregirse. Salomón dijo: «El que corrige al escarnecedor, se acarrea afrenta; el que reprende al impío, se atrae mancha. No reprendas al escarnecedor, para que no te aborrezca; corrige al sabio, y te amará» (Proverbios 9:7-8).

Una persona necia y orgullosa no estará dispuesta a recibir una reprensión. Esto es algo desafortunado porque el asesoramiento bíblico efectivo, que tiende a ser confrontativo, es esencial para el proceso de crecimiento de cualquier cristiano que desee vencer el pecado. La persona con «orgullo inaccesible» debe aprender a considerar la corrección como beneficiosa, en vez de como un ataque del que debe defenderse con vigor. Debe estar dispuesta a escuchar el consejo de los demás y permitir que ellos le reprendan cuando sea necesario.

EL ORGULLO SABELOTODO

La persona con el orgullo sabelotodo por lo general es muy talentosa, bien dotada y bien informada. Tiende a pensar que puede hacer cualquier cosa... ¡y muchas veces es cierto! Desconfía de las capacidades de los demás por causa de su concepto inflado de sí misma y de su ego incorregible. Cree que tiene todas las respuestas porque le encanta pensar muy alto de sí misma. Pero en realidad se engaña al creer que los demás no tienen nada que enseñarle. De forma despectiva desacredita las habilidades de los otros a causa de su arrogancia. Pablo dijo: «Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios» (1 Corintios 3:18-19).

Por consiguiente, la persona con «orgullo sabelotodo» necesita aprender a pedirle consejo con humildad a otros. La vida de Joel cambió cuando empezó a hacer esto. Era por naturaleza un líder fuerte que siempre había logrado colocarse en puestos importantes. Y en efecto tenía mucho talento en diferentes áreas. Sin embargo, también estaba sumamente orgulloso de sus capacidades. El apóstol Pablo dijo: «El conocimiento envanece, pero el amor edifica» (1 Corintios 8:1). Al final, Joel comenzó a ver el horrible egocentrismo de su actitud y su falta de amor hacia los que estaban a su alrededor. Por fortuna, a sugerencia nuestra, empezó a pedir consejo a otros para hacer cosas que estaba bastante capacitado para hacer por sí mismo. Este pequeño ejercicio le ayudó muchísimo. Aunque prácticamente tenía que amarrarse la lengua con un nudo mientras la otra persona comenzaba a enseñarle, poco a poco llegó a ser más humilde.

EL ORGULLO VANAGLORIOSO

Un individuo dominado por el orgullo vanaglorioso siente la necesidad de ser el centro de atención. No solo su ego se

eleva cuando todo el mundo se fija en él, sino que por lo general tiene una personalidad natural que atrae a la gente. De forma habitual se amolda a todas las situaciones y le encanta la diversión. ¡No solo disfruta la atención que recibe, sino que a la gente le encanta dársela!

Salomón dijo: «Alábete el extraño, y no tu propia boca; el ajeno, y no los labios tuyos» (Proverbios 27:2). La persona que lucha con esta clase de orgullo necesita aprender a desarrollar una tranquila mansedumbre. En vez de siempre promoverse y asegurarse de que todo el mundo se fije en sus buenas obras, debe aprender a trabajar humildemente para el Señor y dejar que sea Dios quien le dé el reconocimiento. Santiago advierte: «Humillaos delante del Señor, y él os exaltará» (Santiago 4:10).

EL ORGULLOSO REBELDE

Los que tienen el problema de un orgullo rebelde rechazan la autoridad. Se trata de la persona que también confía en sus capacidades y cree saberlo todo, por lo tanto se considera la única apta para el liderazgo. Este individuo se coloca a sí mismo de forma arrogante al mismo nivel de aquellos que Dios a puesto por encima de él en un lugar de liderazgo. Puede emitir declaraciones descaradas como: «Yo oigo a Dios, no al hombre».

La rebelión se ha desenfrenado en los Estados Unidos desde la década de sesenta. Antes de aceptar órdenes de parte de un superior en el trabajo o en la iglesia, la sociedad nos enseña a cuestionar la autoridad de continuo. ¡Cuan diferente es la perspectiva de Dios sobre la autoridad! Hebreos 13:17 dice: «Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta».

Este espíritu rebelde ha penetrado también en la iglesia de la actualidad. Tenemos que aceptar humildemente nuestra posición bajo los líderes que Dios ha puesto sobre noso-

tros. Si Dios nos ha colocado bajo el cuidado y autoridad de un pastor, debemos someternos a su liderazgo como a Dios.

ORGULLO ESPIRITUAL

Por último, alguien que tenga una mentalidad de «muy santo» está en la intención opuesta de lo que Jesús describió como «pobres en espíritu». El que tiene un orgullo espiritual se imagina a sí mismo como un gigante espiritual. Dios detesta el fariseísmo y el orgullo espiritual. Jesús se enojó con los fariseos por su falsa religiosidad y su fachada externa de beatitud. Ellos eran tan pecadores como los demás a su alrededor, pero actuaban como si fueran ejemplos de primer orden de santidad. No obstante, Jesús tuvo que decirles lo siguiente: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad» (Mateo 23:27-28).

Muchos actúan de la misma manera en la iglesia. Algunos se sientan pulcramente en las congregaciones juzgando a todo el mundo a su alrededor para ver si cumplen con la medida de «sus normas». Otros son los «tipos superespirituales» que siempre oyen una supuesta «palabra» de Dios, aun cuando su senda cristiana a menudo se caracterice por la inestabilidad, la obligación forzada o incluso la completa desobediencia. Por lo tanto son espiritualmente arrogantes, considerando que están en un nivel de madurez al cual no han llegado aún. Es por esta razón que creo con firmeza que el cristiano que se encuentra en pecado sexual no debe estar en el liderazgo de la iglesia, puesto que esto solo servirá para promover su ego.

Pablo dijo: «Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto con-

cepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno ... Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión» (Romanos 12:3,16).

LA SALIDA ES HACIA ABAJO

La genuina humildad es un fruto del Espíritu Santo que proviene del verdadero quebranto... es decir, del proceso de pérdida de resistencia del yo. Mientras más quede del antiguo carácter del creyente, menos espacio hay para Cristo y sus atributos. Martín Lutero dijo: «Dios creó al mundo de la nada, y mientras seamos nada, él puede hacer algo de nosotros».[6] Andrew Murray señaló: «Esta es la verdadera negación de uno mismo a la cual nuestro Salvador nos llama: el reconocimiento de que el yo no tiene nada bueno en sí, excepto como un recipiente vacío que Dios debe llenar. Es sencillamente el sentido de la nada total, el cual llega cuando vemos cuán verdadero es el todo de Dios, y en el cual nos hacemos a un lado para que Dios sea todo».[7]

No es cuestión de tener alta o baja autoestima. Alguien que madure como creyente llegará con el tiempo al lugar donde la auto-estima se reemplaza con la Cristo-estima. Un hombre no combate la baja opinión que pueda tener de sí mismo tratando de inflarse. La única respuesta verdadera para alguien que lucha con la (así llamada) «baja autoestima» es humillarse y permitir que el Señor le infunda un sentido de seguridad y satisfacción. Esta confianza le llega a cualquier hijo de Dios que camina en obediencia a él. El acercarse más al Señor resulta en una disminución de la consideración a uno mismo, lo cual es vital para lograr la humildad de la mente mediante la guía del Espíritu Santo.

Uno de los temas del Nuevo Testamento es la servidumbre. ¡Oh, cuán extraño es el concepto de servidumbre en la iglesia de hoy! ¡No es humildad lo que la mayoría desea, sino

altivez! La lucha por el honor es tan intrínseca en nuestra naturaleza humana que prácticamente parece inevitable. Hasta los discípulos, durante la misma víspera de la crucifixión de nuestro Salvador, discutían entre sí acerca de quién era el más grande. Jesús les contestó: «Sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve» (Lucas 22:26). Después de decir esto, él se puso de rodillas y con sus propias manos les lavó los pies. A través de este acto de total servidumbre y abnegación el Señor les enseñaba cómo ser un siervo. Él dijo: «Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciereis» (Juan 13:13-17).

El lavamiento de pies no es popular en la iglesia de hoy. Ya sé, no debemos ser tan legalistas y pensar que debemos ponernos de rodillas y lavarnos los pies unos a otros... ¡aunque tal vez no sería tan mala idea, después de todo! Si lo hizo nuestro humilde Salvador, seguro nosotros podemos humillarnos y hacer lo mismo. Recuerdo la primera vez que me puse de rodillas y les lavé los pies a los hombres que estaban en el Programa de Rehabilitación Vida Pura. ¡Mi carne rechazaba esta idea con horror! Yo sabía que el Espíritu Santo me estaba dando un codazo con suavidad, así que me obligué a hacerlo. ¿Y saben qué ocurrió? ¡Fue una experiencia liberadora! Estuve asombrado de lo bien que me sentía de poner a un lado mi imagen protegida con tanto cuidado. Lo que la gente pensaba de mí era de pronto insignificante. Un acto así, de servicio, le hará mucho bien a la persona que está llena de ego, soberbia y del pecado que acompaña a ambos.

Llegar a ser un servidor es una mentalidad que debe desarrollar la persona. Implica un estilo de vida que coloca a los demás antes de uno mismo. El orgullo y el egocentrismo

están tan entretejidos en la tela de nuestro ser que es prácticamente imposible encargarse de uno sin tocar el otro. Hasta que una persona aprenda a poner a los demás antes de sí misma, nunca se liberará en verdad del deseo de darle placer a su carne egoísta. Humillarse por medio de actos de servidumbre es una de las herramientas más grandes que Dios nos ha dado para superar la vida del yo. El egocentrismo es el fundamento en el que prospera la adicción sexual. Vivir consciente de las necesidades de los demás y tener un corazón de servidor socavará por completo la vida egocéntrica y contrarrestará la poderosa tentación de la lujuria que se aferra a obtener más de lo prohibido.

ocho

POR QUÉ LA LIBERACIÓN LLEGA CON LENTITUD

> Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria (2 Corintios 4:16-17).

DIOS TRANSFORMA AL HOMBRE de dos formas distintas: Ya sea mediante un milagro, que ocurre de forma instantánea, o mediante un proceso de cambio, a lo largo de un extenso período de tiempo. Muchos drogadictos que persistían por años en sus hábitos han sido liberados de inmediato al llegar al Señor. Dios no siempre decide hacerse cargo de ellos de esta manera, a pesar de que he oído de muchos casos en los cuales así lo ha hecho.

Sin embargo, el Señor por lo general se hace cargo de los que están en pecado sexual por medio de un proceso gradual y bien organizado de transformación del individuo en una nueva creación. En todos mis años de asesorar a hombres que luchan con el pecado sexual, podría contar con una mano los que fueron liberados instantáneamente.

Por lo general, al igual que le toma años a un hombre enredarse en semejante confusión espiritual, le tomará algún tiempo salirse de eso. En la sociedad actual de «microondas», en la que la gente se cura rápidamente de sus enfermedades, nos hemos acostumbrado a esperar resultados inme-

diatos para todo lo que deseamos. Como consecuencia, con frecuencia la gente se impacienta con el horario de Dios. Tal como exploramos en este capítulo, veremos que existen buenas razones para que el cambio no suceda de forma rápida.

Algo que debemos considerar es que si Dios nos liberara instantáneamente, entonces sería mucho más fácil que regresáramos a los antiguos hábitos. Sin embargo, cuando una persona tiene que combatir y luchar para zafarse de las poderosas garras del pecado, apreciará la libertad que con el tiempo experimentará. Recuerdo cuando dejé de fumar por primera vez, después de haberme entregado a Cristo. Mi esposa Kathy y yo fijamos una fecha y nos preparamos para una gran batalla. Planeábamos pasar el día en una excursión, en espera de aliviar en algo la tremenda cantidad de tensión que anticipábamos. Cuando al fin llegó el día, fue casi una desilusión. No hubo batalla. ¡Fue demasiado fácil! Varias semanas después, mientras estaba trabajando en la cárcel, me encontré en una situación llena de tensiones. Otro agente se estaba fumando un cigarrillo y me vi tentado a fumarme uno también. Recuerdo que pensé que dejar de fumar era fácil, así que ¿por qué no? Comencé a fumar de nuevo, ¡pero la siguiente vez que dejé de fumar tuve que luchar para lograrlo!

Todo el dolor que mi esposa y yo hemos soportado ha tenido un verdadero efecto en mí. Me ha permitido ver las consecuencias de mi pecado con mayor claridad. Durante esos tiempos de batallar contra las tentaciones del pecado sexual llegué a estar decidido a resistirlas, en parte, por el precio que ya había pagado. Sencillamente, no quería tener que pagar semejante precio otra vez; conocía demasiado bien el resultado final.

CONFIANZA EN DIOS

Además, durante el esmerado proceso de moldearnos de nuevo, Dios le enseña al hombre a confiar por completo en él. Nunca olvidaré la Escritura que Dios me dio cuando me abría

paso de forma angustiosa a través de este proceso de agonía. Es algo que Pablo relató mientras él luchaba: «Y me ha dicho: Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo» (2 Corintios 12:9). Aunque en ese tiempo yo no entendía cómo esto podía aplicarse a mi situación, sabía que era una palabra que Dios me estaba dando y que no tenía otra alternativa más que esperar con paciencia que él me liberase. Durante este período de total impotencia y debilidad tuve que apoyarme por completo en él. Debido a mi trabajo en la cárcel había recibido entrenamiento para enfrentarme a cualquier situación que se presentase. Ahora, ya no podía confiar en mí mismo para manejar mis problemas en o fuera del trabajo. Dios me enseñó que no podía vencer sin él. El Señor tenía que hacerlo y yo tenía que esperar a que lo hiciera.

Dios es un artífice maestro y en realidad utiliza el pecado del hombre para con el tiempo acercarlo más a él. Las consecuencias del pecado del hombre a menudo son instrumentos para llevarlo a postrarse de rodillas, a fin de que clame con desesperación a Dios por ayuda. Ser impotente ante el pecado hace que el hombre sea dependiente de Dios. ¿Si él pudiera renunciar a su pecado por sí mismo, entonces para qué necesitaría al Señor? Por consiguiente, Dios utiliza las circunstancias para enseñarnos a confiar por completo en él y para convencernos de la verdad que el salmista escribió: «Vana es la ayuda de los hombres» (Salmo 60:11).

EL MOMENTO EXACTO DE DIOS

Uno también debe darse cuenta de que Dios se encarga del hombre en su tiempo preciso. Él sabe cuándo cada persona está preparada para el siguiente paso en el trayecto hacia la libertad. La persona que se enfrenta al pecado sexual con frecuencia no puede ver más allá de ese pecado al parecer insuperable de su vida. Quiere liberarse del mismo y del sufri-

miento que le acompaña. Pero Dios ve el corazón del hombre y todo su futuro. Él sabe que hay muchos problemas profundamente arraigados que se deben descubrir y luego enfrentar. A menudo Dios está más interesado en descubrir y expulsar los problemas subyacentes del corazón que en el pecado exterior contra el cual lucha la persona. Cuando el hombre va hacia él en busca de ayuda, el Señor es capaz de utilizar este período crítico de su vida para destapar otras áreas que ayudan y encubren su incesante adicción al sexo.

Sin pensar en el hecho de que Dios tiene planes aun más grandes para su vida, el hombre enfrascado en un pecado habitual se inclina a preocuparse simplemente por liberarse. Sin embargo, rescatarlo de las garras de su pecado sexual es apenas una parte de lo que el Señor desea hacer en su vida. Por ejemplo, la falta de amor que el hombre demuestra por los que están a su alrededor podría parecer un tema secundario, pero es un asunto de suma importancia para el Señor. Sí, él quiere que el hombre se redima, pero también está interesado en el carácter de esa persona una vez que él o ella se «desprenda» de su pecado. ¿Será que su egoísmo sencillamente lo llevará a ser adicto al trabajo? ¿Pasará el resto de su vida sin que le importen los perdidos a su alrededor que van al infierno? ¿Continuará teniendo una actitud egocéntrica hacia su familia? ¿Los que trabajan con él tendrán que aguantar su mal genio de continuo? Tal como nos exhorta el escritor de Hebreos: «Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia» (Hebreos 12:1). Tal como se expuso en el capítulo anterior, el problema subyacente de la adicción sexual es el egocentrismo. Dios desea utilizar esta circunstancia de la vida del hombre para trabajar en su naturaleza orgullosa y egoísta. El hombre en pecado con frecuencia no ve más allá de la inmediata libertad que desea, pero el Señor mira hacia los resultados a largo plazo.

Mientras el hombre atraviesa por el proceso de restauración, Dios le brinda un nuevo nacimiento y cultiva en él el fruto del Espíritu Santo. Él espera que ese hombre posea un

gran amor piadoso hacia los demás. El Señor quiere ver que su vida esté llena de verdadero regocijo y paz, los cuales solo pueden provenir del Espíritu Santo. Le enseña al hombre el enorme valor de ser paciente con las otras personas. Durante este período de tiempo, Dios además fortalece su fe, infundiéndole bondad y cambiándole su carácter insensible a uno de mansedumbre. Y sí, Dios también desarrolla el divino control de sí mismo que puede resistir las tentaciones del enemigo.

No obstante, una vida de corrupción y completa inutilidad transformada en una de capacidad fructífera y de propósito no está libre de la experiencia dolorosa. La liberación de la adicción sexual también implica pérdida personal. Un verdadero vencedor debe apartarse de ciertas relaciones, lugares y cosas que están íntimamente asociados con su estilo de vida pecaminosa. Esto es sumamente difícil y a menudo traumático para el adicto sexual que por muchos años ha buscado su pecado como consuelo, placer y escape del mundo real. De forma invariable, el hombre se encuentra lamentando la pérdida no solo del placer del pecado sino también de los otros elementos que acompañan a ese estilo de vida pecaminoso. La verdad es que la idolatría del pecado sexual se ha robado el legítimo lugar que le corresponde a Dios en la vida del hombre. Esto provoca que el ser humano se vuelva hacia su «ídolo» como la razón de su vida y recurra siempre a él como consuelo. Se ha convertido en un santuario del dolor de la realidad. Y él le ha rendido culto en su altar por muchos años.

APRENDIENDO A PELEAR

Hay un aspecto del cristiano que se describe en el libro de Apocalipsis y que se debe mencionar aquí. En los capítulos 2 y 3 se le instruye a Juan a escribir cartas a siete iglesias que estaban ubicadas en la provincia de Asia. Estas siete cartas cubren todas las luchas generales que las iglesias han en-

frentado a través de los siglos. La mayoría de los teólogos cristianos están de acuerdo en que estas cartas representan las diferentes clases de iglesias que han existido durante todo este tiempo. Al final de cada carta se repite una frase: «Al que venciere». Luego, a cada iglesia vencedora se le promete siete aspectos diferentes de la vida eterna.

La palabra griega que traducimos como vencer es *nikao*, que significa conquistar o someter. Proviene de la raíz de la palabra *nike*, que significa victoria. De este modo, aprendemos que los cristianos están destinados a conquistar o someter algo bajo su dominio. Algunos sinónimos de la palabra conquistar son superar, predominar, subyugar, dominar y vencer. Estos términos describen la clase de vida que se espera que viva y experimente el creyente.

A lo largo de su vida, el cristiano constantemente se enfrentará a obstáculos para vivir una vida santificada. Tal como lo expondré más adelante, la mayoría de estos impedimentos yacen dentro de su propia carne, y otros son colocados en su camino por el maligno que gobierna este mundo. Cualquiera que sea la fuente de oposición, se espera que él venza estas asechanzas. Pablo habló de militar la buena milicia (1 Timoteo 1:18), pelear la buena batalla (1 Timoteo 6:12), luchar en contra (Romanos 7:23), las armas de nuestra milicia (2 Corintios 10:4), nuestra lucha (Efesios 6:12) y ser soldado en servicio activo (2 Timoteo 2:4). Pedro dijo que debemos abstenernos de los deseos carnales que batallan contra el alma (1 Pedro 2:11). Santiago afirmó que nuestras pasiones combaten en nuestros miembros (Santiago 4:1). No hay dudas de que el creyente debe aprender a batallar contra sus propios deseos carnales y las tentaciones que le presenta el enemigo.

La ilustración de esto en el Antiguo Testamento se encuentra en el libro de Jueces. Según las Escrituras, Dios en realidad permitió que las naciones perversas, adoradoras de los demonios, permanecieran en Palestina. He aquí la razón: «Éstas, pues, son las naciones que dejó Jehová para probar con ellas a Israel, a todos aquellos que no habían conocido

todas las guerras de Canaán; solamente para que el linaje de los hijos de Israel conociese la guerra, para que la enseñasen a los que no la habían conocido» (Jueces 3:1-2).

La tierra de la antigua Palestina estaba llena de cultos a la fertilidad. Los israelitas se vieron forzados a pelear contra el pueblo que les ofrecía justo lo que ellos querían. A lo largo de la historia de la nación de Israel, el pueblo vacilaba de un lado a otro entre el culto a Jehová y el culto a los ídolos. Dios sencillamente podría haber hecho llover fuego del cielo sobre esos idólatras, pero en vez de eso le dijo a su pueblo que los expulsara. Este tipo de combate mortal real resume las batallas que el creyente del Nuevo Testamento pelea en el reino espiritual y cuyas armas «no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas» (2 Corintios 10:4).

Por consiguiente, el adicto sexual cristiano debe hacerle la guerra a los enemigos de su alma, «derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Corintios 10:5). Debe esforzarse por abandonar la doble relación de amor y odio hacia su pecado. A su carne le encanta y quiere que permanezca, pese a que él comprende lo malo de su significado y anhela que Dios lo libere. Clama al Señor y luego, uno o dos días después, está de regreso en medio de su pecado. Pero en vez de darle una liberación instantánea o un deseado arreglo rápido, el Señor quiere que él aprenda a batallar contra sí mismo. ¿Por qué? A fin de que aprenda a odiar el mal como lo hace el Señor. Como cualquier buen soldado, el hombre que vence debe soportar firme, y aun así, quedarse en la lucha hasta el final, dependiendo únicamente de la ayuda del Señor. Con el tiempo, desarrollará en verdad una justa indignación (es decir, odio) por su pecado y los males que le hacen la guerra a su alma.

¿CUÁNTO TIEMPO TOMARÁ?

Un individuo que se enfrenta a la adicción sexual necesita comprender que toma tiempo vencer. La derrota de esta adicción solo comenzará cuando él acepte el hecho de que necesita cambiar su incontrolable vida de sexo. Cuánto tiempo tomará depende de dos cosas que discutiré en esta sección.

La primera es considerar qué tan complicado y hasta qué profundidad se ha involucrado con el pecado sexual. ¿Lo ha estado haciendo por años la persona? ¿Ha estado negando su problema? ¿Se ha rehusado a enfrentar la responsabilidad de sus actos? ¿Hasta qué profundidad ha llegado en la depravación? Si hay pruebas de que existe una adicción profundamente arraigada, el tiempo que tardará en soltarse del dominio poderoso que el pecado ha tenido sobre él será largo. En tales casos, la adicción ha crecido tanto que ha llegado a ser una gran parte de lo que es como persona. Es comprensible que pueda ser muy aterrador para él despojarse de algo con lo cual se identifica como parte de su naturaleza.

Si su problema no ha llegado más allá de la pornografía y/o la masturbación, entonces, dentro de todo, es en verdad afortunado. Superar el hábito de la masturbación es mucho más fácil que vencer una adicción profundamente arraigada, como por ejemplo la homosexualidad. Mientras más haya descendido la persona en la espiral de la degradación, más difícil será su ascenso fuera de ella. De ahí que, mientras más extensa sea la perversión, más grande será la batalla cuando Dios busque restaurarle la salud.

El otro factor es la firmeza de la persona en encontrar la libertad a cualquier precio. En lo personal, prefiero trabajar con alguien que venga con problemas de mucho tiempo atrás, pero que sea honesto consigo mismo y que esté decidido a soportar lo que sea a fin de que pueda llegar a una victoria verdadera. A veces el hombre con la peor adicción es el que en-

cuentra mayor libertad. Comprendiendo su necesidad, sabe que debe encontrar el camino hacia Dios, sin que importe lo que tenga que hacer.

Por otro lado, me he hecho cargo de aquellos cuyos problemas no son tan severos y sin embargo parece que nunca avanzan. Algunos sencillamente dedica poco o ningún esfuerzo a encontrar la victoria. Otros hacen de la victoria el centro de sus vidas, pero buscan en los lugares equivocados. Tomemos a Benjamín como ejemplo. Pese a que su nivel de adicción no era extremo, y aunque realizó un gran esfuerzo para dejarla, ha tenido pocos resultados. Decidió en su corazón que el enfoque bíblico era demasiado simplista y resolvió inscribirse en un programa secular, no basado en la fe cristiana, que consiste en doce pasos a seguir. Traté de convencerlo de que solo Dios podría liberarlo y de que necesitaría depender solo del Señor, pero él hizo caso omiso de mi consejo. Empezó con ese programa y por lo que sé, su condición es la misma de hace cuatro años. ¡En cambio, los que decidieron abandonarse a merced del Señor han obtenido resultados maravillosos!

CCONQUISTANDO LA MONTAÑA

Trepar la escabrosa montaña hacia la libertad tomará tiempo, ¡pero la perseverancia, acompañada de la decisión de obtener la libertad a cualquier precio dará resultado! Puede que lleve tiempo, pero es el deseo de Dios liberarlo.

Algunos experimentan la libertad tan pronto como se les ayuda a estructurar una salida. Eso le sucedió a Benjamín. Escuchó mi primer programa radial en la ciudad de Sacramento, California. Fue como si en ese momento se distanciara de su pecado y necesitara tan solo dónde refugiarse. Llegó a nuestra primera reunión y nunca miró hacia atrás a su antiguo estilo de vida. Benjamín tenía la madurez espiritual para vencer y solo necesitaba que se le infundiera la esperanza de que lo lograría.

Sin embargo, otros requieren más tiempo, pero al librar la batalla, los períodos de pureza sexual llegarán a ser cada vez más prolongados. Ese fue mi caso. Durante los años en este ministerio no he conocido a muchos que hayan estado más obsesionados y fuera de control con la actividad sexual que yo. Había atravesado la línea de la demencia parcial. La batalla para salirme de ese foso no fue nada fácil. No obstante, estaba decidido a ser liberado. Al principio, la adicción parecía como la cuesta resbaladiza de una montaña. Al mirar hacia atrás al proceso por el que atravesé, me doy cuenta de que los pasos que se reseñan en este libro eran una escalera que conducía directamente hacia arriba por el costado de esa montaña.

Sí, un enorme pináculo se vislumbraba en lo alto sobre mí. Por supuesto que estaba demasiado alto para que yo lo alcanzara de un solo salto. Sin duda alguna, mientras más lo miraba, más imposible parecía escalarlo. ¿Entonces, cómo lo hice? Sencillamente di un paso a la vez. Cada día que me despertaba me propoma hacer lo mejor que pudiera. Si perdía la huella, solo significaba que me resbalaba de vuelta unos cuantos pasos. Dentro de poco estaría de regreso en ese lugar de la montaña, dirigiéndome hacia arriba. Todo lo que necesitaba era mantener los ojos en la posición firme que se abría frente a mí, olvidando qué tan alta era la montaña y continuando mi ascenso rumbo a la cumbre.

No pasó mucho tiempo antes de que pudiera mirar hacia atrás y ver que ya había avanzado bastante. Aunque todavía podía resbalarme en ocasiones, estaba más cerca del Señor de lo que nunca había estado, y los resbalones eran menos frecuentes. Sí, había logrado un progreso considerable. De alguna manera, cuando me puse a considerar el trecho que había recorrido, la distancia que estaba frente a mí ya no me parecía algo imposible. Comencé a tener esperanza.

Con el tiempo, después de continuar con tenacidad la búsqueda de alturas superiores y adherirme a diario a los pasos perfilados más adelante en este libro, el decir «no» a la

tentación llegó a ser más fácil y más automático en algunos casos. «¡No, hoy en realidad no quiero ir a donde pueda encontrar pornografía!» Mis victorias personales ahora eran más numerosas que las derrotas.

Cierta vez, avancé algunos meses solo para encontrarme de nuevo con mi pecado. Había aprendido a vivir sin sexo ilícito, pero me encontré un día particularmente «débil» y sucumbí a la tentación. Lo que siguió fueron semanas de una lucha mayor. Sin embargo, llegó a ser mi última aventura. Cuando renuncié esa vez, fue para siempre. Pese a que después de eso todavía tenía luchas esporádicas, el pecado había perdido su dominio sobre mí.

Había escalado por el costado de esa montaña y ni siquiera lo sabía. No fue sino luego de varios meses de vivir una vida pura que me di cuenta de que la adicción sexual ya no tenía influencia en mí. Había estado tan concentrado en los pasos que tenía que dar, que se me había olvidado mirar a la cima de la montaña. ¡Ya no estaba allí! ¡Estaba detrás de mí!

Me pregunto qué habría pasado si no hubiera tenido la guía secuencial que se plantea en este libro. Es probable que me quedara en el fondo, mirando desalentado hacia arriba. Permanecería con un anhelo de llegar a la cumbre de esa montaña, pero sin saber con exactitud cómo hacerlo. Ah, hubiera hecho un intento ocasional para escalarla por el costado, pero sin una clara dirección, esto solo sería un empeño infructuoso. Andaría sin propósito fijo a lo largo de la falda de la colina, sin saber qué rumbo tomar y sin tener nada a qué aferrarme. Claro que hubiera intentado escalar por la ladera con toda determinación y gran esfuerzo. No obstante, pronto me cansaría y caería al fondo de la colina, más exhausto y desalentado que nunca.

Puedo atestiguar que la única manera de subir la montaña es sencillamente trepando con esmero hacia arriba, unos cuantos pasos a la vez, un día a la vez, siempre yendo hacia delante, manteniendo los ojos en Dios y haciendo lo me-

jor cada día. A menos que Dios disponga realizar algún otro milagro, esta es la única manera de llegar a la cúspide de esa montaña.

ENFRENTANDO LA CULPA

Repito, conquistar una enorme montaña como el pecado sexual habitual por lo general no tiene lugar con rapidez. Cuando el hombre está en la lucha por la conquista, tendrá que aceptar el hecho de que a veces podrá resbalarse. ¿Me presta su atención, por favor? ¡Yo dije aceptarlo, pero no utilizarlo como pretexto para entregarse con toda intención al pecado! Cada vez que uno se entrega al pecado, se aleja más de Dios. Una persona soportará angustia y dolor adicionales para compensar el terreno perdido. Por favor, entienda que hay un precio alto que pagar por el fracaso. Sin embargo, esto es necesario. Cada fracaso solo intensificará el odio al pecado. Es así, y cuando se fracasa, es importante no entrar en pánico ni renunciar. Nada emociona más al enemigo que tentar a alguien a pecar y luego abofetearlo con la condena y la culpabilidad.

No obstante se debe mantener el equilibrio apropiado. Si la persona no experimenta ningún sentido de culpa, nunca se sentirá obligada a cambiar. Por otra parte, si llega a estar abrumada de culpabilidad, sencillamente perderá la esperanza y levantará las manos en señal de derrota. La culpa es un sentimiento que se coloca en nuestras conciencias por una buena razón. Si no experimentáramos sentimientos de culpa cuando hacemos algo incorrecto, nunca nos declararíamos culpables y por lo tanto nunca reconoceríamos la diferencia entre lo correcto y lo equivocado. La culpabilidad por el pecado es una respuesta natural a este.

Pero Dios ha previsto nuestra falla a «dar en el blanco». Todo lo que necesitamos es confesarle a Dios la maldad de nuestros actos, pidiéndole que nos perdone, y de inmediato esto se olvida para siempre. La Biblia dice: «Si confesamos

nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecado y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). «Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones» (Salmo 103:12). «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1).

Al ir avanzando por este proceso de llegar a la libertad, mantengamos los ojos en el Señor, no en el pecado. Si estamos siempre concentrados en cuan pésimamente lo estamos haciendo o en nuestra conducta pecaminosa anterior, nunca sentiremos ninguna victoria. Tal como descubriremos más adelante en el libro, la gracia de Dios tiene el poder de llevarnos a través de este proceso hasta la cumbre, libres de la influencia del pecado.

nueve

¿QUÉ TAN IMPORTANTE ES ESTO PARA USTED?

> Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo (Joel 2:12-13).

¿CON CUÁNTA URGENCIA quiere usted cambiar? ¿Está desesperado lo suficiente para hacer lo que sea a fin de zafarse de las ataduras que lo ahogan? Mucho del resto de este libro ofrece técnicas y pasos prácticos que se pueden utilizar al comenzar la vida del cristiano vencedor. La verdadera libertad no llegará si no hace caso de los pasos que aquí se proporcionan. Es así de sencillo.

En la porción de las Escrituras que aparece al principio de este capítulo, el Señor obliga a su pueblo, a través del profeta Joel, a volverse a él con todo su corazón. Dios sabía que los compromisos apáticos no eran suficientes. Si su problema se parece en algo a lo que era el mío, no hay dudas de que usted ha sido tibio o inclusive rebelde por años. En mi caso estaba dividido entre querer ser un hombre cristiano felizmente casado y desear todavía ser soltero y tener aventuras amorosas con otras mujeres, permaneciendo enredado en todo tipo de placeres sexuales. Aun después de mi conversión a Cristo, que fue una experiencia muy real, continuaba resistiéndo-

me a hacer esas cosas necesarias para lograr mi liberación del pecado sexual.

Desde luego que usted tiene una tremenda ventaja sobre mí. Yo aprendí estos pasos a golpes. Si hubiera tenido las guías específicas que se delinean en este libro, el tiempo que me tomó superar mis hábitos pecaminosos de vida se hubiera acortado dramáticamente. ¡No sabía si algún día cambiaría! No sabía de nadie que tuviera ese problema y que hubiera tenido éxito en superarlo. ¡Pero usted sí lo sabe! Y solo eso debe proporcionarle muchísimo estímulo y esperanza. Puede liberarse de su cautiverio. No digo que será fácil, pero puede cambiar si está dispuesto a seguir los pasos trazados en este libro. Worthen discute el cambio:

> *¿En realidad queremos el cambio?* Cuando llegamos al punto donde nos damos cuenta de que nuestros propios esfuerzos no nos están llevando a ninguna parte, aceptamos la conclusión de que nosotros mismos no podemos cambiar. La siguiente pregunta que debemos hacernos es: «¿En realidad queremos que nuestras vidas sean diferentes?» Por lo general Dios hace muy poco en nuestras vidas hasta que somos honestos con él. Él sabe si le estamos pidiendo liberación cuando en realidad no la queremos. A menudo hemos llegado a sentir cierta comodidad con nuestro pecado. Hemos pasado años ajustándonos a nuestra situación. El mantener nuestro pecado tiene sus beneficios: obtenemos cierta cantidad de compasión, nos permite eludir responsabilidades y nos proporciona una forma de emoción. Con frecuencia preferiríamos reordenar nuestro pensamiento para acomodar nuestro pecado antes que abordar un problema al parecer imposible. Si no ocurre ningún cambio en nuestras vidas, tal vez necesitemos admitir que en realidad no lo queremos.

> *Motivos para el cambio.* Mientras algunos de nosotros no queremos cambiar, otros en verdad lo desean. Aun así, todavía caemos en el patrón éxito-fracaso. A veces el problema que persiste y por el cual no podemos cambiar es nuestro motivo para querer ese cambio. Podemos querer liberarnos de la homosexualidad solo por la mancha que conlleva nuestro pecado. Nos avergüenza vernos como alguien que no es del todo exitoso. Nos gustaría tener una vida libre de problemas, a fin de enorgullecernos y tener el respeto de los demás ... Es cierto que Dios utiliza la humillación, la inconveniencia y las desagradables consecuencias del pecado en nuestras vidas para llevarnos al arrepentimiento. Sin embargo, la libertad duradera del pecado llega cuando nuestros motivos son puros: Es decir, cuando nos sentimos avergonzados ante el Espíritu Santo de Dios. Nuestro deseo de una relación plena y espléndida con el Señor es la motivación que despeja el camino para el verdadero cambio.[1]

Es probable que usted ya haya estado por meses angustiado espiritualmente, quejándose con amargura ante Dios por su vida atormentada. Tal como lo mencioné con anterioridad, no se puede culpar a Dios por las malas decisiones que uno toma. Sin embargo, él nos cambiará si eso es lo que deseamos sinceramente. Si en realidad quiere que él lo haga... todo depende de su buena voluntad para permitir que enderece su senda deshonesta. Puede haber culpado por años a los demás por sus problemas, ¡pero ahora es tiempo de ponerse firme, de levantarse por su propio esfuerzo, y de estar determinado a derrotar esta adicción con la fuerza y el poder de Dios! Nadie más puede hacerlo por usted.

Lo que me viene a la mente es el cuadro de un boxeador a quien el otro pugilista lo ha arrinconado a golpes, ¡pero de repente él considera que ha tenido suficiente y sale con ímpe-

tu! Esto también debe ocurrirle a usted. ¡Debe zafarse de esa complacencia y salir con ímpetu! ¿No es esto lo que el Señor decía a través del profeta Joel: convertirse, ayunar, llorar, lamentarse y rasgarse? Estas son palabras de acción que describen a alguien decidido a obtener lo que necesita del Señor. Para ganar esta batalla se requerirá esta clase de compromiso serio. ¿Cómo puede uno saber que en verdad encontrará libertad del pecado sexual haciendo estas cosas? El principio divino «Si... entonces», como yo lo llamo, promete que lo logrará.

EL PRINCIPIO «SI... ENTONCES»

Dios ha hecho un sinnúmero de promesas a su pueblo a lo largo de toda la Biblia. No obstante, muchas de estas promesas dependen primero de que el creyente haga algo que Dios le pide. Aunque no siempre aparecen de forma explícita las palabras «si... entonces» en su contenido, todas tienen en esencia una condición que se entiende con claridad. Lea cada uno de los siguientes versículos como si Dios estuviera hablándole directamente a usted.

> Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra (2 Crónicas 7:14).

> Deleítate así mismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará (Salmo 37:4-5).

> Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos y él enderezará tus veredas (Proverbios 3:5-6).

> Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:4-7).

Existe un tema común a lo largo de todas las promesas de estos versículos. Si hacemos algo, por ejemplo, arrepentirnos, confiar, deleitarnos, orar y otras cosas por el estilo, entonces Dios hará algo por nosotros. La adicción sexual no podrá ser superada si permanece sentado y esperando que Dios le descargue un rayo. El hombre decidido debe iniciar la pelea él mismo.

¿Recuerda usted cuando nació de nuevo? ¿Fue Dios quien decidió que debía salvarse y de repente lo hizo cristiano? ¡No! Él comenzó trayendo convicción a su corazón a través del Espíritu Santo. Por su misericordia, orquestó las circunstancias a fin de que le fuera más fácil dirigirse a él. Pero usted tenía que dar el primer paso hacia el Señor. Habiendo hecho esto, Dios se encontró con usted en el altar, donde ansiosamente esperaba recibirlo como su hijo.

Este mismo principio se aplica a la superación del pecado. Debemos dar el primer paso. Recuerdo la enseñanza que recibió mi esposa cuando trabajaba en una fábrica donde se explotaba a los obreros. ¡Ella detestaba ese trabajo y tenía razón! Era un lugar muy deprimente para trabajar. Quería salude allí con urgencia, pero parecía que no podían emplearla en ninguna otra parte. Cierto día, Dios me reveló por qué. Ella tenía una mala actitud hacia ese trabajo. Con frecuencia llegaba tarde, hacía mal el trabajo mientras estaba ahí, y a menudo encontraba algún pretexto para irse temprano. Le dije que Dios nunca la iba a sacar de ese trabajo hasta que cambia-

ra su actitud. Ella sabía que era cierto y tomó la decisión en su interior de llegar a ser la mejor empleada que esa empresa tuviera. Empezó a llegar puntualmente y a trabajar mejor que nunca antes. ¡En el lapso de una semana, una gran compañía de seguros donde ella había hecho una solicitud meses atrás la contrató! Aprendió una valiosa lección de esta experiencia. Podía haber continuado quejándose y estando amargada, pero escogió hacer lo que el Señor quería que hiciera a pesar de las circunstancias. Dios honró ese compromiso y la bendijo mucho. Al mirar las circunstancias, se debe decidir si se va a continuar por el sendero fácil o se va a viajar por el camino que el Señor ha pavimentado para uno. No será fácil, pero el principio «Si... entonces» promete que Dios honrará el primer paso y nos ayudará a lo largo de esta lucha.

CLAMANDO A DIOS

Es importante comprender que Dios ama a su pueblo inmensamente y desea con pasión ayudarle. Cuando alguien llega al punto de querer con desesperación que el Señor elimine el pecado de su vida, comenzará a clamar a Dios pidiéndole ayuda, la cual nunca está lejana. Dios le garantiza la libertad a sus hijos, pero es responsabilidad de ellos cumplir con las condiciones. El principio «Si... entonces» ayuda a los santos que luchan a reconocer que si claman pidiendo su auxilio sin cesar él responderá sus peticiones. Dios establece una manera para que el creyente reciba su ayuda, y esta es la persistencia en la oración. A fin de explicar un poco más esta verdad, Jesús nos dio las siguientes dos historias que demuestran el beneficio de ser perseverante en la oración:

> Les dijo también: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje y no tengo qué ponerle delante; y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada y mis niños es-

> tan conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos? Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite (Lucas 11:5-8).

> También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? (Lucas 18:1-7).

Nadie comprende a plenitud todo lo que involucra que una oración sea contestada o que una persona quede libre del cautiverio. No obstante, sí sabemos que el Señor nos ha dado aquí principios importantes de los que podemos depender cuando necesitamos ayuda. Si duda de que Dios en realidad escuche los clamores de sus hijos, examine estos pasajes que manifiestan su misericordia.

> Y clamamos a Jehová el Dios de nuestros padres; y Jehová oyó nuestra voz, y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión; y Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, y con señales y con milagros (Deuteronomio 26:7-8).

> Entonces clamaron los hijos de Israel a Jehová; y Jehová levantó un libertador a los hijos de Israel y los libró; esto es, a Otoniel hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb (Jueces 3:9).

> Y clamaron los hijos de Israel a Jehová; y Jehová les levantó un libertador, a Aod hijo de Gera, benjamita, el cual era zurdo (Jueces 3:15).

> Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová... Y Jehová quebrantó a Sisara, a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada delante de Barac; y Sisara descendió del carro, y huyó a pie (Jueces 4:3,15).

> Cuando los hijos de Israel clamaron a Jehová, a causa de los madianitas, Jehová envió a los hijos de Israel un varón profeta (Jueces 6:7-8).

Estos pasajes son apenas unos cuantos relatos de la respuesta de Dios a los clamores de su pueblo. La nación de Israel se metía en líos una y otra vez por su desobediencia. Aun así, siempre que clamaban a Dios pidiendo ayuda, él los rescataba. Su situación podría ser bastante similar a la de Israel. Es por su desobediencia que usted está en el apuro en que se encuentra, y aun así hay un Dios misericordioso que oye los lamentos de sus hijos.

En una ocasión llegué a pensar que todos los viajes que hacía al altar, gritando por la ayuda de Dios, eran una pérdida de tiempo. Entonces, al reexaminar esos incidentes aislados, ¡llegué a darme cuenta de que esos viajes al altar fueron los instrumentos que influyeron para que se llevara a cabo mi liberación! Si en realidad quiere liberarse de la esclavitud del pecado sexual, clame a Dios todos lo días. ¡Hágalo hoy! ¡Hágalo ahora! ¡Sus clamores serán escuchados!

Después de que David cometió el pecado de adulterio con

Betsabé, se humilló y clamó la siguiente oración:

> Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y limpíame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio. He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre. He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría. Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido. Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente ... Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios (Salmo 51:1-12,17).

Si comienza a clamar a Dios con este mismo espíritu, verá que él comienza a trabajar en su vida. Usted debe llegar a Dios con un espíritu quebrantado y contrito, habiendo alcanzado «el final de la cuerda», sin desear más hacer las cosas a su manera, sino clamando con humildad al Señor por ayuda. De nuevo le repito: Dios oye los clamores de sus hijos.

A fin de ilustrar cómo Dios contesta nuestras oraciones, quiero contarles una historia verdadera que ocurrió hace como siete años. Había dos hombres en una iglesia que, sin

que ninguno de los dos lo supiera, estaban luchando con la adicción sexual. Daniel averiguó acerca del Programa de Rehabilitación Vida Pura y de inmediato empezó el proceso de ingresar al centro de rehabilitación. Andrés, el otro hombre, era el pastor de jóvenes de la misma iglesia. El pastor principal acababa de descubrir que él había tenido una relación sexual con uno de los muchachos adolescentes. Un amigo le dio a Andrés un ejemplar de este libro, el cual leyó de una sola sentada. La vida de Andrés se estaba desmoronando. En su estado de desesperación, le dijo al Señor de modo imprudente que si quería que él obtuviera ayuda a través del Programa de Rehabilitación Vida Pura, que hiciera posible que Steve Gallagher llamará ese día. Su desafío a Dios no era un intento de probar al Señor ni de establecer condiciones. Simplemente era la urgente petición de un hombre que no sabía qué otra cosa hacer. Andrés no tenía ningún conocimiento de que Daniel había remitido una solicitud al centro de rehabilitación, la cual me encontraba revisando esa misma mañana. Por alguna razón inexplicable, en vez de anotar el número de teléfono de su casa en la solicitud, él escribió el número de la iglesia. Nunca se me olvidará lo que pasó esa mañana cuando llamé. Por «coincidencia» la secretaria estaba ausente por enfermedad ese día, de forma tal que cuando sonó el teléfono, fue Andrés el que contestó.

—Buenos días, habla al Centro Cristiano Victoria. ¿En qué puedo servirle?

A pesar de que Andrés estaba en extremo perturbado por dentro se esforzaba en su trabajo.

—¿Podría hablar con Daniel Green? —le pregunté.

—Daniel es miembro de la iglesia, pero no trabaja aquí. No obstante, puedo tomar un mensaje para él. ¿Quién le digo que lo llamó?

—Sí, me llamo Steve Gallagher —al pronunciar esas palabras escuché que se cayó el teléfono—. Hola, ¿está usted ahí?

Pasaron dos minutos completos antes que Andrés contestara mi pregunta.

—Es usted el Steve Gallagher que escribió *En el altar de la idolatría sexual?* —preguntó con desconfianza.

—Pues, sí, soy yo.

Después de oír eso, Andrés comenzó a explicarme toda la historia. En un término de dos días, él estaba en el centro de rehabilitación. La vida de Andrés se transformó en los seis meses subsiguientes y al final se le restituyó en el ministerio. ¡Dios en verdad oye los clamores de sus hijos!

LA ORACIÓN DE FE

Hay otro aspecto del clamor pidiendo ayuda que es muy importante. La oración de fe juega un papel crucial en la liberación final del adicto. A pesar de lo que enseñan algunos, la fe no es algo que simplemente se logra a través de la negación de la realidad (por ejemplo, la persona enferma que actúa como si la enfermedad no estuviera ahí). El centro de la fe cristiana es Cristo, y nuestra fe está atada de forma intrínseca a quién es él. Lo que una persona cree acerca del Señor determina todo en su vida como creyente. Por eso, en su mayor parte, nuestra capacidad de creer en Dios para obtener la victoria está determinada de modo directo por nuestro nivel de confianza en él. Esta confianza se basa en el conocimiento que uno tiene de la esencia y el carácter del Señor. Dios siempre trabaja intentando infundir un sentido de confiabilidad en sus hijos. Los que entran en una relación más cercana, más íntima con el Señor, descubren que él es amoroso y tierno. Lo que sigue a continuación es un extracto de mi libro *El Dios que satisface nuestras necesidades:*

> Tengo un excelente amigo llamado Gerardo. Él tiene cuatro niños y es un hombre muy devoto. En mi opinión, tiene una paciencia increíble. Cuando uno de sus hijos se porta mal, Gerardo, de forma

calmada y amorosa, le explica por qué va a castigarlo y luego procede a darle la necesaria nalgada. Los niños lo ven como un padre bueno y cariñoso. Si uno de ellos necesita algo, no tiene temor de pedírselo. Y si es algo que ellos consideran una necesidad legítima, se lo piden con toda confianza (¡a veces tal vez con demasiada!). ¿Por qué tienen sus hijos esa confianza en que él les concederá su petición? Es porque Gerardo ha probado su cariño y bondad hacia ellos innumerables veces en el curso de los años. Ellos confían en él por su carácter comprobado.

¿No es esto exactamente lo que Jesús nos enseña en el Sermón del Monte? Él dijo: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan? (Mateo 7:7-11).

Así que, como cristianos, la base para creer en la oración contestada no es que seamos capaces de rechinar los dientes y de alguna manera conjurar la fe, sofocando todo pensamiento vacilante, sino que creemos en la bondad de Dios y en su buena voluntad para satisfacer en abundancia nuestras necesidades.

La palabra creer en griego es pistos, la cual un diccionario de teología define así: «Creer, también es dejarse persuadir de, y por lo tanto, depositar confianza en, confiar, significa en este sentido depender de, no simple creencia».

> Otro diccionario lo lleva aun más allá cuando considera la razón de la confianza: «Persuadir, en especial conmover o influir por medio de motivos o palabras amables... inducir a buenos sentimientos, conciliar... apaciguar o aquietar una conciencia acusatoria... ganarse o lograr el favor de, o granjearse la amistad de alguien».
>
> Esto me recuerda una película que vi hace algunos años que se llama *Driving Miss Daisy* [Paseando a la señorita Daisy). En esta película, una mujer judía contrata como chofer a un hombre negro durante la década de los cincuenta. Caprichosa, arrogante y profundamente desconfiada de los demás, la mujer trataba con desdén a todo el mundo. El hombre negro, un cristiano devoto, se humillaba de continuo ante ella a través de esta larga relación. Al final, después que ambos envejecieron juntos, ella dejó caer sus muros para que todos vieran el amor y la admiración que sentía por su chofer. Él había ganado su corazón debido a su humildad, lealtad y bondad.
>
> Este es un cuadro verdadero de la forma en que el Señor nos atrae a creer en él. Nos va sosteniendo, nos ayuda, nos anima y nos bendice todos los días. A la postre, el corazón se derrite y él gana a otro para sí. Solo el más duro de los corazones podría resistir un amor tan persistente. Por esta razón debemos evitar que nuestros corazones se desvíen del Señor.[2]

Uno de los aspectos terribles y aterradores del pecado es la incredulidad que fomenta. Mientras más profundo se atrinchera el pecado, más grande es la oscuridad de la incredulidad. Muchos de los hombres que llegan al Programa de Rehabilitación Vida Pura son muy cínicos. Parte del problema, por supuesto, es que ellos han escuchado innumerables pro-

mesas vacías, pregonadas por los que tratan de atraer seguidores a sus sistemas particulares de recuperación. A nosotros no nos preocupa demasiado cuando un hombre llega con una actitud escéptica porque sabemos que dentro de más o menos un mes verá la realidad de Dios, lo cual provocará que nazca una gran esperanza dentro de él. Siempre existirán aquellos que no creerán que Dios nos ofrece lo mejor. Tales personas son como el sirviente malvado de quien habló Jesús, que trató de justificar su pereza cambiando la dirección de la culpa hacia Dios: «Señor, te conocía que eres hombre duro» (Mateo 25:24). Muchos optan por creer que Dios es severo para poder de alguna manera justificar su desobediencia. Ese fue el caso del sirviente que escondió su talento. Los pretextos no alterarán el curso de la realidad en el día del arreglo de cuentas.

La verdad es que el Señor desea mucho ayudar al creyente que lucha y está dispuesto a suministrar el poder necesario para vencer si el hombre solo se humilla y se lo pide. La oración del que cree dice: «Señor, me doy cuenta de que es por culpa mía que estoy en esta situación difícil. Vengo ante tu trono en busca de misericordia. Mi petición no se basa en ningún mérito mío sino en tu gran corazón. Creo en lo que dice la Biblia acerca de ti. Tu eres un Dios de misericordia y compasión, y creo que me ayudarás a salir de este problema por ser cómo eres». Esta es la oración que el Señor responderá con rapidez.

TERCERA PARTE

LAS INFLUENCIAS

diez

LA CARNE PECAMINOSA

> Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría... (Gálatas 5:19-20).

EN LOS TRES CAPÍTULOS siguientes examinaremos las tres fuerzas que trabajan de forma incansable para impulsarnos hacia el pecado. Ellas son la carne, el mundo y el enemigo.

Primero exploraremos «la carne», que es la única influencia de las tres que se genera dentro de nosotros. La Biblia utiliza este término principalmente para designar a la raza humana. Génesis 6:12 es un ejemplo: «Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra». La composición principal del hombre es la carne, y por eso el término se utiliza para representar al hombre a lo largo de las Escrituras. Aun en el sentido espiritual, se hace referencia a una persona como un cuerpo carnal, pero se considera que el alma y el espíritu residen en él de modo simultáneo. Donde está el cuerpo del hombre, está él. Lo que le sucede al cuerpo le acontece al hombre. Su alma acompaña al cuerpo. Es el cuerpo del hombre lo que vemos y con el cual interactuamos.

Los seres humanos fueron creados con ciertos instintos, impulsos y apetitos innatos, tales como el hambre, la sed e inclusive el deseo de tener relaciones sexuales. Si se mantienen dentro de los límites apropiados para lo cual se crearon, todos ellos son beneficiosos y sumamente vitales para el manteni-

miento de la vida humana misma. No obstante, «los deseos de la carne», como afirmara Pablo, no se limitan a los instintos básicos descritos. Hay muchas cosas que la «carne» del hombre desea. Estos impulsos incitan al ser humano a buscar las cosas que le darán comodidad, satisfacción física y placer. Puesto que la carne solo desea lo que le trae satisfacción, «los deseos de la carne» son inherentemente egoístas por naturaleza. En consecuencia, la complacencia de cualquiera de ellos tiende a promover un altísimo nivel de egoísmo dentro de la persona.

El pecado es otro factor a considerarse. La naturaleza física del hombre no está interesada en complacer a Dios. Solo está interesada en la comodidad, el placer y la preservación de sí mismo. Por lo tanto, el hombre que no ha tenido ningún encuentro con Dios vive su vida por completo bajo los auspicios de su carne exigente.

Los deseos de la carne impulsan a la persona a hacer cosas que están en total oposición a la naturaleza y el reino de Dios. El pecado, que es cualquier conducta prohibida por Dios, actúa como la influencia predominante dentro del ser del hombre. En efecto, todo ser humano nace con una naturaleza corrompida. Tal como se mencionó en el capítulo siete, todos nacemos con una naturaleza caída contaminada por el pecado. Este es «el principio interno del mal que posee nuestra naturaleza y yace detrás de la voluntad, más allá del alcance de nuestro poder».[1]

Vivir bajo el dominio de una naturaleza pecaminosa establece hábitos que a la larga forman un estilo de vida. Profundas costumbres se alojan en la vida de la persona. Esta llega a sentirse cómoda respondiendo a sus anhelos internos. Para el tiempo en que se convierte en creyente, las pasiones de la carne ya han dominado su vida por muchos años. Estos hábitos profundamente arraigados han sido reforzados y fortalecidos de forma constante por la antigua naturaleza que ha llegado a estar acostumbrada a salirse con la suya. Cuando el afán por la conducta sexual está bien arraigado dentro de la

persona, se rinde impetuosamente ante los deseos, sin pensarlo dos veces. Es decir, el propósito fundamental de la vida, aun para el más decente de los incrédulos, gira alrededor del placer, la gratificación y la autopreservación.

Cuando una persona nace de nuevo, de repente se introduce una nueva influencia en su ser. Es el Espíritu de Dios que ahora vive dentro de él o ella. Mientras antes la mayoría de las decisiones de la vida se tomaban con la intención de satisfacer sus deseos naturales, ahora la persona tiene dentro de sí todo un sistema de nuevos valores. Aunque se ha infundido una nueva moral en la persona, los deseos físicos de la carne todavía son implacables y tienen una fuerte influencia. De este modo, encontramos a Pablo angustiado por la lucha de siglos de los creyentes: «Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis» (Gálatas 5:17). Ahora hay una batalla que se desarrolla dentro de la persona que no existía antes. Con anterioridad no había lucha porque la influencia de la carne disfrutaba de total libertad.

NATURALEZAS DUALES

Es significativo observar que Jesús describió la experiencia de conversión como «nacer de nuevo». En verdad, mucho del Nuevo Testamento describe un proceso de crecimiento por medio del cual los que son «niños en Cristo» alcanzan de forma gradual la madurez espiritual. Desdichadamente muchos cristianos permanecen inmaduros. Sin embargo, los que sí crecen, encuentran que la vieja naturaleza carnal se desvanece con lentitud al surgir una nueva naturaleza.

El hombre es un ser tripartito: carne, alma y espíritu. La carne anhela la satisfacción a toda costa. Siempre busca lo que es sensual y satisfactorio. Es indiferente a Dios, la familia, las amistades o cualquier otra persona. Solo quiere que sus lujurias y sus deseos se satisfagan por entero.

El espíritu es un vacío dentro del ser de una persona que se llena con el Espíritu de Cristo en la conversión. El mismo anhela las cosas de Dios y desea vivamente la satisfacción espiritual. Solo quiere hacer lo que es agradable a Dios. Es de ahí que recibimos las punzadas de culpabilidad cuando somos desobedientes al Señor.

Por último, el alma (la mente) está compuesta de emociones, voluntad e intelecto. Cuando una persona nace de nuevo, la carne es una fuerza muscular poderosa. ¡Comparados, el espíritu es un enclenque desnutrido! Sin embargo, mientras el cristiano comienza a madurar espiritualmente, el hombre espiritual llega a ser más fuerte y más capaz de someter al hombre carnal, como Dios propone.

Es dentro del alma que tiene lugar la guerra encarnizada entre la carne y el Espíritu. Aunque son nuestro intelecto y las emociones los que batallan, es la voluntad la que por último toma la decisión final. Dios le dio a toda persona el libre albedrío para escoger entre el bien y el mal. En todo momento debemos decidir en qué lado nos alimentaremos. De igual manera en que la carne crece más robusta cuando se alimenta con la vida sensual, nuestro espíritu crece más robusto cuando lo nutrimos con las cosas de Dios.

¿A cuál alimentará más? ¿Nutrirá a su hombre carnal, robusteciéndolo cada vez más? ¿O fortalecerá a su hombre espiritual, que Pablo dice que se «está renovando»? El resto de este libro le enseñará cómo edificar metódicamente a su hombre espiritual. Al nutrirlo, fortalecerlo y renovarlo, el hombre carnal viejo se debilitará de forma gradual y se marchitará. Este es uno de los secretos más importantes para liberarse de la esclavitud sexual.

Todo acerca del cristianismo se opone directamente a la carne y sus deseos. La antigua naturaleza carnal desea una vida que gire alrededor del placer. El cristianismo contradice un estilo de vida sensual como ese. La carne desea verse glorificada y exaltada. El cristianismo se opone al orgullo. La vieja naturaleza quiere utilizar la «sabiduría del mundo». El

cristianismo predica contra el razonamiento humano. Todo lo que quiere la carne es contrario al Espíritu.

Pablo afirma que nos hemos «despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo hombre» (Colosenses 3:9-10). Todos los días se debe nutrir este nuevo carácter con la Palabra de Dios, a través del poder del Espíritu Santo. Tal vez han oído la ilustración acerca del esquimal que va por la calle con dos perros. Un hombre le preguntó que cuál de los dos era el más fuerte. El esquimal replicó: «El que alimentó más».

Admito que basado en mi fuerza soy por completo impotente ante la adicción sexual. Estoy convencido de mi debilidad porque en el pasado he fallado innumerables veces cuando las tentaciones me abrumaron. No obstante, al renovarse mi mente cada día, mi hombre espiritual se fortalecía. Para mi sorpresa, descubrí que tenía en verdad dos naturalezas muy distintas dentro de mí. Ahora opto por alimentar la nueva naturaleza, con la cual quiero dirigir el curso de mi vida.

LA GUERRA INTERIOR

El cristiano que lucha, que todavía se siente débil espiritualmente, me recuerda una película que vi hace muchos años. El héroe era un detective de narcóticos, al cual secuestraron y le inyectaron heroína. Se podía ver la determinación escrita en su rostro. Él quería escapar, pero el cuerpo simplemente no cooperaba. Reunió toda su fuerza y luchó para llegar a la puerta, pero cada vez que trataba de levantarse, caía de bruces. Los que tienen un espíritu débil son exactamente iguales. Las influencias del mundo, la carne y el diablo parecen tan abrumadoras que cada vez que la persona trata de hacer lo correcto se encuentra fallando una y otra vez. Pablo describe esta guerra que ocurre en el interior de todo verdadero creyente en el capítulo siete de Romanos:

> No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. Ahora bien, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo en que la ley es buena; pero, en ese caso, ya no soy yo quien lo lleva a cabo sino el pecado que habita en mí. Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo. De hecho no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace sino el pecado que habita en mí. Así que descubro esta ley: que cuando quiero hacer el bien, me acompaña el mal. Porque en lo íntimo de mi ser me deleito en la ley de Dios; pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo. ¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal? ¡Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor! En conclusión, con la mente yo mismo me someto a la ley de Dios, pero mi naturaleza pecaminosa está sujeta a la ley del pecado (Romanos 7:15-25, NVI).

EL INSTINTO FÍSICO

No hay nada malo con el sexo, siempre que se limite a la intimidad entre un hombre y su esposa. Dios quiere que las parejas casadas, a quienes él ha unido, gocen el uno del otro, de ahí que hizo de esa unión una experiencia agradable (véase el capítulo diecisiete). Sin embargo, la confusión y la perversión surgen cuando la gente se desvía del propósito que Dios ordenó.

El deseo sexual es uno de los instintos físicos básicos del ser humano. Está junto al hambre, la sed y el sueño como los impulsos naturales más importantes. Dios infundió estos de-

seos en nosotros para que hiciéramos las cosas que se necesitan para existir y sobrevivir como individuos y como especie. Si no tuviéremos hambre, ¿con qué frecuencia comeríamos? Si no experimentáramos sed, ¿cuán a menudo tomaríamos agua? Si no nos diera sueño, ¿cuándo descansarían nuestros cuerpos? Si Dios no hubiera puesto dentro de nosotros un saludable deseo por el sexo, ¿cómo nos reproduciríamos?

Al igual que con todos estos instintos, cuando alguien abusa del propósito del sexo llega a ser doblemente difícil tenerlo bajo control de nuevo. Una persona que se ha convertido en adicta al alcohol o las drogas tiene que librar una tremenda batalla a fin de liberarse. Su libertad de esa horrible influencia no solo depende de la entrega de su vida a Jesucristo, sino también de su buena voluntad para modificar ciertos aspectos de su estilo de vida. Es imperativo que cambie de amistades, lugares y muchas otras cosas. Los antiguos conocidos y los escenarios habituales pueden disparar otra recaída y sabotear cualquier mejoramiento que se haya logrado. Sin embargo, para el que es adicto a la comida o al sexo, esas modificaciones solo lo beneficiarán hasta cierto punto. Siempre estará alrededor de la comida y la gente en algún momento de su vida, y se verá forzado a enfrentarse a un deseo innato de comer o de tener sexo, siendo prácticamente imposible evitar estos deseos. Un alcohólico podría pasar su vida entera sin volver nunca a tocar otro trago, pero los adictos sexuales deben aprender a controlar sus apetitos. Esto es algo en extremo difícil de hacer, y es por eso que no es fácil para el adicto escaparse del cautiverio del pecado sexual. Además de los incesantes clamores y de las crueles exigencias de su carne por más lujuria, tiene al mundo que le dice de forma constante que puede tener más a cualquier hora, en cualquier lugar y con quienquiera que lo desee. Worthen dice:

> La carne siempre quiere lo que es más fácil de obtener. Nunca está interesada en nada que requiera dolor o esfuerzo. Siempre quiere regresar a lo

> que era cómodo... nuestra carne prefiere gemir y alzar la bandera blanca. Necesitamos tener presente que la carne siempre se encamina en contra de nuestro bien. Se alegra al responder ante cualquier invitación al pecado. La carne también criticará nuestra defensa con mensajes tales como: «¡Estás combatiendo lo mismísimo que más deseas!»[2]

LA NECESIDAD FÍSICA

Otra cosa que debe considerarse cuando se habla del impulso sexual del hombre es la necesidad física que experimenta cuando ha estado en abstinencia por algún tiempo. Los testículos del hombre producen semen. Cuando se inhibe la respuesta sexual, gradualmente llenan su capacidad con esperma. Al suceder esto, los hombres se excitan con mucha facilidad con el más leve estímulo sexual.

A menudo los solteros me preguntan qué pueden hacer para obtener la victoria sobre el hábito de la masturbación. Su dilema es serio y legítimo a causa de la reacción natural del cuerpo. Los solteros no tienen el lujo de descargar esta reserva de semen que produce fuertes impulsos sexuales. Aun así, es más fácil para ellos que para el hombre casado que lucha contra la esclavitud sexual. Los solteros a menudo piensan que los casados no deben tener ningún problema mayor con el pecado sexual. Lo que ellos no logran entender es que los casados no pueden simplemente renunciar a tener sexo; ellos tienen que aprender a controlarlo. Los pensamientos fantasiosos que vienen a la mente de un hombre casado mientras tiene relaciones con su esposa son iguales de pecaminosos a los pensamientos fantasiosos que tiene un hombre soltero mientras se masturba. El hombre no se libera de la lujuria casándose. Él tiene que controlar sus pensamientos después de casarse de igual forma que lo hacía cuando era soltero. La emoción de una esposa durará un tiempo, pero esas fantasías tentadoras volverán a obsesionarlo hasta que de veras las

haya conquistado espiritualmente.

En cierto sentido, al soltero se le hace en verdad más fácil; él puede mantener su carne en privación. Aunque el deseo físico esté ahí, puede llegar a acostumbrarse a la falta de actividad sexual y a la larga romper el «hábito» del «sexo». Parece que el lapso más difícil que enfrenta el hombre es de cinco a diez días después de la última eyaculación. ¡Cuando ese nivel hormonal comienza a llegar al máximo es como si todo tuviese una connotación sexual! Esto dura unos cuantos días, pero luego empieza a disiparse. Es casi como si el hombre se convirtiese en asexual. El deseo abrumador de sexo parece menguar y alcanza un nivel más manejable.

Muchos jóvenes solteros han estado tan atados al hábito de la masturbación que raramente pasan diez días sin descargar. Vencer la masturbación no es de ninguna manera una tarea imposible, como muchos suponen. Dios ha creado una forma de escape para la persona que quiere ser libre. El problema es: ¿Quiere usted en realidad liberarse? Como dije antes, Dios no le va a quitar un hábito que usted quiere retener. ¡Ah!, ya sé que su carne lo desea de forma vehemente, pero ¿quiere la victoria con sinceridad?

COMPLACIENDO A LA CARNE

Recuerdo la hoja satírica que un sargento de la policía escribió cierta vez. Se llamaba: «Cómo formar a un delincuente». Era una lista de quince sugerencias acerca de cómo criar a un niño para que se convirtiera en delincuente. Algunas que recuerdo son: Ceda todas las veces que él exige algo, no esté en desacuerdo con él, no lo castigue, no le enseñe respeto a otras personas, y así por el estilo. Creo que usted capta la idea. Con esto en mente, quisiera compartir lo que yo llamaría «Diez pasos hacia la vida carnal»:

1. Pase tanto tiempo mirando televisión como sea posible. ¡Usted se lo merece!
2. Coma golosinas con tanta frecuencia como le sea posible

y ceda de inmediato ante toda apetencia de alimento.
3. Preocúpese de amarse más a sí mismo y menos a Dios y a los demás.
4. Llene su vida con pura diversión y evite la adversidad a toda costa.
5. Sea egoísta, no dé nada; después de todo, ¡usted ya paga impuestos!
6. No sea un cristiano fanático; ¡qué van a decir sus amistades!
7. No se preocupe por orar cada día; ¡está muy ocupado y no tiene tiempo!
8. Cuando el pecado llame a su puerta, entréguese con delirio.
9. En cuanto tenga un problema, consulte libros de sicología o vaya a ver a un psicólogo; ellos conocen mucho más acerca de la vida que Dios.
10. Entréguese a todo impulso sexual; después de todo, Dios los creó en usted.

Desde luego que lo anterior suena divertido, pero nos ayuda a ver con cuánta facilidad podemos intensificar de continuo la carne a costa de nuestra vida espiritual. Cada vez que le damos satisfacción a la carne, ya sea con una cosa al parecer inofensiva o algo visiblemente pecaminoso, estamos fortaleciendo la carne. Por lo tanto, estamos aumentando su influencia en nuestra vida a través de un refuerzo constante.

EL PODER DEL HÁBITO

Mucha gente encuentra difícil vencer el poder de la carne porque ha pasado muchos arlos desarrollando normas específicas de vida, las cuales son difíciles de modificar. Un estilo de vida está compuesto de diversos hábitos. Abandonar una vida dedicada a complacer a la carne, a fin de obtener una controlada por el Espíritu, requiere cambiar ciertas rutinas. Nelson E. Hinman analiza el «poder del hábito»:

Yo digo que el poder del hábito está arraigado en los rincones más profundos de nuestras mentes, muy por debajo de las áreas de la memoria rápida... todas nuestras habilidades se desarrollan por medio de hábitos bien practicados. Penetran nuestra mente subconsciente y nos controlan. Mientras usted va manejando su carro, puede llegar a convertirse en un conductor muy peligroso si se tiene en cuenta todo lo que va pensando. Pero «practicando» el manejo, este se convierte en un hábito. Una vez que se establece el hábito de manejar, usted se convierte en un buen chofer. ¿Cómo se hace esto? Con la práctica. ¿Cómo se hace para escribir a máquina? Algunos pueden acercarse a una máquina de escribir, sin haber nunca tocado una, y en un lapso extraordinariamente corto empezar a escribir en ella. ¿Cómo? Con la práctica...

De lo que no nos damos cuenta es de que de la misma manera podemos desarrollar malos hábitos. Los jugadores de béisbol a veces desarrollan malos hábitos. Por eso hay entrenadores; ellos observan a un jugador que está desarrollando un mal hábito y trabajan con él hasta que lo eliminan. Eso se puede entender, pero lo que es probable que uno no se detenga a pensar es que por medio de ese mismo proceso desarrollamos hábitos emocionales, tanto buenos como malos...

Podemos entender esto con un poco de más claridad cuando hablamos de la ira. La ira es una respuesta aprendida. Lo sé porque tuve problemas con ella por más de veinte años. Me volví de esa manera por la respuesta habitual. Aprendí a hacerlo. Mientras más lo hacía, lo hacía mejor. Bueno, tuve que aprender cómo revertir esto...

Podemos entrenar nuestras mentes para actuar de cualquier manera que queramos actuar, hasta

> un punto determinado. Pero en la Biblia hay algo que se llama «pecado» que interrumpe el deseo de hacer lo bueno. Sin embargo, tal cosa no está más allá de nuestro control porque Dios nos ha dado un libro de orientaciones e instrucciones acerca de cómo encargarnos de esas cosas.[3]

Los adictos sexuales han desarrollado hábitos que responden sexualmente a estímulos externos. En el transcurso de los años han aprendido a reaccionar ante ciertas situaciones con lascivia o fantasía lujuriosa. Cuando conducía por la calle y veía caminar a una linda muchacha, la miraba de reojo con lascivia. Con el tiempo, esto se convirtió en un hábito. Cuando me acostaba con mi esposa, a menudo fantaseaba acerca de otras mujeres. Cuando sentía el impulso por el sexo ilícito, estaba acostumbrado a rendirme sin oposición. Necesitaba aprender a romper esos horribles hábitos y a ejercitar el dominio propio. ¿Cómo? ¡Con la práctica!

LA PRÁCTICA HACE AL MAESTRO

Tanto Pablo como Pedro comprendían la importancia de establecer hábitos apropiados a través de la práctica.

> Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gálatas 5:19-21).

> Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay

> virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis, recibisteis, y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros (Filipenses 4:8-9).

> Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadir a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor ... Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás (2 Pedro 1:4-7,10).

Podemos ver en estos párrafos de las Escrituras que tenemos una opción sobre lo que practicamos. Si practicamos (o sembramos) maldad, desearemos (o cosecharemos) maldad. Por la misma razón, si practicamos santidad, desearemos una mayor santidad. Los sentimientos siempre siguen al comportamiento. Los hábitos correctos necesitan establecerse en nuestras mentes y una vez que estén, desearemos continuar con ellos. Jay Adams expresa la necesidad de establecer nuevos hábitos:

> Los consejeros deben admitir que demasiados cristianos se dan por vencidos. La gente quiere el cambio demasiado pronto. Lo que en realidad desean es cambiar sin tener que luchar día tras día. A veces se dan por vencidos cuando ya están en el mismo umbral del éxito. Se detienen antes de recibirlo. Por lo general toma al menos tres semanas de

> esfuerzo diario adecuado para que uno se sienta cómodo realizando una nueva práctica. Y toma cerca de unas tres semanas más hacer de la práctica una parte de nosotros mismos. Sin embargo, muchos cristianos no continúan ni siquiera por tres días. Si no reciben éxito instantáneo, se desaniman. ¡Quieren lo que quieren ahora! Y si no lo consiguen de inmediato, desisten...
>
> Por consiguiente, hemos visto que el cambiar de hábitos es una empresa de dos caras que requiere paciencia estructurada y constante para postergar y continuar. La deshabituación es más que eso; también implica la rehabilitación. Cuando el que está siendo aconsejado le da la espalda a sus antiguas costumbres, al mismo tiempo debe darle la cara a las nuevas de Dios.[4]

El principal enemigo que enfrentaremos es nuestra propia naturaleza caída. Es nuestra carne que apetece la satisfacción. Dentro de estos rincones es que aguarda el pecado. Aunque estemos bajo ataque desde afuera, si podemos ganar la guerra por dentro los enemigos exteriores caerán ante nosotros.

once

SEPARÁNDOSE DEL MUNDO

> Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella (Mateo 7:13).

ES FÁCIL COMPRENDER POR QUÉ la gente de hoy tiene un concepto erróneo del sexo. Por todas partes se encuentra la promoción y explotación del sexo. Hollywood está empeñado en presentar al héroe como maestro de la seducción. Las películas están inundadas de bellas estrellas jóvenes escasamente vestidas (o desnudas). Los publicistas utilizan de forma flagrante el sexo para vender sus productos. Los diseñadores de modas hacen lo máximo para asegurarse de que las chicas exhiban tanta carne como sea posible. Las fiestas de las compañías contratan desnudistas hombres o mujeres para divertirse. Se defiende y se hace alarde del homosexualismo de forma desvergonzada. Las parejas viven juntas de modo evidente, en pecado. Sobra decir que el tejido moral de nuestra sociedad se está deshilando ante nuestros propios ojos.

La sociedad le enseña a los jóvenes que el sexo no solo se acepta, sino que se espera. Tomemos la vida de un niño promedio de doce años de edad. Se levanta por la mañana y va a la escuela. En las clases donde se presenta el tema de la educación sexual no se enseña en contra del sexo prematrimonial o incluso de la homosexualidad. A menudo, mientras está con sus condiscípulos, oye que los muchachos po-

pulares, y con frecuencia precoces, hablan de sus aventuras sexuales. En el camino de la escuela a su hogar se detiene en los puestos donde hay revistas con mujeres desnudas en las portadas. En casa escucha en la radio a los grupos populares que cantan acerca del sexo. Después de cenar, mira una película en la televisión en la cual los protagonistas aparecen en diversos escenarios sexuales. El héroe casi siempre es mujeriego, tipo «casanova». Luego están los anuncios comerciales que muestran a mujeres hermosas en trajes de bario para vender cualquier cosa, desde revistas deportivas hasta automóviles. Con una exposición tan abrumadora como esa, ¿por qué se va a sorprender alguien de que un joven adolescente se vuelva adicto sexual?

Una sociedad permisiva como la nuestra hace muy llano el camino hacia la adicción sexual. Así como nuestra cultura le facilita a una persona el camino para que se deslice cada vez más profundo en el sendero a la esclavitud, también le dificulta mucho el que pueda escaparse de así desearlo. Adondequiera que vaya, se ve de forma constante confrontado con —y se le recuerda— lo que está tratando de evitar. Erwin Lutzer da su punto de vista sobre el razonamiento de la sociedad: «Para aquellos que creen en el amor libre, el sexo es fundamentalmente una experiencia física. Cuando se tiene hambre, se come; cuando se está cansado, se duerme; y cuando hay atracción, se tiene sexo. Ese razonamiento puede parecer correcto, pero está fuera de foco por kilómetros».[1] Lester Sumrall dice: «El mundo carnal quisiera que creyéramos que el placer es el único propósito del sexo. Algunos cristianos mojigatos piensan que el placer no tiene nada que ver con el sexo. Ambos están equivocados».[2]

En consecuencia, cuando una persona crece en una sociedad que presenta este mensaje sensualista, el cual en esencia es: «Si te sientes bien, hazlo», le es muy difícil a la mente desechar la falsedad de esto. Si la persona llega a nacer de nuevo, de repente debe vivir bajo nuevas normas. Pero debido a que la civilización occidental sencillamente es adicta a la

inmoralidad, tal cosa es en especial difícil para el nuevo cristiano que lucha con la adicción sexual.

SEPARÁNDONOS DEL MUNDO

Pablo, cuando trataba de alentar a los creyentes que vivían en el clima inmoral de Corinto, dijo lo siguiente:

> No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso (2 Corintios 6:14-18).

Dios nos ha llamado para que nos separemos del mundo. ¿Cómo podríamos jamás esperar limpiar nuestras mentes de la suciedad del pasado si continuamos revolcándonos en el pensamiento sensual del mundo? A. W. Tozer lo explica de esta manera: «Los hombres piensan del mundo no como un campo de batalla, sino como un campo de juegos. No estamos aquí para pelear, sino para retozar. No estamos en tierra extraña, sino en casa. No nos estamos alistando para vivir, sino ya estamos viviendo, y por lo tanto, lo mejor que podemos hacer es librarnos de nuestras inhibiciones y frustraciones y vivir esta vida a plenitud».[3]

EL PLAN DEL ENEMIGO PARA DESMORALIZAR

En 1986, cuando la cortina de hierro todavía estaba intacta, escuché a un antiguo agente de la KGB cuando hablaba en una universidad local. Había desertado tiempo atrás y discutía los métodos que él y otros agentes soviéticos habían utilizado para derrocar gobiernos. Él definió un proceso de cuatro pasos que se utilizaban para convertir a países libres en naciones comunistas cerradas. Estos eran:

1. Desmoralizar
2. Desestabilizar
3. Sublevar
4. Cerrar y normalizar

El primer objetivo era propagar su mensaje ante el pueblo y luego buscar cómo desorganizar la fluidez del gobierno, causando zozobra. Después habría una completa insurrección. Al final, cerrarían herméticamente las fronteras y tratarían de convertir al país en un estado comunista «normal». Este estimado hombre soviético no se daba cuenta de que estos principios tienen un origen demoníaco.

Es la estrategia del primer paso lo que deseo examinar. El agente dijo que toma hasta veinte años de circular repetida y sistemáticamente al pueblo de ese país el mensaje de que el comunismo es bueno. Desde luego que este mensaje es rechazado al inicio. Sin embargo, al continuar enviando el mensaje al pueblo por un largo período, de forma gradual la gente se insensibiliza y cambia de lo que antes era una posición política «en el centro» a lo que ahora se considera «extrema izquierda». La parte aterradora es que ni siquiera se dan cuenta de que han cambiado políticamente. Ellos creen que todavía están situados de forma firme en el centro. Esto es lo que ha ocurrido en los Estados Unidos. El mensaje izquierdista nos ha estado bombardeando tanto que lo que ahora se está aceptando como centro está en realidad a la izquier-

da de lo que este fuera una vez. Ya no nos preocupa que nos derroque el comunismo, pero los cimientos de nuestro sistema educativo son en la actualidad principios socialistas.

Mientras políticamente los Estados Unidos está bastante más a la izquierda de donde estaban antes, de igual manera también estamos bastante a la izquierda moralmente. Hace cuarenta años una pareja que viviera junta en pecado (sin casarse) hubiera sido expulsada de la ciudad. Un homosexual no hubiera osado hacer gala de su estilo de vida, y la pornografía era un retrato de una mujer desnuda de la cintura para arriba. Se nos ha despojado en verdad de la moral. Tim La Haye habla de este proceso en su oportuno libro *La batalla de la mente:*

> El humanismo (la sabiduría del hombre) ha cautivado el pensamiento del mundo occidental durante los últimos doscientos años. Después de conquistar los colegios y universidades de Europa se extendió a los Estados Unidos, donde ha desarrollado un dominio absoluto sobre toda la educación pública. Identificando el valor estratégico tanto de la educación como de las comunicaciones para capturar la batalla de las mentes de la humanidad, los humanistas se instalaron de forma gradual hasta que prácticamente controlaron ambos campos. Casi todos los principales productores de cine y los productores de revistas, periódicos, redes de televisión y libros seculares son humanistas comprometidos, los cuales se hacen rodear de editores y cronistas de noticiarios que comparten su rara filosofía y pocas veces permiten que se presente algo que contradiga el humanismo, a menos que la presión de la comunidad los obligue».[4]

A pesar de que La Haye solo comenta un aspecto del ataque demoníaco total, se puede todavía ver cómo el espíritu de

este mundo ha insensibilizado con éxito nuestras naciones, con respecto a la moral y a Dios.

LA PASIVIDAD DE LA IGLESIA

Pedro dijo: «Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8). En este breve pasaje de la Biblia, Pedro enfatiza la importancia de proteger con cuidado nuestras mentes contra las «asechanzas del diablo». Ser sobrios y vigilantes. Estas palabras crean la imagen de un soldado firme en su puesto de guardia, alerta por completo, en espera del ataque de las fuerzas enemigas a cualquier hora. No hay tiempo para el adormecimiento. Debe montar guardia vigilantemente para que el enemigo no se introduzca sin que se dé cuenta. ¿Cómo puede hacer esto el enemigo? Echémosle una mirada a lo opuesto de vigilancia, que es la pasividad. El diccionario Webster define pasivo como: «No activo, sino que recibe la acción de; afectado por agencia o fuerza externa. Recibir o aguantar sin resistencia o reacción emocional; sumiso».[5]

Esto es lo que le ha sucedido a la mayoría de la población cristiana de los Estados Unidos de hoy. Hemos llegado a estar tan esclavizados por mantener una vida de comodidad que somos espiritualmente apáticos. En vez de derribar con agresividad las fortalezas del enemigo y librar una guerra por las almas de nuestros seres queridos, hemos permitido que el enemigo nos viole, nos robe y nos explote. En vez de conmover al mundo en nuestro alrededor por la causa de Cristo, también hemos permitido que el sistema de este mundo nos influencie. Por consiguiente, estamos desde el punto de vista espiritual incapacitados para la guerra; hemos llegado a estar espiritualmente desarmados, gordos y perezosos. Pablo dijo: «Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida,

a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado» (2 Timoteo 2:3-4).

El cristiano que lucha contra el pecado sexual debe adquirir una nueva actitud con relación a todo lo que significa la vida cristiana. Nuestro propósito en la vida no es satisfacer de forma codiciosa todo deseo; estamos aquí para servir al único que nos ha llamado. No debemos ser glotones del placer, sino más bien soldados dispuestos a sufrir penurias por amor a Cristo. En vez de sumergirnos en la vida sensual del mundo, debemos separarnos de ella. En una declaración aguda y cargada de significado para cada una de nuestras vidas, Pablo nos dice: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:2). Tal como vimos antes, la voluntad de Dios es para que sus hijos sean hechos conformes a la imagen de su Hijo (Romanos 8:29). ¿Cómo ocurre esta transformación? Sucede por medio de una renovación de la mente. Debemos despojarnos de la mentalidad del mundo y reemplazarla con la mente de Cristo. Como dijo Pablo: «Con respecto a la vida que antes llevaban, se les enseñó que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; ser renovados en la actitud de su mente; y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad» (Efesios 4:22-24, NVI).

Ser cristiano significa estar vivo y activo. Esto podría compararse con un pez. Un pez vivo y sano nada constantemente contra la corriente del río. Sería fácil para él flotar según el curso, pero tiene la inclinación natural de luchar contra la corriente. Por otro lado, un pez enfermizo o muerto opone poca o ninguna resistencia. Solo flota río abajo con los débiles y los desperdicios. ¿Describe esto su vida espiritual?

UNA CONSPIRACIÓN DEMONÍACA

La forma principal en que el cristiano promedio se vuelve asequible al ataque del enemigo es a través de los medios de comunicación; y la forma más poderosa de los medios en la sociedad actual es la televisión. David Wilkerson explica:

> Satanás está consiguiendo su propósito a través de la televisión de una forma tal que no es posible por medio de ninguna otra clase de invasión demoníaca. A través de ese ídolo elocuente, puede lograr en esta generación lo que logró en el Edén ... Pero los sodomitas ahora están en nuestros hogares. Y ahora somos nosotros los cegados. Los escritores, actores y productores homosexuales hacen gala de su perverso derecho ante nuestros propios ojos; y admítase o no, usted y todos los de su casa están bajo un demoníaco ataque sodomita.[6]

Existe una conspiración demoníaca en los Estados Unidos para controlar y poseer por completo las mentes de los cristianos. El siguiente relato da un claro discernimiento de la estrategia del enemigo.

LA VISIÓN DEL DIABLO

El diablo cierta vez le dijo a sus demonios: «Nuestro trabajo progresa demasiado lento. La gente piadosa interfiere nuestro paso porque no creen en el espectáculo o el juego. Enseñan que el carnaval, el circo y el baile, la taberna y los clubes de juegos de azar, beber y fumar, son todas cosas malas; que los cristianos no se mezclan con la gente impía. Condenan con rapidez todo lo que hacemos para provocar que los incrédulos no sean pocos. Alegan que estas cosas son todas del diablo, que los cristianos viven en un nivel mucho más alto.

»Ahora, compañeros, su teología, aunque perfectamente cierta, está bloqueando el trabajo que tratamos de hacer. Tendremos que ocuparnos y trazar un plan que cambie sus normas tan pronto como podamos.

»Ahora tengo una visión de todo lo que podemos hacer, pongan atención, les diré este engaño a ustedes tan pronto como encuentre a un hombre sabio, pero degenerado, a quien pueda usar para que este plan salga bien, pues no hay nada tan real como las cosas que se ven. Consentirá los ojos y la mente y el corazón; pues, ¿qué puede ser mejor que un objeto para ver? Digo que funcionará y no a pocos convencerá. El hogar es el lugar para este pecaminoso ardid, la gente engañada pensará que es bien agradable. El mundo lo poseerá, ¡la mayoría de los cristianos no podrá decir que todo es del diablo y tramado en el infierno! Los venderemos con imágenes de las últimas noticias y mientras todavía miran, les anunciaremos licor.

»A1 principio los impactará, parecerán aturdidos, pero pronto se endurecerán y seguirán contemplando. Les daremos algún evangelio que no sea demasiado fuerte y varios cánticos sagrados para embaucarlos. Se tragarán los anuncios, con las últimas modas, y pronto verán los programas que agitarán perversas pasiones. Mirarán escenas de sexo y de asesinatos hasta que sus almas estén frías por completo.

»E1 viejo altar familiar, que antes era tan apreciado, pronto perderá su lugar sin mucha alarma. También se perderá la oración en secreto, puesto que mirarán la pantalla sin tener en cuenta el costo. Los predicadores que lo son por compromiso, que no toman una posición, abrazarán esta nueva visión y pensarán que es grandiosa. Ayudarán a engañar a la gente y a hacerlos pecar buscando esta maldad y aceptándola.

»La influencia es grande y esto se puede ver; solo miren mi caída y tendrán que estar de acuerdo. ¡No tomará demasiado tiempo, mis demonios, para poder decir que la visión de Satanás poblará el infierno!

»Los divorcios aumentarán, los crímenes sexuales abundarán; mucha sangre inocente se derramará sobre el suelo. Yo digo que el hogar se condenará a corto plazo cuando esta visión mía llegue para quedarse.

»Manos a la obra, mis secuaces, confundan esta cosa; veremos si la iglesia puede continuar vociferando. La gente santa que es un impedimento pronto acallará sus voces contra el espectáculo y el juego.

«Cubriremos la tierra con esta diabólica visión; luego la camuflaremos con el nombre de televisión. La gente creerá que recibe un convite hasta que el anticristo venga y le quite su asiento. Él gobernará al mundo, mientras los espectadores miren el rostro de la bestia, a quien ellos fueron vendidos. Ganaremos por medio del engaño, esto no puede fallar; aunque algunos predicadores de santidad apunten en su contra».

Este relato cuenta la historia de manera muy clara.

Como una gran cantidad de personas mira la televisión, la mayoría ha llegado a suponer que es correcto. ¡En verdad, la televisión ha llegado a ser una parte tan integral de la vida del cristiano que la persona que no la incluye en su vida es considerada rara o fanática hasta por los mismos cristianos! La unidad familiar en muchos hogares se centra en realidad alrededor de «la tele». Dios le advirtió al pueblo de Israel contra esta manera de pensar: «No seguirás a los muchos para hacer mal» (Éxodo 23:2). Solo por el hecho de que al parecer todo el mundo mira televisión esto no significa que es lo correcto, ni tampoco quiere decir que no se nos hará responsables por nuestras decisiones.

LOS EFECTOS DE LA TELEVISIÓN

Muchos santos creen que son capaces de mirar televisión sin que les afecte. A una persona le puede parecer que tiene completo control de lo que acepta cuando mira la televisión, pero ese no es el caso. La televisión está diseñada para

el control de la mente y les lava con éxito el cerebro a los televidentes cada día. Esa es la razón por la cual los anunciantes siempre se vuelven locos por pagar millones de dólares por unos cuantos segundos de tiempo de publicidad. El Dr. Jenson explica los efectos de la televisión sobre el cristiano:

> Satanás utiliza el sistema del mundo de forma obvia y atrevida. Él trabaja a través de nuestras escuelas, universidades y gobierno, pero más obviamente a través de los medios de comunicación. Y la herramienta más poderosa de los medios es la televisión. Hoy día debe ser evidente para nosotros que Satanás utiliza la televisión de una forma poderosa. Estamos rodeados de operaciones militares estratégicas que están calculadas para inmovilizar a los cristianos...
>
> Básicamente los niños aprenden por medio de la vista desde sus primeros días, y sus emociones están conectadas de modo directo a estas «imágenes» aun antes de que puedan hablar. Y los adultos no son por cierto diferentes. Una película o un programa de televisión por lo regular pasa de nuestro pensamiento a la mente racional y afecta nuestras emociones. Esto es aparte de lo que pueda afectarnos espiritualmente.
>
> La universidad de Harvard concluyó un proyecto que incluía un amplio estudio del papel de la televisión sobre la educación sexual de los niños. Su investigación reveló que el setenta por ciento de todas las alusiones al coito en la televisión tenían que ver con parejas que no estaban casadas o con prostitutas. Mucha de la actividad erótica de la televisión implica violencia contra las mujeres, lo cual se refleja en las estadísticas que muestran que el cincuenta por ciento de todas las mujeres de

> los Estados Unidos han sido víctimas de violación, incesto o violencia...
>
> Se podría decir que esto no le afecta a usted o a sus hijos porque es un cristiano comprometido. Lo lamento, pero eso simplemente no es verdad. Satanás es sutil, él desarrolla las actitudes con lentitud. Esta no es una campaña contra la televisión. Solo estoy diciendo que estamos experimentando una guerra contra nuestras mentes. El asunto es que la televisión ha insensibilizado a los cristianos frente al pecado y el dolor mientras nos llena las mentes de emoción artificial e irrealidad. Para muchos niños la prueba de que algo es real radica en si lo han visto o no en la televisión. Si no lo han visto, entonces no es real...
>
> Este sutil lavado de cerebro sucede día tras día. La necesidad de la soledad y la quietud nunca había sido mayor de lo que lo es ahora.
>
> Satanás utiliza el sistema del mundo para estimular nuestro pecado.[7]

La próxima vez que vea televisión, ponga atención a lo que dicen los comerciales. Percátese de que le están diciendo qué hacer, mientras usted está sentado ahí pasivamente permitiéndoles que lo hagan. «Compre esto si quiere ser macho». «Compre esto si quiere que su casa sea la más linda del barrio». «Compre esto si quiere que lo acepten sus compañeros». «Compre esto si quiere divertirse». Controlan su mente. Es pavoroso tan solo pensar en cuánto poder tiene la televisión. El creyente que mira un anuncio de cerveza, pletórico de diversión, tal vez no salga a la carrera a comprarla, pero ¿cómo afecta ese mensaje a la necesidad de su sobriedad interior? ¿Cuál es el efecto acumulativo de ver mujeres eróticas en la televisión noche tras noche? ¿Cómo se afecta la persona cuando se acumulan innumerables horas mirando comedias de situaciones que ridiculizan todo lo que es decente?

La televisión se puede comparar al hipnotismo, una herramienta que se utiliza para colocar a una persona en un estado pasivo para que acepte de forma subconsciente lo que no aceptaría estando en un estado consciente normal. La televisión es un arma mortal que el enemigo utiliza para insensibilizar, desmoralizar y al final destruir las mentes de las personas.

Frank Mankiewicz y Joel Swerdlow escribieron con valentía un libro que se llama *El control remoto: La televisión y la manipulación de la vida estadounidense.* En esta obra secular, ellos detallan lo que la televisión le ha hecho a esta nación. El siguiente fragmento trata en específico de la homosexualidad:

> Bajo la fuerte presión de los activistas homosexuales organizados, la televisión en su mayor parte ha sido un instrumento, en la última década, para ayudar a que los homosexuales salgan de su encierro, tanto de forma individual como colectiva. Podemos encontrar programas donde se acepta con naturalidad y se muestra sensibilidad hacia el tema, así como también un trato por lo general dignificado en muchos programas ... Anita Bryant, la ex miss universo cristiana que cayó en adulterio ... llegó a ser no una heroína, como lo era en las cadenas televisivas hace veinte años, sino el blanco de las bromas y la hostilidad de la televisión.[8]

Aun estos escritores, que probablemente ni siquiera conocen a Cristo, reconocen lo que este poderoso medio hace para moldear las mentes del público. A lo largo de su libro, ellos suministran la evidencia irrefutable de cómo se manipulan nuestras mentes a través de esta fuente «inocente» de deleite.

Donald Wildmon también está consciente de la forma en que la misma se utiliza en contra de los creyentes:

> La televisión es el medio más penetrante y persuasivo que tenemos. A veces es más grande que la vida. Es nuestro único medio nacional verdadero. La televisión en cadena es la educación más grande que tenemos. En su programación nos dice lo que es bueno y lo que es malo, lo que es aceptable e inaceptable, a quién creerle y a quién no creerle, en quién confiar y en quién no, y a quién debemos desear imitar...
>
> Enseña que el adulterio es un estilo de vida aceptable y aprobado. Enseña que la violencia es una forma legítima para lograr nuestras metas o para resolver los conflictos. Enseña que la blasfemia es el lenguaje de los respetables. Pero estos son solo los mensajes superficiales. El verdadero mensaje es más profundo.
>
> Enseña que casi nadie va a la iglesia, que muy pocas personas de nuestra sociedad son cristianos o viven según los principios cristianos. ¿Cómo? Sencillamente censurando el carácter y los valores cristianos, así como la cultura cristiana en todos los programas. Enseña que la gente que afirma ser cristiana es hipócrita, tramposa, mentirosa o incluso peor. Esto lo hace a través de la caracterización de sus personajes y en sus mensajes.[9]

¿Cómo se sentiría usted si alguien lo pone frente a millares de personas y comienza a ridiculizar su creencia en Dios? Eso es exactamente lo que hace la televisión. Sus productores se están riendo y burlando de nosotros. ¿Hemos llegado a ser tan insensibles que todavía estamos dispuestos a alinearnos con el sistema del mundo que detesta las cosas de Dios? Es trágico que los cristianos estén tan bien versados en las comedias más populares, los anuncios comerciales más cómicos, los dramas «más ardientes», y que sin embargo, le dediquen tan poco de su preciado tiempo a estar delante de Dios,

estudiando y meditando sobre la Biblia e intercediendo por los perdidos.

Desdichadamente, la gente es en extremo adicta a la televisión. Con frecuencia surge la pregunta de qué puede uno hacer entonces para no aburrirse sin la televisión, como si eso de alguna manera justificara el costo espiritual que exige a cambio. Yo también pensaba así cuando inicié mi vida sin televisión. Esas primeras semanas, al comenzar la noche, parecían transcurrir al paso de un caracol. No pasó mucho tiempo antes de que esas horas vacías se llenaran de tiempo significativo con mi esposa y de ocasiones agradables de verdadera hermandad con otros creyentes. Nunca es fácil cambiar un hábito al cual se ha acostumbrado la carne, pero la gracia de Dios está disponible para los que están decididos a desconectarse de las influencias de este sistema del mundo.

Para muchos, la decisión de abordar este asunto en particular determinará su grado de lucha en el futuro. Los que están renuentes a desconectarse del espíritu de este mundo descubrirán que tienen muy poca fuerza para dar los otros pasos necesarios para vencer el dominio que el pecado sexual tiene en sus vidas.

doce

LA BATALLA EN EL CAMPO ESPIRITUAL

LA PERSONA QUE ESTÁ DECIDIDA a vencer la adicción sexual debe prepararse para una batalla prolongada y para combatir su vieja naturaleza que todavía añora el placer del pecado sexual. Su carne no solo lo desea, sino que tiene bien arraigado el hábito de la complacencia. A lo largo de la vida cotidiana del creyente este descubre que la sociedad sin Cristo promueve un resonante mensaje de que el sexo ilegal es una cosa buena. Se proclama que es algo deseable que proporciona posibilidades infinitas para satisfacer toda clase de fantasías imaginables. Como si todo esto no fuera suficiente, el cristiano que lucha debe aceptar y percatarse del hecho de que existe un ejército altamente organizado de seres poderosos que se dedican a impedir el logro de la libertad.

Es muy importante para el que lucha tener una comprensión apropiada de sus verdaderos enemigos en esta batalla espiritual. Algunos creen que toda la dificultad para superar el pecado habitual solo es resultado de la guerra espiritual, por lo tanto minimizan el papel de la carne y del mundo. Recuerdo una conversación que tuve cierta vez con un ministro acerca de la lujuria sexual. Le había contado de forma breve acerca de mi trabajo con los adictos sexuales.

—¡Cuando trato con alguien en pecado sexual, yo solo exorcizo al demonio y con eso termino! —replicó de modo conciso.

—Sí, yo comprendo que los demonios pueden afectar a

la gente de alguna forma, pero hasta que la persona aprenda a encargarse de su propia carne, exorcizar una legión de demonios no le resolverá el problema —le respondí.

Muchos que trabajan en el área de la liberación acentúan demasiado el papel que juegan los demonios en el pecado habitual. Parece que andan buscando una respuesta fácil o tal vez están sencillamente fascinados con la idea de andar dándoles órdenes a los demonios.

En el extremo opuesto del espectro están los que alegan que todos los problemas de una persona se le pueden atribuir solo al individuo. Esto está igualmente equivocado. La idea de que existen fuerzas demoníacas que trabajan en este mundo es un concepto en el cual prefieren no pensar. Su perspectiva del reino espiritual tiende a ser en extremo vaga y superficial. Nunca refutan lo que dice la Biblia acerca del enemigo, pero se inclinan a limitar la actividad demoníaca a hechiceros de alguna misteriosa aldea de África.

La verdad es que existe un ejército sofisticado de seres que funcionan bajo los auspicios del mismo diablo. La mayoría de los eruditos cree que Satanás era uno de los doce arcángeles que Dios creó. Él no es simplemente una «fuerza maligna» o una «influencia maligna», como creen algunos. Él es un ser angélico que, como los humanos, está limitado al tiempo y al espacio. No obstante, a diferencia del hombre, él es un ser espiritual que no está restringido a los límites de la materia física.

Su ejército está compuesto de demonios de diversos tamaños, potencias, capacidades y funciones (véase Lucas 11:14; Mateo 12:22; 1 Juan 4:6). Sus rangos comprenden desde príncipes de países (Daniel 10:13) hasta humildes soldados (Lucas 8:30). Pablo da una indicación de esta intrincada jerarquía en el libro de Efesios: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12).

Como en cualquier tropa militar, hay generales, capitanes y soldados, o al menos algún equivalente de eso. La mayoría nunca se enfrentará a algo más que un demonio normal (cualquier cosa que eso sea) que haya sido asignado en especial para hostigarlo y atacarlo. Al parecer, el demonio designado se seleccionará sobre la base del área particular de lucha de esa persona. Al que lucha con la depresión, se le asignaría un demonio que le ataque con una oscura melancolía. Para los que batallan con un temperamento violento, la tarea se le daría a un espíritu de cólera o de asesinato; y para un impulso sexual exagerado, se comisionaría a un enemigo que incite a la lujuria. Es probable que estos demonios tengan la habilidad de crear ambientes espirituales que sean convenientes para la lucha de un individuo. El renombrado Dr. Merrill F. Unger, que ha sido profesor por veinte años de Estudios del Antiguo Testamento en el Seminario Teológico de Dallas, dice lo siguiente acerca de la actividad demoníaca en su libro *Los demonios en el mundo de hoy:*

> Bajo la influencia del demonio, los espíritu malignos ejercen poder sobre una persona casi hasta la posesión efectiva. Esa influencia puede variar desde el hostigamiento leve hasta el sometimiento extremo cuando el cuerpo y la mente llegan a estar dominados y mantenidos en esclavitud por agentes espirituales. Tanto los cristianos como los que no son cristianos pueden ser influenciados de esa forma. Pueden ser oprimidos, acosados, deprimidos, obstaculizados y limitados por los demonios.[1]

BAJO EL PARAGUAS DE DIOS

A pesar de su especialidad, los demonios están limitados en su esfera de influencia y autorización para atormentar al creyente. Como hijo de Dios, uno siempre debe estar atento

al hecho de que Satanás y sus secuaces no pueden hacer más de lo permitido por el Señor y sus leyes espirituales.

Existen ciertas leyes que gobiernan el reino físico y que dictan cómo debe conducir el ser humano las actividades de su vida cotidiana. Encienda un fósforo y colóquelo debajo de una hoja de papel seco y se quemará, porque se han reunido ciertos componentes que dan como resultado que se produzca fuego. Deje caer una bola de boliche desde una ventana y caerá hasta que algo detenga su avance. Estos son ejemplos de leyes de causa y efecto, y existen muchas con las cuales debemos enfrentarnos en el reino físico todos los días. Mucho de lo que hacemos en la vida lo dictan diversas reglas físicas de la naturaleza.

Por la misma razón existen leyes espirituales que gobiernan el reino invisible a nuestro alrededor. Pablo describió una de estas en el libro de Gálatas. «No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna» (Gálatas 6:7-8). Esta ley espiritual establece que si una persona comete un acto, debe sufrir las consecuencias que resultarán del mismo. Jesús da otro ejemplo de una regla del reino de Dios: «Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mateo 23:12). No importa que alguien apruebe o desapruebe estas leyes, ni tampoco importa si se respetan. Estas son reglas de causa y efecto del reino de Dios que no se pueden evitar.

Hay elementos que indican que existen leyes espirituales con relación a la implicación de fuerzas demoníacas en la vida del creyente. Cuando un cristiano se rebela contra el reino de Dios al cometer un acto intencional de pecado, se alinea con el enemigo. El apóstol Juan dijo: «El que practica el pecado es del diablo» (1 Juan 3:8). El punto principal de esta declaración es, sencillamente, que la persona que transgrede de forma habitual las leyes de Dios está asociada con Sa-

tanás, quien es el gran rebelde. Sin embargo, hay una verdad secundaria que se puede extraer de esta declaración. Una persona que comete actos de pecado se está haciendo asequible a un grado mayor de influencia por parte del enemigo. Por ejemplo, si un hombre cristiano entra a una librería pornográfica, voluntariamente se ha hecho vulnerable a los pensamientos diabólicos que lo plagarán en las siguientes semanas. Una vez que el hombre «se ha abierto» a la pornografía, los demonios tienen el «derecho legal» de atacarlo y atormentarlo de continuo con esas imágenes pornográficas.

La ira es otro ejemplo. Cuando se frustra la voluntad de una persona, hay una enorme tentación a salirse de un espíritu humilde y enojarse. La ira es una emoción de la carne que surge del orgullo. Algunos tienen «mal genio», lo que quiere decir que habitualmente se dejan dominar por la ira. Es incorrecto para un seguidor de alguien tan humilde como Jesús enojarse con alguien, pero cuando esa persona deja que esa ira lo controle hasta el punto de la cólera, él o ella le han dado lugar al diablo. Pablo dijo: «Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo» (Efesios 4:26-27). O como también se expresa: «No le deis al diablo donde pisar firme». La ira, como la lujuria, es un impulso carnal que el enemigo busca intensificar en la vida de una persona. El Dr. Unger afirma:

> La influencia del demonio puede ocurrir en diferentes grados de severidad y en una variedad de formas, tanto en los cristianos como en los que no lo son. En sus formas menos severas, el ataque del demonio viene desde afuera a través de la presión, la sugestión y la tentación. Cuando uno cede ante esa presión, sugestión y tentación, el resultado siempre es un aumentó del grado de influencia del demonio. Aunque la raza humana cayó con Adán y se convirtió en presa de Satanás y los demonios, las fuerzas de las tinieblas siempre han estado severa-

> mente restringidas. Ellas pueden esclavizar y oprimir al hombre caído solo hasta el grado en que él voluntariamente viole la eterna ley moral de Dios y se ponga al descubierto ante el mal.[2]

Los que tontamente le abren la puerta al pecado sexual pueden esperar que el enemigo aproveche por completo la ocasión para llevar a la persona a un lugar de mayor cautiverio. Merlin Carothers, bien conocido por sus enseñanzas populares sobre la alabanza, habla de la influencia demoníaca sobre los pensamientos:

> Pero cualquier pensamiento conectado con el sexo ilícito es como un monstruo que espera apoderarse de su presa. Se puede mantener oculto por muchos años, pero surge en el momento oportuno. En verdad, esta fuerza maligna con frecuencia está dispuesta a esperar el momento adecuado para manifestarse. Quiere dañar al mayor número de gente posible. ¿Le asusta esto?
>
> Permítame asegurarle que no estoy hablando de espíritus malignos que poseen a los cristianos. En el mundo existe una fuerza maligna cuyo deseo es destruir a cualquier costo todo lo que Dios quiere construir. Esa fuerza —Satanás— es mucho más hábil de lo que cree el cristiano común. Satanás conduce a su gente a vivir en abierta rebelión contra Dios, pero él está contento de trabajar de forma secreta en el interior de los cristianos. Su estrategia es tentarnos para anhelar aquello que Dios ha prohibido. Una vez que se crea el deseo, Satanás sigue fortaleciendo ese deseo. Repetidamente lo trae a nuestra mente, hasta que pesa más que nuestro deseo de ser obedientes a Dios ...
>
> Nunca es seguro entrar en el territorio de Satanás. Él anda buscando a quién devorar. Él seleccio-

> na el tiempo adecuado para llevar a cabo sus propios propósitos. Nunca sabemos lo que hará. He atendido a hombres que me dicen que vivieron con deseos y pensamientos inmorales por veinticinco años antes de haber cedido a actos deshonestos. El tiempo es irrelevante para Satanás. ¡Si usted cree que es una realidad y que tiene poder espiritual, será de gran provecho quedarse fuera de su territorio! Él también tiene un plan para usted y con mucha probabilidad se realizará si permite que alguna parte de su vida esté bajo su control. Él está interesado en especial en lo que está en su mente.[3]

No obstante, el ataque de los demonios no se limita a los culpables. A veces asaltan a los inocentes. Sin embargo, ningún ataque le puede ocurrir al creyente sin el consentimiento de Dios. Tomemos como ejemplo la vez que Jesús le dijo a Pedro: «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte» (Lucas 22:31-32). Una vez que la persona le pertenece a Dios, el enemigo puede exigir todo lo que quiera, pero él debe tener el permiso del Señor antes de atacar. Los creyentes le han sido comprados al diablo por el precio de la sangre de Jesús.

En el primer capítulo del libro de Job se nos enseña un cuadro profundo de esto. En esta sección de la Biblia se le da al lector un fascinante vistazo de las regiones del reino espiritual donde se diseñan las grandes tentaciones. A Job se le describe como un hombre «perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal». Se continúa diciendo que él vivía en tal estado de rectitud que siempre que sus hijos se reunían para una fiesta ofrecía un sacrificio especial a Dios, pensando que «quizá habrán pecado mis hijos y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones».

Después de establecer el carácter piadoso de Job, la escena se cambia a la habitación del trono del Todopoderoso,

donde Satanás se desliza entre los otros ángeles. Rebosante de un cierto orgullo paterno, Dios le dice: «¿No te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?»

El diablo responde a esto con voz áspera: «¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has rodeado de tu protección, a él y a su casa y a todo lo que tiene? El trabajo de sus manos has bendecido, y por eso sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que posee, y verás si no blasfema contra ti en tu propia presencia» (Job 1:9-11).

Así que sin que lo supiera este hombre piadoso en la tierra, un retó expresado en un mundo diferente por completo está por resultar en el trastorno de toda la vida de Job.

Una de las razones por las cuales esta historia está en la Biblia es para demostrarle a los creyentes que nuestro Padre Celestial ha establecido fronteras que el enemigo no puede cruzar sin el permiso del Señor.*

MAESTROS DE LA TENTACIÓN

Los seres demoníacos han estado tentando, acosando y atacando a los creyentes desde el principio de la humanidad. Ellos utilizan a los humanos que no son salvos para efectuar los hechos de odio, arrogancia y perversión, que precisamente son los componentes de sus naturalezas demoníacas. Esta es la eternidad que les espera a los que no son salvos.

Los que están en el sendero de Dios reciben un tratamiento un poco diferente. Como se mencionó antes, los demonios están restringidos a su nivel de influencia. Como ilustración utilizaré a los marinos estadounidenses que estuvieron involucrados en el espionaje en Moscú en los años ochenta. De lo único que estos guardias de la embajada estadounidense tenían que preocuparse era de dejarse embau-

•Para un estudio acerca de la soberanía de Dios en cuanto a juicios y tentaciones, véase el libro *El Dios que satisface nuestras necesidades.*

car para revelar secretos. Los rusos tenían ciertos linderos en los que tenían que trabajar. Ellos no podían utilizar la tortura para forzar a los marinos a pasarles información militar. No podían amenazar sus vidas ni tampoco gritarles. La única manera posible en que podían obtener secretos era a través del proceso de seducción. Eso es precisamente lo que hicieron. Los rusos usaron una mujer bella como táctica para seducir a un marino para que revelara los secretos. Este marino no colocó a su país por encima de sí mismo. Pudo haber estado dispuesto a morir por su país en un campo de batalla, pero estuvo reacio a morir ante sus propios deseos. Perdió la batalla más grande que jamás enfrentaría. No fue una batalla que incluía balas, fue una batalla con la tentación.

De igual manera, cuando el enemigo determina tramar la caída de un creyente, él solo puede trabajar dentro de los límites establecidos por Dios. Como señaló Pablo: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar» (1 Corintios 10:13). El apóstol veterano no promete una vida libre de tentaciones, sino más bien que Dios las mantendría dentro de sus límites y siempre proporcionaría una forma de escape, a fin de que el creyente pudiera continuar soportándolas.

La escena que presenciamos en el libro de Job es típica de lo que ocurre cuando un espíritu caído desea zarandear a uno de los hijos de Dios. Tomemos por ejemplo la historia que examinamos antes sobre José y la esposa de Potifar. Solo se nos da el cuadro terrenal de lo que ocurrió, pero ¿qué pasó en el reino espiritual que antecedió a este incidente? Me puedo imaginar fácilmente a la serpiente deslizándose una vez más dentro de la habitación del trono de Dios. «¿Acaso teme José a Dios de balde? ¿No le has rodeado de tu protección, a él y a su casa y a todo lo que tiene? El trabajo de sus manos has bendecido, y por eso sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero permíteme tentarlo con esta bella mujer y él te

dará la espalda. Y si por alguna razón él no lo hace, permíteme hacer que lo metan a la cárcel y verás si no blasfema contra ti en tu propia presencia». Yo sospecho que una conversación similar en verdad ocurrió antes de la gran tentación que José enfrentó ese día. Por consiguiente, la tentación que enfrenta un individuo, sin que importe de qué se trate, debe primeramente ser autorizada por el Señor.

MAQUINADORES CONTRA LOS CRISTIANOS

La astucia del enemigo no tiene fin. Los demonios han estado ocupados induciendo a la gente al pecado y a la rebelión contra Dios por seis mil años. Puedo atestiguar que muchas veces el enemigo ha tratado de inducirme de regreso a su dominio de tinieblas. Un incidente de esos ocurrió no mucho tiempo después de haber comenzado a caminar en victoria. En ese momento trabajaba en bienes raíces y recibí una llamada telefónica de una señora que me pidió que le mostrara una de las casas que nuestra compañía tenía en venta. Nos pusimos de acuerdo y tomé las llaves de la casa para reunirme con ella.

Me detuve en la entrada del garaje y procedí a esperarla. Mientras estaba ahí sentado, me abrumaron los impulsos de entrar a la casa, «solo para echar una mirada». Cometí el error de entrar. Una vez adentro, me surgió un fuerte deseo de buscar pornografía. No podía creer que en realidad estaba buscando con avidez revistas eróticas en cada cuarto. En efecto encontré una gran pila de ellas en un cuarto trasero. Tomé una y la miré, pero la tiré con asco y salí deprisa de la casa. La señora que me llamó nunca apareció. El enemigo me había tendido una trampa, pero afortunadamente esto no llegó más allá de una rápida mirada.

Los demonios también tratarán de oponerse a las buenas obras con un ataque. No mucho tiempo después de haber compartido mi testimonio en un conocido programa de televisión en 1988, me encontré bajo un poderoso ataque mien-

tras viajaba. Iba de regreso a la ciudad de Sacramento (en la cual tenía mi hogar en esa época) desde la ciudad de Phoenix, donde había estado sirviendo como ministro. No había visto a mi esposa por más de una semana, lo cual hacía que fuese un tiempo particularmente vulnerable para mí. Al ir atravesando el desierto del estado de Arizona, me encontré manejando a la misma velocidad de una muchacha que iba en un carril adyacente. Yo la pasaba y luego ella me pasaba a mí. Dudo que ella estuviese coqueteando conmigo, pero me encontré jugando con esa idea. Cuando recobré los sentidos y me di cuenta de lo que estaba haciendo, me alejé velozmente de ella. No obstante, este incidente fue suficiente para que la mente comenzara a pensar en la dirección equivocada.

Al continuar mi camino rumbo al norte, empecé a aflorar una tienda de pornografía. Hacía bastante tiempo desde que había superado la adicción a la pornografía; sin embargo, la tentación era increíble por completo. Parecía como si el carro estuviese lleno de una espesa nube de lascivia sexual. Estaba decidido a llegar a una ciudad y buscar una librería pornográfica. Al fin llegué a Bakersfield, pero logré continuar en la autopista. ¡En el instante en que pasé esa rampa de salida de la autopista la nube de lascivia desapareció! Mirando hacia atrás a ese acontecimiento, ahora puedo ver que se trataba de un ataque demoníaco. Nunca subestime el poder y los artificios del enemigo. La Biblia confirma esto:

> ... para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones (2 Corintios 2:11).

> Temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo (2 Corintios 11:3).
>
> Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño

si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras (2 Corintios 11:14-15).

Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8).

No se equivoque, los demonios harán cualquier cosa para conseguir que el creyente caiga, a fin de alejarlo del Señor. Ellos son brillantes estrategas que han perseguido al hombre desde el inicio de su existencia. Están bien informados de sus debilidades y saben con exactitud cómo seducirlos hacia sus trampas.

DEMOLIENDO FORTALEZAS

Cuando una persona se entrega al pecado sexual repetidamente por cierto espacio de tiempo, el enemigo establece una posición firme en el ser de esa persona. Si ese pecado persiste hasta el punto de ser incontrolable, se convierte en una fortaleza del enemigo.* Un diablo de perversión ha erigido una fortaleza dentro del reino espiritual del hombre. Mientras más tiempo continúe pecado, más fortificada llegará a ser la presencia demoníaca.

He visitado varias veces en el transcurso de los años las cumbres de Golán en Israel. Se puede comprender con facilidad por qué Israel ha sido reacio a cederle esta pequeña área a los sirios. A las fuerzas enemigas sirias les tomó un buen tiempo llegar a estar firmemente atrincheradas en las colinas que bordean ese lado del mar de Galilea. Por muchos años ellos habían bombardeado las instalaciones israelíes que se encontraban abajo. Cuando estalló la guerra en 1967 entre Is-

•No, yo no creo que los cristianos puedan ser poseídos por el demonio. Los creyentes son propiedad de Dios, no de Satanás. Sin embargo, hay evidencias de que el pecado repetitivo le facilita al enemigo fortificar el poder de su habilidad para tentar al adicto en ese pecado en particular.

rael y las naciones árabes que la rodeaban, fue necesaria una batalla feroz para desalojar la presencia siria que se encontraba en las colinas del lago. Enterrada bajo toneladas de concreto, su artillería debe haber parecido invencible para los judíos.

Esto es lo que siente el santo que debe enfrentar el panorama amedrentador de desalojar un enemigo enterrado profundamente dentro de su ser. Aunque esto pueda parecer bastante abrumador, Pablo nos asegura que ese no es el caso: «Pues aunque andemos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Corintios 10:3-5).

Mucho del resto de este libro enseñará principios que se necesitan para expulsar al enemigo. No hay verdadera necesidad de discutirlo con detenimiento ahora. Sencillamente lo mencionamos aquí para que se pueda entender mejor lo relativo a la batalla, pero veremos esto más adelante. No obstante, sería bueno anotar lo que dijo Pablo acerca del lugar que ocupa la fantasía para establecer y mantener una fortaleza. El enemigo mantendrá su posición solo hasta el punto que el creyente continúe acariciando las fantasías sexuales. Pablo nos dice que derribemos esas imaginaciones. Puede llevar algún tiempo antes de que el hombre tenga una vida de pensamientos puros, pero es vital que empiece a desarrollar una disciplina mental desde ahora. Pedro dijo: «Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo» (1 Pedro 1:13-16).

LAS MALDICIONES GENERACIONALES

Existen muchos maestros de la Biblia que han desarrollado un complicado sistema de «liberación» basado en un versículo del Antiguo Testamento. Cuando Dios le dio a Moisés los Diez Mandamientos, le dijo: «No te inclinarás a ellas, ni las honrarás [refiriéndose a las imágenes]; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen» (Éxodo 20:5). Según estos maestros, si una persona está en pecado habitual debe «romper la maldición generacional», por medio de lo cual cortará el terreno legal que el enemigo ha tenido en su vida.

Me preocupa mucho cuando la gente enseña de forma confiada conceptos que no se apoyan con fuerza en las Escrituras. Aunque esta idea tenga cierto atractivo para quienes exageran la importancia de la actividad demoníaca en la vida del cristiano, el apoyo bíblico simplemente no está ahí. Sí, creo que hay algo maligno que se puede trasmitir de un padre que está atado al pecado a su hijo. He escuchado historias, en más de una ocasión, de un hijo cuyo padre no vivió en casa y que luego descubrió que su papá era también adicto sexual. A menudo se escucha acerca de un hijo que lucha contra la depresión de la misma forma que lo hacía su padre, o tal vez de un alcohólico cuyo papá bebía en exceso. Esto podría explicarse de dos maneras distintas. Podría ser que haya heredado la misma «lascivia» con la que su padre tenía que luchar (véase Santiago 1:14). La otra posibilidad es que nosotros sencillamente no entendemos cómo los demonios que oprimen al padre pueden atacar también al hijo.

Cualquiera que sea el caso, el recitar alguna «fórmula de oración» para «romper la maldición» no es solo una práctica sin ningún apoyo bíblico, sino que no sirve absolutamente de nada. Además, tal como ya discutimos en el capítulo siete, el Señor prohibe el traslado de la culpa de nuestras acciones a nuestros padres. «El hijo no llevará el pecado del padre ni el

padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo recaerá sobre él y la impiedad del impío recaerá sobre él» (Ezequiel 18:20). Toda la idea de que uno debe sencillamente hacer una declaración para superar (aunque sea solo en parte) la adicción sexual es una ilusión engañosa. Se trata solo de un ejemplo de las muchas y patéticas respuestas que pretenden poner un parche o una «curita», las cuales se les proporcionan a los que buscan evadir la responsabilidad personal de sus propios actos pecaminosos. Si existe una maldición generacional, esta se romperá cuando el pecador experimente el verdadero arrepentimiento. Cuando el pecado se frena, se detienen también los efectos del mismo.

LAS ASECHANZAS DEL DIABLO

La victoria es un concepto vago para aquellos que han llegado a acostumbrarse a perder las batallas espirituales. En su mayor parte, ellos han conocido solo la derrota. Pareciera que no hay poder para resistir a los espíritus seductores con sus tentaciones al parecer irresistibles. Sin embargo, el poder para resistir al adversario está disponible para el hijo de Dios. Pablo sirvió mucho tiempo como ministro en la ciudad de Éfeso, donde gran parte de la congregación de esa iglesia eran antiguos adoradores del diablo. Esta era gente que tenía que enfrentar al enemigo en un ambiente sumamente malvado. Desde la celda de la prisión en Roma, Pablo, el legendario guerrero, escribió la carta que ha llegado a conocerse como Efesios. En ella él da el siguiente tratado sobre la guerra espiritual:

> Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de

> las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos (Efesios 6:10-18).

Lo primero que Pablo estableció fue la fuente de poder de todos los creyentes para combatir al enemigo. La Biblia Amplificada saca a relucir el significado completo de lo que él expresa en el versículo diez: «Adquirid poder a través de la unión con él; extraed vuestra fuerza de él; esa fuerza que su [infinito] poderío proporciona». Aquí Pablo estaba abordando un tema de enorme trascendencia: Las batallas espirituales no se libran con nuestra propia fuerza o capacidades. Yo sé que suena ridículo expresarlo de una manera tan sencilla, ¡pero necesitamos que se nos recuerde que la guerra espiritual es en verdad espiritual! Como dijo Pablo en el pasaje de 2 Corintios 10:3: «Aunque andamos en la carne, no militamos según la carne». Hasta el grado en que la guerra se pelee en la región espiritual, solo hasta ese grado, será efectiva. Para los creyentes, la fuente de su poder espiritual es el Espíritu Santo.

Esto nos lleva a otra verdad importante con respecto al poder de Dios. El Señor solo demostrará su poder en nuestras vidas en la medida en que seamos débiles en nosotros mismos. Nuestra debilidad crea una verdadera dependencia de Dios. En los últimos tres capítulos de la segunda carta de Pa-

blo a la iglesia de Corinto, él usó la palabra debilidad trece veces en varias ocasiones para describirse a sí mismo. Trataba de enseñarle a los corintios que el poder espiritual es diferente del poder personal. Sus críticos habían dicho que la presencia corporal de Pablo era «débil, y la palabra menospreciable» (2 Corintios 10:10). Pablo no negaba esto, sino que sencillamente respondía citando a Jeremías: «El que se gloría, gloríese en el Señor».

En el capítulo once de la segunda carta a los corintios, Pablo menciona el sufrimiento que había experimentado por predicar el evangelio: golpizas repetidas y azotes, apedreamientos, naufragios, peligros constantes, hambre y sed. Dios permitió estas penas a fin de mantener a Pablo débil y dependiente de su Señor. En el capítulo doce, Pablo relata cómo Dios tuvo que debilitarlo más por medio de «un aguijón en la carne» para poder continuar derramando su poder a través de la vida del apóstol. Dios le dijo: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad». A esto Pablo respondió: «Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo» (2 Corintios 12:9). La única manera en que un creyente derrotará al enemigo en el área de la tentación espiritual es a través del poder de Dios. Ese poder se obtiene a través de la total dependencia del creyente en el Señor.

Por eso vemos en el capítulo seis de Efesios que nuestro poder viene a través de nuestra íntima unión con el Señor. Pablo continúa diciendo: «Vestios de toda la armadura de Dios». ¿Por qué vestirnos con esta armadura? «Para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo». Los principios que Pablo estaba por compartir con los Efesios tenían el propósito de ayudarles a evitar los planes artificiosos que el diablo diseña para descarriar a los creyentes. Cuando se examinan los diversos artículos de la armadura, rápidamente se puede ver que la mayoría son de naturaleza defensiva: el cinturón, la coraza, el escudo y el casco (yelmo) tienen como finalidad protegerse de los golpes del adversario. Inclusive se

podría argumentar que la espada es defensiva, en el sentido de que una persona la utiliza para desviar los golpes del adversario.*

Repito, el propósito de colocarse la armadura es «para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo». En el versículo trece Pablo vuelve a recalcar esto diciendo: «Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo». La exhortación se repite para estimularnos a estar firmes contra las tentaciones que presentan los demonios, a cualquier costo que sea.

DURMIENDO CON EL ENEMIGO

Mientras hablaba con los discípulos cierto día, Jesús les dijo: «No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo y él nada tiene en mí» (Juan 14:30). Jesús reveló dentro de esta declaración la razón por la cual él mismo era capaz de «estar firme contra las asechanzas del diablo». Dijo que el príncipe de este mundo no tenía nada en él. En otras palabras, no había nada en su vida que estuviera fuera de la voluntad del Padre. No había ningún pecado, rebelión o hábito secreto. Satanás no tenía un «anzuelo» para atrapar a Jesús. No había nada que el diablo tuviera como fundamento legal para usarlo contra él.

Este es el lugar de refugio para el creyente. Si un cristiano se apoya en la voluntad de Dios y permanece obediente a él, el enemigo es incapaz de inducirlo a la rebelión. Los creyentes experimentan problemas cuando se entregan a los espíritus inmundos de mínimas maneras, haciendo pequeñas alianzas con aquellos que son sus enemigos. Si tienen áreas de interés común con el enemigo, ¿cómo van a resistir? Es responsabilidad de todo creyente mantenerse sin mancha de las contaminaciones del sistema de este mundo por medio de la gracia de Dios. El carácter pecaminoso puede desear ofre-

***El Señor mismo nos da un ejemplo perfecto de esto cuando respondió a las tentaciones del diablo citando la Palabra de Dios (Mateo 4:4,7,10)**

cerle amistad a los espíritus impuros, pero a través de los actos habituales de la voluntad el hombre puede escoger permanecer en comunión con Dios, siendo obediente a él; y al hacerlo, el diablo no tendrá nada en él.

La armadura de Dios es para el creyente, en cierto sentido, una protección de sí mismo. Cuando el hombre establece en su vida los principios de la verdad de Dios, la justicia divina, la fe y así sucesivamente, entonces crecerá en espíritu y tendrá el poder de resistir las tentaciones que le son atractivas a su naturaleza pecaminosa. La verdadera victoria en la vida del creyente depende no necesariamente de cómo responde él a las tentaciones actuales, sino de cuán dispuesto está a dejar que Dios lo cambie a fondo. Ocurre como en el deporte, donde un atleta llega a ser una estrella solo por medio de un entrenamiento eficaz y constante. De la misma forma, el creyente llega a ser victorioso permitiendo que Dios lo conduzca hacia la madurez de su carácter. Aunque este crecimiento no llega de la noche a la mañana, a menudo el proceso debe comenzar a través de una experiencia aislada.

CUARTA PARTE

LA SALIDA

trece

ARREPENTIDO Y QUEBRANTADO

FUI INVITADO PARA HABLAR de la adicción sexual que existe dentro de la iglesia en uno de los principales programas cristianos de radio. Durante los días anteriores a la entrevista, tuve una creciente convicción de que debía trasmitirle a los radioescuchas el mensaje de que Dios cambia a las personas. Estaba resuelto a indicar que un hombre atado al pecado sexual tiene esperanza por medio del poder transformador de Jesucristo.

No obstante, el comentarista del programa estaba igual de resuelto a comunicar su filosofía. Su creencia era que la liberación de la adicción giraba sobre el fundamento de la mutua responsabilidad entre otros que son adictos. Cada vez que trataba de dirigir la conversación hacia el poder transformador de Jesús, que puede en verdad liberar a todos los adictos de su cautiverio, él desviaba mis esfuerzos y recalcaba la necesidad de la responsabilidad. Aunque la responsabilidad tiene un lugar en el proceso de restauración, por sí sola no es la solución a la adicción. Su utilidad es efímera para aquellos que continúan luchando.

EL PROGRAMA DE MANTENIMIENTO

La filosofía común de cómo enfrentar las adicciones, la cual el anfitrión radial así como muchos otros apoyan, es que una vez que una persona es adicta a algún vicio, ya sea el al-

cohol, las drogas, los juegos de azar o la actividad sexual, siempre será adicta. Esta mentalidad ha inundado a los diversos grupos de apoyo donde la gente se sincera durante una reunión y cada uno toma su turno diciendo: «Hola, me llamo Timoteo y soy adicto sexual». Aunque la persona haya estado caminando en liberación por seis años, todavía se espera que se identifique con su pecado pasado. Y no solo esto, sino que también se espera que siga asistiendo a las reuniones del grupo de apoyo por el resto de su vida, como único medio de escape a su adicción. Tal individuo es un perdedor, y por lo tanto siempre debe mantener eso en primer plano en su mente para que no se ilusione y regrese a su anterior estilo de vida de pecado.

Puesto que la mayoría no comprende o no tiene confianza en el poder de Dios para cambiar la vida de una persona, su esperanza se basa solo en lo que ellos pueden hacer por sí mismos. Están convencidos de que hasta cierto punto existe un poder dentro de sus reuniones que los mantiene sobrios. A esta «solución» se le ha calificado como «mantenimiento». Se basa en la idea de que un individuo debe aprender a mantener o sostener la recuperación de su pecado.

En otras palabras, debe descubrir cómo vivir la vida de tal forma que el pecado se mantenga bajo control. Se supone que la persona es víctima de lo que se considera un intruso invisible que necesita que se mantenga dentro de ciertos límites. En vez de sacar a la bestia salvaje y matarla despiadadamente, se le respeta y se le mantiene con seguridad en una jaula. El hombre trata de controlarla, refrenarla y asfixiarla, pero nunca se libera en verdad de ella. Está destinado a permanecer de por vida a un paso de distancia del desastre, todo el tiempo profesando confiar y creer en Dios.

Tratar de «mantener» el pecado de esta forma evita que la persona se doblegue. Tomemos a Roberto como ejemplo. Él era constante en el grupo de apoyo para adictos sexuales de su iglesia. Acudía fielmente a las reuniones todos los martes por la noche. Tenía tres años de estar asistiendo, y cada

vez admitía que había caído. Siempre confesaba fielmente sus fallas, pero se había convertido en una rutina de fracaso y confesión. Nunca cambió.

Más tarde admitió que se había convencido de que siempre que estuviera yendo a las reuniones y confesara sus recaídas de la adicción pecaminosa, Dios sería paciente con él. Su pecado no estaba por completo fuera de control como antes, pero no había logrado ninguna verdadera victoria sobre el mismo. Había llegado a estar cómodo con ese arreglo.*

La respuesta para los creyentes en Cristo es que Dios cambia a las personas desde adentro hacia fuera. Este cambio ocurre cuando la persona admite la necesidad de cambiar e inicia una batalla con su comportamiento pecaminoso, experimentando un genuino rechazo a ese estilo de vida. Tal transformación no solo implica renunciar al pecado. Es mucho más profunda que solo abstenerse. Es necesaria una remoción profunda y radical de todo su mundo interior, a fin de que Dios lleve a la persona al lugar donde sea capaz de desechar los ídolos de su vida. La persona ha alimentado y protegido a su ídolo en el curso de los años porque lo adora y lo desea. La tarea de Dios es llevarlo de forma gradual al lugar donde ya no lo desee. Los que sencillamente «mantienen» su pecado nunca aprenden en verdad a detestarlo. En el mejor de los casos, aprenden a mantenerlo bajo control. Carlos Spurgeon cierta vez escribió: «Los hombres que solo creen en su depravación, pero que no la detestan, no están más lejos del diablo en su camino al cielo».[1]

Debe haber una guerra antes de que una persona odie su pecado. Un nuevo rey debe ser elevado al trono. El antiguo reino bajo la soberanía de uno mismo debe ser derrotado. La persona que se convierte en seguidor de Cristo y trata de mantener el control de su propia vida no se ha sometido al

*** Aquí me gustaría dar un testimonio personal. He estado escribiendo este libro durante dos años en mi computadora personal en mi hogar, conectado a la Internet, y nunca me he sentido tentado a visitar los sitios pornográficos de la red. Esto es en verdad un testimonio tremendo de cómo Dios puede cambiar a un hombre interiormente.**

señorío de Jesucristo. Y todo lo que esta persona puede hacer es tratar de abstenerse de su vicio dominante. Por otro lado, el hombre que ha permitido que Dios eche abajo el dominio que tiene sobre sí mismo, posee toda una nueva riqueza de valores infundidos en su ser. Esto es a lo que se refería Pablo cuando dijo: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). Él dio una versión más completa de lo que esto significaba cuando escribió a la iglesia de Éfeso:

> Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestios del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 4:17-24).

LUCHANDO CON LA VOLUNTAD

Todo ser humano posee un sentido innato de autodeterminación y de autosuficiencia. Cuando una persona se convierte en seguidor de Cristo, se ha colocado inevitablemente en un camino en el que chocará con la voluntad de Dios, sin que importe la gravedad de su pecado. En efecto, la entrada misma al reino de Dios se fundamenta en que la persona vea que su forma de vida ha estado equivocada y que por lo tan-

to debe ser cambiada. El término bíblico que se utiliza para describir la solución a este problema se llama ARREPENTIMIENTO.

Muchos suponen que cuando al principio se convirtieron en cristianos experimentaron el arrepentimiento y que ahora pueden dirigirse hacia cosas más importantes de la vida cristiana. Para muchos, la experiencia de la conversión inicial no solo es en sí muy débil, como más adelante veremos, sino que es apenas la primera de una serie de tales encuentros con Dios a lo largo de toda la vida. Mucho de la naturaleza humana caída necesita ser cambiado. Dios no anda buscando más gente que sepa cómo aparentar ser religiosa o que hable de lo más novedoso de lo «cristiano». Él anda buscando cómo transformarnos desde adentro para que podamos llevar la imagen de Jesucristo al mundo sin salvación.

Entonces, el verdadero arrepentimiento es mucho más que alinearnos con la religión cristiana. La palabra griega que se traduce como arrepentimiento es *metanoia.* Esta es la combinación de las palabras *meta* (después, a raíz de) y *noieo* (pensar). *Metanoia* significa reconsiderar o experimentar un cambio en la manera como uno piensa.

Antes de ampliar el tema del arrepentimiento del pecado sexual, regresemos al asunto de la voluntad humana. Es absurdo que una persona piense que puede «arrepentirse» de cualquier pecado y que sin embargo rehúse cambiar su forma de pensar. El arrepentimiento espiritual es una experiencia por medio de la cual se altera la voluntad de una persona con el propósito expreso de ponerla en línea con la voluntad de Dios.

Permítame utilizar un par de historias de la vida de Jesús para ilustrar la diferencia entre el verdadero y el falso arrepentimiento. Cierto día, Jesús notó que un joven le escuchaba con atención. El Señor le hizo la prodigiosa invitación para que el joven lo siguiera. «Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. Y Jesús le

dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios» (Lucas 9:61-62).

El hombre expresó su voluntad: «Lo haré; mi deseo expreso es seguirte... pero también anhelo pasar un tiempo con mis seres queridos primero. Quiero ser tu seguidor, pero debe ser según mis condiciones». Cuan diferente es la historia de Zaqueo:

> Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publícanos, y rico, procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador. Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Lucas 19:1-10).

En esta historia, Jesús hace la invitación de una manera diferente. Él se ofrece para ser huésped de la casa de Zaqueo. Por medio de una oferta tan sencilla como esta, algo poderoso penetró en el corazón de este codicioso recaudador de impuestos. El cambio es evidente de inmediato: «He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado» (Lucas

19:8). Zaqueo cambió su voluntad para ajustarse a la voluntad de Dios. Este es el arrepentimiento que el otro no experimentó. Más tarde, Jesús contó una historia para ilustrar la diferencia entre el verdadero y el falso arrepentimiento.

> Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor voy. Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su Padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publícanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios (Mateo 21:28-31).

En este pasaje de la Biblia, el segundo hijo dio la impresión de que haría la voluntad de su padre: «Sí, señor, voy», declaró. Aunque expresó que tenía la intención de hacer la voluntad de su padre, falló y no cumplió. Tal vez se trataba de un hombre indeciso que era inestable en todos sus asuntos, de lo que más adelante hablaría Santiago; o tal vez era alguien que vivía una fachada de obediencia externa, sin que eso fuese la realidad de su vida. Sea como fuera el caso, él no obedeció a su padre.

Por otro lado, el primer hijo se rehusó desde el principio. «Mi voluntad es no hacer lo que usted desea», le dijo. Más tarde, habiendo pensado mejor su decisión, cambió de opinión. Jesús dijo que él se había arrepentido de su manera de pensar. Quizás la moraleja de la historia podría resumirse mejor con las palabras que Jesús pronunció durante el Sermón del Monte: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21). En otras palabras, una simple afirmación verbal de obediencia no tiene el mismo peso que el verdadero cumplimiento de esta.

La persona que desea vivir una vida de obediencia, pero que de continuo falla, debe atender el problema que tiene con su voluntad. Dicha persona se ve a sí misma bajo el poder de alguna entidad extraña (ya sea que lo considere como algo demoníaco o sencillamente su pecado), pero en realidad está bajo el poder de su propia voluntad. Es como el niño consentido que es travieso todo el tiempo. Hay veces cuando quiere ser un buen chico, pero cuando surge algo que decididamente quiere hacer, lo hace sin tomar en consideración las consecuencias. Esto ocurre porque se trata de alguien indisciplinado. Está acostumbrado a salirse con la suya. Él, en vez de su padre, es el dueño de su vida. El hombre en pecado sexual se conduce de la misma manera. Sencillamente hace lo que le da la gana. Comete actos de pecado sexual porque los disfruta.

Tal como lo descubriremos en el resto de los capítulos, hay una cantidad de aspectos que están involucrados cuando una persona entra a una vida de libertad. Uno de los elementos cruciales del proceso es el arrepentimiento: la alteración de la voluntad de uno para someterla a la voluntad de Dios. Como dijo Pablo: «La voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios» (1 Tesalonicenses 4:3-5).

El arrepentimiento describe la transformación de una persona, de ser una que hace su propia voluntad (carnal) a una que hace la voluntad de su Padre. Al principio de su ministerio, las primeras palabras que salieron de la boca de Jesús fueron: «Arrepentios, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 4:17). Luego prosiguió a enseñar el extraordinario Sermón del Monte, que es una descripción de la experiencia inicial de arrepentimiento y del estilo de vida que surge como resultado. Las bienaventuranzas contienen todo lo que involucra el proceso de transformación. Esos siete versículos de Mateo 5:3-9 describen cómo se prepara una perso-

na para el arrepentimiento, cómo este se desarrolla, y la vida que lo acompaña.

VIENDO LA NECESIDAD DE CAMBIAR

Jesús inicia su revolucionario sermón con las palabras: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:3). Estas palabras describen la condición del corazón de un individuo que llega a darse cuenta de la gran necesidad de la obra de Dios en su vida. El que tiene una verdadera conversión en Cristo experimenta el sentido abrumador de estar por completo necesitado de volver a nacer, porque todo en su vida tiene que rehacerse. Una persona —al menos desde este punto de su vida— llega a ver que no hay nada que posiblemente pueda hacer para salvarse. Se da cuenta de que solo la sangre de Jesucristo puede proporcionarle la redención por causa de su pecado.

El hombre que está abrumado, con un sentimiento de completa impotencia ante su pecado, a menudo tiene un sentido de lo que significa ser pobre en espíritu. Ha tratado de renunciar muchas veces a su conducta pecaminosa, tomando incontables decisiones. Ha procurado cambiar su vida con todas sus fuerzas. Cuando aparecen las tentaciones, sigue de forma ciega los dictados de su lujuria, como un niñito a quien llevan de la mano. Esta persona puede ver que su única esperanza para liberarse del poder del pecado es el Salvador.

Muchos comprenden de una manera vaga que no pueden superar su pecado, pero nunca experimentan la verdadera pobreza de espíritu. Ser pobre en espíritu significa que uno en verdad no tiene ninguna capacidad dentro de sí mismo para superar el poder del pecado sin la ayuda de Dios. Los que tratan de «mantener» su pecado nunca han llegado ante una auténtica percepción de su impotencia. No reconocerán su necesidad porque desean permanecer en control de sus propias vidas. Cuando una persona ha visto en realidad su condición

de impotencia, está desesperada por la ayuda de Dios, independientemente de lo que le pueda costar.

Mientras hay muchos que nunca llegan a este sitio de pobreza, otros lo alcanzan pero nunca siguen más adelante. Viven confesando sinceramente su impotencia, pero continúan impidiendo que el Señor los lleve a través del proceso que resultará en victoria sobre el pecado. No es suficiente que el hombre comprenda que no puede superar el pecado por su propia cuenta; debe ocurrir algo dentro de él.

QUEBRANTANDO LA VOLUNTAD

Una vez que la persona ve su condición pecaminosa, no hay más que una sola respuesta razonable: sentir una profunda pesadumbre por saber cuánto ha desobedecido, ofendido, desafiado e incluso lastimado a su Señor. La segunda frase que Jesús expresó en su Sermón del Monte fue: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación» (Mateo 5:4).

Cuando la persona comienza a experimentar un verdadero pesar piadoso por su pecado, un cambio empieza a ocurrir en su corazón. Comienza literalmente a detestar su pecado, dándose cuenta de su naturaleza maligna y engañosa que lo ha mantenido fuera de una verdadera comunión con Dios y con otros creyentes. Pablo dijo de los corintios que finalmente se arrepintieron: «Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios ... Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte» (2 Corintios 7:9-10).

A lo largo de los años he aconsejado a muchos hombres que solo teman pesadumbre mundana. Jesús habló de la paz que el mundo da (Juan 14:27). También hay una pesadumbre que da el mundo, y las dos están íntimamente conectadas. La paz mundana depende de que las circunstancias externas

sean favorables. La paz que Jesús da depende de un sentido de tranquilidad interior que solo llega a través de mantener una relación serena con Dios. La pesadumbre mundana es la pena que se debe a las circunstancias desfavorables. El pecado sexual puede producir con rapidez esas circunstancias. A menudo se acumulan las deudas financieras; una esposa devastada puede desaparecer con los hijos; o se puede descubrir una vida secreta en el trabajo o inclusive en la iglesia. Algunos pueden hasta enfrentar acusaciones criminales por sus actos. No es raro sentir un tremendo remordimiento por nuestros actos debido a las consecuencias que se han derivado de ellos. Siento verdadera pena por los hombres que están angustiados por lo que deben enfrentar a causa de su inmoralidad sexual. No obstante, esa pena es común para cualquiera de la raza humana que se encuentre en circunstancias desfavorables. Eso es lo que Pablo llama «la tristeza del mundo». No es que esté mal sentir pena por esas pérdidas. Es natural sentirse mal cuando se está en medio de un dilema. Sin embargo, el peligro con la tristeza mundana es que le da a uno un falso sentido de quebrantamiento y arrepentimiento. Por consiguiente, Pablo dice que produce muerte.

Hace poco fui testigo de una trágica ilustración de esto. Hace algunos años, Jeremías y su esposa Susana habían llegado en busca de consejo al Programa de Rehabilitación Vida Pura. Jeremías anunciaba su pecado en voz alta y luego prometía solemnemente no hacerlo de nuevo. Asistía a las reuniones de un grupo de apoyo, y sin embargo las cosas nunca cambiaron. Continuaba frecuentando las librerías para adultos y los salones de masajes. También tenía un problema terrible de ira y de vez en cuando le pegaba a Susana y a sus dos hijos. Pese a que por lo regular somos muy cautelosos acerca de dar un consejo así, le sugerimos a ella que consiguiera una separación legal de Jeremías. Sin embargo, antes que todo terminara, Susana permaneció al lado de este hombre abusivo por más de quince años. Finalmente decidió divorciarse de él.

En el transcurso de los años, habíamos perdido contacto con Jeremías y Susana, pero casualmente me invitaron a predicar en su iglesia. Me sorprendió verlos en esta iglesia y me puse feliz de que Jeremías respondiera al llamado desde altar ese domingo por la mañana. Él lloró y lloró ante el altar. Yo estaba rebosante de alegría al ver su «arrepentimiento», hasta que luego el pastor habló conmigo. «Jeremías ha estado llorando durante los últimos cinco años, desde que Susana se divorció de él», me informó. «Pero, Steve, él nunca cambia. Lo triste es que le diagnosticaron cáncer terminal y solo le quedan varios meses de vida». Hasta donde yo sé, Jeremías estuvo sumido en la pena mundana hasta el mismísimo final. No digo que su pecado haya provocado el cáncer, pero uno se lo pregunta.

¡Cuan diferente es el hombre que experimenta una verdadera tristeza piadosa! Sí, aunque lamenta las consecuencias de su pecado, hay algo diferente que ocurre dentro de él. Un remordimiento más profundo y genuino le penetra el corazón que ha estado endurecido por tanto tiempo. Ve lo que su pecado le ha hecho a su familia. Llega a estar abrumado por la enormidad de su estilo egocéntrico de vida. Se da cuenta de su situación real. Percibe con claridad cuán indiferente ha sido hacia los demás. Se da cuenta de que ha menospreciado a un Dios amoroso. Repetidamente ha lesionado el frágil espíritu de su esposa y sus actos han dejado una impresión imborrable, dolorosa y negativa en sus hijos. El placer de su pecado le ha cobrado un precio muy alto. Por donde quiera que mire está ante sí la devastación de su pecado. Este no es el gemido egoísta de una persona llena de tristeza mundana. Este hombre se quebranta por lo que es. El control que ha tenido sobre su vida ha destruido casi todo lo que es de valor para él. Esta es una persona que puede ver con demasiada claridad el precio de andar bajo su voluntad. El verdadero arrepentimiento es una experiencia (o una serie de fenómenos continuos) profunda y poderosa. ¡Cuán superficial en compa-

ración son esas supuestas decisiones que muchos han tomado bajo el término arrepentimiento!

He tenido numerosos quebrantos en mi vida. Quizás el que más me afectó tuvo lugar en 1991. Para ese tiempo yo había estado cinco años en el ministerio. Pese a que hacía tiempo que había superado el pecado sexual habitual e inclusive el Señor me había utilizado hasta cierto punto, todavía era muy egoísta y orgulloso. Todas las mañanas pasaba un par de horas en oración y estudio de la Biblia, pero podía sentir que me distanciaba del Señor. Cuando oraba parecía que Dios estaba a un millón de kilómetros de distancia. Los cielos habían llegado a ser una impertinencia para mí. La Biblia parecía árida y anticuada. Me volvía cada vez más insolente con los demás, endurecido ante el Señor y frío ante las necesidades de aquellos por los cuales me habían llamado a servir en el ministerio.

Los Ministerios Vida Pura recientemente habían comprado una propiedad más grande (donde estamos ubicados en la actualidad) y necesitaba encontrar una nueva iglesia para que asistieran los hombres que estaban internados en el centro de rehabilitación para adictos. Cierto domingo, mi esposa Kathy y yo asistimos a una iglesia pentecostal en el campo, a poca distancia de las nuevas instalaciones. Fuimos para decidir si era la clase de iglesia a la que queríamos que asistieran los hombres.

Ese día el pastor predicó sobre el capítulo seis de Lucas. No me conmovió precisamente lo que él decía. Dios me estaba mostrando que yo no estaba viviendo la vida cristiana. No, no me agité emocionalmente, pero me sentí convencido. Al final del sermón, él hizo un llamado al altar a cualquiera que sintiera que necesitaba ponerse en orden con Dios. En mi condición orgullosa, lo último que quería hacer era responder a un llamado al altar. ¡Estaba allí para verificar la iglesia, no para arrepentirme! A pesar de mi resistencia, sabía que tenía que obedecer la voz del Señor.

Tan pronto como mis rodillas tocaron el piso del altar, comencé a llorar. Todo lo que podía ver era qué tan orgulloso y arrogante había sido. Vi la falta de misericordia y amor en mi vida. Mientras más me mostraba Dios, más lloraba. Muy pronto, profundos sollozos me demolían todo el cuerpo. ¡Y frente a toda esa congregación, a la cual yo estaba tan interesado en impresionar! ¡Me deshacía en lágrimas como un niño! Mientras más lloraba, más humillado me sentía. Mientras más humillado me sentía, más lloraba.

Fue una experiencia terrible y en vivo. ¡Y sin embargo fue uno de los días más grandes de mi vida! Mi pensamiento orgulloso, mi carácter egoísta y mi terca voluntad recibieron un golpe severo, pero preciso. Como resultado de esa experiencia llegó un nuevo quebrantamiento que transformó por completo mi pensamiento. No fue que nunca cediera ante el orgullo o el egoísmo, pero sencillamente ellos perdieron su indiscutible poder sobre mi vida.

Esta es la clase de quebrantamiento que el hombre en pecado sexual necesita con desesperación experimentar. El Señor debe encargarse con severidad de la voluntad férrea (como la del niño consentido que siempre se sale con la suya). Se le debe dar a Dios una legítima posición de autoridad en el corazón del hombre. Tal quebrantamiento solo se puede dar a través de este destronamiento del «yo todopoderoso».

Cada vez que Dios lo quebranta a uno, el yo pierde una cantidad de control de nuestra vida. Se debe aplastar el viejo carácter, que adora los placeres del pecado. Tal cosa solo puede producirse a través de la mano poderosa de Dios. Explicaré esto con mayor detalle en el siguiente capítulo, pero lo menciono ahora como una parte importante del proceso de arrepentimiento.

¡La persona que trata de «mantener» su pecado no puede obtener una victoria verdadera porque no le ha cambiado el corazón! Aquellos que dicen que se debe pasar el resto de la vida en grupos de apoyo y con terapia, no comprenden el poder transformador de un corazón arrepentido. Muchos de

ellos nunca sabrán acerca del arrepentimiento porque no permitirán que Dios los quebrante. Entonces, su propia dureza y su corazón no quebrantado establecen las bases para lo que enseñan a otros. Es de esa tierra endurecida que brota la clase de enseñanza que promueve un arrepentimiento débil.

LA VOLUNTAD CONQUISTADA

La tercera bienaventuranza que analizaremos es: «Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad» (Mateo 5:5). La mansedumbre es la sujeción voluntaria de una persona a la voluntad de otra. Jesús vivió en total mansedumbre. Él estaba sometido perfectamente al Padre. «Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Juan 6:38), le dijo a sus seguidores. En realidad, en otra ocasión él dijo: «No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Juan 5:30). Jesús vivía en un estado tal de sumisión al Padre que era imposible que actuara a su propia manera.

Jesús no necesitaba ser quebrantado porque no tenía una naturaleza humana caída. Él nació de su Padre, con una naturaleza sin pecado. Pero esto es diferente para los hijos de Adán. La única manera en que podemos llegar a la mansedumbre es a través del quebrantamiento de nuestra voluntad. El ejemplo perfecto de esto es el de un caballo salvaje. Puede ser un animal hermoso y elegante, pero no tiene ninguna utilidad hasta que se le ha domado. Sin embargo, una vez que se ha domado, el poderoso caballo llega a ser controlado por las riendas y la voz de mando de su amo. Este es el retrato de la mansedumbre bíblica.

El cristiano que ha pasado por el sometimiento de su voluntad a manos de su Padre Celestial ha aprendido a tener un sano respeto por el látigo de su Amo. Este no es el miedo angustioso de un niño que ha sido golpeado por un padre cruel,

sino la reverencia apropiada que uno tiene para el Único que impone respeto. La voluntad de este hombre ha sido conquistada de modo que ya no ve su vida como una a la que él tiene el derecho de controlar. «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (1 Corintios 6:19-20).

El temor de Dios establece ciertos límites alrededor de la persona, lo cual ayuda a impedir cualquier aventura en el territorio ilegal del pecado sexual. El resultado es la justicia. «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6), continuó diciendo Jesús. La persona que aprende a vivir su vida bajo la mirada siempre presente de un Dios sagrado, anhela vivir para complacerle. El Señor describe ese anhelo como estar hambriento y sediento de justicia. Ese deseo intenso de complacer a Dios origina un odio genuino hacia el pecado y una buena voluntad para derribar todos los ídolos que uno tiene.

Jesús procede a describir la misericordia, la pureza y la paz, las cuales caracterizan aun más la vida de una persona que ha experimentado un verdadero quebrantamiento y arrepentimiento. Cuando se tritura el corazón endurecido y despiadado de la persona, se reemplaza con una nueva compasión y amor por los demás. Esta es la nueva vida que describió Pablo. ¡No obstante, este quebrantamiento inicial por parte de Dios es apenas el principio!

catorce

DISCIPLINADO PARA SER SANTO

DESPUÉS DE HABER explicado el problema de la adicción sexual en un programa radial, una señora llamó para expresar lo que sin duda muchos de los radioescuchas estaban pensando ese día: «¡Solo dígales que vayan a darse una ducha con agua helada!» Según su simple entendimiento de la situación, estos hombres no eran más que «varones estadounidenses de sangre caliente» que necesitaban ejercer una pequeña autodisciplina.

Aunque esta amable señora no comprendía por completo la gravedad de este asunto, no andaba muy lejos de la verdad. Quienes tratamos estos casos más directamente sabemos que todos los adictos sexuales carecen de autodisciplina en una o más áreas de su vida. En la vida del adicto sexual se necesita mucho la disciplina, aunque el pensar en eso lo hace temblar.

La disciplina se ha definido como «el aprendizaje que moldea el carácter e impone una conducta correcta ... disciplinar a una persona o a un grupo significa colocarlos en un estado de buen orden, a fin de que funcionen de la manera propuesta».[1] La Biblia utiliza el término necio para describir a un hombre que no hace caso de la enseñanza ni recibe «la reprobación que da vida». Aunque la disciplina es precisamente lo que le puede ayudar a salir del caos que él o ella se han creado en la vida, se rehúsan a recibirla. Salomón dijo:

«Los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza» (Proverbios 1:7), «aborrecen el conocimiento» (Proverbios 1:22) y son «insolentes y confiados» (Proverbios 14:16). «No hables a oídos del necio, porque menospreciará la prudencia de tus razones» (Proverbios 23:9). También dijo: «No toma placer el necio en la inteligencia, sino en que su corazón se descubra» (Proverbios 18:2). Parte de la razón por la que el adicto sexual no está interesado en recibir corrección es porque tiene la mente «en la casa en que hay alegría» (Eclesiastés 7:4).

Los hombres cristianos cuyas vidas han sido devastadas por el pecado admitirán con humildad que estos versículos describen con precisión la forma en que ellos habían sido en el pasado. Muchos buscaron ayuda, pero siempre buscaban una respuesta fácil y que no causara dolor. A ellos les atraían las «soluciones» que exigían poco y que sin embargo prometían mucho. Por supuesto que en la sociedad actual nunca hay escasez de expertos que ofrecen de modo atrevido una salida fácil a cualquier asunto o circunstancia que los individuos comúnmente enfrentan en la vida.

La verdad es que no existe ninguna respuesta fácil. Los hombres que están decididos a encontrarle una salida fácil a su pecado sencillamente están desperdiciando un tiempo precioso, buscando a tientas lo que no existe. Una vida que se haya salido de control solo puede ser controlada de nuevo a través de los procesos de la disciplina de Dios.

EL PRECEDENTE BÍBLICO

A la mayoría de nosotros nos han bombardeado desde la infancia con un estilo de vida de gratificación instantánea, complacencia egoísta, relaciones superficiales y compromisos poco profundos. En cierto momento, los que se proponen vivir una vida cristiana genuina deben emprender combate contra este modo de vida anticristiano y enfrentar su necesidad de cambio. Una disciplina piadosa le permite a una per-

sona llevar una vida santa en medio de una sociedad perversa y decadente como la nuestra.

La Biblia tiene mucho que decir acerca del concepto de la disciplina. El castigo, la reprobación, la advertencia, la corrección, la enseñanza y el entrenamiento son todos términos que se utilizan bajo el tema general de la disciplina en la Biblia. Puede que estos no sean términos populares en una cultura como la nuestra que todo lo admite, pero todos describen la forma en que Dios se hace cargo de sus hijos de todas las edades.

La Biblia expresa con claridad que los seres humanos se apartan a muy temprana edad del camino espiritual. Salomón, que hablaba bajo una poderosa unción de sabiduría, aconsejaba con frecuencia a los padres sobre la necesidad de establecer la disciplina en la vida de un niño a temprana edad. «La necesidad está ligada al corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él» (Proverbios 22:15). «La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre» (Proverbios 29:15). «Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo» (Proverbios 19:18). «El que detiene el castigo, a su hijo; aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige» (Proverbios 13:24).

Estas son palabras sabias para los padres que crían hijos en esta época. No obstante, hay una verdad espiritual que es mucho más profunda que la verdad práctica que aquí se expresa. Los niños vienen a este mundo perverso con una inclinación natural hacia el pecado y una rebelión ante el modo de vida prescrito por Dios. Tal como se debe atender a tiempo la naturaleza del niño, así también el nuevo hijo de Dios debe aprender acerca de la mano disciplinaria que proviene de un Padre celestial amoroso. Los ministros que intentan pasar por alto este aspecto importante del crecimiento espiritual son pobres ejemplos de lo que un padre espiritual debe ser. El escritor de Hebreos dijo lo siguiente:

> Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor ni desmayes cuando eres reprendido por él, porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero este para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados (Hebreos 12:4-11).

Este maravilloso pasaje de las Escrituras, que sigue al gran capítulo de fe de la Biblia, presenta un principio básico de la vida cristiana: «Si se os deja sin disciplina», asevera el escritor de Hebreos, «entonces sois bastardos, y no hijos» (Hebreos 12:8). Aunque los cristianos podrían tratar de evitar la disciplina de Dios en sus vidas, si una persona es en verdad hijo o hija de Dios es inevitable que enfrente el azote de corrección del Señor en su vida. Sinceramente pongo en duda la salvación de aquellos que al parecer nunca enfrentan ninguna disciplina divina. Lo que sigue es una carta del libro de mi esposa *A través de aguas profundas, cartas a esposas lastimadas,* la cual expresa esta verdad a la perfección:

Estimada Lucy:

Siento mucho saber que tu marido se fue con otra mujer. Debe ser abrumador para ti oír cuan felices ellos son, en especial cuando parece como si todo en tu vida se estuviera derrumbando a tu alrededor. Los dos ganan buen dinero, van a la iglesia, viven una vida próspera y al parecer sin ningún problema. Cuan diferente debe ser tu vida. En tu trabajo a duras penas ganas lo suficiente para sobrevivir. El motor de tu auto necesita reparación. Te sientes muy sola. Puedo comprender por qué sientes como si Dios los estuviese bendiciendo a ellos y maldiciéndote a ti. Lucy, ¿se te ha ocurrido que tal vez estos dos ni siquiera conocen al Señor? Me doy cuenta de que ellos alegan ser cristianos, pero a mí me parece que su conducta es cualquier cosa menos que parecida a la de Cristo. Por lo menos, ellos están terriblemente descarriados y en un verdadero engaño. Todo lo que salga bien no es necesariamente una señal de la bendición de Dios en la vida de uno. A decir verdad, en especial en un caso como este, parece tratarse de una falta de la mano de Dios en sus vidas.

En comparación, observa tu vida. Eres una creyente sincera que lucha para mantener tu vida íntegra en medio de la aflicción y la adversidad. Yo también he experimentado esto en muchas ocasiones en mi relación con Dios. Permíteme compartir contigo las palabras de Salomón: «No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección; porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere» (Proverbios 3:11-12).

No conozco lo suficiente acerca de esta situación como para emitir ningún juicio verdadero, pero pa-

reciera como si tu marido y su novia caminaran por su propia senda, sin el menor interés genuino sobre lo que piensa Dios. Sin embargo, tú te estás purificando en el crisol del dolor.

No dejes que te engañe su «felicidad» externa, Lucy. La felicidad basada en las circunstancias favorables es de apenas una pulgada de profundidad. Salomón dijo: «El camino de los transgresores es duro» (Proverbios 13:15). Algún día tendrán que enfrentar las consecuencias de sus actos; ya sea aquí en la tierra o de pie ante un Dios santo.

La noticia maravillosa para ti es que Dios te ama lo suficiente como para estar sumamente interesado en todos los aspectos de tu vida. Aunque parezca que está lejos en tiempos como estos, nunca ha estado más cerca. Vuélvete hacia Dios en busca del consuelo que solo él puede darte.

LA REACCIÓN A LA DISCIPLINA

Muchos de nosotros recibimos la instrucción que Salomón nos da en Proverbios 5, pero sencillamente nos rehusamos a hacerle caso.

> Ahora pues, hijos, oídme, y no os apartéis de las razones de mi boca. Aleja de ella [la adúltera] tu camino, y no te acerques a la puerta de su casa; para que no des a los extraños tu honor, y tus años al cruel; no sea que extraños se sacien de tu fuerza, y tus trabajos estén en casa del extraño; y gimas al final, cuando se consuma tu carne y tu cuerpo, y digas: ¿Cómo aborrecí el consejo? ¿Cómo pudo mi corazón menospreciar la reprensión? ¡No oí la voz de los que me instruían, y a los que me enseñaban no incliné mi oído! (Proverbios 5:7-13).

En rara ocasión llegaría un joven al Programa de Rehabilitación Vida Pura en busca de ayuda antes de desperdiciar su vida. Sin embargo, la mayoría de los hombres que se entregan al pecado sexual sufrirán años de consecuencias antes de estar dispuestos a permitir que Dios comience una obra de corrección en sus vidas.

Tristemente, también hay muchos que nunca aprenderán. Son como el hombre que se quebró el brazo, pero que no estaba dispuesto a ir al doctor. Prefirió vivir con un brazo inválido que pasar por el dolor de que se lo arreglaran. Los adictos sexuales también están quebrados por dentro. La mayoría debe enfrentar las consecuencias de infancias malsanas o sufrir la pena por las pobres decisiones que han tomado. Cada vez que el Señor se acerca para llevar la corrección que se necesita, ellos se alejan. Sienten que no pueden manejar el dolor de la realidad de cómo han sido. El verdadero problema es que ellos —como los necios de Proverbios— solo viven la vida el día de hoy. Aunque el proceso de la disciplina al final les acarreará regocijo y libertad, no pueden ver más allá de lo que es más fácil en el momento actual.

Por eso Salomón dijo: «La reprensión aprovecha al entendido, más que cien azotes al necio» (Proverbios 17:10). También dijo: «Aunque majes al necio en un mortero, entre granos de trigo majados con el pisón, no se apartará de él su necedad» (Proverbios 27:22). Existen los que se rehúsan a aprender, sin que les importe el precio de su insensatez. El hombre que no recibe instrucción del Señor está destinado a repetir las mismas lecciones una y otra vez. Es como el hombre que se describe en Proverbios, que no quería (1:25), menospreciaba (1:30), rechazaba, detestaba (3:11), no escuchaba (13:1). Y hasta aborrecía (5:12) la enseñanza del Señor. Muchos que han sido de esta forma en el pasado ahora están aprendiendo a volverse a (1:23), a hacer caso de (10:17), a guardar (13:18), a escuchar (15:31-32), a recibir (13:1) e incluso a amar (12:1) la reprensión de Dios.

	Positivo		Negativo	
Versículo	Lo que la persona hace	Resultado o realidad	Lo que la persona hace	Resultado o realidad
10:17	guarda la Instrucción	camino a la vida	desecha la reprensión	yerra
12:1	ama la instrucción	ama la sabiduría	aborrece la reprensión	es ignorante
13:1	recibe el consejo	es sabio	no «escucha	es un burlador
13:18	guarda la corrección	recibirá honra	menosprecia el consejo	pobreza y vergüenza
155	escucha las amonestaciones	es prudente	deja el camino	es necio
15:10			aborrece la corrección	le molesta la reconvención morirá
15:31	escucha la corrección	entre los sabios morará		
15:32	escucha la corrección	tiene entendimiento	tiene en poco la disciplina	menosprecia su alma
29:1			endurece la cerviz	no habrá para él medicina

FIGURA 14-1

En la figura 14-1 vemos un esquema que perfila diversos versículos del libro de Proverbios con relación a los que aceptan o rechazan la disciplina del Señor. Esta es una forma hebraica de escribir para contrastar el bien y el mal, la luz y la oscuridad, la necedad y la sabiduría. En los versículos que aparecen en la lista se da una comparación entre una persona que se adhiere al proceso de corrección de Dios y otra que se aleja de él. De estos pasajes se puede distinguir con facilidad entre los sabios y los necios.

DIFERENTES FORMAS DE DISCIPLINA

La disciplina de Dios en las vidas de sus hijos es tan variada como la cantidad de problemas que Dios debe corregir. Por ejemplo, la vida de Pedro estuvo caracterizada por una gran cantidad de corrección. ¿Recuerda cuando Jesús le preguntó a los discípulos quién suponía la gente que él era? Se expresaron diversas opiniones. Pero entonces Pedro, temporalmente lleno de la Palabra de Dios, se puso de pie de modo intrépido y exclamó: «Tú eres el Cristo, el hijo del Dios viviente». ¡Qué declaración digna de ser recordada por generaciones! Por cierto, este fue uno de los momentos más sobresalientes de Pedro.

Jesús, que nunca pasaba por alto ninguna oportunidad para bendecir a alguien, se volvió hacia Pedro y le dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y

yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos» (Mateo 16:17-19).

¡Vaya! ¿Cómo se sentiría usted si el Hijo de Dios le dice algo así frente a todos sus amigos? Puedo ver cómo a Pedro se le subía el color a la cara de la emoción. Pero de acuerdo con la ley de la gravedad, lo que sube tiene que bajar. Varios minutos después, cuando Jesús reveló que él tendría que sufrir en Jerusalén, Pedro le reprendió. ¡Imagínese eso! ¡Pedro, rebosante de orgullo, ahora piensa que está en posición de reprender a Dios!

Jesús se volvió y le dijo con autoridad a Pedro: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (Mateo 16:16-23). No entiendo cómo un hombre puede hablar la palabra del Señor un minuto y luego hablar por Satanás, pero así fue. Pedro recibió una fuerte reprensión de parte de Jesús. Es importante tener en cuenta que el Señor no estaba simplemente desahogando su frustración, como le pudiera pasar a cualquiera de nosotros. Su único interés era que Pedro aprendiera a discernir la diferencia entre la voz del Espíritu Santo y la voz del enemigo. Ese día, el Maestro más grande que ha conocido el hombre le enseñó una lección a Pedro, y es probable que él nunca la olvidó.

El Señor también puede corregir con amabilidad a sus hijos a través de otros creyentes. Pablo describe un incidente que él tuvo con Pedro. Pablo enfrentaba constante oposición de parte de los judaizantes, judíos que presuntamente se habían convertido al cristianismo, pero que querían guardar la ley. Pedro apoyaba a Pablo en medio del conflicto. Él podía ver con claridad la mano del Señor en la obra de Pablo. Más tarde, Pedro llegó a Antioquía de Siria, donde estaba ubica-

da la iglesia base de Pablo. Pedro confraternizaba libremente con los gentiles recién convertidos, hasta que un grupo de judaizantes de Jerusalén se apareció. De repente él se distanció de los gentiles, probablemente haciéndolos sentir como si fuesen rechazados por el Señor. Pablo lo confrontó en público: «Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío», estalló de cólera el apóstol, «¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?» (Gálatas 2:14).

A veces una aguda reprimenda es justo lo que necesitamos para regresar al buen camino, para que dejemos de ser altivos y de sentirnos superiores, por así decirlo. En este caso, el temor humano de Pedro se mostró para que todos lo vieran. Dios podría haber puesto en el corazón de Pablo llevar a Pedro aparte e indicarle amablemente que estaba más interesado en lo que los judaizantes pensaban de él que en el bienestar de los gentiles. Sin embargo, las lecciones que crean un muro de contención alrededor del hombre como preparación para futuras tentaciones por lo general tienen un precio muy alto.

Otras lecciones son aun más dolorosas. ¿Quién puede olvidar lo que Pedro experimentó la noche en que arrestaron a Jesús? El Señor estaba sentado alrededor de la mesa en la última cena con sus discípulos. Jesús decidió que era hora de decirles lo que iba a suceder esa noche. Lo traicionarían, lo arrestarían y luego lo crucificarían. Pedro, en exceso confiado, no podía soportar escuchar esa clase de comentarios: «¡Señor, mi vida daré por ti», dijo con innegable seguridad en sí mismo.

Jesús le respondió: «¿Tu vida darás por mí? De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces». Entonces Pedro le contestó todavía lleno de falsa seguridad: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré ... aunque tenga que morir contigo, no te negaré» (véase Mateo 26 y Juan 13).

Luego de algunas horas, Pedro aprendió la dolorosa lec-

ción de depender de sus propias fuerzas y capacidades. Después de haberlo negado por tercera vez, Jesús, a quien en ese mismo momento lo empujaban fuera de la puerta, miró a su fiel discípulo. Una mirada de esos ojos de amor fue suficiente para romper el corazón de Pedro. Se nos dice que «Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente» (Lucas 22:62).

Uno podría preguntarse por qué Dios es tan duro con los que ama. Los aliento a pasar algún tiempo leyendo las dos cartas de Pedro. Verán las palabras de un hombre que había pasado por el proceso de corrección de Dios por más de treinta años. Pedro no se convirtió en un hombre a quien Dios podía decirle esas palabras de vida sencillamente por haber andado con Jesús tres años. El caso de Judas Iscariote es una clara evidencia de que el solo hecho de andar con Jesús, en sí mismo, no producía tal cambio de vida. Pedro había madurado y tuvo una revelación más profunda de las cosas de Dios porque permitió que el Señor lo corrigiera. También podríamos considerar el hecho de que si el Señor consideraba que un hombre como Pedro necesitaba la disciplina de forma regular, ¿no la necesitarán con mayor razón aquellos que están en pecado habitual? Repito, «porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere» (Proverbios 3:12).

DISCIPLINADO PARA SER UN HOMBRE DE CARÁCTER

Tal vez usted esté pensando: «Bueno, eso está bien para Pedro, pues él era uno de los discípulos. Pero yo no voy a escribir ningún libro de la Biblia, y en realidad no quiero pasar por la disciplina de Dios. Solo quiero vivir una vida normal, libre de este pecado que me sigue llevando a la ruina». El problema con esta clase de pensamiento es que la persona que desea desprenderse del pecado debe mostrar el carácter de alguien que en verdad se ha liberado. No obstante, un carácter así no se genera de forma espontánea, sino que debe

formarse en el interior de la persona por medio de la disciplina del Señor.

Hace algunos años un conocido lanzador de las grandes ligas de béisbol ingresó en nuestro centro de rehabilitación. Todavía se puede ver ahí el montículo de lanzamiento que construyó para practicar. Su pastor le había dicho: «Tu talento te llevó hasta la cima, pero tu vida se ha destruido por falta de carácter». Esto era cierto. Era innegable que él tenía capacidad. Es verdad que podría inclusive haber logrado más éxitos si no se hubiera destruido a sí mismo con las drogas y el sexo. Dios había tratado de encargarse de él en diversas ocasiones, pero era demasiado orgulloso e inflexible. Lo que sigue es una parte del testimonio que compartió acerca de lo que le sucedió en nuestro centro de rehabilitación:

> A pesar de que trabajé o encabecé causas y actividades cristianas de una forma ostentosa, el servicio que le daba al Señor era solo de labios. Mi vida secreta era lujuriosa, codiciosa, egoísta, caótica y muy ambiciosa. Al pasar cada vez menos tiempo con el Señor, empecé a depender cada vez más de mí mismo. Y por el año 1987 ya ni siquiera estaba involucrado en las actividades cristianas.
>
> A pesar de tener mi mejor año en 1988, no estaba interesado en nada. En la cumbre de mi carrera, me entregué a todos los placeres que quería. Al principio todo marchaba a mi manera, dentro y fuera del campo. Pero pronto comenzaron a surgir muchos problemas y mi vida se desmoronaba con rapidez en todas las áreas. En realidad ya no me importaba, y aunque trataba de acatar la disciplina, pronto fui prisionero de mis propios artificios y empecé a ser muy cínico. Comencé a buscar asesoramiento porque mi matrimonio se había arruinado. Probé la sicología «cristiana», los grupos de doce pasos, las clínicas, las rehabilitaciones y los libros, pero mi

> arrogancia y el profundo dominio del pecado eran demasiado.
>
> No fue sino hasta que llegué al Programa de Rehabilitación Vida Pura que se me enseñó cómo caminar exitosamente con Dios. Esa gente conoce a Dios y cree que solo Jesucristo puede ayudarnos a salir de cualquier problema que haya hecho nuestras vidas tan disfuncionales. De forma constante te enseñan la búsqueda de Dios y la instrucción de la oración, junto con el apoyo amoroso y la disciplina...

Su historia es un sonoro testimonio ante la verdad de lo que dijo Salomón: «Pobreza y vergüenza tendrá el que menosprecia el consejo, mas el que guarda la corrección recibirá honra» (Proverbios 13:18). La palabra hebrea para honra es un término muy interesante. Literalmente significa *ser pesado* o *tener peso*, pero raras veces se utiliza de una forma literal. «De este uso figurado se desprende el concepto de una persona "de peso" en la sociedad, alguien que es honorable, impresionante y digno de respeto».[2] El proceso de la disciplina de Dios, al final, convertirá al hombre en una persona «de peso» en la sociedad, alguien honorable, impresionante, que es digno de respeto.

Esto es casi inimaginable para aquellos que están atados al pecado sexual. Aunque muestran una apariencia confiada, e incluso arrogante, en lo profundo de su ser hay mucha vergüenza y culpabilidad por su vida oculta. Yo puedo recordar que pensaba de mí mismo en secreto como de alguien que era degradado, mañoso y oprobioso. Me imagino que se podría decir que moralmente era de «peso ligero». Tal como discutimos en el primer capítulo, mientras más se entregue una persona al pecado, más se vaciará su carácter de cualquier cosa de verdadera sustancia.

Algunos adictos sexuales ven su pecado como una peculiaridad sin importancia, porque en otras áreas de su carácter

se consideran impecables. ¡Un pensamiento así es pura fantasía! En el comportamiento secreto de una persona es donde se revela el carácter o la carencia del mismo. Un hombre no se puede dividir en comportamientos. Solo puede actuar según la sustancia de la que se compone como hombre. El pecado sexual secreto no es una casualidad; es un subproducto directo del carácter del hombre. La conducta secreta del hombre solo cambiará a medida que cambia su carácter.

Tomemos a Enrique como ejemplo. Él es el hombre carismático que se menciona en el capítulo cuatro, que había llegado a ser director de uno de los ministerios de rehabilitación de drogas de mayor éxito del país. Tal como se mencionó, la verdad de que él estaba teniendo aventuras con mujeres casadas y prostitutas, y de que había empezado de nuevo a usar drogas, salió a la luz. En su exterior parecía ser un hombre de carácter. Sin embargo, el verdadero hombre interior quedó al descubierto con la práctica del pecado que cometía en lo oculto.

Enrique llegó deshecho a los Ministerios Vida Pura. El personal lo apreciaba, pero no se dejaban impresionar ni embaucar por su personalidad carismática. Él no iba a poder suavizar su trato en este centro de rehabilitación. Al final se graduó. Empezó su discurso de graduación señalando un número de aspectos del internado que no le gustaron. Mencionó una almohada delgada, una ducha que goteaba y un compañero de cuarto que roncaba. Luego dijo algo que me ha impresionado desde entonces: «Este programa fue totalmente perfecto para mí. En verdad, Dios lo hizo a mi medida. Él sabía con exactitud lo que yo necesitaba. Si las cosas hubieran sido a mi manera, todo habría sido demasiado fácil y no tendría que enfrentar ningún problema. Todo hubiera salido justo como yo quería. Pero le agradezco a Dios que él haya sometido mi voluntad casi todos los días en este lugar. Porque si todo hubiera salido a la perfección, todavía fuera el hombre que era, pecando a escondidas».

Otros sencillamente tratan de acarrear honores para sí. Creen que si se conducen con bastante seguridad pueden aparentar ser honorables ante los que están a su alrededor. Y en efecto, existen muchos que juzgan «según las apariencias» (Juan 7:24) y se dejan engañar por estos embaucadores «cristianos». Jesús desentrañó el enfoque descarado de algunos que estaban alrededor de él.

> Observando cómo escogían los primeros asientos a la mesa, refirió a los convidados una parábola, diciéndoles: Cuando fueres convidado por alguno a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: Da lugar a éste, y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Mas cuando fueres convidado, vé y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa. Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido (Lucas 14:7-11).

Ser un hombre de honor no se logra actuando como si uno mereciera que lo traten como tal. La distinción llega cuando Dios construye el carácter de una persona. Enrique salió del internado del Programa de Rehabilitación Pureza de Vida con un grado de solidez espiritual y moral que nunca antes había tenido. Sin embargo, eso no sucedió sino hasta que quedó al descubierto su falso carácter y Dios pudo comenzar a construir en él un carácter verdadero. Describiendo la vida de Enrique a la perfección, Salomón dijo: «La soberbia del hombre le abate; pero al humilde de espíritu sustenta la honra» (Proverbios 29:23).

Algunos piensan que pueden encontrar una fórmula rápida y que no cause dolor para lograr los mismos resulta-

dos. Se les puede observar en las reuniones de avivamiento, en búsqueda de esa oración del evangelista que va a cambiar todo en sus vidas. Otros se congregan en sesiones de liberación, en espera de que se les libere del diablo que es el causante de que pequen. Incluso otros, quizás un poco más cercanos a la verdad, esperan que una experiencia de quebrantamiento hará girar todo a su alrededor. Todas estas cosas podrían tener su lugar en la vida del creyente, pero la vida cristiana no se forma a través de una experiencia emotiva. En palabras de un amigo: «Dios puede cambiar a un hombre en un instante, pero toma tiempo construir el carácter». Eso lo resume todo.

DISCIPLINADO PARA SER SANTO

Lo último que quiero abordar con respecto al proceso de disciplina por el cual el Señor lleva al creyente es la santidad que surge de este. Tal vez recuerden nuestro pasaje de Hebreos 12: «Porque el Señor al que ama, disciplina... para que participemos de su santidad».*

Dios no disciplina a un hombre porque esté enojado con él. Lo hace porque tiene un propósito en mente para la vida de esa persona. Dios desea la santidad. Nuestro amigo Pedro, que experimentó muchos azotes de manos del Padre celestial, nos ayuda a ver lo que Dios hace: «Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: SED SANTOS, PORQUE YO SOY SANTO» (1 Pedro 1:14-16).

La santidad no proviene de la lectura de un buen libro. No tiene lugar por estar en una reunión poderosa. La santidad se obtiene por medio del depuramiento a manos del Señor de nuestro amor por el pecado y por nosotros mismos. Y ese proceso toma tiempo.

*** Las reuniones de avivamiento pueden ser una maravillosa oportunidad para que Dios lleve a una persona a un profundo y necesitado quebrantamiento, pero la madurez toma tiempo.**

quince

ANDAR EN EL ESPÍRITU

EN LA CARTA DE PABLO a la iglesia de Galacia él escribe: «Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne» (Gálatas 5:16). Después de tratar a miles de cristianos que están en pecado sexual (incluyendo muchos ministros), todavía no he encontrado ninguna evidencia que desacredite esta declaración. Un hombre puede ir a grupos de apoyo, a psicólogos o a servicios de liberación. Evangelistas famosos pueden orar por él o se puede internar en una clínica de adicción sexual, pero si quiere superar su pecado habitual, debe aprender a andar en el Espíritu. Puesto que la Biblia es en verdad la palabra inspirada de Dios, esta promesa condicional llega a ser de suma importancia para el adicto sexual en búsqueda de libertad.

Creo que todos estaríamos de acuerdo en que la frase «deseos de la carne» caracteriza con exactitud la naturaleza del pecado sexual. En algunos versículos posteriores, Pablo da una descripción de «las obras de la carne», que principian con «adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría» (Gálatas 5:19-20). El pecado sexual y la idolatría están a la cabeza misma de la lista. ¿Cuánto más cuando el sexo es el ídolo de la vida de una persona? Una cosa es que alguien chapotee en la inmoralidad, pero otro asunto es cuando la persona es un constante adorador en el altar de la idolatría sexual.

Dicha persona está espiritualmente en bancarrota y necesita con desesperación una salida. Pablo da una ruta de escape con esta fórmula remarcada:

> Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.

Esta frase es tan significativa que se debe examinar con cuidado cada palabra a fin de que se pueda comprender el significado completo de lo que se expresa, y luego aplicarlo a la vida de uno.

ANDAR

Fue Jehová mismo el que utilizó primero el término «andar». A través de su servidor Moisés dijo: «Si anduviereis en mis decretos y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra, yo daré vuestra lluvia en su tiempo, y la tierra rendirá sus productos, y el árbol del campo dará su fruto» (Levítico 26:3-4). En un sueño, Dios le indicó a Salomón: «Si anduvieres en mis caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como anduvo David tu padre, yo alargaré tus días» (1 Reyes 3:14). A través de Asaf, Dios exclamó: «Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos. ¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo, si en mis caminos hubiera andado Israel!» (Salmos 81:12-13). Por medio del profeta Isaías, el Señor declaró: «Extendí mis manos todo el día a un pueblo rebelde, el cual anda por camino no bueno, en pos de sus pensamientos» (Isaías 65:2). Varios cientos de años después, Jesús utilizó la misma ilustración cuando señaló: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Juan 8:12).

En la Biblia, el término «andar» describe una cierta manera en que uno vive su vida. En el lenguaje moderno se utilizaría el término «estilo de vida». Esta palabra no describe simplemente la clase de día o incluso la semana que alguien

tiene. Es indudable que no se refiere a alguien que se siente espiritual los domingos, mientras que el resto de la semana vive en la carne. Cuando Pablo dice «andar en el Espíritu» describe una condición continua de la vida de una persona. Si una persona vive su vida «en el Espíritu» no sucumbirá ante los deseos de su carne.

ANDAR EN LA CARNE

Me asombra cómo un hombre puede estar en el pecado más despreciable y en realidad creer que está cerca de Dios. Sin lugar a dudas podemos dar por sentado que si una persona vive su vida bajo los dictados de la carne no es alguien que anda en el Espíritu. En realidad, iré aun más allá para afirmar que si una persona está satisfaciendo los deseos de la carne, en realidad anda en la carne. Así que podemos utilizar una terminología distinta para decir: «Si andas en la carne, satisfarás los deseos de la carne». En Gálatas 5, Pablo da una amplia definición de lo que significa andar en la carne: «Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios» (Gálatas 5:19-21).

Una persona susceptible que lea este pasaje de las Escrituras, de inmediato examinará su corazón, punto por punto. «¿Me entrego yo a pensamientos impuros? ¿El deseo de placer ocupa un lugar arraigado en mi corazón? ¿Tengo algún ídolo en mi vida? ¿Tengo algún problema con mi temperamento? ¿Alguna vez siento celos o envidia de otra gente? ¿Con cuánta frecuencia me encuentro enredado en disputas con otras personas?» Las respuestas afirmativas a estas preguntas son todas señales que indican que esa persona no anda en el Espíritu. No obstante, el que escudriña con rapidez la

lista con una mirada superficial, afirmando estar libre de semejante estilo de vida, solo se engaña a sí mismo. De igual manera está la persona que discute sobre cada término que señala esta Escritura, tratando de evitar la verdad de lo que se expresa.

Jesús dijo: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8:31-32). Esto es una promesa condicional. La persona que vive las palabras de Jesús en su vida cotidiana conocerá la verdad cuando la vea, y esa verdad lo llevará hacia la libertad. Si una persona va a experimentar verdadera libertad, es imperativo que llegue a ser sincera y honesta por completo consigo misma.

ANDAR EN EL ESPÍRITU

Hay muchos que tienen una experiencia ocasional con Dios. Sienten su presencia en la ceremonia de una iglesia o incluso ven que el Señor actúa en sus vidas y creen que andan en el Espíritu. Andar en el Espíritu significa que la vida de una persona está dominada, controlada y guiada por el Espíritu Santo. Así como la lista de «las obras de la carne» define lo que significa andar en la carne, la siguiente lista de «el fruto del Espíritu» define lo que significa andar en el Espíritu.

Pablo dice: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu» (Gálatas 5:22-25). Repito, el que esté dispuesto a ser honesto consigo mismo examinará esta lista y se hará las preguntas difíciles: «¿Estoy en realidad tan dedicado a las vidas de los demás como lo estoy a mí mismo? ¿Tengo la paciencia para aguantar a la gente difícil y las circunstancias angustiosas sin perder el sentido de la presencia de Dios? ¿Cuan amable soy con los que se oponen a mi voluntad? ¿Estoy en verdad vi-

viendo todos los días en sometimiento al Espíritu Santo?

El fruto del Espíritu se desarrolla de forma imparcial. Una persona puede ser más amable que otra por naturaleza, pero eso no significa que el fruto de la amabilidad se haya perfeccionado más en ese individuo. Sencillamente significa que siempre ha sido un «tipo amable». Cuando una persona crece en fe, también se fortalece en la mansedumbre. Al desarrollar el autocontrol, crecerá en la misma medida en amor desinteresado. Un buen calibrador que puede utilizar una persona para examinar dónde se encuentra espiritualmente es analizar su punto más débil. Para los adictos, la falta de autocontrol es una evidente manifestación de un problema arraigado de forma profunda.

Si usted anda en el Espíritu, no satisfará los deseos de la carne. A primera vista, uno pensaría que la palabra clave de esta frase es «andar» o «Espíritu». Sin embargo, el término principal que queremos enfocar aquí es «en». Tal como se consideró antes, al igual que el espíritu de este mundo crea un ambiente en el cual una persona puede permanecer, de igual manera también lo hace el Espíritu de Dios.* Una persona que vive su vida cotidiana en un ambiente lleno de Dios no se va a entregar ni a perseguir las lujurias que pueden aún estar latentes dentro de su naturaleza.

El apóstol Juan dijo: «Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no lo ha visto ni lo ha conocido ... Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado» (1 Juan 3:5-6,24). Estos versículos no sugieren que una persona viva en una perfección inmaculada, sino que no debe existir un pecado que gobierne su vida. El Espíritu y la gracia de Jesucristo nos mantienen en un nivel por encima del pecado dominador. Este modo de vida dentro del control del Espíritu Santo

* La verdad del asunto es que el enemigo falsifica lo que Dios hace

no sucede de la noche a la mañana; se desarrolla dentro de la vida del creyente a medida que madura.

EL SUSTENTO DIARIO DE LA ORACIÓN

La clave para andar en el Espíritu se encuentra en las palabras de Jesús: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador ... Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpano; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15:1,4-5)

Hay muchos aspectos que están incluidos cuando se entra a este tipo de comunión con el Señor. Principalmente y ante todo, la oración. La esencia misma de la experiencia cristiana es establecer y mantener una íntima relación con Dios. Ese es el propósito por el cual se nos ha salvado de nuestros pecados. Sin embargo, muy pocos se consagran a tan bendita intimidad. Es importante asistir a la iglesia, pero nuestra unión a la vid debe mantenerse a diario. Imagine qué sería de un matrimonio que estuviese basado en una reunión formal una o dos veces a la semana.

Para la vida de un creyente es esencial tener un tiempo de oración todos los días. La oración introduce el poder del Espíritu Santo para cambiar la vida. Al igual que Dios nos habla a través de su Palabra, nosotros hablamos con él a través de la oración. La oración es sencillamente hablar con Dios. Uno no debe preocuparse por ser elocuente. ¡El Señor busca la verdadera conversación! Él es nuestro más valioso amigo, y así es como el creyente debe comunicarse con él.

Al igual que con cualquier nuevo hábito espiritual, al inicio puede ser difícil desarrollar una vida de oración. Se comienza por tener una firme convicción de que la oración es una parte esencial de la vida cotidiana. La persona que se propone cultivar un tiempo devoto sistemático puede encon-

trar que al principio el tiempo parece arrastrarse con lentitud. Esto cambiará de forma gradual a medida que el hábito se arraigue. La persona pronto se encontrará esperando con interés sus devociones matinales o vespertinas. Pronto crecerá el período de tiempo que se le dedica a la comunicación y la comunión con Dios.

Existen al menos tres claves para una vida de oración exitosa. En primer lugar, la persona debe decidir cual será su estilo de oración. A algunos les gusta sentarse en un cuarto donde puedan sentirse libres para hablar con Dios, sin preocuparse de que alguien más los escuche. A otros les gusta escribir sus oraciones, ya que les ayuda a mantener sus pensamientos enfocados en el Señor. Personalmente, siempre he encontrado más fácil concentrarme y hablar con el Señor mientras camino. Dondequiera que esté, ya sea en casa o en alguna ciudad lejana, tengo el mismo ritual todas las mañanas. Me tomo una taza de café y estudio la Biblia por una hora. Enseguida, salgo a caminar por otra hora, orando durante el trayecto. Cada persona tiene que establecer para sí misma lo que le funciona mejor.

Otro elemento clave es escoger cuándo orar. De ser posible, siempre es mejor orar en la mañana. El Señor merece obtener los primeros frutos del día. La mayoría pone el reloj solo con apenas el tiempo suficiente para alistarse para ir a sus obligaciones. El creyente que es sincero en su deseo de disponer de cierto tiempo con Dios empezará la rutina de acostarse temprano y levantarse temprano también. Tratar de hacer encajar el tiempo de oración por las mañanas en un horario que de por sí ya es agitado nunca funcionará. Esto pronto terminará en un fracaso.

El tercer aspecto que se debe considerar es cuánto tiempo dedicará a la oración. Básicamente, mientras más tiempo se pase con el Señor, será mucho mejor. Lo que se hable con Dios no es tan importante como el hecho de estar con él. Las relaciones no se establecen meramente con solo palabras; también se construyen con una comunicación no verbal. Por

ejemplo, mi esposa y yo podemos sentarnos en la misma habitación, sin decir ninguna palabra, y simplemente disfrutar la compañía uno del otro. Esto es lo que desea Dios. Él anhela pasar tiempo con los que ama. Tal como ya lo hemos mencionado, edificar una vida devocional no es fácil. El hombre que apenas comienza a desarrollar una vida de oración debe evitar sobrecargarse. Es mucho mejor ser fiel diez minutos al día que pasar juntos una hora completa de forma esporádica. A la persona inconstante le es casi imposible establecer un hábito. Hasta que la oración sea parte de la rutina diaria ordinaria de uno, siempre será una labor monótona. Una vez que se haya cimentado como un elemento consistente al principio de cada día, llegará a ser fácil. ¡La misma se convierte en un buen hábito!

Al comenzar esta nueva aventura, también es importante que no cometa el error de mirar el reloj. ¡Parecerá que el tiempo avanza más despacio! En mi caso, miro el reloj al salir a mi caminata. Cuando parece que ha pasado como una hora desde que salí, lo miro de nuevo solo para asegurarme de que no voy de regreso antes de tiempo. A menudo paso más de una hora en oración, pero para mí es muy importante que no pase menos de este tiempo. Aquellos que se sientan en un cuarto deben darle vuelta al reloj para que no lo puedan ver. Algunos tal vez pongan la alarma en sus relojes de pulsera (o inclusive el cronómetro de la cocina), el cual les informará que se les ha terminado el tiempo.

Al convertirse esta rutina diaria en parte de la vida de la persona, pronto encontrará que orar ya no es una tarea pesada. En realidad, descubrirá con rapidez que diez minutos pasan demasiado deprisa y que necesitará orar por quince minutos, a fin de cubrir todos sus intereses. Al establecerse esta importante disciplina espiritual, Dios empezará a darle una carga por las almas de los que están a su alrededor. En este punto, su vida de oración principia a entrar en una nueva fase. Está penetrando en el poderoso reino de la intercesión.

Al progresar la vida devocional de la persona, también comenzará a pasar más tiempo rindiéndole culto al Señor. Esta es una parte integral del crecimiento de nuestro amor por Dios. Algunos alaban al Señor mientras escuchan una música cristiana que disfrutan. Sin embargo, es importante recordar que simplemente cantar canciones que uno disfruta no es lo mismo que entrar de verdad en el espíritu de adoración. Jesús dijo: «Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4:23-24). Si la persona está en realidad adorando a Dios, hay algo que brota de su corazón hacia el Señor. Esto es lo que Jesús quería decir cuando hablaba de adorar «en Espíritu y en verdad». No obstante, hay grupos como La Viña, Alabanzas de la Colina, Maranatha y Hosanna [Vineyard, Hillsong, Maranatha y Hosanna] que parecen tener un verdadero ungimiento para la alabanza y la adoración. Hay cristianos que se benefician mucho pasando un tiempo inmersos en esta música cristiana.

Cuando una persona principia a adorar verdaderamente a Dios ocurre algo muy poderoso en el reino espiritual. La alabanza de corazón limpia la atmósfera de la actividad demoníaca. Mientras estudiaba en la escuela bíblica, recuerdo cierta vez que estaba de pie en el culto. Cada mañana pasábamos algún tiempo cantando, pero este día en particular parecía que habíamos entrado a un nivel más elevado de adoración. Al cerrar los ojos, se formó un cuadro en mi mente. Arriba, por encima de nosotros, estaba la presencia de un Dios Santo, y entre los estudiantes y el Señor había una espesa nube de oscuridad satánica. Esta presencia maligna nos separaba del Señor, pero al elevar nuestras voces en alabanza, esa fea nube se apartó y pronto se disipó. ¡Nuestra alabanza abrió una vía directa hacia Dios!

Randy Sager cuenta de cuando él y otros acostumbraban ir a los peores distritos de la ciudad de San Francisco a darles

testimonio a los que no eran salvos. Antes de entrar a las calles e iniciar una conversación con alguien, el grupito se reunía en la calle y pasaba un tiempo cantando y alabando al Señor. Una noche, al ir caminando por la calle, un vagabundo de aspecto tenebroso salió de un callejón y llamó a Randy. El hombre le mostró una placa y le dijo que era de la policía secreta. Después le dijo: «¡No sé lo que ustedes hacen, pero cada vez que ustedes vienen por aquí, el índice de criminalidad baja a cero!»

En otra ocasión se presentó un grupo iracundo de homosexuales que comenzaron a lanzar insultos al pequeño grupo de creyentes. El ambiente se sentía saturado de odio. Como parecía que los gays iban a atacarlos, Randy comenzó con calma a cantar una alabanza. Los otros cristianos captaron la idea y lo acompañaron. La ira de la chusma diminuyó y tranquilamente los gays abandonaron el lugar. No hay duda de que la verdadera adoración lleva al creyente ante la presencia misma del Espíritu Santo.

ALIMENTO PARA EL ALMA

Pasar tiempo en oración y adoración ayuda al creyente a vivir en la presencia del Espíritu Santo cada día. Hay otro aspecto de nuestro compromiso espiritual que es igualmente importante. La Palabra de Dios es la fuente del sustento espiritual del creyente. Tiene el poder inherente de infundirle vida al ser de un santo. Un cristiano necesita a diario el alimento de Dios, para que no «se seque» (véase Juan 15:6). Sin embargo, cuando se trata de esgrimir la espada del espíritu, es por completo esencial que el creyente «use bien la palabra de verdad» (2 Timoteo 2:15). Un problema que enfrentan los adictos sexuales es que su pensamiento se ha torcido a través de años de abuso y por el daño causado al exponerse a la pornografía y la fantasía libidinosa. Es como el espía de una compañía que irrumpe en el cuarto de computadoras de su principal competidor y estropea el sistema operativo. Este es

un cuadro de lo que el diablo le ha hecho a los hombres que se han involucrado en el pecado sexual. El enemigo les ha enredado los circuitos internos de tal forma que nada dentro de ellos funciona como debería ser. No obstante, la Palabra de Dios tiene el poder para transformar a una persona a fondo. Por un cierto período de tiempo, la Palabra volverá de modo gradual a alambrar los circuitos del creyente si él permanece fiel y le dedica tiempo a las Escrituras todos los días. Para ayudarnos a ver lo que hará el estudio constante de la Biblia para el santo que lucha, nos volveremos hacia las palabras de Santiago:

> Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace (Santiago 1:21-25).

En este inspirado pasaje de las Escrituras hay varios conceptos que pueden jugar un papel vital en la vida del creyente. El primero que se menciona es la importancia del arrepentimiento: «desechando toda inmundicia y abundancia de malicia». A través de los años he conocido hombres que han pasado cientos de horas leyendo la Biblia y sin embargo solo han crecido cada vez más indiferentes al Señor. Para que la Palabra pueda ser implantada, debe primero experimentarse un arrepentimiento sincero. El terco, aunque le dedique tiem-

po a las Escrituras, solo se volverá más insensible en su corazón.

Luego debemos abordar la Palabra con humildad. Muchos de los que le dedican tiempo a la lectura de la Biblia hacen exactamente lo contrario. En vez de permitir que la Palabra penetre y busque el corazón y lleve convicción, solo la usan para fortalecer sus opiniones doctrinarias o demostrarles a los demás lo mucho que saben. El libro de Hebreos dice: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hebreos 4:12).

Esta es una declaración fenomenal que hace la Biblia acerca de sí misma. Jesús dijo que sus palabras eran «espíritu y vida» (Juan 6:63). Es «la vara de [la] boca ... el espíritu de [los] labios» del Dios vivo (Isaías 11:4). Hay una energía divina que brota cuando se aborda la Biblia en el espíritu correcto. La Palabra viva tiene el poder de penetrar hasta los rincones más íntimos del hombre. Puede identificar los pensamientos carnales, así como las verdaderas intenciones del alma, y diferenciarlos de aquellos pensamientos llenos de Cristo que emanan del espíritu de un cristiano sincero. Examina tanto a unos como a otros y por consiguiente termina con el caos y la confusión que resulta del engaño del pecado. De forma metódica y sistemática, la Palabra de Dios pone al descubierto toda norma de pensamiento, actitud o motivo y lo pone en evidencia. La espada de doble filo del Espíritu penetra la naturaleza caída entera. Con aterradora realidad, Juan Cal vino habla de aquellos que no dejan penetrar la verdad de las Escrituras:

> Nada de esto se encuentra en los depravados. Porque ellos o desatienden negligentemente lo que Dios les habla y de esa manera lo desprecian o se hechizan contra su verdad, a la cual se resisten con obstinación. En suma, como la Palabra de Dios es

> un martillo, para aquellos que tienen el corazón como un yunque, tal dureza repele los golpes, por muy poderosos que estos sean. Entonces, la Palabra de Dios está lejos de ser tan eficaz con ellos como para penetrarlos hasta dividir el alma y el espíritu. Por lo tanto, parece que el carácter de las Escrituras queda confinado solo para los fieles, ya que por eso solo a ellos se les busca hasta lo más íntimo. No obstante, el contexto demuestra que aquí hay una verdad general y que también se extiende hasta los mismos depravados. Porque aunque ellos no se hayan ablandado, sino que han establecido un descarado corazón de hierro frente a la Palabra de Dios, su propia culpabilidad debe necesariamente restringirlos. En efecto, ellos se ríen, pero es una risa sarcástica, porque en su interior sienten que se les elimina, por así decirlo. De diversas formas pretenden evadirse para no llegar ante el tribunal divino. Pero aunque renuentes, hasta ahí los arrastra esta misma Palabra que ellos con arrogancia ridiculizan. Así que se les puede adecuadamente comparar con perros furiosos que muerden y arañan la cadena a la que están atados y que sin embargo no pueden hacer nada, ya que todavía permanecen encadenados.[1]

La persona que busca con sinceridad a Dios para poner al descubierto el pecado que aún se aloja dentro de él y que desea darle muerte se regocija al ver la espada del Espíritu. Puede confiar en lo que le revela, porque la sostiene la mano perforada por el clavo. Esta no es la espada azotadora de la persona de quien escribió Salomón que sus «palabras son como golpes de espada» (Proverbios 12:18). Esta es la obra meticulosa del amoroso cirujano que extrae el cáncer del pecado que se ha entretejido en todo el ser interior del paciente.

Santiago la llama «la ley perfecta». El hombre que se acerca a la Palabra con un espíritu humilde se da cuenta de que es la única fuente verdadera de total credibilidad. Desdichadamente, muchos han llegado a ser cada vez más cínicos con respecto a la Biblia. Están ocupados recorriendo cuanto lugar se les ocurre en busca de «la última palabra», pasando por alto lo que todo el tiempo ha estado colocado bajo sus narices, la Palabra Eterna. Si la Biblia no parece lo suficiente convincente para alguien, tenga la seguridad de que Satanás se asegurará de que algo diferente tome su lugar. ¡Cualquier otra cosa! El enemigo preferirá ver que un creyente pasa horas leyendo libros de todo tipo de ayuda antes que pase cinco minutos en la verdad revelada de Dios. Esta es la razón por la cual hay librerías cargadas de otras alternativas.

FORMAS DE APROXIMARSE A LAS ESCRITURAS

Además, Santiago habló de mirar «atentamente en la ley perfecta». La Biblia merece nuestro más ferviente interés. Hay diferentes formas de aproximarse a las Escrituras. A algunos le gusta leer amplias secciones de la Biblia de un solo tirón. Quizás tengan un sistema para leer toda la Biblia en un año. Debo admitir que cuestiono esta aproximación superficial. No iré tan lejos como para decir que es erróneo. Solo me pregunto con cuánta profundidad penetran las palabras al corazón de una persona que «lee con rapidez» los capítulos de una sola vez.

En lo personal prefiero estudiar la Biblia versículo por versículo, capítulo por capítulo, y libro por libro. Por lo regular paso semanas estudiando un libro de la Biblia. Tomo un capítulo a la vez, lo leo en diferentes traducciones, estudio las palabras claves y leo lo que varios comentarios dicen acerca de ese pasaje. Para cuando termino, ese libro es «mío». Las palabras quedan escritas en la «libreta de apuntes de mi corazón». Están dentro de mí. Puede que no cubra mucho de

la Biblia rápidamente, pero lo que estudio queda incrustado dentro de mi ser. Hasta la fecha he hecho estudios a fondo de casi todos los libros de la Biblia.

Alguien más podría preferir «meditar» sobre las Escrituras, tomando secciones para reflexionar con cuidado sobre cada palabra. Esto implica leer esas secciones particulares repetidas veces, pidiéndole al Espíritu Santo que lleve la Palabra «viva» hacia él o ella. A menudo es así como Dios le revela joyas preciosas de verdad a sus seguidores. El Dr. Jenson comenta lo que el estudio de la Biblia hizo en su vida:

> El nuevo hábito que de forma gradual se iba desarrollado en mí no era como ningún otro. Llegar a ser «transformado por medio de la renovación del entendimiento» (Romanos 12:2) significa el milagro de que la Palabra de Dios sature desde el interior nuestras vidas, pensamientos, actitudes, emociones y acciones, a fin de que seamos moldeados desde adentro a la semejanza de Jesucristo.
>
> Estoy convencido de que tenía que pasar por ese proceso bíblico de meditación, al igual que había meditado sobre pensamientos y películas lascivas por años, construyéndolos dentro de mi sistema. La única manera de contrarrestar eso era transformarme por la verdadera renovación de mi mente, por medio de la meditación de la Palabra de Dios...[2]

Más adelante el Dr. Jenson compara la meditación bíblica con una vaca que «rumia el bolo alimenticio». La vaca traga el alimento, lo devuelve, lo masca un poco más y al final lo digiere por completo. Aunque es una tosca comparación, ilustra cómo se medita la palabra de Dios.

Por último, están aquellos que pasan tiempo memorizando secciones de la Biblia. Para ilustrar el valor de la memorización de las Escrituras permítame relatar el fascinante testimonio de un joven que conocí hace algunos años. Gui-

llermo había crecido en un hogar cristiano y siempre había tenido el deseo de ser pastor. Entró al instituto bíblico y luego de graduarse se fue a trabajar en una iglesia muy concurrida. Sin embargo, él tenía problemas con la pornografía, cosa que nadie sabía, ni siquiera su esposa con quien acababa de casarse. No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que lo sospechara. Cuando ella lo descubrió, fue a ver al pastor de su iglesia. De inmediato el pastor arregló una entrevista con los dos y confrontó a Guillermo con el problema. Guillermo describe lo que sucedió después:

> Al estar sentado frente al pastor y mi esposa, se desató una tremenda batalla dentro de mí. Por un lado, me rehusaba a abandonar todos los placeres de mis hábitos pecaminosos. Pero por el otro estaba el amor a mi esposa y el deseo de salvar mi matrimonio.
>
> Luego el Señor le habló con claridad a mi corazón y me hizo saber que era tiempo de hacer una decisión con relación a mi vida. «¡Mi gracia ha evitado que caigas por completo! Tienes treinta y un años de edad y por casi veinte años te he amado, te he perdonado y te he guardado por mi misericordia, pero ahora levanto de ti mi gracia. Si decides continuar en esto, no puedo decirte hasta dónde llegarás. Siempre te amaré, te perdonaré y te recibiré. ¡Pero tú decidirás qué rumbo tomar! En mi Palabra hay cura... ¡purifícate en ella!»
>
> ¡Me fui de allí dándome cuenta de que no tenía más alternativa que obedecer al Señor o perderlo todo! Pese a que ya había deseado profundamente este cambio, sentía que el corazón era todavía engañoso y pecaminoso. Después de varias semanas forcejeaba torpemente sin ningún plan ni dirección con los cuales superar mi problema. Pero las pala-

bras del Señor seguían volviendo a mi mente: «¡En mi Palabra hay cura y purificación!»

De forma vacilante al principio, comencé a aprender de memoria las Escrituras. Empecé con la primera carta de Pedro y me esforcé aun más en la memorización. Los primeros versículos fueron los más difíciles de aprender, pero a medida que memorizaba se tornaba cada vez más fácil. Cada día lo iniciaba aprendiéndome varios versículos. Los repetía una y otra vez hasta que los memorizaba y luego revisaba los que había aprendido antes. Todo momento desocupado durante el día se convertía en una oportunidad para memorizar versículos. Pronto comencé a llevar conmigo una copia de la página de la Biblia en la que estaba trabajando. Ya fuese mientras manejaba por la carretera, o sentado en el consultorio de un doctor, o mientras caminaba; sin importar dónde fuese, trataba de mantener la Palabra de Dios en mis pensamientos.

¡El cambio en mi corazón comenzó casi de inmediato! ¡Me encontré con que todas las tentaciones acostumbradas que venían hacia mí eran impotentes por completo! ¡Los «dardos ardientes» que lanzaba el enemigo no tenían fuerza! Al principio, elegir entre los pensamientos de fantasía lujuriosa o simplemente empezar a citar la Palabra de Dios cuando me llegaba un pensamiento era una decisión difícil. Pero al escoger las Escrituras la tentación se derretía.

Al continuar haciendo esto, descubrí que estaba experimentando una victoria total en esta área de mi vida, día tras día, semana tras semana. La Palabra no solo afectó mi vida en el área de la lujuria, sino en todas las esferas... mi matrimonio, el trabajo, la imagen propia, la confianza, el amor, la fe... ¡y la lista continúa!

Todo lo que pueda decir no es suficiente para recalcar la importancia de empaparse de la Palabra de Dios. Puede ser que la persona no cambie de la noche a la mañana, pero el cambio llegará con el tiempo. Tal como se lo he dicho a algunos hombres en el pasado: «Si tú no quieres estar en las mismas condiciones dentro de dos meses, es mejor que empieces con la lectura ya! Cada día que pospongas el inicio, se prolongará el tiempo que seguirás con este sufrimiento». Jay Adams habla acerca de la importancia de la Palabra de Dios en el cambio de los hábitos:

> El Espíritu actúa a través de su Palabra; es así como él trabaja. Así que para ayudar al aconsejado a que se discipline hacia la santidad, el consejero debe insistir en el estudio constante de la Palabra de Dios como factor esencial.
>
> Es por medio de la obediencia persistente, devota y la disposición a los requerimientos de las Escrituras que se desarrollan las normas divinas y llegan a ser parte de nosotros ... Dios no promete fortalecernos a menos que las Escrituras lo hagan. Con frecuencia, el poder llega en el hacer ...
>
> Utilizar la Biblia todos los días trae disciplina. Ser disciplinado, vivir bíblicamente estructurado, es lo que se necesita. La estructura que Dios ha diseñado para el hombre, en sí misma, trae libertad. La disciplina le hace libre. A la gente se le ha lavado el cerebro para que piense lo contrario. Creen que el privilegio y la libertad solo llegan cuando se abandona la estructura y la disciplina.
>
> La libertad llega a través de la ley, no separada de ella. ¿Cuándo es más libre un tren? ¿Es cuando va dando saltos, cruzando el campo fuera de los rieles? No. Solo es libre cuando se limita (por así decirlo) a los rieles.

Entonces corre de forma suave y eficiente porque esa era la manera en que su fabricante tenía la intención de que corriera. Necesita estar sobre los rieles para que corra de modo adecuado. Los que reciben consejo necesitan estar sobre los rieles. Los rieles de Dios sé encuentran en su Palabra. Hay una estructura divina que es necesaria para la vida motivada y orientada por los mandamientos; y la misma se encuentra en la Biblia. Ajustarse a esa estructura por la gracia de Dios le permite a los cristianos cambiar, despojarse del pecado, asumir rectitud, y por lo tanto convertirse en hombres piadosos.

En consecuencia, esta es la respuesta bíblica de todo consejero a su discípulo: Lea con disciplina las Escrituras, piadosamente haga lo que dicen según se requiere, y sin que importe cómo se sienta usted.[3]

LLEVANDO A CABO LA PALABRA

Lo último que debemos analizar en esta sección sobre el papel crucial que juegan las Escrituras está en Santiago. Dice que debemos «cumplir» con la palabra, convirtiéndonos en «hacedores eficaces» de ella. A medida que la mente de la persona se va reprogramando con las Escrituras, llega a ser más fácil vivir de acuerdo con las normas bíblicas. La verdad es que una persona en realidad solo «conoce» la Palabra en el momento en que la vive. Repito, esto toma tiempo. En la medida en que el creyente se sumerge en la enseñanza bíblica, encontrará que está afectando los cientos de decisiones que toma en todo el transcurso de un día determinado.

Los primeros nueve capítulos de Proverbios se refieren casi exclusivamente al poder que la Palabra de Dios le confiere al hombre que se encuentra con la tentación sexual:

> Cuando la sabiduría entrare en tu corazón, y la ciencia fuere grata a tu alma... para librarte del mal camino, de los hombres que hablan perversidades (Proverbios 2:10,12). Hijo mío, está atento a mi sabiduría, y a mi inteligencia inclina tu oído ... Porque los labios de la mujer extraña destilan miel, y su paladar es más blando que el aceite (Proverbios 5:1,3). Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz, y camino de vida las reprensiones que te instruyen, para que te guarden de la mala mujer, de la blandura de la lengua de la mujer extraña (Proverbios 6:23-24). Hijo mío, guarda mis razones, y atesora contigo mis mandamientos ... para que te guarden de la mujer ajena, y de la extraña que ablanda sus palabras (Proverbios 7:1,5). Ahora pues, hijos, oídme, y estad atentos a las razones de mi boca. No se aparte tu corazón a sus caminos; no yerres en sus veredas (Proverbios 7:24-25).

Al implantarse los pensamientos de Dios dentro del ser de una persona, se erige una muralla a su alrededor que le ayuda durante los momentos de tentación para hacer lo que es grato ante la vista de Dios.

Quizás por esto Santiago llama a la Palabra «la ley de la libertad». ¡Libera a la gente! El salmista dijo que los que están establecidos en la Palabra permanecerán puros (Salmo 119:9-11), mostrarán reverencia a Dios (119:38), odio al pecado (119:53), una vida de libertad (119:45) y que el pecado no tendrá dominio sobre ellos (119:133). David señaló que el hombre que tiene la Palabra oculta en el corazón no resbalará (Salmo 37:31). Josué indicó que los que meditan sobre ella llegarán a ser prósperos (Josué 1:8). Pablo escribió que nuestra fe viene de oír la Palabra de Dios (Romanos 10:17), mientras que el escritor de Hebreos proclama que es imposible agradar a Dios sin fe (Hebreos 11:6). Y finalmente, Jesús dijo que quienes permanecen en su Palabra serán libres (Juan

8:31-32). ¿Qué podría ser más sencillo? ¡Si usted cree en la Palabra de Dios, entonces podrá abrigar la esperanza de que en realidad lo liberará!

Con el tiempo ocurrirán cambios efectivos dentro de usted, producidos por medio de la Palabra. Y el pasar tiempo todos los días en la presencia de Dios le ayudará a «andar en el Espíritu». Por eso, el poder de Dios transformará tanto su mente como su corazón. Como indicó Jesús: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros; si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15:4-5).

dieciséis

VENCIENDO LA LUJURIA

EN EL AÑO 1983 ERA ESTUDIANTE de la escuela bíblica y me consumía la lujuria. La espléndida conversión que había experimentado apenas unos meses antes había perdido toda su gloria porque había caído de nuevo en el pecado sexual. Estaba desesperado por ayuda, pero no sabía a quién o adónde recurrir. Sin embargo, cierto día el pastor de la iglesia a la que yo asistía anunció que la siguiente semana hablaría sobre el tema de la lujuria. ¡Recibí con júbilo la noticia! No podía esperar hasta el siguiente domingo. Ese día tan largamente esperado, después de lo que parecía el culto más prolongado al que yo había asistido, el pastor subió al púlpito y empezó su mensaje. Durante cuarenta y cinco minutos la congregación recibió un mensaje demoledor acerca de por qué la lujuria es pecado. Sabía que la lujuria era incorrecta... ¡pero necesitaba respuestas acerca de cómo vencerla en mi vida! Me fui de la iglesia más desanimado que nunca. Desde entonces Dios me ha dejado muy en claro cómo la lujuria se puede y se debe vencer en la vida del cristiano. Jesús abordó el tema en su Sermón del Monte:

> Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que

> se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno (Mateo 5:27-30).

Por desdicha este pasaje de las Escrituras ha sido muy desconcertante para algunos. Sin embargo, Jesús no les dice a los creyentes que luchan que empiecen a arrancarse miembros o a despedazarse el cuerpo. El verdadero problema que se aborda está en la mente. Si la mente se llega a corromper con la lujuria, se requerirá alguna ruptura sacrificial para reparar el daño. La lujuria no desaparecerá simplemente. El hombre que es sincero acerca de andar en pureza debe tomar algunas medidas drásticas. Las serias implicaciones de las declaraciones del Señor aquí deben servir como un incentivo. Hay tres aspectos de la lujuria que deben abordarse en la vida del creyente. Cada uno de estos elementos lleva consigo un arma con la cual atacar el problema.

CONDICIONES OUE CONDUCEN A LA LUJURIA

El espíritu de este mundo crea una atmósfera espiritual que conduce a la lujuria. El apóstol Juan dijo: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Juan 2:15-17).

El mundo está lleno de lujuria. En términos prácticos, el espíritu de este mundo se sustenta en el hecho de que los humanos tienen deseos carnales que son innatos en ellos: La lujuria por el placer, la lujuria por la ganancia y la lujuria por

la posición. Constantemente el enemigo trata de crear ciertos ambientes que son hechos a la medida de la lujuria particular que se encuentra dentro del ser humano. Por eso al diablo se le llama el «príncipe de la potestad del aire». Por ejemplo, si uno va a un centro comercial, encontrará allí un ambiente que promueve la codicia. Las mujeres son en especial vulnerables a las vitrinas de las tiendas de ropa. En estos lugares hay un clima espiritual que incita a la gente a querer cada vez más y más. Otro ejemplo es asistir a una pelea de boxeo. Ese ambiente estimula el orgullo, la ira y por último la violencia. Tales cosas en realidad se pueden sentir «en el aire». Si uno entra a un bar, el ambiente lo pone a uno en disposición de festejar. No obstante, es el enemigo el que trabaja en cada uno de estos escenarios.

Los hombres que están atrapados en la perversión sexual deben estar conscientes en todo momento del ambiente que tiende a provocar su lujuria sexual. Por ejemplo, no es aconsejable que un adicto sexual vaya a la playa o pase tiempo curioseando en un estante de revistas. Esto no depende tan solo de si hay o no muchachas escasamente vestidas a quienes quedárseles viendo como un tonto, sino que debe ser cuidadoso de cualquier lugar que tenga un ambiente sensual donde acechen los espíritus seductores.

Hasta el hogar debe protegerse con cuidado. La televisión, como ya hemos discutido, es una manera en que el enemigo puede llevar un ambiente lascivo al mismo seno del hogar. Lo más recomendable es deshacerse del televisor. Por lo menos, se debe limitar la frecuencia con que se mira la televisión y ser sumamente selectivo en cuanto a qué programas y comerciales mira. Otros detalles dentro del hogar que deben verse como trampas potenciales son las revistas, catálogos y periódicos. No es necesario suprimirlos por completo, pero al menos se debe tener cuidado con relación a lo que hay en la casa. La Internet también es una posible trampa del enemigo. Los sitios de pornografía en la red deben siempre ser eliminados. Es importante erradicar sin miramientos cualquier

cosa de la casa que el diablo pueda utilizar en un momento de debilidad. La persona que va a obtener la victoria sobre la lujuria debe hacer cualquier cosa que esté en sus manos para minimizar la capacidad del enemigo de afectarlo espiritualmente. A decisiones sacrificiales como estas son a las que se refería Jesús cuando hablaba acerca de sacarse los ojos y cortarse las manos.

APAGANDO LAS LLAMAS DEL INFIERNO

¿Quién puede describir de forma adecuada el infierno de vivir en el espíritu de la lujuria? Soportar la tormentosa y lacerante degradación de la lascivia sexual, pero nunca estar satisfecho... cometer actos humillantes y degradantes... esforzarse con todo el corazón por alguna experiencia y después, una vez que se ha logrado, encontrarla vacía y nada satisfactoria... que el pensamiento de uno llegue a ser oscuro, maligno e insano... lastimar a los seres queridos una y otra vez... experimentar una vida de calamidad, desesperación y desesperanza... encontrarse a la deriva, cada vez más y más alejado de Dios... cualquiera que haya vivido esta clase de vida sabe más acerca de las llamas del infierno de lo que se pueda dar cuenta.

La vida lujuriosa es una vida infernal. Además, la lujuria es exigente y nunca se satisface. Mientras más alimenta uno a la bestia, más voraz se vuelve. Tal vez la reacción alérgica a la hiedra venenosa ilustraría el intenso deseo por la inmoralidad que consume a algunos. El cuerpo queda cubierto de ronchas que incitan a una intensa picazón. Si la persona se rasca el área infectada, corre el riesgo de que se ponga peor y se extienda a otras partes del cuerpo. ¡Si no se rasca, se siente como si fuera a volverse loca! Aun así, aunque se rasque con una lima de metal, minutos más tarde la comezón se sentirá mucho más.

En el segundo capítulo vimos que una de las primeras cosas que le suceden a la persona que se hunde en el peca-

do sexual es que se torna desagradecida. Para muchos, la espiral de la degradación es una realidad horripilante. ¡Sin embargo, la buena noticia es que si uno vuelve sobre sus pasos puede salir de ese foso! La gratitud apaga el fuego de la lujuria. Un espíritu agradecido destruye la pasión motriz hacia el sexo porque crea satisfacción dentro del corazón del hombre. Sosiega a la bestia, sofoca las llamas y medicamenta la comezón. El mensaje detrás de la lujuria es: «¡Yo quiero! ¡Yo quiero! ¡Yo quiero!» El sentimiento que se alberga dentro del corazón agradecido es: «¡Mira todo lo que tengo! Gracias Señor, por todo lo que has hecho por mí y lo que me has dado. No necesito nada más». Un corazón agradecido es un corazón completo. Cuando una persona está contenta con la vida, la lujuria no la conducirá a lo que no debe tener. Por ejemplo, la otra noche tuve una gran cena mexicana. Después, si el mesero me hubiera traído una deliciosa costilla de cordero o un espléndido filete, no hubiera querido ninguno de los dos. ¡Estaba complacido! Mi apetito estaba satisfecho por completo, así que no quería nada más.

Existen aquellos que dirán: «¿De qué tengo que estar agradecido? Mi vida no es más que un lío total. Yo soy totalmente desdichado. Me siento presionado para renunciar a hábitos a los que parece que no puedo renunciar. Mi esposa está hastiada de mí. No soy feliz en el mundo, pero tampoco soy feliz como cristiano. ¿De qué es exactamente de lo que tengo que estar agradecido?» Nunca se les ha ocurrido que gran parte de la razón por la que ellos están en esa situación difícil es justo por su espíritu mísero y desagradecido. Qué concepto tan distinto el de la ancianita que vivía en la pobreza, la cual miró el trozo de pan seco y el vaso de agua colocados en la mesa frente a ella y exclamó: «¡Qué cosa! ¿Todo esto además de Cristo?»

Esto me recuerda la historia de dos muchachitos de nueve años de edad. El papá de Juan es un opulento abogado de una gran ciudad. En la época de Navidad le compró a su hijo una gran cantidad de regalos. El que lo emocionó más fue el

nuevo sistema de Super Nintendo que le compró a su muchacho. La víspera de Navidad tuvo cuidado de ponerlo al final de la parte trasera del árbol, para que fuera el último regalo que Juan abriera. A la mañana siguiente el niño de nueve años, con impaciencia, abría y apartaba todos sus regalos. La expectación de su papá iba en aumento hasta que al fin Juan agarró el último regalo. Rompió el papel que lo envolvía, descubrió el *Super Nintendo* y lo arrojó al piso. «¡Yo quería el nuevo *Playstation Sony!*», dijo a gritos, mientras salía en un arrebato hacia su dormitorio, azotando la puerta tras él.

Mientras tanto, en México hay un orfanato donde abandonan a los niños no deseados. La vida en ese lugar en ruinas es todo lo que Pedrito ha conocido. En esa misma mañana de Navidad un pastor americano se apareció con una camioneta de juguetes usados que había reunido en la iglesia. Comenzó a entregarles diversos juguetes a todos los niños. No pudo evitar fijarse en Pedrito, que estaba de pie a un lado. Se fue al camión y sacó una bicicleta con los rayos rotos y el manubrio chueco. La bajó por la rampa, se la llevó a Pedrito y le dijo: «Aquí tienes, chiquillo, esto es para ti». El muchachito la miró asombrado. Nadie le había dado nunca nada. No podía creerlo. «Anda, Pedrito, es para ti». Al escuchar esto, el niño montó la bicicleta y comenzó a andar en ella, riendo y llorando de alegría.

Estos dos muchachos representan las actitudes que podemos escoger ante la vida. Tenemos mucho de qué estar agradecidos. Dios en verdad ha derramado su gracia sobre nosotros los creyentes. Un rápido repaso a las Escrituras nos muestra algunas de las cosas que Dios da a sus hijos, aquellos que lo han recibido como Salvador y viven conforme a su Palabra: Dios entregó a su Hijo, el regalo más preciado que tenía, y lo ofreció para morir en la cruz por nosotros (Juan 3:16). Él nos otorga vida eterna (Romanos 6:23) y nos da todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad (2 Pedro 1:3). Nos da las llaves del reino (Mateo 16:19) y nos confiere

la potestad de pisotear serpientes (Lucas 10:19). Reparte dones espirituales (1 Corintios 12). Nos da el derecho de ser hechos hijos de Dios (Juan 1:12). Nos da espíritu de poder, de amor y de dominio propio (2 Timoteo 1:7). Hace posible que obtengamos la victoria a través de Jesús (1 Corintios 15:57). Nos proporciona toda la sabiduría que necesitamos (Santiago 1:5). Nos da el Espíritu Santo (Hechos 2:38). Las listas de los cristianos de las cosas por las cuales darle gracias a Dios no tienen límite. Si un creyente no es agradecido es porque voluntariamente decide no serlo.

La gratitud es una disposición que debe alentarse y alimentarse. Si un creyente espera hasta sentirse agradecido, puede que esto nunca suceda. Desarrollar el hábito de ser agradecido, independientemente de sus circunstancias, debe ser una prioridad. Hay dos cosas básicas que uno puede hacer y que le ayudarán a lograrlo. En primer término, la persona necesita arrepentirse de ser quejumbrosa. Esto significa que le pide al Señor que la perdone por su espíritu de ingratitud. Debe contraer el compromiso de dejar de rezongar. Tendrá que arrepentirse de sentir lástima hacia sí misma porque esta es una disposición profunda que fomenta la ingratitud. También debe arrepentirse de ser exigente y egoísta en la vida. Los cristianos deben vivir con un espíritu como el de Pedrito, en vez de demostrar la actitud de Juan.

En segundo lugar, una persona debe aprender a expresar la gratitud. Con regularidad debe agradecer todo lo que Dios ha hecho en su vida. El Señor en efecto ha sido sumamente paciente con aquellos de nosotros que hemos luchado con el pecado sexual. ¡Tenemos mucho de qué estar agradecidos! Otro ejercicio práctico que uno puede hacer es elaborar listas de gratitud. Por ejemplo, un creyente puede escribir todas las cosas que recuerde que han sucedido a lo largo de su vida por las cuales está agradecido. Luego le sugiero elaborar una sobre su trabajo. De todos los regalos que le he dado a mi esposa, uno de sus favoritos es una lista enmarcada de treinta y cinco cosas que a mí me encantan de ella, la cual le regalé

cuando cumplió treinta y cinco años de edad. Hasta la fecha, ella adora este regalo.

Elaborar listas de gratitud tendrá un efecto increíble en el espíritu de la persona. Ore para que usted se convierta de un hombre infeliz que nunca está satisfecho con su vida y no puede encontrar nada por lo que agradecer a Dios, en uno que alaba al Señor por todo, aun por los pequeños detalles y por aquellas circunstancias adversas que no está en sus manos cambiar.

LIMPIANDO EL VASO

En el cuarto capítulo hablé sobre la necesidad de demoler las fachadas de santidad y dejar al descubierto la verdadera naturaleza del corazón de uno. En el quinto capítulo conocimos acerca de la mente del hombre entregado al pecado, que está lleno de maldad y otras cosas por el estilo. Jesús utiliza esta misma terminología cuando habla de los fariseos. Cierto día, él estaba comiendo con los fariseos cuando uno de ellos lo criticó por no lavarse ceremonialmente las manos antes de comer. Esto sería comparable a un cristiano que no inclinara la cabeza y cerrara los ojos al dar las gracias por los alimentos. Jesús se volvió hacia ellos y dijo: «Ahora bien, vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad. Necios, ¿el que hizo lo de fuera, no hizo también lo de adentro? Pero dad limosna de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio» (Lucas 11:39-41).

En los últimos quince años he atendido a miles de hombres que viven en pecado sexual. Muchos habían aprendido a limpiar su vida exterior. Asistían con fidelidad a la iglesia. Habían renunciado a su vida pasada de fiestas y francachelas. Se habían arrepentido de la rebelión abierta en que habían vivido en un tiempo hacia Dios. Según su exterior parecía que les iba bastante bien. Sin embargo, en lo interno era

otro asunto. Aunque habían limpiado el vaso por fuera, su mundo interior todavía estaba lleno de maldad y «desenfreno», como dijo el Señor de los fariseos en otra ocasión (véase Mateo 23:25).

Jesús no censuró a los fariseos por limpiar lo externo de sus vidas. Por el contrario, Dios quiere que vayamos a la iglesia y nos arrepintamos de esa visible evidencia externa de maldad. Él estaba tratando de enseñarles que tiene la misma importancia limpiar la vida interior. Muchos hombres que han sido controlados por una lujuria violenta han logrado superar los actos externos del pecado sexual, pero interiormente todavía los consume la lujuria. Algo debe cambiar en la vida interna.

Ese día Jesús les dio la respuesta a los fariseos: «Dad limosna de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio» (Lucas 11:41). En una palabra, él puso el dedo en la llaga. Los fariseos no eran dadores de corazón, sino despojadores. ¡Nuestro Salvador era todo lo contrario! Él pasó todo su ministerio dándole a los demás. Su vida estaba dedicada a realizar actos de misericordia. Constantemente se sacrificaba por los demás, demostrando siempre bondad, sanidad, liberación, enseñanza y capacidad de dar. Lo que estaba dentro de él salía en forma de misericordia, amor y compasión.

Con esa sola palabra, dar, Jesús le proporciona la respuesta a la persona que ha aprendido a hacer las cosas externas de la religión y todavía está lleno de maldad. Esta sola palabra, que se utiliza unas dos mil veces en las Escrituras, describe la esencia fundamental de Dios y por consiguiente lo que significa ser piadoso. También describe por qué muchos permanecen derrotados. Los pasos que se enseñan en este libro conducirán al hombre que lucha hacia la victoria. Él podrá cerrar las vías que le ha abierto al diablo. Podrá permitir que Dios se haga cargo de su carne y atravesar por su poderoso proceso de disciplina. Podrá evadir los ataques del enemigo. Podrá ver cómo es en realidad y pasar por un verdadero quebrantamiento. Podrá desarrollar una maravillosa

vida de devoción. Sin embargo, si Dios le va a limpiar por dentro, una transformación tendrá que ocurrir en su interior. ¡Debe adjudicarse menos y dar más!

La lujuria es una pasión, una pasión egoísta. Mirar con lascivia el cuerpo de alguien es buscar quitarle algo a esa persona para uno mismo. El deseo sexual gira por completo alrededor del placer de la propia carne. Es egoísmo total. Hay otra pasión disponible para el hijo de Dios. Es lo que impulsó a Jesús a entregar su vida en la cruz del Calvario. En una versión de la Biblia esto se traduce como su «pasión» (Hechos 1:3, KJV). Existe un flujo celestial en el que se puede sumergir una persona a fin de satisfacer las necesidades de otros. Este es el fuego santo en el que vive Dios; es una pasión por ayudar a los necesitados. Tal concepto parece extraño por completo para el hombre que ha vivido toda su vida en el egocentrismo. «Mira, amigo, yo solo quiero deshacerme de este problema de la lujuria. No ando en busca de poner el mundo al revés». Sin embargo, esta es la respuesta que Jesús les dio a los que necesitaban una gran purga interna. Él habló de dar, lo cual es el espíritu opuesto a querer quitar para sí.

¿Qué fue exactamente lo que Jesús quiso decir cuando formuló el segundo y más grande mandamiento, uno de los dos mandamientos en los cuales se basa toda la Biblia? Cuando dijo que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, ¿quiso decir, como alegan los sicólogos y sociólogos del mundo, que primero necesitamos aprender a amarnos nosotros mismos? ¡No! Si hay algo que es cierto acerca de los que están en pecado sexual es que han hecho un trabajo absoluto y total con relación a amarse a sí mismos. En realidad, ellos han estado complaciéndose a sí mismos con tanta pasión que han lastimado a todas las personas que se encuentran a su alrededor. ¡En realidad, Jesús debe haber querido decir algo diferente por completo a esto! Cualquiera que haga más que solo un examen superficial del Nuevo Testamento seguro podrá ver que el fundamento de la vida cristiana implica hacer el bien a los demás. ¡Amar a los demás no es una suge-

rencia, sino un mandamiento! Si uno mira los Diez Mandamientos, encontrará que los primeros cuatro tratan de nuestro amor a Dios y los últimos seis de nuestro amor a los demás. En verdad, permítanme llevar esto un paso más allá. Cada vez que una persona peca, está pecando contra Dios y/o contra otra persona.

Jesús señaló: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos por los otros» (Juan 13:34-35). Pablo dijo: «No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley» (Romanos 13:8). Pedro indicó: «Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados» (1 Pedro 4:8). Y finalmente, Juan declaró: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (1 Juan 4:19-20).

Amar a los demás en el poder de Dios no es ningún vago concepto místico. En los términos más sencillos, significa dar de sí mismo. Jesús dijo: «Dad limosna de lo que tenéis, y entonces todo os será limpio». Cuando el individuo aprende a convertirse en dador en el corazón, empezará a ver todo en la vida de una manera diferente. Se limpiará por dentro.

A un nivel práctico, una vía segura hacia esta pasión celestial es comenzar a ver las necesidades de los demás. Los pecadores sexuales son expertos en tener sumo cuidado de todas sus necesidades y deseos. ¡Qué poco o nulo interés han demostrado por las vidas de las otras personas! Pablo expresó de una manera práctica lo que es el amor: «Estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2:3-5).

Indiscutiblemente, este es el propósito que Jesús ha tenido hacia nosotros. Él ha sido paciente y en extremo misericordioso con cada uno de nosotros. Ha tratado de hacer todo dentro de su poder para hacernos el bien. No obstante, muchos son como el esclavo a quien se le perdonó una gran deuda, pero que se le olvidó con rapidez la misericordia que habían tenido con él y por consiguiente demostró una falta de misericordia hacia su prójimo. A él el rey le dijo: «Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?» (Mateo 18:32-33).

Jesús señaló: «Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia» (Mateo 10:8). En otras palabras, vaya y satisfaga las necesidades de otros. Comience a ver a la gente como Dios la ve. Tan pronto como lo haga, la compasión de Dios crecerá dentro de usted. Un cambio gradual ocurrirá en su corazón. En vez de ver a la gente como objetos a utilizar para satisfacer sus propios propósitos egoístas, empezará a verlos como gente con problemas, luchas y sufrimientos. Usted empezará a invertir su vida en la de los demás para el bien de ellos. Esta es la vida cristiana normal. Cualquiera puede afirmar ser seguidor de Cristo, pero los que en verdad tienen el Espíritu de Dios dentro de ellos se verán con el tiempo estimulados a amar a los demás. Oswald Chambers dijo:

> Cuando el Espíritu Santo ha derramado en todas direcciones el amor de Dios en nuestros corazones, entonces ese amor requerirá cultivarse. Ningún amor en la tierra se desarrollará sin que se cultive. Nosotros tenemos que dedicarnos a amar, lo cual significa identificarnos con los intereses de Dios por otras personas.[1]

Jesús dijo que diéramos lo que tenemos dentro de nosotros. Si el pecado está en el corazón, ¿no sería el corazón el

mejor lugar para tratar con esa actitud? «Todas estas maldades salen de dentro y contaminan al hombre», señaló Jesús (Marcos 7:23). La clave está en llenar el corazón de uno de bondad al orar por los demás. Cuando en realidad se aprende a interceder por las necesidades de otra gente, ocurre una transformación. Se llega a ser un dador en el corazón en vez de un despojador. Dios quiere que haya un espíritu de bendición dentro de su pueblo todo el tiempo. Mientras más ore el hombre por los demás, menos llegará a irritarse, ofenderse y dejarse provocar por otros; y por supuesto, tendrá menos tentaciones sexuales.

Orar por los demás es un paso fundamental hacia la liberación de la adicción sexual. En realidad, es un paso enorme. Ese cambio pronto saldrá del corazón y se verá en las acciones externas. Un nuevo espíritu dadivoso sustituirá la vieja mezquindad. Tal como sucedió en la transformación del viejo Scrooge (el personaje del conocido cuento de Navidad a quien se le aparecen los espíritus y le hacen ver la mezquindad de su corazón), la persona pronto buscará oportunidades para suplir y ayudar a las necesidades de los demás. Se deleitará en dar de su tiempo, dinero y posesiones. Y lo que es aun más importante, entregará su vida con el único fin de que otros puedan prosperar y recibir bendiciones.

La mejor forma de empezar este proceso es buscar una necesidad y hacer algo para suplirla. Recuerdo cuando estaba en mis primeros días de liberación. El Señor puso en mi corazón una ansiedad por empezar a repartir bolsas con artículos básicos a la gente desamparada de los barrios bajos de la ciudad donde vivía. Con mi dinero fui a comprar comestibles de primera necesidad que creí serían una bendición para esa gente necesitada. Hice esto por varias semanas, hasta que el Señor me guió. ¡Qué maravillosa oportunidad de hacer caridad sin esperar nada a cambio! Fue la primera vez que en verdad comprendí lo que Jesús dijo: «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20:35).

Las posibilidades para suplir las necesidades de los demás son infinitas. Mencionaré solo algunas: El ministerio en los asilos de ancianos está buscando siempre voluntarios para ayudar a estas personas mayores cuyas familias y amigos a menudo han olvidado y abandonado. ¡Qué estupenda oportunidad para mostrar la misericordia que Dios le ha dado! Los ministerios en las cárceles necesitan hombres que se interesen por aquellos que están tras las rejas. Los grupos de jóvenes en las iglesias necesitan que alguien se preocupe por sus vidas, así como los orfanatos. Pero si usted no encontrara algo donde desarrollar sus capacidades, hable con su pastor y ofrezca sus servicios en cualquier otro ministerio dentro o fuera de la iglesia. La mayoría de los pastores están inundados de deberes pastorales y de diversos problemas concernientes a los miembros de su congregación, y cuentan con muy pocas personas dispuestas a dar de su tiempo.

Es muy importante que uno no se involucre en situaciones que eleven su ego. Los hombres que han estado implicados en el pecado sexual deben primero aprender a convertirse en servidores. Llegar a involucrarse en una posición de liderazgo donde sobresalga de los demás destruirá todo su propósito. Jesús dijo: «Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 6:1). La persona tiene que servir desinteresadamente o nada cambiará en el interior de su corazón.

Si se despoja por completo de sí mismo, pronto llegará a comprender la vida bendecida de ser un dador. No hay ningún demonio en el mismo infierno que pueda impedirle vivir el amor de Dios y demostrarlo hacia los demás. Hasta que el adicto comience a dar, permanecerá prisionero tras los muros de su propio egoísmo.

Cierre toda vía de acceso que el enemigo pueda tener para afectar su alma; desarrolle y alimente un espíritu agradecido; y aprenda a dar en vez de quitar. Estos ejercicios espiri-

tuales transformarán la forma en la que ve a la demás personas. Usted comenzará a verlos a través de los ojos del único que entregó su vida tanto por usted como por ellos.

diecisiete

CÓMO SER UN GRAN AMANTE (Capítulo para hombres casados)

> Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros (Juan 13:34-35).

NUESTRA SOCIEDAD le da un tremendo énfasis al sexo. Se exalta a los don Juanes y a los Casanovas como ídolos, pese a que ambos eran adictos sexuales, obsesionados con la siguiente conquista. Hollywood mantiene una constante representación del héroe como el gran amante que tiene numerosas mujeres a su disposición. Rara vez el protagonista está felizmente casado y dedicado solo a su esposa. El mensaje que la industria cinematográfica trasmite es que es bueno y aceptable ser sexualmente activo con muchas parejas. La presentación mundana del amante seductor disfraza la realidad del egocéntrico mujeriego insatisfecho que va de mujer en mujer, tratando con desesperación de llenar el vacío de su vida.

Quizás la razón por la que Hollywood promueve con tanta facilidad al adulterio es porque tiene una idea muy superficial sobre el significado del amor. En las películas, el amor es una oleada de emoción que sobrecoge a la persona casi contra su propia voluntad. ¿Cuántas películas hay donde la mujer casada «se enamora» de forma involuntaria de otro hombre? Ella sabe que es erróneo, pero parece que no puede evitarlo.

Por supuesto, siempre se hace aparecer al marido como algún monstruo, de tal manera que todo el mundo aplaude cuando la angustiada esposa al fin se entrega a sus sentimientos y comete adulterio.

El concepto que el mundo tiene del amor es en extremo superficial y se limita a una emoción que la persona siente en algún momento en particular. Puesto que se espera que cada uno tenga en cuenta sus intereses antes que los de los demás, según el concepto del mundo, el amor no es más que el sentimiento electrizante de una nueva relación. Por lo tanto, en realidad el concepto del amor que presenta Hollywood no es otra cosa que la lujuria sexual. Basados en su equivocado concepto, nuestras emociones son el fundamento del amor. Se puede decir con seguridad entonces que el compromiso es tan firme como las palabras fluctuantes de la persona. Por consiguiente, no sorprende que el índice de divorcios en los Estados Unidos se haya elevado súbitamente durante los últimos cuarenta años, ya que el nivel de devoción y el sentido de compromiso matrimonial ha descendido de modo considerable.

EL AMOR BÍBLICO

La Biblia da el significado correcto de la palabra amor. El amor no se basa en sentimientos misteriosos que abruman a una persona desventurada. Es una decisión voluntaria, premeditada, así como también un acto altruista de tratar a otra persona con bondad y respeto. Pablo señaló: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros» (Filipenses 2:3-4). El apóstol Juan dijo: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su

corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1 Juan 3:16-18).

El nivel de compromiso del marido hacia su esposa se debe en gran medida a que se ha dedicado a sí mismo al estilo de vida cristiano, despojado de egoísmo. Los sentimientos pueden ir y venir, pero el compromiso de un cristiano con su esposa es de por vida. Este nivel de devoción a otra persona no es difícil para el hombre que vive su vida con un sincero interés por las necesidades y sentimientos de los demás, en especial de su esposa y su familia.

El fundamento del amor bíblico radica en la conducta de uno, no en los sentimientos. Por ejemplo, cuando el hombre es amable con su esposa, demuestra que la ama; así que, cuando es poco amable con ella, significa que no la ama. Puesto que el amor es un comportamiento que la persona puede decidir hacer, sus emociones siempre deben ser secundarias a su conducta. Esta es la razón por la cual Jesús podía mandar a sus seguidores a amar a sus enemigos. Él no esperaba que ellos tuviesen sentimientos cálidos y tiernos cuando los demás los maltrataran, y les dio instrucciones prácticas de cómo manejar tales situaciones:

> Pero vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva. Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos (Lucas 6:27-31).

El hombre que desea ser un gran amante conforme a las normas bíblicas tiene los medios para hacerlo; no sencilla-

mente porque sea una decisión que tome, sino porque el Espíritu Santo reside dentro de él y amará a los demás por medio suyo. Los mismos principios que enseñan las Escrituras acerca de cómo el creyente debe tratar a los demás deben también aplicarse a la compañera de uno. En realidad, cuando escuchamos a Jesús decir «ama a tu prójimo como a ti mismo»... ¡uno debe llegar a la convicción de que el prójimo más cercano es su esposa! Para el propósito de nuestro estudio aquí sería útil examinar la disertación de Pablo sobre el amor que aparece en el capítulo 13 de la primera carta a los corintios.

> El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor jamás se extingue (1 Corintios 13:4-8, NVI).

En esta parte de la Biblia, al hombre casado se le da una riqueza de información acerca de cómo ser un «gran amante». Examinemos estos diferentes elementos del amor en el contexto del matrimonio. Pablo comienza su enseñanza diciendo que el verdadero amor es paciente con la otra persona. Para muchos maridos este es un gran problema. La mayoría de los hombres que han estado involucrados en el pecado sexual tienden a acercarse al lecho conyugal con una falta de genuino interés por los sentimientos de su esposa. A menudo ven a su esposa como un objeto a utilizarse para satisfacer sus necesidades sexuales. En gran medida pasan por alto las necesidades de su mujer. Es un hecho que las mujeres son más lentas en su respuesta sexual que los hombres. El hombre que está involucrado en un estilo de vida sucio con frecuencia no tiene la paciencia para mostrar interés en las necesidades sexuales de su esposa. Justo cuando ella apenas está

preparándose, él ya terminó y está listo a darse la vuelta para dormirse. Este acto flagrante de egoísmo es muy desafortunado porque es una maravillosa oportunidad para que él coloque las necesidades de ella por encima de las propias y le demuestre el amor que ayudará a mantener unido el matrimonio.

De igual importancia es la bondad. El verdadero amante bíblico es el hombre que es amable y gentil con su esposa. ¡No puede gritarle a su esposa durante la cena y luego esperar que ella esté «con ánimo» esa noche! Muchas esposas han estado emocionalmente abatidas por años debido a que sus maridos son abusivos y controladores. Las mujeres son muy sensibles y frágiles. Ellas necesitan que se les trate con delicadeza. En efecto, un marido debe aprender a ser un caballero. Cuando el marido aprende a tratar a su esposa con ternura, los muros que ella ha construido a través del tiempo al final se desplomarán. En general a una mujer le gusta complacer a su marido, pero la severidad de él la deja temerosa. No obstante, al restaurarse gradualmente la confianza, ella podrá «salirse de la concha» y dar mucho más en todas las áreas. El apóstol Juan dijo: «En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor» (1 Juan 4:18). Si el marido puede restaurar la confianza que ha destrozado, la relación de amor entre él y su esposa se puede restablecer.

Otras características del amor «ágape» es que no es celoso ni envidioso. Debido a la tremenda cantidad de culpa que cargan los adictos sexuales, a menudo viven inconscientemente temerosos de que sus esposas les sean infieles. Llegan a sentir celos de sus esposas, imaginando toda clase de cosas... pura paranoia. Por lo general esto es solo una proyección de su propia culpabilidad. Al comenzar a salir del pequeño mundo egoísta en el que han vivido tanto tiempo, estas inseguridades se disiparán de forma gradual.

El amante bíblico nunca es arrogante ni altanero. ¡Cuando estaba en lo profundo del pecado, en realidad pensaba que mi esposa era inmensamente dichosa al tenerme! Desarrollé

esa actitud en el curso de los años porque me sentía confiado de que siempre podría encontrar otra muchacha que me amara. En ese tiempo no lograba ver qué persona tan detestable era por dentro. ¡No era mi esposa la dichosa, sino que yo era el afortunado! Esto llegó a ser real para mí cuando ella me dejó y entabló una demanda de divorcio. De repente me di cuenta de que la probabilidad de encontrar a otra mujer que amara a Dios y a su marido era remota. En su misericordia, el Señor restauró mi relación con mi esposa y mi actitud nunca volvió a ser la misma. Una de las cosas que he aprendido a través de los años es cuánto respeta una mujer la humildad de un hombre. Siempre había creído que la mansedumbre era algo que causaría que la mujer perdiera el respeto a su marido, pero la verdad es exactamente lo contrario.

Esto nos lleva a la característica más importante del amor. Pablo dijo que el verdadero amor no busca lo suyo. Puedo recordar con claridad cuán egoísta era con mi esposa. Mirando hacia el pasado, parece que todo en nuestras vidas giraba alrededor de lo que yo quería, de cómo quería que fuesen las cosas, de lo que me hacía feliz y así sucesivamente. Mi esposa se veía forzada a ganarse a duras penas los pocos placeres que podía en la vida, algo bastante parecido al perro que espera bajo la mesa algunas míseras sobras de comida. Este modo egoísta de vida también se trasladaba a la alcoba. El sexo era principalmente solo para mi placer. No se me ocurría que a mi esposa también le gustaba disfrutar y experimentar una verdadera intimidad con su marido.

Felizmente, al empezar a madurar en mi fe y asumir la responsabilidad de mis actos, me vi forzado a enfrentar el hecho de que había sido en extremo egocéntrico en todas las áreas de mi vida. Tal como vimos en el capítulo anterior, si el hombre interior se va a limpiar debe ocurrir una gran transformación: debe cambiar de ser despojador a ser dador. Eso es exactamente lo que el Señor comenzó a hacer dentro de mí. La convicción interior acerca de mi egoísmo abrió mis ojos hacia las necesidades de mi esposa. Principié a darme

cuenta de que ella, como mujer, tenía necesidades emocionales que debían satisfacerse dentro de los momentos de intimidad. También aprendí a poner sus deseos por encima de los míos. Empecé a hacerme preguntas como: «¿Qué puedo hacer para complacerla?» «¿Qué le gustaría a ella?»

Al llegar a ser menos egoísta en la cama nuestros momentos de intimidad llegaron a ser más agradables. Ya no era necesario entretenerme con profusas fantasías para consumar el acto. De forma gradual, el placer de tener una vida sexual sana con mi esposa fue suficiente para mantenerme satisfecho. No solo disminuyó mi lujuria por las otras mujeres, sino que aumentó el amor por mi esposa. Ella comenzó a responder al ver el cambio que estaba ocurriendo dentro de mí. Al crecer nuestro amor, los muros protectores se derrumbaron y comenzamos a trabajar juntos, como debe hacerlo una pareja casada, en vez de uno en contra del otro.

Además, la persona que tiene amor verdadero no es irritable ni chocante. No guarda rencor contra los que al parecer le han ofendido. Poco a poco aprende a desprenderse de sí misma y a ver la importancia de los que le rodean. Qué vida infernal es estar consumido de forma constante por los propios derechos de uno. C. S. Lewis dijo: «Debemos imaginarnos el infierno como un estado donde todo el mundo está perpetuamente preocupado por su propia dignidad y progreso, donde todo el mundo tiene un resentimiento, y donde todo el mundo vive las serias pasiones mortales de la envidia, la vanagloria y el resentimiento».[1]

Tal como ya se discutió, el hombre en pecado sexual ha vivido una vida de engaño. Una vez que empieza a salir de esa oscuridad, comienza a tener un nuevo aprecio por la verdad... aunque sea a expensas de él. Cuando asume la responsabilidad de cómo ha sido y abandona su doble vida, su esposa sentirá que se desmorona su vida de engaño y la negación de sus fallas, y una gran esperanza la inundará. Sin embargo, si el marido involucrado en la inmoralidad continúa desviando la culpabilidad hacia ella o los demás, o minimizando su

pecado, la esposa no sentirá que puede confiar en él. Admitir su naturaleza pecaminosa conduce al hombre fuera de la oscuridad y hacia la luz.

Mientras Pablo finalizaba su discurso, parece como si las palabras le brotaran de forma precipitada: «Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta ... el amor jamás se extingue». Muchos adictos sexuales casados exigen esta clase de amor de sus esposas a pesar de que ellos han dado muy poco. La esposa responderá a lo que su marido le da. Es responsabilidad de él amarla primero (Efesios 5:25). Cuando ella sienta lealtad y compromiso de parte de él, por lo general responderá como corresponde. Si él demuestra que cree en ella, su fe en su esposo debe comenzar a crecer.

UNA OPINIÓN DIFERENTE DE LA ESPOSA

Muchísimas veces en el curso de los años en el Programa de Rehabilitación Vida Pura hemos estado en la desafortunada posición de tener que consolar al hombre arrepentido por la pérdida de su esposa. Esta siempre es una situación triste. ¡Qué lástima! Cuando al fin el hombre ha vuelto a sus cabales y está dando con sinceridad los pasos hacia un verdadero arrepentimiento, ya es demasiado tarde. La esposa ha sido lastimada demasiadas veces y ha decidido que ya fue suficiente. Una vez que ha tomado esa decisión en el corazón, le es casi imposible cambiar de parecer. Algo dentro de ella llegó al límite. Le ha cerrado su corazón y ha decidido continuar su vida sin él.

Otros hombres son más afortunados. Sus esposas todavía no han llegado a ese estado. Estos hombres han empezado el proceso de arrepentimiento antes de que fuese demasiado tarde. Ahora ellos tienen la envidiable posición de tener una compañera que los puede ayudar en todo el proceso de restauración. Salomón entendía el valor de tener una esposa en medio de esta lucha. Después de advertirles a los hombres sobre las consecuencias de entregarse al pecado, él trata de

razonar con los maridos para que se apasionen con su propia esposa en vez de perseguir a otras mujeres extrañas:

> Bebe el agua de tu misma cisterna, y los raudales de tu propio pozo. ¿Se derramarán tus fuentes por las calles, y tus corrientes de aguas por las plazas? Sean para ti solo, y no para los extraños contigo. Sea bendito tu manantial, y alégrate con la mujer de tu juventud, como cierva amada y graciosa gacela. Sus caricias te satisfagan en todo tiempo, y en su amor recréate siempre. ¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la mujer ajena, y abrazarás el seno de la extraña? Porque los caminos del hombre están ante los ojos de Jehová, y él considera todas sus veredas. Prenderán al impío sus propias iniquidades, y retenido será con las cuerdas de su pecado. Él morirá por falta de corrección, y errará por lo inmenso de su locura (Proverbios 5:15-23).

En esta sección de las Escrituras hay tres palabras de acción que quiero analizar brevemente. Primero, Salomón dice que el hombre debe alegrarse con la esposa de su juventud. Este es el espíritu de gratitud del que hablamos antes. En vez de tener una actitud quejumbrosa por lo que Dios le ha dado, él debería desarrollar un corazón agradecido por su esposa. Ella es una maravillosa bendición de Dios para él.

Luego, Salomón instruye al hombre para que esté satisfecho de las relaciones sexuales con su esposa. Es obvio que esta es una conversación para la alcoba. Pero tal satisfacción es aquella que proviene de tener un corazón agradecido. La satisfacción está disponible para el hombre que está dispuesto a permitir que Dios lo cambie.

Por último, exclama: «Y en su amor recréate siempre. ¿Por qué, hijo mío, andarás ciego con la mujer ajena?» Tal vez yo pueda expresarlo de esta forma: «Regocíjate con tu

propia esposa. Si el Señor puede ayudarte a que te emociones con su amor, ¿por qué querrías acostarte con alguna prostituta?»

Esto apunta hacia las obras de Dios que el hombre carnal no puede comprender. Dios tiene el poder de hacer posible que una persona esté satisfecha con lo que se le ha dado. Esto requiere paciencia y obediencia. Cuando el hombre obedece a Dios, hace posible que el Señor le ayude y lo bendiga. Esto toma tiempo.

Un cuadro maravilloso de este concepto se nos da por medio de la historia de los israelitas (como se mencionó antes) mientras estaban con Moisés en el desierto. Esta historia la abordamos con anterioridad cuando vimos cómo Dios deja a alguien disfrutar de lo que él ha insistido que quiere. Regresemos a esta historia, a fin de que podamos lograr una mayor comprensión de la ayuda de Dios en la batalla contra la carne. Para captar el sentido solo necesitamos mirar una pequeña parte de la narración.

> Y la gente extranjera que se mezcló con ellos tuvo un vivo deseo, y los hijos de Israel también volvieron a llorar y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca, pues nada sino este maná ven nuestros ojos (Números 11:4-6).

Esta historia ilustra tanto el espíritu de la lujuria cómo la manera en que Dios trata de proporcionar un escape. Los hijos de Israel andaban errantes en el desierto porque el Señor estaba tratando de extirpar el amor a la idolatría egipcia antes de que los enviara a la tierra prometida. En el plan de Dios, todo dependía de que permitieran que él los transformara de inicuos idólatras en una nación piadosa. Los «deseos codiciosos» que condujeron a los israelitas a la rebelión

son bien comparables a la lujuria que ha conducido a muchos cristianos a la misma situación desdichada. Hay hombres que se mantienen en cautiverio por el recuerdo de los encuentros sexuales del pasado. Constantemente están tratando de volver a vivir esas experiencias para recapturar el sentimiento. No han estado dispuestos a entregarse y aceptar el plan de Dios para sus vidas. Quieren vivir a la sombra del Monte Sinaí, pero no están dispuestos a abandonar Egipto. Por lo tanto, un constante murmullo y desasosiego tiene lugar dentro de sus corazones.

El maná es un retrato de la esposa del hombre. Dios le ha dado una respuesta a su apetito. Sin embargo, el maná es aburrido para los hombres que están acostumbrados a comer de una gran variedad. Ellos están renuentes a permitirse estar satisfechos. Dios tiene una respuesta para los que con sinceridad la quieren. Se encuentra en las palabras de lamento de los murmuradores: «Pero ahora se ha ido nuestro apetito, pues nada sino este maná ven nuestros ojos». Si el hombre aprende a amar a su esposa, a pesar de lo que sienta por dentro, Dios le quitará el apetito que tiene por otras mujeres y le dará en su lugar un deseo por su esposa. «Regocíjate con tu propia esposa. Si el Señor puede ayudarte a que te emociones con su amor, ¿por qué querrías acostarte con alguna prostituta?»

Dios ayudará al hombre a emocionarse con el amor de su esposa si aprende a amarla como Dios lo hace. Eso es lo que él ha hecho en mi vida, y puedo dar testimonio de ello. Yo estoy satisfecho. Al igual que el populacho en el desierto, cada cual tendrá que decidir si quiere estar satisfecho.

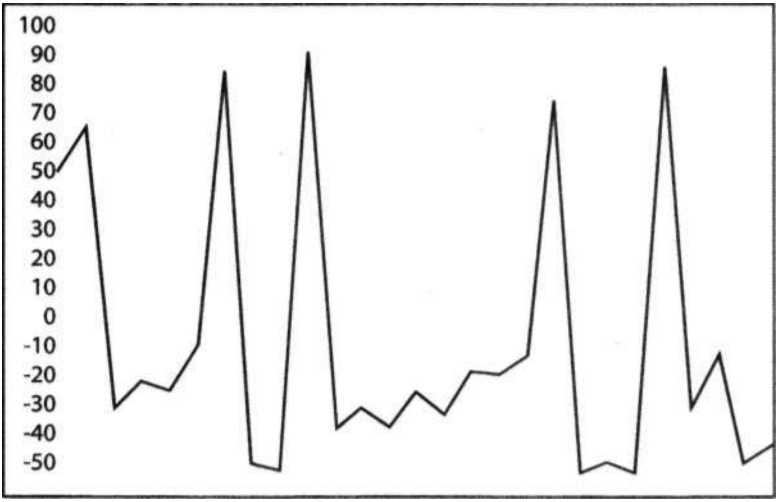


FIGURA 17-1

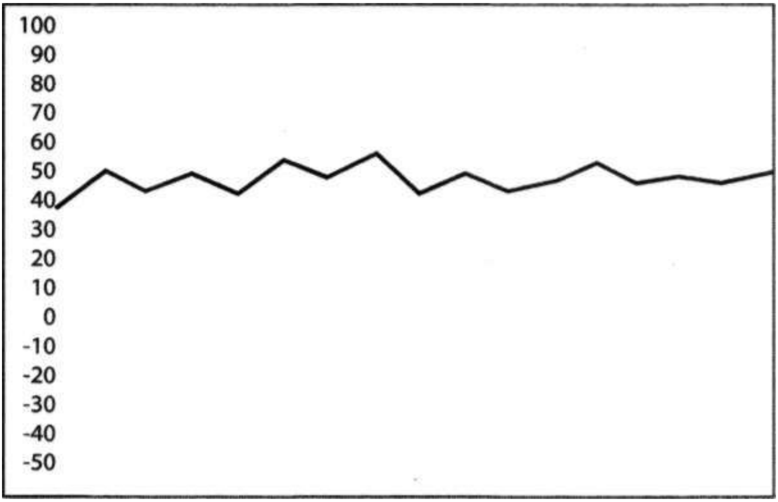


FIGURA 17-2

Parte del problema de los adictos sexuales es que ellos han vivido en el carril rápido de las experiencias sexuales por tanto tiempo que a duras penas pueden manejar en el carril lento y mantener el límite de velocidad. Si un hombre está

acostumbrado a manejar a ciento cuarenta kilómetros por hora, noventa le parece la velocidad de un caracol. Esto lo vuelve loco. No obstante, si se traslada al carril lento y se esfuerza por permanecer allí, el frenesí que siente por dentro a la larga se calmará... ¡y noventa kilómetros por hora le parecerá rápido!

El problema de tratar de vivir la vida a ciento cuarenta kilómetros por hora es que nadie puede mantener por mucho tiempo ese ritmo. La vida no tenía el propósito de vivirse a ese paso. La figura 17-1 muestra la vida de un típico adicto sexual. Él está renuente a vivir en la escala de sesenta y cinco a noventa y cinco kilómetros por hora, con todos los demás. Está constantemente buscando mayores experiencias, nuevas conquistas y pecados más deshonestos. Puesto que el pecado tiene su precio, una vez que ha culminado su lujuria cae a plomo en las profundidades de la desesperación y la impotencia. Cree que la única manera de escaparse de la depresión es elevarse con una nueva experiencia sexual. Esto es a lo que Salomón se refería cuando dijo: «¿Por qué, hijo mío, has de andar ciego con la mujer ajena?» Es la emoción de la fantasía.

La figura 17-2 muestra la vida del hombre que está contento con el amor de su esposa. Su vida no está caracterizada por caídas y subidas extremas. Puesto que él no experimenta la desesperación del pecado, no siente la necesidad de inflarse con la falsa estimulación del sexo ilícito. Está contento de vivir su vida a la velocidad de noventa kilómetros por hora. ¿Qué tiene de malo eso? Si Dios puede dejarlo satisfecho con su esposa, ¿no sería eso mejor que tratar de vivir a un ritmo para el cual no fue creado? Esto parece inalcanzable para algunos, pero solo porque estaban acostumbrados a vivir la vida basados en sus sentimientos en vez de por la fe.

Concluiré este capítulo con la tierna historia que cierta vez me contó mi amigo Miguel Broadwell. Su sobrinita estaba mirando un pez dorado que nadaba de un lado a otro en un estanque. Esto entristecía grandemente a la niñita por-

que le parecía una vida muy vacía el permanecer nadando de un lado a otro en el mismo viejo estanque. Todo era siempre lo mismo; jamás cambiaba nada. El pobre pez nunca tendría nada más que buscar en el futuro de su vida. Esto le parecía trágico a la sensible niña. El tío Miguel supo exactamente qué decirle: «Ana, Dios creó a ese pez dorado con una memoria diminuta. Para el momento en que llega hasta el final del estanque ha olvidado por completo dónde acaba de estar, y cuando da la vuelta... ¡todo es nuevo para él!» ¡Dios tiene el poder de hacer el mismo milagro en el corazón humano! Cuando el hombre abandona el carril rápido de la actividad sexual, el Señor le infunde un nuevo deseo por su esposa.

dieciocho

EL PODER DE LA GRACIA DE DIOS

EL FLAGELO DEL LÁTIGO EGIPCIO no había desvanecido los recuerdos de Jonadab de las muchas noches que había pasado en el templo de On. Conocía las historias de los encuentros místicos que supuestamente sus antepasados habían tenido con Jehová, el gran Dios de los hebreos. Sin embargo, él siempre había preferido a las diosas egipcias de la fertilidad. «La diosa Isis sabe cómo recompensar a sus seguidores», se decía a menudo a sí mismo de forma sarcástica después de una noche con una prostituta del templo.

Uno pensaría que los sucesos inolvidables ocurridos el año anterior tendrían un mayor impacto en Jonadab. Había sido testigo de la destrucción del reino más grande de la tierra. Embate tras embate, la furia de la naturaleza había devastado el imperio del faraón hasta que no quedó más que el lamento de los afligidos padres. Si eso no fuese suficiente, él también había estado entre los israelitas que habían cruzado el Mar Rojo por tierra seca. Pero un año después, esto era solo un vago recuerdo. Ni siquiera la voz atronadora de Jehová desde el Monte Sinaí podía acallar las memorias de aquellas citas inolvidables en el templo de On. Siempre estaban en su mente.

Cierto día Nasón, amigo de Jonadab, le habló sobre una mujer joven que estaba casada con uno de los ancianos de la

tribu de Isacar. «Ella es una auténtica belleza, Jonadab», le había dicho, «¡y he oído decir que es un poco disoluta!» Jonadab se obsesionó con el pensamiento de tener a esa mujer. En cada oportunidad que tenía se encaminaba hacia su tienda y entablaban conversación. Finalmente ella lo invitó a su habitación. Por desdicha para ambos, una anciana vecina los había visto entrar a la tienda. Para cuando la anciana regresó con los líderes de la tribu, los dos se habían sumido en las pasiones del adulterio.

Con varios testigos oculares, este fue un juicio breve. A Jonadab lo arrastraron fuera del campamento, cerca del basurero, y los líderes de la tribu del marido ofendido lo lapidaron. Jonadab gritaba de terror mientras la desalmada lluvia de piedras lo golpeaba y lo dejaba postrado en el polvo del Sinaí. Su vida llena de lujuria finalmente llegaba a un brusco final.*

En los seis mil años de la existencia de la humanidad solo hubo períodos fugaces en los cuales el sistema judicial de Dios se puso en vigor en las vidas de los humanos. Aun así, cada época en que la presencia del Todopoderoso moraba entre su pueblo era un reflejo de cómo es cuando Dios controla los asuntos de los hombres. Bajo su sistema judicial, si se peca, se tiene que enfrentar la pena que marca la ley. En el reino de Dios, el castigo por cada infracción estaba estipulado con claridad en la ley de Moisés. No había ni malos entendidos ni ninguna excepción.

Aquellos que solo hemos conocido la gracia del Señor enfrentamos de continuo la tentación de hacer caso omiso del sistema judicial de Dios en nuestras vidas. Se podría decir: «Eso ya no es aplicable para nosotros, no estamos bajo la ley de Moisés». Sí, es cierto. No obstante, Pablo nos dice: «La ley vino a ser nuestro guía, encargado de conducirnos a Cristo» (Gálatas 3:24, NVI). En otras palabras, llegar a la com-

*** Un relato ficticio basado en la vida bajo la ley de Jehová**

prensión de cómo ve Dios el pecado nos conducirá a una revelación de Jesucristo. El que Dios haya enviado a su Hijo a sufrir una muerte horrible y cruel en la cruz no significa que él ya no odie el pecado ni que haya hecho caso omiso de su sistema judicial. Sencillamente significa que la muerte de su Hijo ha proporcionado el pago por nuestro pecado. Ya no se requiere que paguemos el castigo por nuestras infracciones. Ahora Dios solo demanda que confesemos nuestros pecados y nos arrepintamos de ellos. Su gracia significa que los que hemos vivido vidas corrompidas ahora debemos vivir con la conciencia agradecida de que somos criminales que merecemos que se nos administre la misma pena de muerte que experimentó Jonadab, pero que se nos ha concedido el perdón porque el Juez ordenó que su Hijo sufriera el castigo en nombre nuestro.

Por desgracia, una actitud petulante y siniestra ha entrado furtivamente en la iglesia. Nuestra perspectiva de la horrible naturaleza del pecado ha llegado a distorsionarse de tal modo por el humanismo (la sabiduría del hombre) que si Dios se hiciera cargo en la actualidad de un hombre como lo hizo con Jonadab, sentiríamos que ha sido demasiado duro y despiadado. Si un Ananías y una Safira de nuestros días modernos fueran muertos por nuestro Dios santo, nos escandalizaríamos. La iglesia, como un todo, está muy cómoda con lo que este Ser santo odia: el PECADO.

GRACIA NO ES SINÓNIMO DE PACIENCIA

Cierto día, en lo alto de los despeñaderos solitarios del Monte Sinaí, Dios se dio a conocer ante Moisés. «Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos,

hasta la tercera y cuarta generación» (Éxodo 34:6-7). Se podría fácilmente pasar una vida entera estudiando este autorretrato pintado por el Señor y nunca se agotaría su significado completo.

La frase que contiene un interés especial para el hombre en pecado habitual es «tardo para la ira». Esta descripción acerca del Señor se repite ocho veces en el antiguo pacto. Su equivalente en el Nuevo Testamento, *makrotumeo,* se traduce como paciente o sufrido. Este término griego se utiliza para describir uno de los frutos del Espíritu Santo. El Diccionario Expositivo de Vine dice lo siguiente de este término: «Ser paciente, sufrido, ser indulgente ... ser sufrido es esa cualidad de autocontrol frente a la provocación que no se apresura a desquitarse o a castigar impulsivamente; es lo contrario de la ira y se asocia con la misericordia».[1]

Para el hombre que de continuo ha fallado en cumplir con los requisitos de una vida santa es en efecto una «buena noticia» averiguar que Dios no se enoja fácilmente por sus infracciones. Yo mismo puedo atestiguar el hecho de que el Señor es en extremo paciente. A lo largo de los años, mis repetidos actos de rebelión y mi absoluto desorden justificaban su inmediata ira y juicio. Sin embargo, lo que recibí a cambio fue su amor, compasión y misericordia. Aunque él me «castigó gravemente» (Salmo 118:18) y se encargó con severidad de mi naturaleza pecaminosa, el Señor me ha soportado con paciencia todo el tiempo. Al describir esta palabra, *makrotumeo,* el teólogo Matthew Henry captó la esencia del corazón de Dios: «Puede soportar el mal y la provocación sin que se llene de resentimiento o venganza. Tolerará muchos desprecios de la persona que él ama y esperará bastante tiempo para ver los benignos efectos que esa paciencia tendrá sobre él».[2]

Es indiscutible que Dios posee una tremenda paciencia ante la rebelión abierta del hombre a sus mandamientos. No obstante, debemos comprender que aunque Dios sea paciente, habrá un momento en que se cosecharán los desaciertos pasados de uno. La paciencia de Dios nunca se debe confun-

dir con su gracia. Aunque obran juntas, son dos aspectos diferentes de su carácter.

El Diccionario Teológico del Nuevo Testamento dice lo siguiente sobre *makrotumeo:* «El Dios majestuoso misericordiosamente contiene su justa ira, como en su obra de salvación de Israel... él lo hace así en fidelidad a la alianza, pero también por consideración a la debilidad humana ... desde luego que la paciencia no es renunciación, sino postergación con miras al arrepentimiento».[3]

Dios es paciente con respecto al pecado del hombre, pero su paciencia es con el propósito de darle tiempo a la persona para que se arrepienta. Con respecto a la Segunda Venida del Señor, el apóstol Pedro dijo: «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá» (2 Pedro 3:9-10a). Luego continúa diciendo: «Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz. Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación» (2 Pedro 3:14-15a).

Es en extremo peligroso para un individuo involucrado en el pecado habitual suponer que porque todavía no ha tenido su «día de arreglo de cuentas» por su mala conducta, no habrá juicio venidero que enfrentar. El pueblo de Israel cometió este error. Repetidamente provocaron al Señor por medio de su flagrante desobediencia e incredulidad. Isaías transmitió el dolor y la frustración que el Señor sentía por la desobediencia de su pueblo:

> Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres. Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá,

> juzgad ahora entre mí y mi viña. ¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres? Os mostraré, pues, ahora lo que haré yo a mi viña: Le quitaré su vallado, y será consumida; aportillaré su cerca, y será hollada. Haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerán el cardo y los espinos; y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella. Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya. Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor (Isaías 5:1-7).

Jesús utilizó la misma ilustración para describir gráficamente la experiencia de salvación. Él dijo: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto ... En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos» (Juan 15:1-2,8). Repito, Dios es en extremo paciente con su pueblo. Él «tolerará muchos desprecios de la persona que ama y esperará bastante tiempo para ver los benignos efectos que esa paciencia tendrá sobre ella». Pero es importante que entendamos que él tiene una viña con el propósito expreso de producir fruto. Como cualquier viñador experimentado, que ha pasado años cultivando una cosecha, espera recoger una fructífera cosecha algún día. ¡Que nunca se olvide o se minimice el odio de Dios por el pecado!

GRACIA NO ES SINÓNIMO DE AMOR

El amor es un término bíblico que se utiliza para describir al Señor, el cual a menudo llega a empañarse en las mentes de los creyentes. Dios es amor, y la profundidad, la altura y la anchura de su amor no tienen límites. Reduciré lo que

tengo que decir acerca de esto a una gran verdad de dos partes: Dios tiene una gran pasión para demostrar su amor hacia nosotros, y espera que este amor le sea devuelto.* Jesús dijo que el mandamiento más grande que Dios le dio al hombre era que le amara con todo su corazón, alma y mente (Mateo 22:37-38). Toda la Biblia gravita sobre este mandato divino. No obstante, el amor no es lo mismo que la gracia. Son dos conceptos distintos. Permítame ilustrar la diferencia entre el amor y la gracia con una historia de la vida de Jesús. Cierto día, cuando el Señor iba caminando, un joven le preguntó qué debía hacer para ser salvo. ¡Imagínense los profundos ojos de nuestro Salvador penetrando hasta lo más íntimo de nuestro ser! Marcos registra la historia:

> Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. Él entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! (Marcos 10:19-23).

Muchos cristianos, incluyéndome a mí, hemos tenido impresionantes experiencias en las que el amor de Dios llegó a ser tan real que casi se podía palpar. He estado en servicios de adoración en los que pareciera como si la presencia de Dios bañara a la congregación como las apacibles olas de

•El Señor espera que le devolvamos su amor, pero él no es como la persona egoísta que no amará a otro a menos que el amor le sea devuelto. El amor de Dios es parecido a la electricidad, para que sea completo debe haber un circuito Él ama enormemente a su pueblo, pero si ese amor no regresa, al final se devolverá.

una playa. El Señor tiene un enorme amor por su pueblo. Sin embargo, se debe tener cuidado de no confundir su amor con su gracia. El amor de Dios a la humanidad es una fuerza poderosa. Es fácil entusiasmarse con los sentimientos producidos por ese amor, pero también confundirlo y convertir ese amor en algo que no es. Su amor no niega sus mandamientos; él sencillamente no pasará por alto el pecado. En realidad, si hay algo que su amor demanda es que le obedezcamos y que nos alejemos de nuestro pecado. Después del encuentro con el joven rico, Jesús les dijo a sus discípulos:

> El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió (Juan 14:23-24).

Lo peligroso de saborear el amor de Dios mientras se está viviendo en pecado es que la persona puede en realidad engañarse, pensando que está en verdadera comunión con el Señor. Observe que en la historia del joven rico el amor de Jesús no determinaba el destino eterno de este hombre. Sí, el Evangelio de Marcos nos dice que Jesús en verdad lo amaba. Y estoy seguro de que su amor se manifestaba como una pasión poderosa que emanaba del propio ser del Señor. No obstante, el destino eterno de este hombre dependía de su respuesta personal a ese amor ardiente. ¿Obedecería él las palabras de Jesús o no? Como Jesús hace fielmente con todos aquellos que lo siguen, él llevó a este hombre con misericordia a una encrucijada: «No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mateo 6:24).

Esta historia no tiene la intención de ser un mandato para regalar todas las posesiones de uno. Jesús vio la idolatría en el corazón de este hombre, y por lo tanto lo llevó a una intersección en su camino: «Si deseas ser mi seguidor, debes abandonar a tu "ídolo"». Yo pregunto: ¿Ha cambiado el Se-

flor? ¿Si él estableció esta condición para un hombre con respecto a su dinero, ¿cuánto más lo hará para aquellos que han hecho del pecado su ídolo?

También notarán ustedes que una vez que este hombre tomó su decisión, Jesús no corrió tras él tratando de llegar a algún tipo de componenda (como tantos pastores y líderes cristianos podrían hacer en la actualidad): «Escucha, este-no fue mi intención presionarte tanto. Es probable que necesites más tiempo para realizar este tipo de compromiso. ¿Por qué no me sigues por un tiempo y quizás más tarde puedas donar algo de tu dinero. Después de todo, nadie es perfecto. Todos somos pecadores salvados por la gracia. Dios comprende».

GRACIA NO ES SINÓNIMO DE LIBERTINAJE

Jesús obligaba de continuo a sus seguidores a responder a sus palabras (es decir, a tomar una decisión). No estaba satisfecho con permitirles que lo siguieran de forma externa mientras no experimentaran una verdadera entrega en su interior. Él miraba directamente al centro de los corazones de los hombres y los confrontaba con sus actitudes.

Jesús no solo hacía caso omiso del protocolo social que uno encuentra en las iglesias «amistosas» de la actualidad, sino que en realidad era un obstáculo para muchos seguidores «declarados». Tomemos por ejemplo el mayor «desacierto social» que hizo, como se describe en el capítulo seis del Evangelio de Juan. El incidente comenzó con una nota muy prometedora. Jesús alimentó a cinco mil personas con solo dos peces y cinco panes de cebada. La gente estaba tan asombrada que uno incluso exclamó: «Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo» (Juan 6:14). Este hombre reconoció de forma explícita lo que los demás tenían temor de decir: que Jesús era el Mesías.

¡Seguro que esta era una multitud que estaba lista para un tremendo servicio de avivamiento! Ellos estaban (literal-

mente) comiendo de su mano. Sin embargo, después de eso, era como si Jesús no pudiera decir nada correcto. Él empezó afirmando ser el «pan del cielo». Ahora, indudablemente, podía ver que esta gente necesitaba que se le guiara de forma gradual ante una declaración tan grandiosa como esa. Después de todo, afirmar ser el «pan del cielo» ante una multitud de gente humilde del campo era en extremo arriesgado. ¡Luego, para empeorar las cosas, continuó diciéndoles que si ellos querían tener vida eterna tendrían que comer su carne y beber su sangre! Juan nos dice: «Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él» (Juan 6:66). El elemento interesante de esta historia es lo que sucedió después. Sin que la respuesta de la multitud lo intimidara, él se volvió hacia sus doce discípulos y les preguntó: «¿Queréis acaso iros también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Juan 6:67-69).

A diferencia de muchos predicadores de hoy en día, los cuales están obsesionados con tener una enorme congregación, Jesús estaba interesado en aquellos que lo seguirían sin importarles el costo. Él comprendía que la mayoría no lo seguiría, pero nunca moderaba la penetrante verdad de la Palabra de Dios. Él amaba a ese pueblo, pero se rehusaba a presentar una versión falsificada de lo que Dios les ofrecía a todos los pecadores.

Sus discípulos mantuvieron esta posición intransigente durante los siguientes treinta años. A pesar de esto, otros, cuyas enseñanzas se caracterizaban por una posición débil sobre el pecado, llegaron a ser prominentes en la iglesia. Judas, hablando con el fuego del Espíritu de Dios, advirtió al cuerpo de Cristo para estar en guardia contra los «que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios» (Judas 4).

Estoy convencido de que lo que mucha gente hoy en día acepta como gracia no es en realidad nada más que la presuntuosa licencia para pecar. Dietrich Bonhoeffer era un hombre

piadoso que podía ver que esta tendencia comenzaba a formarse dentro de la iglesia desde alrededor del año 1930. Él vivía en Alemania, y su condición de líder religioso a escala nacional se podría comparar a la de Billy Graham en nuestra época. Era intrépido en su prédica, y al final esto le costó la vida a manos de los nazis. Antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial redactó estas palabras inmortales en un libro que se ha convertido en un clásico, *El precio del discipulado:*

> La gracia barata es enemiga mortal de nuestra iglesia. Hoy estamos luchando por la gracia costosa.
>
> La gracia barata es aquella que se vende en el mercado como artículo de mercaderes. Los sacramentos, el perdón del pecado y la consolación de la religión se arrojan a precios rebajados. La gracia se presenta como el tesoro inagotable de la iglesia, de donde derraman bendiciones con manos generosas, sin hacer preguntas o fijar límites. ¡La gracia sin precio; la gracia sin costo! Suponemos que la esencia de la gracia es que la cuenta se ha pagado por adelantado, y ya que se ha pagado, todo se puede a cambio de nada. Puesto que el costo fue infinito, las posibilidades de utilizarla y gastarla son infinitas. ¿Qué sería de la gracia si no fuese barata? ...
>
> La gracia barata es la prédica del perdón sin requerir arrepentimiento, el bautismo sin la disciplina de la iglesia, la comunión sin admitir el pecado, la absolución sin el reconocimiento personal de la falta. La gracia barata es la gracia sin discipulado, la gracia sin la cruz, la gracia sin Jesucristo, vivo y personificado...
>
> La gracia costosa es el tesoro oculto en el campo; por consideración a ella, el hombre gustosamente irá a vender todo lo que tiene. Es la perla de gran

> precio que para comprarla el comerciante tiene que vender todos sus bienes...
>
> Una gracia tal es costosa porque nos llama a seguir, y es gracia porque nos llama a seguir a Jesucristo. Es costosa porque le cuesta la vida a un hombre, y es gracia porque le da al hombre la única vida verdadera.[4]

En un libro escrito principalmente para aquellos que continúan revolcándose en un estilo de vida de pecado flagrante y continuado es muy importante abordar lo que la Biblia enseña sobre este asunto de la gracia. Permítame asegurarle que esta no es una discusión que tenga que ver con la antiquísima disputa sobre la seguridad de la salvación de los santos. Se trata del claro mandato de las Escrituras en cuanto a lo que significa ser un verdadero seguidor de Cristo. John McArthur, un sólido defensor de la doctrina conocida como «la seguridad eterna», dijo lo siguiente:

> La iglesia contemporánea tiene la idea de que la salvación significa solo otorgar la vida eterna, no necesariamente la liberación de un pecador de la esclavitud de su iniquidad. Nosotros le decimos a la gente que Dios los ama y que tiene un plan maravilloso para sus vidas, pero eso es solo la mitad de la verdad. Dios también odia el pecado y castigará con tormento eterno a los pecadores que no se arrepienten y abandonan su pecado. Ninguna presentación del evangelio es completa si evade o esconde esos hechos. Cualquier mensaje que falle en definir y confrontar la severidad del pecado personal es un evangelio deficiente. Y cualquier «salvación» que no altere un estilo de vida pecaminoso y no transforme el corazón del pecador no es una salvación genuina.[5]

Ya sea que usted piense que aquellos que continúan pecando sin arrepentirse o abandonar su pecado nunca han tenido una verdadera conversión, o que simplemente crea que ellos han reincidido, lo que el Nuevo Testamento enseña acerca del destino eterno de los que mueren en pecado habitual es en extremo claro e irrefutable por completo. A fin de que se comprenda a plenitud la pena de CUALQUIER pecador que NO SE ARREPIENTA y se aparte de su pecado, examinemos las siguientes declaraciones de Jesús y otros escritores inspirados por Dios. De ninguna manera esto tiene la intención de ser una «táctica para infundir miedo», sino más bien espero que sirva como un recordatorio sensato para todos nosotros de cómo Dios mira el pecado y del juicio que caerá sobre todos los que mueren en sus pecados.

Jesús pronunció estas palabras en el Sermón del Monte:

> Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno (Mateo 5:28-29).

Pablo le dijo a los Gálatas:

> Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría ... como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gálatas 5:19-21).

Él también le advirtió a la iglesia en Corinto:

> ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idó-

latras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios (1 Corintios 6:9-10).

El escritor de Hebreos señaló:

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio ... ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! (Hebreos 10:26-31).

En la segunda epístola de Pedro leemos:

Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que, después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado (2 Pedro 2:20-21).

Y finalmente, el apóstol Juan declaró:

El que dice: Yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está

> en él. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo ... Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios (1 Juan 2:4; 3:7-9).

A pesar de la abrumadora evidencia de lo contrario, existen aquellos que sencillamente no aceptan lo que la Biblia enseña con claridad. Motivados por un falso concepto de la misericordia de Dios estos bien intencionados maestros desean abrir las puertas del cielo de par en par a cualquiera que ofrezca el más leve compromiso con la cristiandad. Sin embargo, solo porque hay algunos que transmiten este evangelio anémico y pervertido no lo convierte en verdadero. Cuando un hombre se pone de pie ante Dios con una vida de carnalidad, egoísmo y pecado continuo, ya no importan sus opiniones doctrinales. Su fe muerta, que él ejerció aquí en la tierra, se expondrá por lo que es y descubrirá —para horror suyo— que se ha condenado a sí mismo a un lugar de tormento eterno: ¡EL INFIERNO!*

Una de las razones claves por las cuales las personas permanecen en el pecado es porque les falta temor a Dios. Es peligroso cualquier intento de pasar por encima de la voz de la convicción del Espíritu Santo en la vida de un pecador. Salomón tenía mucho que decir acerca del temor al Señor:

> «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza» (Proverbios 1:7). «No seas sabio en tu propia opinión; teme a Jehová, y apártate del mal» (Pro-

•No tengo la intención de afirmar que se puede algún día llegar a ser lo suficiente bueno o hacer algo para ganarse el camino al cielo. Sin embargo, el que tiene una verdadera fe salvadora en Dios no permanece en el pecado habitual. Esto significa que la persona ha experimentado el genuino arrepentimiento que se discute en el capitulo trece No quiere decir que no tendrá luchas, pero tiene una fe viva y vibrante que no se puede conservar con los grilletes del pecado habitual

> verbios 3:7). «El temor de Jehová aumentará los días; más los años de los impíos serán acortados» (Proverbios 10:27). «En el temor de Jehová está la fuerte confianza; y esperanza tendrán sus hijos. El temor de Jehová es manantial de vida para apartarse de los lazos de la muerte» (Proverbios 14:26-27). «Con misericordia y verdad se corrige el pecado, y con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal» (Proverbios 16:6). «El temor de Jehová es para vida, y con él vivirá lleno de reposo el hombre; no será visitado de mal» (Proverbios 19:23). «No tenga tu corazón envidia de los pecadores, antes persevera en el temor de Jehová todo el tiempo» (Proverbios 23:17).

Es correcto temer al Señor. Una sana reverencia a Dios se erige como una fortaleza poderosa contra el ataque del enemigo a través de la tentación.

LA GRACIA QUE REDIME DEL PECADO

Una de las formas en que nos hemos descarriado doctrinalmente en este siglo es porque ha tenido lugar un descenso gradual pero muy claro de la conciencia de la naturaleza maligna del pecado. Los que tienen una débil comprensión del horror del pecado asumirán una débil posición contra él. No poseo el grado académico de doctor en teología; sin embargo, por muchos años he estudiado las enseñanzas de los hombres de Dios de los últimos siglos, y hay una diferencia marcada en su enfoque de lo que es el pecado en comparación con lo que es común en la iglesia de la actualidad. Esta pérdida colectiva de la vergüenza del pecado ha sido promovida por las enseñanzas de la «hipergracia» (o exceso de gracia) que han florecido en esta época. El Dr. Michael Brown escribe lo siguiente:

> Hay un océano de gracia esperándonos e invitándonos a zambullirnos y nadar. Su profundidad y longitud no tiene fin, e inclusive a través de las infinitas eras de la eternidad la maravilla de todo eso nos infundirá un temor reverente. La tragedia es que muchos predicadores y maestros de hoy en día, sin intención, han tergiversado la gracia de Dios convirtiéndola prácticamente en una licencia para pecar. Y al hacer esto, han abaratado su poder y han rebajado su valor. Ellos han contaminado las aguas sagradas que manan del trono celestial.
>
> ¿Puedo ser honesto por completo con usted? Creo que la gracia es uno de los temas peor entendidos en la iglesia contemporánea. Por un lado, hay legalistas que parece que se olvidan de que la salvación es por medio de la gracia a través de la fe y no por las obras. Ellos convierten el cristianismo en una religión sin vida, plagada de futilidad y marcada por el esfuerzo humano que siempre falla.
>
> Por otra parte, hay líderes que parece que se olvidan de que la salvación por la gracia incluye ser libre del pecado, así como también el perdón del pecado. Ellos convierten el cristianismo en una religión que «salva», pero que no transforma. Ambas posiciones están equivocadas. Totalmente equivocadas.[6]

Cuando se trata de personas que asisten a la iglesia, pero que no han sido salvas y/o que recaen, es importante comprender que la gracia de Dios está ahí para darle el poder a su pueblo de superar el pecado. En realidad, una de las profecías sobre Jesús era que él vendría a «salvar a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21).

No es un problema tener una comprensión bíblica correcta de la gracia de Dios, a menos que la persona desee

mantenerse fiel a su pecado. Desdichadamente, hay muchos que no quieren salvarse de sus pecados; solo desean salvarse del infierno. En palabras de un antiguo predicador bautista: «Es como el ladrón no arrepentido que se presentó ante el juez suplicando que no lo enviara a la cárcel. Él no tenía la intención de renunciar al comportamiento que lo colocó en ese apuro. Solo quería que le perdonarán la condena a prisión».

Tal como lo mencioné antes, Dios en su misericordia ha descartado las demandas de la ley dada a Moisés. Ahora él solo busca la confesión y el arrepentimiento del corazón. Tal como lo establece el apóstol Juan: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Aquellos que se imaginan que pueden permanecer en pecado, y no se arrepienten y lo abandonan, dicen: «No quiero que me limpien; solo quiero que me perdonen».

William Barclay dijo lo siguiente:

> La gracia no es solo una dádiva; es una grave responsabilidad. El hombre no puede continuar viviendo la vida que vivía antes de encontrar a Jesucristo. Debe vestirse con una nueva pureza, una nueva santidad y una nueva bondad. La puerta está abierta, pero no está abierta para el pecador que viene y sigue siendo pecador, sino para el pecador que viene y se convierte en santo.[7]

LA GRACIA DE Dios PROPORCIONA UNA ATMÓSFERA DE ACEPTACIÓN

Uno de los aspectos más importantes de la gracia de Dios es que proporciona un refugio seguro para el pecador arrepentido. Cuando un adicto habitual se arrepiente, no necesita castigarse más a sí mismo con la condenación. No tiene que ganarse el retorno a la bienvenida del Padre. Cuando confiesa lo malo de sus actos y se aparta de ellos, es restaurado de modo

instantáneo. Una de las maravillosas historias que contó Jesús fue la del hijo pródigo. Con el propósito de comprender el contexto adecuado de lo que él explicaba, incluiremos las dos historias más pequeñas que le anteceden:

> Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.
>
> ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.
>
> También dijo: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle.
>
> Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie

le daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.

Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el Padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse.

Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano. Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase.

Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, has hecho matar para él el becerro gordo. Él entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido y es hallado (Lucas 15:3-32).

Estas historias ilustran de forma maravillosa la gracia de Dios. Aunque casi no necesitan ningún comentario, permítame hacer varias observaciones. En primer lugar, Jesús se las contó a un grupo de fariseos de aspecto amenazador y que se creían santurrones, los cuales estaban molestos con él por andar en compañía de «recaudadores de impuestos» y «pecadores». Jesús estaba recalcando cuánto le complace a Dios que un pecador se arrepienta. Este punto se subrayó de modo magistral en la parábola del hijo pródigo por medio del contraste con los sentimientos del hermano mayor, que no se regocijaba del arrepentimiento de su propio hermano (Lucas 15:11-32). Él solo podía ver los pasados fracasos y desilusiones de su hermano.

En segundo lugar, observe el ambiente de aceptación que produjo el amor del padre. Uno de los principales aspectos de la gracia de Dios es que él siempre aceptará al corazón arrepentido... ¡sin que importe cuán horrendo sea el pecado! Por lo que me han dicho, Ted Bundy y Jeffrey Dahmer, dos conocidos criminales, se arrepintieron y por consiguiente ahora están en el cielo. Cuando el pecador llega ante Dios en arrepentimiento, no importa lo que haya hecho... ¡la pizarra se borra y queda LIMPIA! No hay condena ni sentimientos de culpa. Únicamente hay aceptación gozosa por parte de Dios el Padre.

La tercera cosa que mencionaré es que el Padre no corrió tras su hijo, intentando hacer un trato: «Escucha hijo, hablemos de esto. ¿Por qué no te quedas en casa? Aquí estarás más seguro. Yo sé que ahora estás pasando por un momento difícil. No voy a interferir en tus asuntos personales. Te amo. Puedes tener tus vicios, pero por favor no te vayas de casa». En vez de eso, el padre dejó que se fuera y le dio lo que quería. Sin embargo, al regresar el hijo, el Padre corrió a abrazarlo y a darle la bienvenida a casa, a donde pertenecía. Después de restituirlo de inmediato a su lugar apropiado, el padre le explicó a su poco sensible y confundido hijo mayor: «Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu her-

mano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado».

LA GRACIA PROPORCIONA EL PODER DE SER LIBRE DEL PECADO

Justo cuando el apóstol Pablo se estaba preparando para pronunciar su fabuloso tratado sobre la justicia, dio esta declaración: «Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Romanos 5:20). Es muy importante para el hombre cuya vida se ha caracterizado por actos lujuriosos saber que por mucho que se haya entregado al pecado, Dios tiene una medida de gracia todavía mayor para vencer ese pecado. Tal como ya lo hemos visto, la razón por la que Jesús vino fue para romper el poder del pecado sobre la vida del creyente. Pablo lo dijo de esta manera: «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente» (Tito 2:11-12).

Sí, es cierto, la gracia es el medio por el cual la salvación está disponible para toda la humanidad. Sin embargo, es aun más que eso. La gracia también es una maestra, y su principal asignatura es enseñar cómo vivir una vida agradable a Dios. Cuando surge la tentación por algo profano, la gracia está ahí para enseñarnos a decir: «No». Cuando llega la ocasión para entregarse a alguna pasión mundana, la gracia nos enseña a rechazarla. No solo nos ayuda durante esos momentos de tentación, sino que la gracia diaria de Dios es una fuerza activa en la vida del creyente para que «vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente».

Esto es justo lo que quería decir Pablo cuando dijo: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar» (1 Corintios 10:13).

Es la gracia de Dios lo que nos faculta para resistir el agobiante deseo del pecado. En otros términos, el ambiente que proporciona la aceptación y el perdón cuando nos arrepentimos es el mismo ambiente piadoso que proporciona una senda a través de cada tentación a pecar.

Es mi testimonio que en los últimos quince años ha sido la gracia de Dios lo que me ha mantenido sin entregarme a la poderosa lujuria por las mujeres que antes dominaba mi vida. Solo para dar un ejemplo de los muchos que podría compartir les contaré un incidente que sucedió en 1988. En ese tiempo solo tenía tres años de haber salido de la adicción al pecado. Estaba en el estado de Texas, dictando una conferencia sobre el tema de cómo vencer la adicción sexual. Allí se encontraba una atractiva doctora que parecía muy interesada en los Ministerios Vida Pura. Hacía una gran cantidad de preguntas y parecía reacia a marcharse después de la conferencia.

El hombre con el que yo viajaba tenía otros compromisos, y le pedí a ella que me llevara a la casa donde nos hospedábamos. En ese momento no había pasado por mi mente ninguna tentación. Parecía que esta señora tenía cierto interés en involucrarse con los Ministerios Vida Pura, así que me alegraba de tener la oportunidad de hablar con ella. No obstante, durante el recorrido a través de la ciudad, comencé a percatarme de su físico. Cuando llegamos a la casa, sentí que una lujuria irresistible por ella se apoderaba de mi mente. Era la misma demoníaca nube negra que había experimentado en el carro cuando iba para la ciudad de Bakersfield a principios de ese año. Mientras experimentaba este intoxicante deseo, ella me aclaró que estaba disponible. Justo entonces, en ese momento crítico, me entró un temor aun más abrumador que la lujuria de que me sorprendieran si cometía adulterio. Este temor que me invadía era todo lo que necesitaba para escaparme de la situación.

¡Qué ejemplo de la maravillosa gracia de Dios que me sostuvo en ese instante! Si Dios me hubiera dejado solo, hu-

biera arrojado todo lo que el Señor había logrado en mi vida durante esos tres años. Habría destrozado la confianza que con tanto esmero y trabajo había restablecido con mi esposa. Habría arruinado a Ministerios Vida Pura, aun antes de que comenzaran a funcionar. En efecto, hubiera caído verticalmente en las profundidades del pecado una vez más. ¡No obstante, no estuve solo! La gracia de Dios estaba ahí para proporcionarme una vía de escape.

Si su gracia está ahí para el creyente, ¿por qué algunos hombres se hunden de continuo en sus tentaciones? Creo que la clave se encuentra en lo que discutimos en el capítulo quince.* Aunque no lo comprendo del todo, el permanecer en Cristo hace posible que la gracia de Dios sustente al creyente. Como Juan dijo: «Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido» (1 Juan 3:5-6,24).

Permítame ilustrar esto. He tenido que viajar mucho. En una ocasión estuve en el aeropuerto de Heathrow, cerca de Londres. Hay una pasarela movible que conduce hasta el centro de la terminal, probablemente una distancia de casi un kilómetro. Existen diversos bares, restaurantes y tiendas alineadas a cada lado. Si la persona desea encontrarse con el pecado, ahí está al alcance de la mano.

Utilizando ese aeropuerto como ilustración del peregrinaje cristiano por la vida, la pasarela mecánica sería el objeto que representaría la gracia de Dios. Al permanecer seguro en Cristo, de alguna manera esto me mantiene firme frente a todas las tentaciones y trampas de este mundo. Mi responsabilidad es permanecer adherido a la vid. La obra de Dios es facultarme para vencer las tentaciones de la vida que aparecen en el camino. Mantenerme en una relación dependiente del Señor todos los días, a través de la oración y el estudio de

* Debo agregar a esto que creo que muchos hombres al parecer devotos nunca han tenido una verdadera conversión a Cristo. Ellos intentan lo imposible: «Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (Romanos 8:8).

la Biblia, me mantiene atado de forma segura a la vid y espiritualmente alimentado. Estos son los medios que utiliza el Señor para infundir su poder en mi vida. La pasarela movible es una ilustración de la gracia de Dios que me transporta a través de algunos lugares bastante infernales. No es mi propio esfuerzo el que logra liberarme. Es solo el poder de Dios. Él recibirá toda la gloria cuando llegue al cielo porque estoy consciente por completo de que no tengo la fuerza dentro de mí mismo para soportar tales tentaciones. Sí, si estuviese inclinado a cometer pecado podría en cualquier momento durante mi tránsito tomar el pasamanos y salirme a la esfera mundana, e ir a una librería que ofrece pornografía. Sin embargo, hay una salida espiritual que se llama temor al Señor y que se ha establecido dentro de mí. Es un rasgo protector agregado que se ha erigido en mi interior, el cual forma una barrera defensora suficiente para evitar que me extravíe hacia las siempre presentes seducciones que suministra el espíritu de este mundo. Aquellos cuyo temor de Dios ha sido paralizado por las enseñanzas de la «gracia desmedida» no disfrutan de esta protección añadida. En peores problemas aun están los que van por ahí sin la disciplina y la fortaleza espiritual que proviene de mantener una vida devocional diaria.

Ahora tengo una mejor comprensión de su gracia maravillosa porque ella me ha sostenido por mucho tiempo. A través de los años la he visto funcionar para mi beneficio. Al principio de mi recorrido con el Señor no entendía bien la gracia. En realidad, tan asombroso como pueda parecer teniendo en consideración la profundidad del pecado en el que había estado involucrado antes, me habría podido convertir por completo en fariseo cuando comencé por primera vez a andar en victoria sobre el pecado sexual. Me di a mí mismo mucho crédito inmerecido por mi libertad. Llegue a ser notablemente similar al fariseo de Lucas 18, que dijo: «Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano» (Lu-

cas 18:11-12). Me comparaba de continuo con los demás. Al igual que este fariseo, hacía muchas cosas correctamente. Mi fervor por el Señor era intenso. Estaba dispuesto a vivir una vida «agotadora» por Dios, sacrificando todo lo demás para servirle a él. Mi vida piadosa era firme, pero había perdido de vista cuán desdichado había sido y todo lo que el Señor había hecho por mí. Había llegado a ser muy orgulloso y autosuficiente.

Dios continuaba encargándose de mí. Él estaba reacio a dejarme en ese terrible estado. Cierto día de 1991, el Señor me ayudó de una manera por completo inesperada. A la siguiente semana tenía que aparecer en el programa *Enfoque en la Familia*. Me estaba preparando para compartir mi testimonio en ese programa, sabiendo que quizás millones de personas lo escucharían. En el fondo de mí mismo estaba ansioso de compartir con el mundo cómo yo había vencido el pecado sexual. Sin embargo, Dios no compartiría su gloria con nadie, ni siquiera conmigo.

Durante ese tiempo me encontraba predicando en diversas iglesias por todo el país. Ese fin de semana en particular estaba programado para realizar los oficios religiosos en una iglesia del estado de Michigan. Mi esposa y yo vivimos en Kentucky, y por lo regular ella viaja conmigo, pero comenzó a sentir un dolor en la espalda y decidió quedarse en casa. Yo tendría que hacer ese viaje de seis horas de duración por mi propia cuenta, y me sentía muy confiado.

Ese día manejé el largo recorrido, luchando a veces con la tentación de entrar en alguna ciudad por el camino para buscar pornografía o algo incluso peor. Sin embargo, logré controlar esos incesantes pensamientos y pude llegar a Michigan. Me detuve para llenar el tanque de gasolina y entré en la tienda para usar el servicio sanitario. Al abrirme paso por la tienda (¡a fin de apreciar de forma adecuada lo que sucedió después podría ser de utilidad que se imaginen que yo caminaba por el lugar con todo mi garbo farisaico!), me fijé que un hombre estaba de pie ante un estante de periódicos, miran-

do una revista de «muchachitas». Pase por su lado, atisbando por encima de su hombro con la esperanza de ver algún cuerpo semidesnudo. En efecto, la revista estaba abierta en una página pornográfica.

El vistazo de ese cuerpo me obsesionó todo el fin de semana. Por alguna razón logré llegar al culto del domingo, y el lunes por la mañana me encaminé a mi casa en Kentucky. Tan pronto como salí de la casa pastoral mi mente regresó con rapidez a aquella parada de camiones.«¡No! ¡No me detendré a mirar esa revista!», exclamé para mí mismo. Pero sin que importara cuán fuerte era mi disposición, el retrato de la muchacha continuaba fastidiándome. Al fin llegué al letrero que indicaba que la rampa de salida estaba a una milla de distancia. «¡No me detendré! ¡Voy a continuar con Dios!», grité. «¡Gloria, aleluya!»

Cuando apareció la desviación, me salí de la autopista, manejé directo hacia esa gasolinera, entré, y me saturé la mente con los retratos de esa revista. El corazón me latía de modo frenético el hojear esas páginas. Justo entonces, una vocecita dentro de mí me grito: «¡Corre!»

Sabiendo que era el Espíritu Santo, salí de inmediato e hice el largo viaje de regreso a Kentucky lleno de culpabilidad. En los días subsiguientes, me reprendía de continuo con vehemencia. Cierta mañana, mi autocondena llegó a su punto culminante. «¡Cómo pudiste ser tan estúpido! ¡Aquí estás a punto de hablar por la radio a escala nacional y te has puesto a mirar pornografía! ¡Estúpido!» La injuria autoimpuesta continuaba sin cesar.

Antes de terminar esta historia, debo referirme a un incidente que me ocurrió hace diez años. Yo era cadete de la Academia de Alguaciles de Los Ángeles. Estaba por concluir el entrenamiento de dieciocho meses, y era uno de los afortunados que habían resistido la estricta academia. Una tercera parte de la clase de ciento cincuenta cadetes se había retirado. Los que habíamos logrado llegar hasta ahí vivíamos con

un cierto grado de temor de hacer algo que pudiera causarnos la descalificación.

Ese día en particular, los cadetes fuimos transportados en autobús a los terrenos de la feria de Pomona para participar en clases de manejo intensivo de dos días de duración. Se llevaría a cabo un curso de alta velocidad para el cual se habían colocado en la extensa zona asfaltada conos anaranjados, de los que se usan para hacer señalamientos. Finalmente llegó mi turno. Lo primero que noté de la patrulla que me tocó conducir es que estaba equipada con una rejilla de seguridad. En el asiento del conductor estaba un casco esperándome...

—Entra, ponte el casco y despega —me dijo el intrépido instructor, sentándose en el asiento del pasajero.

Hice exactamente lo que me dijo. Iba manejando a alta velocidad cuando, para sorpresa mía, el instructor me gritó: «¡Más rápido!» De inmediato respondí aumentando la velocidad todavía más. Iba volando por las curvas particularmente difíciles. Perdí el control por un segundo y me vi forzado a salirme del carril. De inmediato regresé al camino a gran velocidad y terminé el curso. Me senté en silencio mientras el instructor hacía el papeleo. Sabiendo que me había salido del carril, me lamenté:

—Supongo que no pasé el curso.

Me sentía enfermo por dentro, pensando que esto podría afectar mi graduación de la academia.

—¿Qué no pasaste? ¿Por qué crees que no pasaste? —preguntó.

—Fallé en esa vuelta y me salí del carril —me quejé.

—¡Sí, pero regresaste de inmediato al camino! ¡Lo hiciste grandioso! —exclamó.

Diez años más tarde, al encontrarme en mi caminata matutina de oración, culpándome por ver la pornografía en la gasolinera, Dios me habló. (Aun después de todos estos años me brotan lágrimas de los ojos al recordar ese incidente.) En

uno de esos momentos brillantes y eternos, volví a vivir el incidente que ocurrió una década antes en la patrulla. Ahora era el Señor el que me hablaba: «Steve, cometiste un pequeño error. ¡Pero a partir de ahí has hecho todo magníficamente! Has acudido a mí en oración todos los días. Te has mantenido cerca de mí. Has estudiado con fidelidad la Palabra. ¡Sí, te saliste del carril por un momento, pero regresaste de inmediato a la vía!»

En se momento alcancé una verdadera revelación acerca de la gracia de Dios. ¡Desde ese día en adelante comprendí que mi victoria sobre el pecado no era por mis fuerzas, sino por la maravillosa gracia de Dios!